
El amor que eché de mi vida
LA REDENCIÓN DEL ARGENTINO
LOS HERMANOS BENÍTEZ - LIBRO 1
D.A. LEMOYNE

D. A. LEMOYNE

Copyright © 2025


El amor que eché de mi vida
LA REDENCIÓN DEL ARGENTINO
LOS HERMANOS BENÍTEZ - LIBRO 1
D.A. LEMOYNE



Página de la autora en Amazon con una lista de todos los libros.

El amor que eché de mi vida

LA REDENCIÓN DEL ARGENTINO

LOS HERMANOS BENÍTEZ - LIBRO 1

D. A. LEMOYNE

Series de la autora en español:

La Família Lykaios

La Obsesión del Magnate Griego: Una brecha de edad y un romance de segunda oportunidad (La Familia Lykaios nº 1)

Seducción Siciliana

El amor que el siciliano rechazó

Una esposa con fecha de vencimiento

Una farsa que siempre fue amor

El padre de mi hijo es el amor de mi vida

Devoción siciliana: Protegida por él

Una Navidad con el pecador

La Hija que esconde al siciliano

Hermanos Benítez

El Amor que eché de mi Vida

Mi inesperado "amor para siempre" (Siguiente)

Tres regalos de color rosa (Siguiente)

Amores del Destino

El magnate que nunca supo amar (Siguiente)

El magnate que no queria herederos (Siguiente)

El único amor del magnate turco (Siguiente)

“Mi respiración es un suspiro.

Un simple jadeo ansioso de una presa que espera ser consumida por el depredador, en cuya jaula ella misma eligió entrar”.

Lorena

(El Amor que eché de mi vida)

D. A. LEMOYNE

dalemoynewriter@gmail.com

Copyright © 2025

Título: El Amor que eché de mi vida

Primera edición 2025

Carolina del Norte - EE. UU.

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, distribuida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la autorización previa por escrito de la autora, excepto en el caso de citas breves incluidas en reseñas críticas y otros usos no comerciales permitidos por la legislación sobre derechos de autor.

Nombre de la autora: D. A. Lemoyne

Lector Beta: C. Freitas

Traducción: Matías San Miguel

Portada: Diseñador T. Tenório

Ilustración: Mery Ribeiro

Ilustración: Gah Ilustra

Imágenes: Adobe Stock, DepositPhotos y Freepik

ISBN: 978-65-01-10973-2

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares, negocios, eventos e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con eventos es pura coincidencia.

Sumario

Sinopsis
Nota de la autora
Nota del traductor
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54

Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Epílogo 1
Epílogo 2
Bono - Martín Benítez
Bono - Simón Benítez
Palabras de la autora
Sobre la autora

Sinopsis

Advertencia : Puede contener desencadenantes.

Aviso: ***El Amor que eché de mi vida***, libro 1 de la serie ***Hermanos Benítez***, es un volumen único. Los siguientes títulos de la serie pueden leerse de forma independiente, aunque es probable que contengan spoilers de los anteriores.

Él es un multimillonario argentino que jamás permanece con la misma mujer por mucho tiempo.
Ella es una manicurista brasileña que ganó un viaje a Buenos Aires en un sorteo.
Él se siente cautivado por la sencilla muchacha.
Ella le entrega su corazón al hombre que la destrozará.

Temas:
AGE GAP

Fast Burn

Embarazo inesperado

Multimillonario vs. Manicurista

Error de juicio

Segunda oportunidad

Emiliano Andrés Benítez, el mayor de tres hermanos pertenecientes a una tradicional familia argentina, fue criado para nunca ofrecer segundas oportunidades ni sentir compasión por el enemigo.

A eso se suma un hecho de su pasado que le impide confiar o abrirse a los sentimientos, hasta el día en que conoce a una mujer capaz de hacerlo cuestionar todas las reglas de su mundo.

Lorena Brito es una manicurista brasileña de diecinueve años, sin familia, que en un sorteo se gana un viaje de una semana a Buenos Aires.

El destino teje su trama para que la chica del interior cruce su camino con el del magnate, y desde el instante en que se miran, la atracción física entre ambos es incontrolable.

Emiliano obtiene todo lo que desea, y lo que desea es a Lorena. Pero el multimillonario cometerá un error de juicio casi imperdonable: la juzgará injustamente y la echará de su vida.

Cuando descubre que era inocente, estará dispuesto a hacer cualquier cosa para recuperarla.

Él la deseó desde el primer instante.

Él la sedujo.

Él conquistó el amor de la joven inexperta.

Él tendrá que convencerla de que está arrepentido y de que la quiere para siempre.

Para todos aquellos que aman una bella historia de amor y segundas oportunidades.

A mis chicas de WhatsApp, que siempre siguen y apoyan mi trabajo con tanto cariño.

Carolina del Norte, 2025.

Nota de la autora

El Amor que eché de mi vida, libro 1 de la serie ***Hermanos Benítez***, contará la historia de Emiliano Andrés Benítez y Lorena Brito.

Él ya había aparecido ante los lectores en el libro Una farsa que siempre fue amor, como amigo del protagonista Lucca Parisi Trovato. Lorena, en cambio, es un personaje completamente nuevo.

El libro narra la historia de Lorena, una joven manicurista de diecinueve años que acaba de perder a su tía, la mujer que la crió. De repente, al verse completamente sola en el mundo, resulta ganadora de un sorteo realizado por el supermercado de su pequeña ciudad ficticia, Pamonhópolis da Serra (ubicada en los alrededores de Petrópolis, Río de Janeiro, con apenas ocho mil habitantes), y obtiene como premio un viaje de siete días a Buenos Aires. Con eso, se convierte en una especie de celebridad local, con todo el pueblo apoyándola y celebrando su suerte.

Del otro lado de esta historia de amor tenemos a Emiliano Benítez: un multimillonario intransigente y mujeriego, incapaz de permanecer con la misma pareja por más de sesenta días.

Una confusión momentánea de identidad une a ambos, y la atracción entre ellos surge de inmediato, aunque una serie de encuentros y desencuentros se interpondrá antes de que puedan alcanzar su "felices para siempre".

Además, detrás de la historia del romance principal, hay una compleja trama familiar que se irá revelando poco a poco.

La serie estará compuesta por romances contemporáneos con toques de comedia romántica, drama y una pizca de suspenso.

El segundo libro será el de Martín, considerado el mejor jugador de polo del mundo, y el tercero el de Simón, un médico que no siente demasiada simpatía por los seres humanos.

Espero que te enamores de esta historia de amor entre nuestro orgulloso argentino y su valiente brasileña.

Un beso cariñoso y buena lectura.

D. A. Lemoyne

Nota del traductor

La novela está escrita en primera persona y alterna capítulos entre ambos protagonistas. Uno de los protagonistas, Emiliano, es argentino, al igual que varios personajes de su entorno. Por eso, cuando la historia se narra desde su perspectiva o cuando hablan estos personajes argentinos, **la traducción se ha adaptado al español de Argentina**. Esto incluye voseo, acentuación, entonación característica y algunas palabras o frases típicas, siempre buscando que el diálogo y la voz interior suenen naturales y auténticos.

En los capítulos de la otra protagonista, Lorena, y en la narración general se mantiene un español neutro latinoamericano, pensado para que cualquier lector pueda seguir la historia sin dificultades.

Por ejemplo:

Español neutro: *¿Puedes creer lo que ha sucedido?*

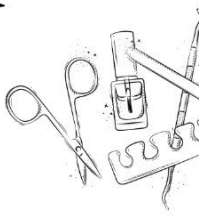
Español argentino en la novela: *¿Podés creer lo que pasó?*

Esta elección busca respetar la personalidad y el tono original de los personajes: lo que leas como variante regional no es un error,

sino una decisión estilística para que Emiliano y su entorno se sientan vivos y verosímiles.



Emiliano



Prólogo

Un año antes

Desde donde estoy parado, puedo ver las tumbas de los dos hombres que me guiaron en la vida.

De un lado, está aquel que me enseñó que amar era una debilidad.

Del otro, aquel que me enseñó que amar valía la pena.

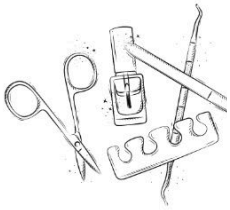
Los dos tenían razón y estaban equivocados.

Uno era un cobarde, sin corazón.

El otro, un maldito mentiroso que destruyó lo poco que me quedaba de fe en la humanidad.



Lorena



Capítulo 1

Pamonhópolis da Serra[1]

Sabía que este momento llegaría, y me alegro de que Dios le haya dado la oportunidad de partir en un día soleado. A mi tía no le sienta bien la lluvia ni las nubes. Para mí, siempre han representado melancolía y tristeza.

Nuestra ciudad, patrimonio cultural nacional y reconocida por hacer la mejor pamonha[2] de Brasil, se resume prácticamente a una sola calle principal; pero si hay algo verdaderamente hermoso aquí, es el parque municipal. Es un refugio verde, lleno de árboles centenarios que parecen permanecer en guardia alrededor de los visitantes.

Muchas veces, cuando alguna de las vecinas se turna conmigo para cuidar de mi tía, me doy una escapada hasta aquí. Me siento bajo la sombra de un árbol, respiro hondo y me repito a mí misma que todo estará bien, aunque en el fondo no esté del todo segura de eso.

Pasamos junto a una fuente de agua natural, desgastada y cubierta de musgo, que, incluso en su fealdad y con el descuido de

la alcaldía, armoniza perfectamente con el paisaje.

Miro hacia el cielo y me pregunto cómo voy a poder vivir sin mi tía, la única madre que conocí. Ayer, el médico dijo que era cuestión de horas para que partiera, y sé que cuando eso ocurra, finalmente descansará. Es lo único que me impide ser egoísta y pedirle a Dios que siga viva: saber que está sufriendo y que ya aguantó todo lo que pudo.

Empujo la silla de ruedas, gastada por el uso, en lo que probablemente sea su último paseo por el parque de la ciudad, mientras observo la estructura frágil de la mujer que me crió como si fuera su hija.

Lleva sobre los hombros un chal de croché que perteneció a mi abuela.

—Mira, tía Eneida —digo, señalando un par de colibríes, sus pájaros favoritos, que flotan como dos pequeños helicópteros a pocos metros de nosotras.

Ella gira el rostro en esa dirección y sonríe. Su cara, hundida y desfigurada por la enfermedad, se ilumina.

—Aprendiste a ver la belleza de la vida, Lorena. Creo que ahora puedo irme en paz.

No me gusta hablar del pasado. Apenas lo recuerdo, porque elegí olvidarlo. Pero mi tía dice que, al principio, cuando llegué con ella, a los tres años, era una niña triste. Prefiero llenar mis recuerdos a partir del momento en que la tía Eneida comenzó a criarme.

—Me enseñaste bien —digo, inclinándome para besarle la frente.

—Lo hice, ¿verdad?

—Sí, tía. Y siempre te estaré agradecida por eso.

—Ven aquí.

Doy la vuelta a la silla de ruedas y me agacho frente a ella.

—¿Qué pasa?

Su mano, de piel tan delgada que parece papel de seda, toca mi rostro.

—Si de verdad quieres agradecerme, hazlo viviendo bien tu vida.

—Lo haré. ¿Por dónde crees que debería empezar? —pregunto, más para animarla que porque crea tener fuerzas para cumplir cualquier deseo.

Casi no tengo ahorros. Vivo prácticamente del salario del mes. La semana pasada, mi tía transfirió a mi cuenta lo poco que consiguió reunir a lo largo de su vida, ya que no tiene otros herederos. Pero no me gusta pensar en eso, porque tener acceso a ese dinero significará que ella ya no estará conmigo.

Nuestro mundo es pequeño, diminuto en realidad, pero para mí es más que perfecto. Mi tía, sin embargo, insiste en que viva plenamente, como ella lo hizo.

—Viajes —responde—. Libros, viajes y amores son lo que hace que una vida sea completa.

—Entonces solo he completado el primer punto hasta ahora.

—Ahorra cada centavo para viajar, Lorena. Conocer el mundo es más importante que una educación formal. Ama mucho también. Amar duele, pero crea recuerdos, nos causa escalofríos y nos hace sentir vivas.

No le digo que la idea de correr riesgos (ya sean financieros o sentimentales) no va conmigo, porque estoy segura de que ya lo sabe. Ella me conoce mejor que yo misma.

—¿Recuerdas cuando solíamos hacer picnics allá? —Cambio de tema, señalando la única mesa que quedó después de la tormenta del último verano.

Su risa me atraviesa como una punzada directa al corazón. Ojalá pudiera guardarla en una botella para cuando, en el futuro, la extrañe.

—Claro que lo recuerdo. Siempre perdías la mitad de tu sándwich alimentando a las palomas.

—De eso no me acordaba.

—Pues yo me acuerdo de todo sobre ti, hija. Y si no te lo dije antes, criarte fue lo mejor que me pasó en la vida.

—¿Aunque eso te impidió seguir viajando?

Mi tía era intérprete de inglés, y por eso viajó a muchos lugares del mundo.

Ella me enseñó el idioma y, hace algunos años, cuando una profesora de español de una ciudad vecina se ofreció a dar clases gratis en una sala de la iglesia local una vez por semana, mi tía insistió en que me inscribiera también. Decía que hablar dos idiomas además del portugués sería una gran ventaja. Lástima que hasta ahora no haya tenido oportunidad de usarlos para nada.

—Viajé todo lo que quise. Después de que el dueño de mi corazón murió, la vida ya no tuvo el mismo color.

Sé que, aunque tuvo varios novios, solo se enamoró una vez, de un reportero (en realidad, un corresponsal internacional) que murió en una zona de guerra mientras cubría un conflicto en Medio Oriente.

—¿No te arrepientes de haberte enamorado de él?

—No. Cuando se fue, pensé que no sobreviviría, pero aun así, no cambiaría los meses que pasamos juntos por nada en este mundo.

Permanecemos en el parque alrededor de media hora más, hasta que me dice que está cansada.

Un escalofrío me recorre el cuerpo, porque sé, en el fondo del corazón, que no era el cansancio de un día, sino el de toda una vida.

Más tarde en la noche, no desearé alejarme de ella.

Le pido la bendición, beso su mano como hago siempre antes de que se duerma, y aunque se queda dormida, sigo sentada en el suelo, a los pies de la cama.

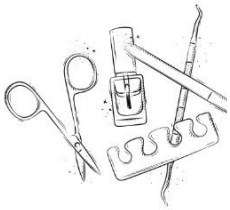
El último recuerdo que tengo es el de su voz diciéndome que me ama, y entonces el sueño me vence.

Cuando despierto al día siguiente, ella se ha ido.

El egoísmo me hace llorar durante horas, pero al final le agradezco a Dios que su muerte haya sido tan serena, aunque ahora esté completamente sola en el mundo.



Lorena



Capítulo 2

Unos meses después

El ruido de los secadores de cabello se mezcla con los gritos del vendedor de pamonha en la calle. Anuncia con orgullo una superpromoción: "¡si compras una pamonha por día, durante seis días consecutivos, la séptima sale gratis!".

Solo no corro hacia la puerta del salón para cerrar trato porque intento mantener la boca cerrada. Últimamente solo he estado comiendo porquerías, y un dulce (en este caso, siete) no va a ayudarme a que la balanza retroceda unos cuantos números.

La conversación entre las trabajadoras del salón de belleza donde trabajo y las clientas es intensa. Hay de todo un poco. Desde chismes sobre una beata supuestamente muy religiosa que fue vista saliendo de un motel en Petrópolis, una ciudad vecina, hasta alguien que comenta que el señor Ernesto, un viudo bastante entrometido, desde que su esposa partió a los brazos del Creador, no se acuesta con mujeres mayores de veinte años (y él tiene casi setenta).

Algunas personas podrían molestarse con esa mezcla de sonidos, pero a mí me gusta la gente y el alboroto. El silencio me deprime.

Cuando no tengo con quién hablar, canto para mí misma.

—¿Qué vamos a usar esta semana? —pregunto a una de mis clientas favoritas, una señora de noventa años que aún sigue viniendo al salón.

Ya me ofrecí a hacerle las uñas en su casa sin costo adicional, pero me dijo que le hace bien caminar y que también le gusta ver las novedades que ocurren en la ciudad.

¿Novedades? ¿Cuáles?

A veces tengo la sensación de que, desde que era niña, nada ha cambiado en Pamonhópolis da Serra. En un lugar con apenas ocho mil habitantes, donde todos se conocen, antes de que una "novedad" llegue a mencionarse, ya todos saben de qué se trata, porque el chisme aquí funciona mejor que WhatsApp. El departamento de información de nuestra ciudad ganaría fácilmente a la mejor red social. Los escándalos se viralizan rapidísimo.

—¿Qué te parece? —pregunta.

—¿Cómo está tu estado de ánimo?

Doña Zaneide levanta el pulgar de la mano derecha, señal de que todo va bien. Sé que a veces se pone triste, con nostalgia de su marido, que falleció hace más de diez años, según me contó. No

tiene parientes ni hijos, y me da una pena enorme que se sienta tan sola, aunque yo, desde que mi tía partió, también lo esté.

—Entonces sugiero hacer un diseño primaveral. Puedo aplicar una base celeste, como el cielo, y dibujar margaritas encima. ¿Qué opinas?

—Me encanta la idea. Amo las margaritas. Una vez, cuando era niña…

Sonrío, porque sé que está por contarme una de sus historias de juventud. Me encantan los ancianos. Son interesantes y tienen tanto para compartir.

—Querida, eres una artista —dice, mirando sus uñas cuando termino.

Meto el pincel en el frasco del brillo transparente y lo cierro.

—Gracias. Y tú haces que mi día sea tan brillante como tus uñas ahora.

—Eres un amor, Lorena. La chica más bonita del pueblo, por dentro y por fuera. Qué pena que aún no hayas elegido a tu compañero.

—No estoy buscando novio por ahora.

—Aquí en el pueblo, ya sé que no hay nada que valga la pena —dice, bajando la voz casi hasta un susurro—, pero supe que en el

municipio vecino hay muchos chicos guapos.

Contengo una risa, pensando que está más informada que yo sobre los solteros disponibles.

Una hora después, cuando doña Zaneide ya se ha ido, me levanto para estirarme, porque la postura en la que trabajo no es la indicada.

Echo un vistazo a mi alrededor y veo a una novia siendo maquillada. Es la hija del dueño del local de autos usados y pidió servicio completo.

—¿Algún problema? —pregunta groseramente.

Dios… ¿será que nunca voy a aprender que esa mujer es una bruja? Se niega a hablar con cualquiera que no sea de su "nivel social", aunque el suyo ni siquiera sea tan alto.

—Ninguno. Solo estaba mirando el maquillaje. Quedó hermoso.

Me niego a devolver mal con mal. No voy a permitir que la gente amargada me cambie.

—¿No tienes nada más que hacer?

—En realidad, sí. Estoy en mi hora de almuerzo y tengo que ir a mi curso de español.

—¿Hablas español? —Se ríe, y casi hace que la maquilladora le deje una boca como la del Guasón. Lo cual, sinceramente, le estaría

bien merecido.

—Tomo clases avanzadas de español en la iglesia. Hay una profesora en la ciudad vecina que enseña gratis y…

Ella hace un gesto con la mano, como si no le importara lo más mínimo, y suspiro, diciéndome que debo aceptar que algunos seres humanos apenas pueden llamarse humanos.

—Bueno, me voy, doña Cida —le digo a mi jefa.

—¿Por qué no pasas por el supermercado al volver? —me pregunta, sonriendo—. Como hablas español, no te vendría nada mal si ganas el sorteo.

—¿Sorteo?

—¿No te has enterado? El dueño del supermercado está celebrando los diez años desde que lo inauguró y va a regalar un viaje a Buenos Aires, con pasajes y hospedaje pagados, además de quinientos dólares para gastar allá.

Siento que el corazón se me acelera.

Dios mío, sería la oportunidad perfecta para empezar a cumplir el sueño de conocer lugares fuera de Brasil.

Aunque, en realidad, debería empezar por mi propio país, porque, salvo los alrededores de mi ciudad, no he ido muy lejos.

Cuando la gente habla de Río de Janeiro, piensa en playa, Copacabana, caipiriña… pero la verdad es que solo estuve en la capital una vez, en un Año Nuevo, y no me gustó mucho el alboroto en Copacabana.

Trato de recordar lo que sé sobre Argentina. Leí una novela romántica ambientada allá y mi profesora de español me dijo que viajó varias veces.

Repaso mentalmente.

Maradona.

Capital: Buenos Aires, que sería mi destino si ganara el sorteo.

Bailan tango.

La moneda es el peso argentino.

Hacen un buen dulce de leche.

Sí, creo que ahí termina mi conocimiento.

Miro a mi jefa, que parece realmente emocionada al imaginarme ganando el sorteo.

Dios, ¿podría cumplir mi sueño si ganara?

Me encantaría ir, pero el miedo de viajar sola me gana, y me digo que, tal vez, será en otra ocasión.

—Lo pensaré —miento—. Nos vemos en un rato.



—Aquí tienes tu cambio, Lorena —dice Arceli, la cajera del supermercado.

Es, sin exagerar, una de las personas más felices que conozco. Desde que tengo memoria, jamás la he visto tener un mal día. Claro que debe tenerlos, pero su forma positiva de encarar la vida es inspiradora. Ni siquiera cuando perdió casi todas sus pertenencias en una inundación permitió que eso la derrumbara. Al contrario, pensó en los demás y trabajó junto a los vecinos para salvar lo que pudieran.

Tuve que venir a hacer unas compras, porque desde que mi tía murió, casi no he comido. Me resulta raro cocinar solo para mí. Estaba tan acostumbrada a cuidarla que ahora no tengo ganas de preparar la cena. Normalmente ceno galletas, pero sé que tendré que dejar de hacerlo porque mis jeans ya empezaron a quedarme más ajustados.

—Gracias, Arceli.

—De nada, cariño. ¿Vas a llenar el cupón para participar en el sorteo del viaje a Argentina?

Muerdo el labio inferior. Es la segunda persona que me habla del bendito sorteo hoy. ¿Será una señal?

—¿Cómo funciona?

—Bueno, como hiciste una compra de cincuenta reales, puedes participar.

Me explica prácticamente lo mismo que había dicho doña Cida: que el premio incluye pasaje de avión, hospedaje y el equivalente a quinientos dólares para gastar durante una semana.

¿Quinientos dólares?

Dios mío, ¡es muchísimo dinero!

—Creo que sí lo voy a llenar. Gracias.

—Solo una cosita, cariño. Si llegas a ganar, vas a necesitar pasaporte o tu documento de identidad. Recuerdo que la última vez que hablamos me dijiste que tu cédula se arruinó cuando te agarró la lluvia en la calle y que quedó toda borrosa. Vas a tener que sacar una nueva. Creo que se puede viajar a Argentina solo con la cédula, pero si fuera tú, haría el pasaporte. Es tan elegante.

—Bueno, tienes razón, pero ya saqué la nueva cédula. En cuanto al pasaporte, pensaré en eso si llego a ganar. No es barato tramitarlo, y no puedo darme el lujo de gastar sin necesidad.

Termino de llenar el cupón y lo deposito en la urna, rezando para ser la ganadora, aunque al mismo tiempo muera de miedo de que así sea.

—Tengo la intuición de que tú vas a ganar ese viaje, Lorena.

—¿En serio? Sería la primera vez, porque ni siquiera he ganado un osito en las ferias.

—Pero si pasa, ¡qué primera vez, eh! Imagínate en Argentina, hija mía. Vas a matar al resto del pueblo de envidia. Y encima hablas español. ¿Podrías decirme algo en ese idioma tan hermoso? ¡Me parecen tan sexys los argentinos!

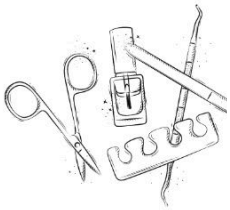
Me río.

—*Buenas noches*.

—¡Ay, Dios mío, estoy emocionada! Me dijiste "buenas noches", ¿verdad? Te lo juro, Lorena. Vas a ser la ganadora. Mi intuición nunca falla.



Lorena



Capítulo 3

Semanas después

Tengo casi la certeza de que las personas me están hablando, pero no logro responder ni reaccionar.

Miro fijamente el pedazo de papel y luego el enorme cartel que fue montado en la plaza de la iglesia para el sorteo del viaje a Buenos Aires.

—Lorena, despierta, niña. ¡Ganaste! —dice Arceli, la cajera del supermercado que insistió en que llenara el cupón.

Un temblor me recorre entera mientras abro y cierro la boca sin poder pronunciar palabra.

Oigo vagamente a varias personas felicitándome, y hasta la novia antipática que me despreció en el salón (la que volvió de su luna de miel en Cancún la semana pasada) me sonríe.

—Yo, Lorena Brito, me voy a Argentina —digo en voz alta, tal vez para convencerme a mí misma.

—Sí, vas a ir, mi amor, y estoy segura de que vas a arrasar. Hablas tan bien español que ni van a descubrir que eres brasileña —exagera doña Cida, mi jefa, llena de entusiasmo.

—Lorena, tienes que sacar muchas fotos, hija mía —pide la dueña de la panadería—. Es la oportunidad de tu vida. Ah, y si puedes, tráeme unos alfajores. Dicen que los de allá son los mejores.

—Francamente, Mirtes, ¡qué descaro! Como decía mi difunto padre —interviene doña Cida—, "los pedidos sin dinero se quedan en el ropero". Si quiere que Lorena le traiga algo, dele el dinero antes. No es justo que la muchacha gaste sus pesos argentinos en "recuerditos" para los habitantes del pueblo. No compres nada, querida —susurra solo para mí—. Diviértete y no te preocupes por este lugar olvidado por Dios mientras estés allá.

—¡Dios mío, vas a ser internacional! —dice una de las manicuristas que trabaja conmigo, sonriendo y abrazándome.

—No lo puedo creer —confieso—. Siempre he tenido mala suerte en los sorteos.

Estoy en un estado que mezcla incredulidad y euforia, al borde del desmayo.

—Asegúrate de grabar a esos bailarines de tango tan guapos —continúa ella—. Yo daría un riñón por estar en tu lugar, suertuda.

Todo el pueblo me mira como si fuera parte de la realeza, y en cierto modo, así me siento.

Sin embargo, enseguida hago lo que suelo hacer: pongo los pies sobre la tierra.

No puedo simplemente irme de un día para otro, porque cuando el viaje termine, voy a necesitar mi trabajo.

—Doña Cida, sé que esto es repentino, pero quisiera saber si puedo tomar mis vacaciones apenas tenga lista la documentación. Decidí tramitar mi pasaporte. Ya que gané el viaje, quiero ir a Buenos Aires con todos los derechos.

Según lo que está escrito en el cartel, tengo ciento ochenta días para reclamar mi premio, es decir, para viajar, pero me conozco demasiado bien y sé que, si no lo hago pronto, voy a acobardarme.

En mi cabeza ya empiezo a hacer una lista de lo que debo preparar, y el pasaporte ocupa el primer lugar.

Ella me abraza.

—Querida, si hay alguien en este mundo que merezca un poco de alegría, eres tú. Tómate tus vacaciones. Vive esta aventura.

—¿Eso significa que tendré mi trabajo asegurado cuando regrese?

—Por supuesto —dice, acercándose aún más y bajando la voz—. Eres mi mejor manicurista, Lorena. Siempre habrá un lugar para ti en mi salón. No te preocupes. Haz tu viaje y cuando regreses a Pamonhópolis da Serra, tráenos una maleta llena de historias.

—Gracias. No tienes idea de lo feliz que me hace saber que podré seguir en el salón cuando termine el viaje.

Poco después, el dueño del supermercado, el señor Amilton Nogueira (que Dios lo bendiga), vino a felicitarme, se tomó una foto conmigo sosteniendo el cupón ganador y enseguida mandó servir refrescos y hot dogs gratis para todos los que estaban presentes en el sorteo, lo que significa unas quinientas personas, todavía como parte de la celebración por los diez años del Supermercado *Precios Cuidados*. Aunque no me cabe duda de que mañana la noticia de que gané el viaje ya se habrá propagado por toda la pequeña ciudad.

Horas más tarde, mientras camino hacia mi casa, mi corazón aún no recupera su ritmo normal.

En poco tiempo ya no seré Lorena Brito, la manicurista de un pueblito del interior del estado. Seré una viajera, una ciudadana del mundo. Bueno, no del mundo, pero sí de Sudamérica, al menos.

Dios, necesito hablar con mi profesora de español. Ella podrá explicarme si debo cambiar los dólares que me darán por pesos argentinos aquí en Brasil o si es mejor hacerlo allá. También tengo que ver cómo estará el clima en Buenos Aires cuando viaje.

De pronto, el pánico se transforma en una ansiedad buena. Mentiría si dijera que no tengo miedo, pero ahora que realmente tengo la certeza de que iré, me siento viva como hacía mucho no me sentía.

Llego a la puerta de mi casa y levanto los ojos al cielo.

—Estoy a solo un paso de cumplir tu sueño de que yo conociera el mundo, tía. Cuídame, porque estoy aterrada… pero iré con miedo y todo.



Casi mes y medio después, con mi pasaporte nuevo (el primero y único) en la mano, escucho a un empleado anunciar el vuelo en el aeropuerto de Galeão.

Estoy tan nerviosa mientras camino hacia el avión que espero que, en cualquier momento, alguien me detenga y diga: "¡Ja! Era una broma, loca. Debes volver a tu casa".

Pero guardo mi pequeña maleta en el compartimiento superior, como vi hacer a una mujer en una película, y me siento. Abrocho el cinturón de seguridad y, como nadie aparece para romper mi burbuja de felicidad, tal vez esto esté ocurriendo de verdad.

La gente no deja de llegar, y para distraer los nervios de volar por primera vez, observo familias emocionadas por las vacaciones; un grupo de argentinos con la camiseta de Boca Juniors y una pareja que, por cómo se miran, solo pueden estar de luna de miel.

Todos parecen felices y tranquilos, y me digo a mí misma que ellos ya deben haber volado muchas veces y sobrevivido, así que todo estará bien.

Estoy casi convenciéndome de eso cuando el avión, que ya estaba rodando por la pista, da un sacudón y el piloto anuncia que tendrá que regresar al terminal por un problema técnico.

Eso basta para que mi alma abandone el cuerpo, y cuando, dos horas después, finalmente despegamos, estoy tan aferrada a los brazos del asiento que es un milagro que no los haya perforado.

Pasé todo el vuelo despierta, sin poder comer ni beber, y solo volví a respirar con normalidad cuando aterrizamos.

Sin embargo, en cuanto desembarco y escucho el idioma español por todos lados, la ansiedad desaparece, o mejor dicho, se transforma en una nueva: ahora que estoy aquí, juro que no voy a desperdiciar ni un segundo de este viaje.

Puede que esta sea la oportunidad de mi vida. Una experiencia que me cambiará para siempre, no solo porque conoceré otro país,

sino también personas diferentes, con una mentalidad más abierta que la de mi pequeño pueblo.

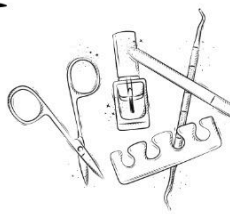
Veo a la multitud aglomerarse para recibir a sus seres queridos y aprieto con fuerza la correa de la mochila que llevo en la espalda y la pequeña maleta que traigo conmigo.

—Estoy lista —digo en voz baja—. Llegó mi momento de vivir un poco. Quién sabe, tal vez incluso encuentre mi primer amor.

No tenía idea, en ese momento, de que ese deseo no solo se cumpliría, sino que pondría mi mundo completamente de cabeza.



Emiliano



Capítulo 4

—*¿Tu hermano va a ganar otra vez?* —pregunta Lucca Parisi Trovato[3], uno de mis mejores amigos, por teléfono.

—Ese es el plan. Sabes que Martín no se conforma con el segundo lugar.

—*Por una vez, al menos, tuvo que aceptar* —bromea, refiriéndose al hecho de que Martín, que es jugador profesional de polo[4], es mi hermano del medio, seguido de Simón, que es médico.

Somos tres hombres en la familia y una prima que, prácticamente, también es como una hermana, considerada la menor.

—¿Cómo va la vida de casado?

Hace unos meses, él estuvo de vacaciones en mi país con la chica que ahora es su esposa.

—*No puedo quejarme. Tengo a Berlín atada a mí para siempre. ¿Qué podría ser mejor que eso?*

—En diez segundos puedo hacer una lista enorme de cosas mejores que estar casado, pero no quiero pinchar tu burbuja de

felicidad, amigo.

—Un día encontrarás a la mujer de tu vida, igual que yo encontré a la mía, y entenderás de lo que hablo.

Yo lo dudo.

—¿Cómo supiste que era ella? ¿Cómo estuviste tan seguro de que Berlín era la mujer que querías tener a tu lado para siempre?

—¿Hace cuánto me conoces, Emiliano?

—Desde que éramos niños.

—¿Con cuántas mujeres me has visto?

—¿Decenas? ¿Cientos? Nunca me puse a contarlas.

—Exacto. Llega un punto en que nuestras parejas se vuelven solo números. No importa lo lindas que sean: si no alcanzan una parte de ti que está muy escondida, con el tiempo desaparecen de tu mente, igual que pasa con un libro que no te marcó. Es emocionante mientras lo lees, pero si te piden que cuentes su historia unos días después, ya no la recuerdas.

—No todo libro tiene que ser un clásico. Algunos solo deben ser divertidos, servir para pasar el rato.

—Estoy de acuerdo, pero llegué a una etapa en la que buscaba a aquella que me hiciera olvidar a todas las demás, y cuando vi a

Berlín por primera vez, simplemente supe que la búsqueda había terminado.

—No creo que algo así me pase a mí. Me gusta demasiado la vida de soltero como para atarme a alguien tan pronto.

—Ya veremos. Creo que todavía vas a ser conquistado, y eso no va a tardar.

—¿Me estás echando una maldición, siciliano?

—No, solo quiero lo mejor para ti. Por cierto, mi esposa te manda saludos. Dijo que nuestro paso por tu país fue lo mejor de aquellas vacaciones. Me pidió que te dijera que, cuando tengas un tiempo libre, vayas a visitarnos a mi tierra.

—No lo sé. De repente, una especie de fiebre de esposas y bebés atacó a los Parisi Trovato, y temo que sea contagiosa.

—Sí. Estamos en plena fase de multiplicación, y no pensamos detenernos pronto.

Cuelgo el teléfono unos minutos después, y alguien abre la puerta de mi oficina sin tocar. Ni siquiera necesito levantar la vista del notebook para adivinar quién es.

—¿Dónde están tus modales, boluda?

—Si te hubiera dicho que venía, habrías dicho que no podías atenderme porque estabas en una reunión —dice mi prima, bufando

y dejándose caer dramáticamente en la silla frente a mí.

—Porque sería verdad.

—Tengo un pedido que hacerte.

—Si ya hablaste con Martín y Simón y ellos te dijeron que no, mi respuesta también es no.

—Todavía no hablé con ellos, pero tiene que ver con Martín, sí.

—Tienes cinco minutos antes de que te eche. Tengo una reunión dentro de poco.

—Quiero ir a la fiesta de la victoria que Martín va a dar en el barco si su equipo gana.

—De ninguna manera.

—¿Por qué no?

—Ya sabes por qué.

—No soy una niña.

—¡Cumpliste dieciocho hace una semana, por el amor de Dios!

—Aun así, eso significa que soy mayor de edad. Quiero negociar.

—Nada de lo que digas me va a hacer cambiar de opinión.

—¿Ni siquiera si renuncio a estudiar en Europa y me quedo en Buenos Aires?

¡Concha de su madre! Anita sabe que ese tema nos tiene de cabeza desde hace meses. Aunque es más tranquila que la mayoría

de las adolescentes, es ingenua y confía en cualquiera que le sonría.

Su pedido, sin embargo, me deja en una encrucijada. Las fiestas que organizamos no son "familiares" y no queremos a ninguna de nuestras parientes mujeres en ellas. Pero su propuesta es demasiado buena como para dejarla pasar.

—Si te permito ir...

—¡Te amo! —dice, levantándose de un salto y empezando a bailar como una loca.

—Che, tranquila. ¡Todavía no te hablé de las reglas!

—No importa, Emiliano. Lo que me ordenés, lo cumpliré. ¿Puedo llevar a una amiga?

—Sí, podés, pero ustedes dos tendrán toque de queda. No dormirán en el barco. A medianoche, el chofer las llevará a casa.

—¿En una fiesta que empieza a las nueve? Además, sé que sus fiestas duran mucho más que una noche. Todo el mundo comenta que empiezan los viernes y terminan el domingo.

Es verdad. Y además, si le permito ir el primer día, Anita solo tendrá un "aperitivo" de la fiesta, que en realidad empieza después de la medianoche. Pero no necesita saber eso. No voy a dejar a mi prima y a otra piba como ella sueltas en medio de un montón de hombres borrachos y calientes.

—Es lo que hay: o lo tomás o lo dejás. No vas a tener una segunda oportunidad.

—Lo tomo. Quiero decir, acepto el trato, aunque tengo casi la certeza de que me estás engañando.

Mantengo una expresión neutra mientras ella me observa, esperando que me delate.

—¿Cuándo será? —me pregunta.

—Probablemente, la semana siguiente al partido, empezando el jueves.

—¿Y qué pasa si el equipo de Martín no gana?

—Va a ganar.

La piba traviesa pone los ojos en blanco.

—Son tan arrogantes, Emiliano, que hasta resulta tierno.

—No soy tierno.

Ella ríe.

—Está bien, no lo sos, pero sos el mejor primo que una chica podría soñar. El día más feliz de mi vida fue cuando fui a vivir con ustedes.

Como siempre, la culpa me golpea.

¿De verdad fue así?

—Anita...

—No digas lo que estás pensando. No importa nada, excepto que ahora estamos juntos y somos una gran familia, aunque no vivamos bajo el mismo techo. Gracias por dejarme ir a la fiesta.

—Sos una pésima negociadora. Tus probabilidades habrían sido mayores si se lo hubieras pedido a Martín. Tuviste suerte de agarrarme de buen humor.

—Lo sé, pero digamos que me gusta vivir peligrosamente.

Ya está casi en la puerta cuando la llamo de nuevo.

—¿Qué pasa?

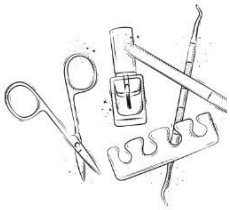
—No vas a beber. A medianoche ya estarás en casa. No hagas que me arrepienta de haberte dejado ir.

—Te prometo que me comportaré como una princesa. No te daré ningún problema.

No estoy tan seguro de eso, pero no pienso echarme atrás con mi palabra.



Lorena



Capítulo 5

Buenos Aires

Han pasado seis días, pero parece que ha sido una vida entera desde que llegué. Ahora, cuando el final del viaje se acerca cada vez más, lo único que deseo es poder prolongar mi estadía en este país tan hermoso.

Las ganas son muchas, pero el problema es que, por más que haya estirado al máximo los pesos argentinos equivalentes a los quinientos dólares que me dieron para gastar aquí, y aun teniendo el alojamiento pago, prácticamente ya no me queda nada.

Camino con tristeza por las calles de Puerto Madero[5], pensando en todas las aventuras que viví durante la última semana.

Desde el primer día, necesité mucha fuerza de voluntad para no gastar todo mi dinero de una vez. Nunca me consideré una persona consumista, sobre todo porque en casa no sobraba, pero aquí tuve ganas de comprar muchos recuerdos.

Claro que el miedo a quedarme sin un centavo en un país desconocido habló más fuerte y, al final, estoy terminando el viaje

con un libro sobre Buenos Aires y un imán de heladera como recuerdo.

Mirar, sin embargo, no cuesta nada. Así que, además de visitar museos y parques de la ciudad, fui a muchas ferias callejeras, especialmente a la de San Telmo, donde venden antigüedades.

Ayer pasé por el Cementerio de La Recoleta y visité la tumba de Eva Perón, adorada por parte del pueblo de aquí.

Según lo que descubrí, fue una de las figuras más icónicas de la Argentina. Se convirtió en primera dama del país después de casarse con Juan Domingo Perón, quien fue presidente entre mediados de los años cuarenta y mediados de los cincuenta.

La gente la llama Evita, y la recuerdan no solo por su papel político, sino también por su trabajo social.

Parece que fue una ferviente defensora de los derechos de los trabajadores y que desempeñó un papel fundamental en la obtención del derecho al voto para las mujeres argentinas y en la promoción de la igualdad de género. Murió joven, a los treinta y tres años, de cáncer, y gran parte del país se detuvo para llorar su muerte.

Claro que creo que la historia está un poco romantizada. Nunca se sabe toda la verdad, pero aun así, me conmovió, sobre todo

porque también fue el cáncer lo que se llevó a mi tía.

Absorbí con ansias cada información que pude durante el viaje, y ahora entiendo lo que ella quería decir cuando me aconsejaba recorrer el mundo. Nuestra mente se expande de una forma inexplicable con cada museo que visitamos y con cada persona con la que conversamos.

Un grupo de jóvenes cruza frente a mí y me dicen cosas, pero finjo no escucharlos, porque están hablando muchas tonterías, tal vez creyendo que no entiendo su idioma. Creía que estaba logrando pasar desapercibida, pero la verdad es que en el momento en que abro la boca, saben enseguida que soy turista.

Paso frente a una parrillada y el estómago me ruge con el solo pensamiento de probar las delicias que deben servir allí. Solo comí la famosa carne argentina una vez, y de recordarlo, se me hace agua la boca.

Probé un poco de todo: empanadas, alfajores y dulce de leche, que en el hotel donde me hospedo sirven en el desayuno.

También visité la Casa Rosada y me tomé tantas selfies por la ciudad que no sé cómo la memoria de mi celular no explotó.

Lamentablemente, no pude hacer un tour guiado porque era demasiado caro para mi bolsillo.

Prioricé los paseos al aire libre.

Fui hasta *La Boca* y me enamoré de *Caminito*, con sus casitas coloridas. Es imposible no amar ese lugar, aunque me recomendaron no caminar por allí de noche, porque no es seguro, y menos aún estando sola.

Cada día aquí ha sido un descubrimiento. Claro que todo tuvo que estar muy bien planificado para no sobrepasar mi presupuesto, pero el miedo que sentí al salir de Brasil desapareció por completo. Si pudiera, me quedaría un mes más en este país, pero como el dinero se está acabando, lo único que me queda es disfrutar lo que resta y hacer de esta última noche un recuerdo especial.

Suspiro, desanimada, y decido entrar en un bar para despedirme de tierras argentinas.

El lugar no es muy caro. Lo busqué en una guía turística, así que voy a darme el lujo de tomar una copa de Malbec[6], un auténtico vino argentino, para brindar por mi despedida del país.

Miro alrededor y no veo ninguna mesa libre, así que voy directo a la barra.

Cuando leo la lista de precios detrás del barman, disimulo un sobresalto.

Jesús, ¿qué tiene ese vino? ¿Una poción mágica capaz de traer al amor en tres días?

En realidad, fue hasta bueno que no hubiera mesas disponibles, porque si me sentaba, los meseros pensarían que vine a cenar, y con el dinero justo que me queda, apenas podría pagar la copa de vino y nada más. Seguramente la guía que consulté estaba desactualizada.

Diez minutos después, estoy a punto de perder la paciencia con el barman, porque le pedí tres veces la copa de vino y finge no entenderme.

No soy nativa, pero mi español no es tan malo.

—¿Necesitas ayuda? —Escucho que una mujer me pregunta en portugués, y casi me desmayo de la emoción.

Cuando miro hacia un costado, noto que tiene el cabello castaño, es muy bonita y me sonríe.

—¿Cómo supiste que soy brasileña? Pensé que mi español ni siquiera tenía acento —bromeo, y ella suelta una carcajada—. Quiero una copa de vino, porque es todo lo que me alcanza. Es mi última noche en el país, pero creo que no les gusta servir solo eso, porque el camarero finge que no me entiende.

—¿Última noche?

—Sí. Gané el viaje en un sorteo de un supermercado de mi ciudad.

—¡Qué suerte!

—¿Verdad? Me da muchísima pena tener que irme, pero se me acabó el dinero.

—¿Estás sola aquí? —me pregunta.

—Sí. Solo iba a tomar el vino y volver al hotel.

—Vamos a sentarnos. Tal vez el destino quiso que nos encontráramos.

Una hora y dos copas de vino después (sí, fue una extravagancia, pero me siento casi rica), Valentina Fagundes, la mujer que conocí, después de escuchar mi historia, me hace una propuesta que me cuesta creer que sea cierta.

—¿Estás segura de que me contratarán?

—Claro que sí. Y si les gustas, podrás enlazar un crucero con otro.

—Dios mío, tener un trabajo y al mismo tiempo viajar por todo el mundo suena como un sueño.

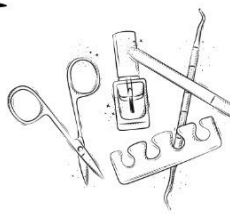
—Entonces, ¿qué dices? Si estás de acuerdo, puedo llamar ahora mismo a mi coordinadora en el crucero.

Respiro hondo, con el corazón latiendo a mil.

—Sí, acepto.



Emiliano



Capítulo 6

La adrenalina recorre mi cuerpo mientras observo a mi hermano, a punto de consagrarse campeón una vez más.

Todos nosotros respiramos polo desde prácticamente el nacimiento, y aunque Martín fue el único lo bastante apasionado por el deporte como para hacerlo su carrera, tanto Simón como yo seguimos cada partido con el mismo entusiasmo de cuando éramos nosotros los que montábamos a caballo.

Hoy en día, Martín, que juega como atacante[7], es considerado el mejor jugador de polo sobre césped del mundo. El público en las gradas parece ansioso por el final del partido, gritando su nombre sin parar.

Me gusta ese tipo de energía. Esa vibración que se siente en el riesgo del "todo o nada". Aunque es casi seguro que ganaremos, hasta que el juego termina, la incertidumbre mantiene la emoción viva.

El marcador electrónico muestra un empate entre los equipos, con apenas unos minutos restantes para el final del último *chukker*[8].

Martín cabalga por el campo con el mazo[9] firmemente sujeto en la mano, a punto de alcanzar la bocha.

Los tres tenemos un temperamento competitivo, pero, paradójicamente, somos fríos y calculadores cuando queremos algo. Jamás perdemos la calma.

Y es justamente esa frialdad la que ahora hace que mi hermano ejecute las jugadas con una precisión casi quirúrgica.

La bocha[10] rueda por el césped después de una intensa disputa en el centro del campo, y todas las miradas se concentran en Martín. Todo el estadio contiene la respiración y, de reojo, veo a mi hermano menor, Simón (sin temor a equivocarme, el más controlado de los tres), enderezarse en su asiento.

No tengo dudas de que, si lo mirara directamente, vería su mandíbula contraída por la ansiedad.

Es tan humano como nosotros, aunque la profesión que eligió, la de cirujano, según dicen, suele venir acompañada del llamado "síndrome de Dios", por lo que a veces parece ajeno a sentimientos tan mundanos como el odio o la pasión.

Vuelvo a concentrarme en el juego y veo a Martín posicionarse para interceptar la bocha. Acelera su caballo, "leyendo" la trayectoria que va a seguir.

El jugador de defensa del equipo contrario parece desesperado por bloquearle el paso, pero Martín muestra la ferocidad de un depredador a punto de atacar.

Tira de las riendas de su caballo, haciendo que el animal gire con agilidad para esquivar al capitán del otro equipo.

Un segundo después, la bocha queda medio metro delante de él, y Martín lanza un golpe lateral que la envía hacia el borde del campo rival.

Los oponentes intentan reagruparse, pero mi hermano ya tiene el siguiente movimiento calculado y avanza sin vacilar.

Cuando se acerca al área de gol, el universo entero parece quedar en pausa, conteniendo el aliento ante la inminente victoria.

Martín ejecuta un golpe certero, enviando la bocha hasta que finalmente cruza la línea del gol contrario.

Por unos segundos, reina el silencio absoluto, pero enseguida un rugido ensordecedor estalla desde la multitud.

Simón y yo nos miramos; aunque no gritamos como la mayoría, sabemos bien el orgullo que sentimos por Martín.

El partido llega a su fin y todos desmontan, pero mientras los compañeros de equipo corren para abrazarlo, Martín besa a su

caballo en una "conversación" silenciosa que solo quienes amamos a estos animales podemos comprender.

En cada partido de polo, todos los jugadores disponen de varios caballos debido a la exigencia física del deporte, pero sé que el pura sangre inglés con el que terminó el juego es su favorito.

Algunos animales de esa raza tienen un temperamento nervioso, aunque su desempeño está muy por encima del promedio. Sin embargo, estoy seguro de que no es eso lo que hace que Martín ame tanto a *Majestic Thunder*, sino el hecho de que su padre, *Imperial Storm*, fue el primer caballo que montó en su vida.

El lazo que los tres tenemos con los caballos es mucho más profundo que el que logramos mantener con los seres humanos. Martín y yo somos hijos de un padre (ya muerto) que nos enseñó que el amor no tenía valor alguno, que el mundo era un campo de batalla y que la sangre del enemigo debía derramarse, figurativamente hablando, antes que la nuestra.

La ley del más fuerte. En nuestro universo, la piedad no sirve para nada.

El padre de Simón, al principio, vino a equilibrar la forma en que veíamos el mundo. Casi logra volvernos humanos, hasta que

descubrimos todas sus mentiras y empezamos a despreciarlo, incluso después de que dejara este maldito planeta.

Una hora después del final del partido, cuando Martín ya dio la entrevista que debía, lo veo conversando con Anita, que parece más emocionada que nadie con la victoria. Y claro, sé perfectamente la razón de su entusiasmo. Nuestra prima está obsesionada con la fiesta en el barco, y empiezo a preguntarme si no pagué un precio demasiado alto al permitirle asistir solo para mantenerla cerca, estudiando en Sudamérica en lugar de en Europa.

Cuando me ve, corre hacia mí.

—¡Ganamos! —dice.

—Sí.

—Che, ¿y qué puedo hacer para que me dejés quedarme todo el fin de semana en el barco?

—¿Nacer de nuevo? ¿Envejecer diez años en una semana? Como ves, nada es posible.

—Por favor, Emiliano.

—No va a pasar, Anita. La mayoría de los invitados ronda los treinta. Considerate afortunada de que te haya permitido siquiera poner un pie allí el día de la fiesta.

—De afortunada nada. Vos no querés que me vaya a Europa.

—Porque te considero demasiado influenciable e ingenua. Las personas pueden sonreírte y, en el siguiente movimiento, clavarte un cuchillo por la espalda.

—¡Ay Dios, qué desconfiados son ustedes tres!

—¿Hay algún punto en esta conversación? Porque si todo esto es para convencerme de que te deje quedarte más tiempo en el barco, la respuesta sigue siendo no.

Ella se encoge de hombros.

—Está bien. No perdía nada con intentarlo. De todos modos, tu madre dijo que, si se siente bien, haremos un plan de chicas el próximo domingo.

—¿Ella dijo eso? —pregunto, sorprendido, porque son muy pocos los días en que tiene ánimo de salir de casa.

—Sí.

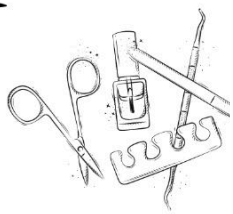
—Mi madre te quiere como a una hija.

—Ya lo sé. Y el cariño es mutuo. Ustedes son mi familia, Emiliano. Todo lo que me queda en este mundo.

En lugar de traerme paz, sus palabras despiertan el infierno dentro mío por no haberla protegido cuando más lo necesitó.



Emiliano



Capítulo 7

—Anita me dijo que, si te sentís con ánimo, harán un plan solo de chicas el próximo domingo. ¿Hay algo que deba preparar para hacer tu día mejor? —le pregunto a mi madre.

—Sí, lo haremos. Y respecto a tu pregunta, todo está bajo control. En realidad, ella me había propuesto la salida hace un tiempo, pero estaba esperando sentirme más fuerte para no decepcionarla. Detesto no cumplir mis promesas.

—Un rasgo que todos tenemos en común —dice Martín, acercándose para besarle la frente.

Nosotros dos somos más cercanos a mamá que Simón.

En realidad, nuestro hermano menor no es cercano a los seres humanos en general, ya que su capacidad para aislarse es casi como si no pudiera sentir nada.

La casa de mamá está llena, pero la mayoría de los presentes, salvo algunos parientes cercanos, pertenecen a nuestro círculo de amigos. Las personas de la alta sociedad que, en el pasado, se peleaban por conseguir una invitación a las fiestas que ella

organizaba, fueron reduciendo sus visitas hasta desaparecer por completo.

Mamá nunca ha dicho nada al respecto, pero sé que ese ostracismo al que la condenaron le duele. En cuanto a mí, solo hace que mi desprecio por la raza humana aumente.

La madre de Lucca, Ginevra, antes de que los hijos se casaran y la familia creciera tanto, llegó a pasar algunos días de vacaciones con mi madre, y ella se sintió tan feliz que consideré comprar una casa en Sicilia para que pudiera visitar a su amiga siempre que quisiera. Sin embargo, cuando se lo propuse, me dijo que se sentía mejor en Buenos Aires.

Como siempre ocurre después de los partidos de celebración, vinimos a almorzar con ella. A veces apenas logra pasar diez minutos con nosotros, pero hoy parece estar bien.

Mamá descubrió su condición poco antes de cumplir cincuenta y tres, hace ya cinco años, y de un día para otro, Rosario Agustina Benítez (conocida por la alta sociedad argentina por su personalidad vibrante) cambió drásticamente.

Al principio cayó en una depresión tan profunda que temimos perderla. Sin embargo, un año después, su espíritu de lucha superó

la angustia que la nueva condición le había traído, y aprendió a convivir con la esclerosis múltiple.

En cuanto recibió el diagnóstico, Simón nos explicó todo sobre la enfermedad.

Para mí, lo más importante fue la palabra *incurable*.

No fuimos formados para aceptar que algo se nos impusiera, ya fuera otro ser humano o una condición física. Pero ahora, los tres nos encontrábamos frente a una situación en la que no nos quedaba otra opción más que asegurarnos de que nuestra madre enfrentara su enfermedad de la mejor forma posible, haciendo que esa lucha le resultara un poco más llevadera.

Simón nos explicó que la esclerosis múltiple es una enfermedad autoinmune que afecta el sistema nervioso central, dañando la capa protectora de los nervios, lo que puede causar una amplia variedad de síntomas: problemas de movilidad, fatiga extrema, dificultades de coordinación, alteraciones visuales y cognitivas.

Cinco años después, mi madre ha atravesado casi todos ellos, y a medida que envejece, los síntomas se intensifican.

Aunque existen tratamientos que ayudan a controlar los síntomas y frenar el avance de la enfermedad, el hecho de que sea incurable nos hace sentir impotentes cada vez que la vemos sufrir.

La causa aún se desconoce, pero se cree que interviene una combinación de factores genéticos, ambientales y posiblemente infecciones virales. Enfermedades autoinmunes como la diabetes tipo uno o los trastornos tiroideos pueden aumentar el riesgo.

—¿Van a hacer una fiesta en el barco? —pregunta de pronto, y Martín, que estaba dando un trago a su whisky, se atraganta.

Ninguno de nosotros tenía idea de que ella supiera de las "celebraciones" que organizamos en nuestros hoteles flotantes.

—Sí. Con algunos amigos —responde, disimulando, mientras yo mantengo una expresión neutra.

—¿Están seguros de que es un lugar adecuado para que Anita asista?

No, pero me encargaré de que lo sea. Al menos hasta la medianoche.

—Sí. Quedate tranquila. Además, estará de regreso antes de la medianoche.

—¿Y ustedes?

—Somos grandecitos, mamá —dice Martín.

—No hablo de la edad, sino del hecho de que necesitan asentarse un poco. Un nieto, o varios de una vez, me haría muy feliz.

—No crees expectativas conmigo —digo, porque por más que la quiera, no pasa por mi cabeza la idea de ser padre.

—¿Y vos? —le pregunta a Martín.

—Tengo planeado casarme a los ochenta —responde, y ella pone los ojos en blanco.

—Algún día mirarán hacia atrás y se darán cuenta de cuántas buenas mujeres dejaron pasar sin notarlo.

—Al contrario, mamá —interviene él—. No dudo de que muchas cruzaron mi camino. Soy yo quien no sirve como material de marido. Jamás sentí ganas de estar con una sola mujer por mucho tiempo.

Y ese es precisamente mi problema. No odio las relaciones, pero después de unas semanas con una pareja, empiezo a aburrirme. Siempre son las mismas exigencias, las mismas expectativas, que no puedo cumplir porque estoy dañado.

Recuerdo mi conversación con Lucca. Me dijo que cuando conoció a Berlín, supo de inmediato que era la única.

No tengo idea de qué mierda hablaba. En mi caso, después de menos de una semana, mis ojos ya están buscando algo nuevo.

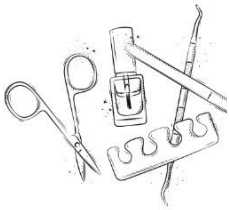
—No esperes nietos de mi parte tampoco, mamá —le advierto—. Si querés un consejo, apostá por Simón. Tal vez, de los tres, sea el más apto para ser padre.

Ella suspira.

—Lo dudo, y también creo que te equivocás, Emiliano. Siempre he confiado en mi intuición, y algo me dice que tus días de soltero están llegando a su fin.



Lorena



Capítulo 8

Me miro en el espejo del baño del personal y sonrío al tocar mi placa dorada, justo encima del bolsillo derecho de mi uniforme, donde está escrito: Lorena Brito - Mesera. Debajo aparece el nombre del barco, *Aurora of the Sea*, y el de la compañía, *F. Benítez Luxury Cruises*[11].

Al principio, no tenía la menor idea de lo que tendría que hacer. Jamás había trabajado como mesera en mi vida. Lo que realmente sé hacer bien es ser manicurista, e incluso intenté ver si en el salón del barco no habría alguna vacante, pero, lamentablemente, lo que necesitaban era una mesera.

Entre aceptar el trabajo que me ofreció Valentina o volver a Brasil, elegí la primera opción y, para mi sorpresa, al segundo día ya le había tomado el ritmo.

Aparentemente, les agradé, porque me asignaron un viaje tras otro en la ruta Buenos Aires–Río de Janeiro, y viceversa. Ahora, casi llegando a Buenos Aires, me estaba preparando para regresar nuevamente a Río cuando mi jefa dijo que permaneceríamos aquí,

porque el "patrón" (que, según explicó, es uno de los tres hermanos argentinos dueños de esta flota de cruceros de lujo) dará una fiesta de celebración, ya que el hermano del medio ganó una competencia de polo[12].

No sé nada sobre ese deporte, más allá de que se necesita un caballo para practicarlo y que también existe un perfume con ese nombre.

La mujer me comentó que es un deporte practicado por millonarios en Argentina, y que uno de los dueños del barco es considerado actualmente el mejor jugador del mundo.

Así que, como se consagró campeón, el barco quedará en el puerto y será desalojado de cualquier otro huésped. Solo los invitados de los ricachones subirán a bordo.

Si soy sincera, a mí me da igual. Jamás pensé que podría ganar propinas tan altas en mi vida. El salario es bajo, pero una sonrisa y algo de simpatía hacen milagros y vuelven generosos a los pasajeros.

Estoy ahorrando tanto que, en mi primer crucero, gané en propinas lo equivalente a dos meses de sueldo en el salón de belleza.

Y hablando del salón, llamé a doña Cida y le dije la verdad: que no sabía cuándo podría regresar y que sentía mucho dejarla en la estacada.

Actualmente, todos los profesionales del salón trabajan como autónomos[13], así que mi salida no causará ningún problema. También le pedí que verificara si todo estaba bien en mi casa. Me contó que ya lo había hecho, ya que tenía la llave. Le envié dinero para pagar un mes de alquiler por adelantado y también lo suficiente para saldar el agua y la luz.

De vez en cuando, me manda mensajes para saber si estoy bien y dice que en la ciudad no se habla de otra cosa que no sea el hecho de que ahora soy "internacional".

Según ella, el dueño del supermercado (el responsable de que yo esté aquí) no puede contener su orgullo por haberme convertido en empleada de un crucero.

¡Si ellos supieran de cuántos manoseos tuve que esquivar para no arrojarles una bebida en la cara a ciertos pasajeros!

Aprendí rápidamente que los cruceros entre Argentina y Brasil están compuestos principalmente por brasileños y argentinos, lo cual es lógico. Es más difícil encontrar gente de otros países, como europeos o norteamericanos.

El hecho es que tanto los brasileños como los argentinos son muy coquetos con las meseras.

Cuando me topo con algún compatriota que me confunde con una argentina y me dice alguna estupidez, le respondo en portugués, solo para matarlo de vergüenza.

El hecho de que use un uniforme (uno bastante corto, por cierto, ya que mi turno principal es en la discoteca por la noche) no le da derecho a nadie a pensar que estoy disponible para conocer su camarote. Si me dieran un dólar por cada vez que recibo una invitación de ese tipo, en un año sería rica.

Al principio me parecían divertidos los piropos, pero pronto se volvieron molestos.

Le mandé un mensaje a Valentina, ya que ella ya no forma parte del staff del *Aurora of the Sea*, para contarle que estoy bien y lo feliz que estoy trabajando en el barco. Ella me respondió con otras fotos desde Texas, contándome que había terminado allá en sus aventuras por el mundo. Le respondí con emojis de vaquero y corazones, deseándole que encontrara a un "bruto" bien guapo y sabroso en esas tierras.

Suspiro mientras camino por la cubierta, pensando que mañana saldré a comprarme unas zapatillas, porque las que uso están en las

últimas.

Pegué la suela, que parecía la boca de un cocodrilo, con pegamento adhesivo, pero ya es la tercera vez que se despega, así que creo que mañana será el entierro oficial de mis pobres zapatillas.

Les hago un gesto de despedida a unos niños que pasan corriendo frente a mí, pensando en la energía inagotable que tienen.

A esta hora, casi las siete, ya estoy muerta, y el turno de la noche ni siquiera ha comenzado.

Tengo que levantarme muy temprano porque estoy tomando dos turnos para ganar un dinero extra. Por la mañana trabajo sirviendo el desayuno en el salón principal, y la mayoría de los pasajeros que se levantan a esa hora son ancianos: un encanto, y mucho más fáciles de tratar que la gente del turno nocturno.

Me levanto antes de que salga el sol para correr por la cubierta. Nunca había hecho tanto ejercicio en mi vida, y voy a contramano del resto del personal, que me dice que siempre engordan durante los viajes. Yo me siento muy bien.

Después de correr, me baño, me arreglo y voy a la cocina, que ya está llena de movimiento con la preparación del desayuno.

Trabajar en un barco es una experiencia única. No solo porque es un hotel en el mar, sino porque hay una energía muy buena, tanto entre los pasajeros como entre los empleados, la mayor parte del tiempo.

Una de las cosas que más me gusta de este trabajo es poder observar a las personas. En mi ciudad, todos se conocían; pero aquí, parece una torre de Babel, con gente de los más diversos lugares.

Es curioso ver cómo cambian durante el crucero. Al principio, todos son más formales, pero poco a poco terminamos convirtiéndonos en una gran familia.

Las otras meseras, sin embargo, me contaron que hay barcos de esta misma flota que hacen solo cruceros de altísimo lujo, y que en esos los pasajeros ni siquiera te saludan.

En el nuestro hay gente increíble entre la tripulación: generosa, dispuesta a ayudar cuando es necesario, y que comparte historias de sus ciudades y países.

Estoy preparándome para volver a mi cabina, ya que es la última noche de este crucero antes de que quedemos detenidos esperando la fiesta de los ricachones, cuando una mesera chilena se me acerca sonriendo.

—Tenemos que encontrar la forma de servir en la fiesta del patrón. El equipo de Martín ganó.

—¿Martín es el jugador de polo, verdad?

—Sí, el hermano sexy del medio.

—Ah...

—Dicen que en una fiesta de ellos puedes ganar propinas de cien dólares por cada uno a quien sirvas.

Llevo la mano al pecho, como si me faltara el aire.

—¿Cien dólares por invitado? ¿Sin hacer nada ilegal?

Ella se ríe.

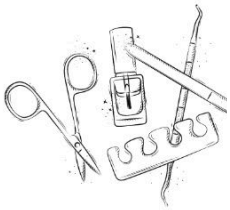
—Sí, y no son invitados cualquiera. Son los amigos de los jefes.

—¿Y cómo hacemos para que nos elijan?

—No tengo la menor idea, pero si lo descubro, te aviso.



Lorena



Capítulo 9

Fiesta de la victoria del equipo de Martín[14]

Al final, ni siquiera tuve que esforzarme demasiado. Tuve muchísima suerte porque la chilena fue la elegida, pero enfermó del estómago y no pudo continuar en el barco.

No lo podía creer cuando mi jefa me dijo que había sido seleccionada para la fiesta de los jefes, pero como la alegría de pobre dura poco, apenas me mostró lo que tendría que ponerme, casi sufro un infarto.

No es que el uniforme sea feo, pero es una mezcla de mesera con stripper: medias con liguero que el short-falda no cubre del todo, dejando casi al descubierto mi culo, y una blusa que hacía que mi busto pareciera recién salido de un cirujano plástico.

Tuve que repetirme varias veces que las propinas rondaban los cientos de dólares para atreverme a salir de la habitación.

Nunca pensé que fuera tímida, pero caminé hasta la discoteca en la última planta, muy tentada a dejar todo ese dinero y quedarme solo con lo que ya había juntado. Sin embargo, hice un cálculo

rápido y enseguida la vergüenza desapareció. Si consigo quinientos dólares esta noche, será el equivalente a muchos de mis sueldos brasileños, ¡maldita sea!

Con ese nuevo propósito, me puse los aros, me recogí el cabello, me apliqué un lápiz labial rojo y me lancé a la aventura.

Entré por la parte trasera de la discoteca, donde están los empleados, y saludé a todos sin detenerme en nadie en particular.

—¿Has trabajado para ellos antes? —Escuché preguntar a una mujer detrás de mí, y al girarme, vi que era una cocinera que conozco. Ella trabaja en el grupo que prepara el desayuno del salón principal. Nunca habíamos hablado de nada más que tonterías, pero parece una buena persona. Creo que es argentina.

—No, este es mi tercer crucero. Quiero decir, ni siquiera sé si es el tercero, porque estamos atracados.

—Sos graciosa, Lorena, y parecés ser buena chica también. Por eso te daré un consejo: mantente alejada de los ricos.

—¿Qué?

—Eres hermosa, piba. En cuanto pises esa discoteca, los hombres se lanzarán sobre ti. Recordá que no son los pasajeros habituales del barco, sino multimillonarios acostumbrados a conseguir lo que quieran con un chasquido de dedos, y la mayoría está soltero.

—Ah, entiendo. Muchas gracias, pero no te preocupes. Tengo una regla: nunca salir con alguien que no sé cuánto tiene en el banco. Eso aplica tanto para los muy ricos como para los muy pobres.

Ella echa la cabeza hacia atrás y se ríe, igual que un mesero que acaba de entrar.

—Cásate conmigo, hermosa —dice él—. Sé cuánto tengo en el banco. Ni te asustará ni te hará huir.

—Tendré tu nombre en cuenta cuando esté buscando —digo, leyendo su placa—. Tienes mi palabra.

Él pone la mano sobre el corazón, fingiendo que late más rápido por mi respuesta. El chico es simpático, lástima que sé que ya durmió con mis dos vecinas de puerta de los pasillos del personal, la rubia a la izquierda y la pelirroja a la derecha.

—Ahora me siento más tranquila, después de decirte eso —continúa ella, mientras el hombre se aleja—. Las pibas se deslumbran cuando ven a los millonarios.

—¿Los dueños del barco se quedan con las empleadas? ¿No temen una demanda por acoso?

—Que yo sepa, la respuesta a tu primera pregunta es no, pero los amigos de ellos no tienen los mismos escrúpulos. Y si fuera verdad

que los patrones se quedaran con las empleadas del barco, en el caso de los tres, serían ellos los acosados.

—¿Por qué?

—Son pibes hermosísimos. Corren muchos chismes. Trabajo en la flota desde hace muchos años. Sé que está Emiliano, el hermano mayor y CEO; Martín, que es jugador de polo…

—Sí, de él he oído hablar. Anda con un palo sobre un caballo intentando hacer un gol, ¿no? Investigué en el celular. ¡Qué locura!

Ella se ríe tanto que se sujeta la barriga.

—Vos, piba, vas a llegar lejos con ese sentido del humor. Volviendo a los patrones: el tercero es médico, Simón.

—¿Y son guapos?

—Sí.

—¿Ricos?

Ella asiente con la cabeza.

—¿Solteros?

—Son muy codiciados por jóvenes de buena familia de todo el mundo.

—Bueno, al menos no todos son CEOs.

—¿Qué?

—¿No lo notaste? Son un cliché de novela romántica, listos para ser protagonistas. Sin embargo, daría lugar a una serie muy variada. Normalmente, todos son CEOs en los libros que leo.

—Ah, pero a mí me encantan los libros con CEOs.

—A mí no me importa la profesión, mientras la historia sea buena y el hombre sea atractivo.

—Yo sueño con el día en que encuentre un CEO como en las historias, que me mire a los ojos y me diga: *isos vos, pobre exótica, la mujer de mi vida!*

—¡Jesús! Y yo era la graciosa, ¿verdad? —digo, secándome la lágrima de la risa que se me escapó—. Ahora tendré que arreglar mi maquillaje, Verónica. Debe estar todo corrido.

—No, estás hermosa. Che, no quiero ser aguafiestas, pero si te querés ganar tus dólares, debés ir ya a la discoteca. La mayoría de los invitados ya llegó.

—¿Hasta qué hora dura la fiesta?

—Ah, linda, no hay hora exacta para que termine. Suelen quedarse todo el fin de semana, pero te aseguro que vale la pena.

—Espero que sí. No estoy lista para volver a mi ciudad en Brasil todavía, pero soy del tipo de persona que mantiene los pies en la tierra y me gusta tener un ahorro. Muchas gracias por los consejos,

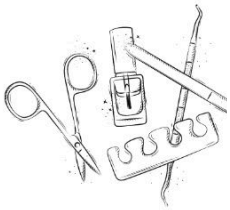
Verónica. Lo he registrado todo. Nada de magnates guapos en mi vida.

—No dije que no debés salir con nadie. Con esa cara y cuerpo, tenés que aprovechar, solo no dejés que te usen esos ricos.

—Bueno, si encuentro a mi príncipe azul allí dentro y él no ha dormido con todo el barco, como parece pasar con la mayoría de los meseros, tal vez intente mi suerte con alguien de mi misma clase social. Me siento aventurera esta noche.



Lorena



Capítulo 10

Sabía que había cuatro discotecas en el barco, pero aunque los *nightclubs* eran mi lugar de trabajo principal y servir el desayuno era solo un "extra", nunca había venido a esta.

Por el rumor que circula de que no es raro que los patrones den este tipo de fiestecitas, supuse que este lugar en particular se mantiene cerrado solo para situaciones así.

La música está alta, no de manera insoportable, pero hay mucha gente dentro y en un punto, Verónica tenía razón: hay varios hombres atractivos. De hecho, hay personas bonitas: hombres y mujeres; la mayoría, si tuviera que adivinar, rondando los treinta y pareciendo no tener otra preocupación en la vida que no sea divertirse.

Debe ser bueno nacer heredero y solo tener que decidir si quieres pasar las vacaciones en París o en Nueva York, y no preocuparte por si las cuentas del mes van a cerrar en azul.

—Hola, por favor… —Escucho que me dice una chica, justo cuando comienzo a dirigirme a uno de los bares de la discoteca—.

¿Puedes ayudarme?

Aunque la fiesta continúa con risas, conversaciones y música, su voz se abre paso entre el ruido, llegando sobre mi hombro derecho. Sobre todo porque estamos en un área donde la música suena más distante y hay algunos focos de luz que no son los de colores habituales.

En mi mundo, cualquiera que me hable lo hace usando las palabras mágicas: "por favor" y "¿puedes ayudarme?".

Me giro, esperando encontrar a una de esas mujeres con aspecto de supermodelo que hacen que mi metro sesenta y siete de altura parezca "bajito" a su lado, pero en lugar de eso, veo a una chica de cabello negro, abundante, ondulado, y ojos casi del mismo tono.

—¿Sí? —pregunto formalmente, porque aunque es linda y educada, me toma unos diez segundos darme cuenta de que no es una empleada del barco, sino alguien de la "realeza".

—Estoy desesperada. ¿Podrías venir conmigo un segundo? Aquí no podrás escucharme bien.

—Está bien.

Me guía hasta la antesala de la discoteca, donde incluso hay una anfitriona dando la bienvenida a los invitados, pero cuando

llegamos, aún no está satisfecha y, tomando mi brazo, me conduce a un pasillo vacío.

Habló conmigo en inglés, pero ahora estoy segura de que es latina por la informalidad al tocarme. Aprendí, en los dos cruceros en los que trabajé, algo que no es común entre estadounidenses o ingleses: los "contactos no solicitados". En Sudamérica, ya tenemos más por hábito el tocar, incluso en conversaciones casuales.

Muchas veces, con niños y bebés, tuve que controlarme cuando encontraba a alguno muy lindo, siguiendo el consejo de mis compañeros de trabajo, para no correr el riesgo de que los padres me consideraran *demasiado amistosa.*

—¿En qué puedo ayudarte? —pregunto, mitad por curiosidad, pero principalmente porque no puedo perder tiempo. Ya estoy dentro de mi horario de trabajo.

Necesito mucho las propinas que recibiré hoy porque, a diferencia de la chica linda que me sacó de mi ruta y parece una princesa millonaria de Disney, yo no tengo ningún otro soporte ni a quién acudir que no sea yo misma.

—Necesito consejos y una amiga para la noche.

Le doy una sonrisa tímida. Una parte de mí siente pena porque suena muy desesperada, pero no tengo tiempo para hacer de niñera

de una chica rica.

Señalo mi placa.

—Lo siento, pero soy parte del staff del barco. Estoy trabajando esta noche —digo lo obvio, por si acaso el uniforme de mesera-striper no le había dado alguna pista.

—¿No puedes fingir que eres mi amiga?

Jesús, ¿de qué planeta salió esta chica? Las personas no abandonan sus turnos así, cambiando planes sin pensar.

Aunque estoy algo impaciente, siento lástima por ella porque no suena como una mimada que cree que debo servirle de acompañante, sino como alguien solitaria que necesita ayuda.

—No, señorita. Lo siento de verdad —respondo en español, y ella me sonríe levemente.

—No podés dejar de trabajar, ¿verdad? Y algunos consejos, ¿podrías darme?

—¿Consejos?

Ella pone la mano sobre el corazón.

—Estoy enamorada.

—¡Ah…!

Mi exclamación lo dice todo y nada al mismo tiempo, porque no puedo estar segura si la chica es solo muy ingenua, loca, o si tomó

alguna sustancia ilegal.

Discretamente me acerco para ver si huele a alcohol.

Nada.

Si tomó algo, no fue alcohol.

O quizá es solo una niña viviendo su primer amor y ansiosa por recibir consejos.

Sin embargo, algo no me cuadra en la escena.

Echando un vistazo rápido a la discoteca, la chica conmigo no parece tener la edad que debería para estar entre esas personas.

¿A quién quiero engañar? Yo, con casi veinte años, debo tener al menos diez años de diferencia con cada uno de los invitados presentes, hombres o mujeres, excepto la desconocida que necesita ayuda.

—Vos parecés alguien con experiencia —continúa, y mi sonrisa pasa de empática a falsa en un parpadeo.

¿Experiencia en qué?

No tengo dudas de que aunque ella tenga uno o dos años menos que yo, lo que he vivido cuidando a mi tía y trabajando me convirtió de adolescente a adulta muy rápido. Sin embargo, a menos que esté equivocada por la barrera del idioma, parece referirse a "experiencia" con respecto a hombres.

¿El hecho de que use un uniforme escotado le dio esa impresión?

En ese instante, mi humor cambia. No suelo prejuzgar a las personas y tampoco acepto que lo hagan conmigo.

—Lo siento. No tengo experiencia en noviazgos, si eso es lo que intentabas decir. Además, no formo parte de tu entorno social.

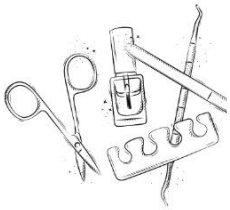
—Lo sé, pero no puedo pedir ayuda a nadie más.

Completo por ella mentalmente: *excepto a la mesera con un escote enorme y mucha pierna a la vista. Experta en el arte de seducir.*

¡Jesús, esto solo puede empeorar!



Lorena



Capítulo 11

—¿Cuál es tu nombre? —pregunto.

—Ay, perdón, qué boluda que soy. La ansiedad me hizo ser maleducada. Me llamo Anita.

—Mucho gusto, Anita, mi nombre es Lorena.

—Ya lo leí en tu placa.

—Ahora, respecto a tu problema, realmente lo siento, pero no veo cómo podría ayudarte.

—Oh, pensé que…

—¿Pensaste que el hecho de que esté vestida así y trabajando en el barco me haría más experta?

Ella tiene la decencia de sonrojarse.

—Sí.

—Solo tengo diecinueve años, Anita.

—Dios mío, juraría que tenés como veinticinco. Sin ofender, pero tenés un cuerpo muy exuberante.

—No me ofendo fácilmente. No hay problema, pero la cuestión aquí es que viniste a pedir ayuda a la persona equivocada.

Ella bufó, pareciendo desanimada, y no puedo evitar pensar que, aunque es un poco "despistada", tiene un modo medio adorable.

—¡No sé qué hacer!

—No puedo quedarme conversando, estoy al inicio de mi turno, pero haz un resumen rápido de tu problema y veamos si puedo ser útil.

—Básicamente, esta noche es la oportunidad de mi vida. Ni siquiera debería estar en esta fiesta, pero mi primo fue muy generoso —hace una pausa—, no, en realidad no fue generoso. Hicimos un acuerdo. El hecho es que estoy en un lugar donde la mayoría de la gente me lleva más de diez años.

—Sí, más o menos lo intuí.

—¿Me entendés, Lorena? Es como entrar a Disneylandia de adultos. Y, encima, estoy a pocos pasos de mi crush.

No puedo contener la risa.

—Por lo que entiendo, tu crush es mucho mayor y alguien que tu primo no aprobaría.

—Dalo por seguro. Además, él no me ve como adulta.

Porque no pareces una. ¿Quién podría culparlo?

—¿Cuántos años tienes, Anita?

—Dieciocho.

Era lo que imaginaba, pero por su ingenuidad casi pensé que tenía menos.

—Mira, no sé cómo ayudarte. Como ya te dije, no tengo mucha experiencia en esto, pero creo que hay una ley universal que aplica para coquetear en cualquier situación.

—¿Cuál es?

—No te muestres desesperada por él, como un perro chihuahua feliz moviendo la cola al ver llegar al dueño de un viaje.

—¿Tenés perro, Lorena?

—No.

—Ya sabía. Solo para que lo guardes para futuros consejos, no creo que un chihuahua sea buen ejemplo. Son nerviosos y creo que es más fácil que muerdan la pantorrilla del dueño si tardan en volver de un viaje.

—Pero captaste la esencia.

—Sí. No debo mirarlo como si fuera un suculento filete.

—A menos que él también te mire así. En ese caso… —me interrumpo a tiempo—. No, ni siquiera así. ¡Nada de filetes! No seas uno, no lo desees.

—Es un bombón. No puedo evitarlo. Cuando lo miro, me babeo.

Dios, ella me hace reír.

—¿Lo conoces desde hace mucho tiempo?

—Sí.

—¿Y nunca pasó nada?

—Hasta la semana pasada yo era menor de edad.

—¿Es amigo de tu primo?

—Ajá. Creeme, aunque él me considerara la mujer más sexy del mundo, cosa que dudo, no se me acercaría por mi primo.

—¿Y quieres salir con un chico miedoso?

—No es miedoso. Solo no quiere arruinar la relación con mi familia.

Tal vez "miedoso" no sea la palabra correcta. "Desinteresado" probablemente encaje mejor. Si Anita siempre es tan "discreta" con su amor y el chico no ha hecho nada hasta ahora, puede que simplemente no tenga ganas.

Estoy totalmente a favor de los amores prohibidos. Es uno de mis clichés favoritos en romance, pero el cliché donde la mujer queda como alfombra para que el chico la aplaste es un gran "no" para mí.

—Tal vez él me vea fea.

—Eso es imposible.

—¿Pensás que estoy buena?

—Eres hermosa, por dentro y por fuera, al menos para mí, la desesperación no es atractiva.

—¿Creés que estoy desesperada?

—Esas fueron tus palabras, no las mías. Llegaste diciendo eso.

—¡La concha de la lora! ¿Todo el mundo lo nota? ¿Sus amigos también?

Probablemente.

—Con un poco de suerte, no.

—Sí, todos deben haberlo notado. Sobre todo porque cuando estamos en el mismo lugar, no puedo hacer nada más que mirarlo como… —parece buscar la palabra— como un perro labrador.

—Supongo que es una raza dócil.

—Sí, re dócil. ¡La puta madre!, y yo pensando que solo estaba siendo encantadora al mirarlo fijamente en cualquier lugar.

—Realmente no sé cómo ayudarte, pero poniéndome en el lugar de tu crush, si yo tuviera a alguien tan interesada en mí que me mirara en cualquier lugar, me parecería un poco intimidante.

Ella se muerde el labio, como si estuviera pensando.

—Quizás tengas razón. Entonces, ¿qué hago?

Me encogí de hombros.

—Darle celos, tal vez. El desprecio parece una táctica mejor que parecer siempre disponible.

Ella me abraza.

—¡Sos una genia de la seducción!

—Difícilmente. Ahora, debo irme. ¿Puedo decirte una última cosa?

—Claro. Somos amigas.

Puse los ojos en blanco, porque probablemente nunca más nos volvamos a ver.

—Tal vez este nuevo chico con quien fingirás coquetear sea más interesante que tu objetivo. Dijiste que llevas años interesada en tu crush y nunca pasó nada. Parece que la relación, si se llega a dar, empezará con desigualdad.

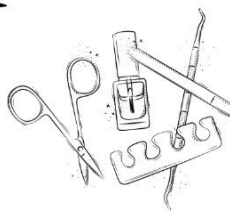
—Che… gracias, Lorena, pero este último consejo no lo escucharé. Lo amo, estoy segura, y será mi esposo.

—Está bien. Ok, buena suerte, Anita. Te deseo todo lo mejor.

Ni espero a que responda, porque perdí minutos preciosos y no quiero desagradar a los dueños del barco ni a sus invitados.



Emiliano



Capítulo 12

—¿A qué hora vamos a subir? —preguntó Caluccia, una mujer con la que ya estuve algunas veces en el pasado.

—Hoy no —la despido con suavidad, solo porque soy demasiado educado para decir lo que realmente pienso: *y nunca más.*

Sigo algunas reglas simples en la vida respecto a las relaciones con mujeres.

Una vez que decido que terminé con alguien, no doy marcha atrás para una repetición.

No tengo relaciones sexuales con vírgenes bajo ninguna circunstancia.

No salgo con alguien por más de dos meses.

Nunca acepto a una mujer como novia, porque así evito crear expectativas de un futuro para ambos y también impido que la ruptura sea más dolorosa de lo necesario.

—¿Por qué no? ¿Te das cuenta de lo absurdo que es estar moviendo ese trago como lo haría un pobre *barman*?

Ella hace una mueca de repugnancia, no tengo duda, porque tuvo que pronunciar la palabra "pobre".

¿Y realmente cree que no la llevaré a la cama solo porque estoy preparando tragos? No puede ser tan despistada.

Por un instante, dejo la coctelera sobre la barra y dejo que mi mirada recorra su cuerpo.

No, ella no es ingenua. Prefiere ignorar que esto terminó.

Caluccia es hija de una de las familias más ricas de Chile, y por esa razón se ha metido en la cabeza que tiene que casarse conmigo, no solo con un heredero como ella, sino con alguien que construyó su propia fortuna.

¿Cuál es el único problema?

Nuestra relación (si es que puedo llamarla así, considerando algunas escapadas espaciadas en sesenta días) terminó hace más de un año.

—¿Quién te invitó a la fiesta?

No tengo ánimo para soportar boludeces esta noche. Cada vez que nos encontramos, la escena se repite, y ya he vivido suficiente de eso para varias vidas. No voy a aceptar otra mujer así en mi vida.

—No seas grosero.

—No lo soy. Solo soy directo.

—Anita me invitó. Tu prima me adora.

—Ella no podría haberlo hecho. Sobre todo porque sabía que no se quedaría hasta el final.

—Oh, pobrecita. ¿La fiesta apenas empieza y ya tiene que irse?

—Anita apenas cumplió dieciocho. La edad promedio de los presentes es más de una generación mayor que la suya.

—A veces eres tan anticuado, Emiliano.

—¿Qué querés, Caluccia?

—Sabes lo que quiero. A nosotros dos de nuevo. Somos perfectos juntos.

—Eso no va a pasar. Terminamos.

—Anita apoya nuestro amor.

—¿Amor? Nunca estuvimos enamorados. Nos gustaba coger.

Ella da la vuelta a la barra.

—Nos encantaba, y por eso estoy acá. Cogíamos como dos conejos. Podríamos recordarlo.

—No, gracias.

Una de las razones por las que terminé con ella, además de que se acercaban los dos meses de mi límite autoimpuesto, fue notar un pedazo de envoltorio de condón perforado en la mesita de noche, una noche en que salí un instante a buscar bebidas en la cocina.

No quiero hijos, dentro o fuera del matrimonio (en realidad, tampoco quiero casarme), y soy paranoico con respecto a los métodos anticonceptivos. Jamás uso un preservativo sin revisarlo, no importa cuánta calentura tenga. Un amigo mío cayó en esa trampa y su tranquila vida se volvió un infierno cuando la mujer usó al niño como moneda de cambio.

Lo peor es que a ella no le importaba el bebé. Usaba a la hija para conseguir cada vez más dinero. Al final, llegaron a un acuerdo y ella literalmente vendió a la niña al padre para garantizar que estaría segura.

Esa noche, confronté a Caluccia al respecto y negó haber perforado los condones, jurando que nunca haría algo así, pero pude ver en su rostro que mentía.

Fue el fin para nosotros. No tolero la deslealtad. Forzar un embarazo en una relación que desde el inicio acordamos que era casual, para mí, ocupa el primer lugar en la pirámide de la deshonestidad.

Y ahora, sabiendo sus planes de casarse conmigo aunque tenga que engañarme, incluso si no tuviera reglas sobre no volver con una ex, jamás la tocaría de nuevo.

La confianza para mí es algo que, una vez rota, no tiene lugar para una segunda oportunidad.

—Entonces, ¿no te importa si salgo con uno de los amigos de Martín?

—¿Querés que te presente a alguno de ellos? —pregunto con cinismo, tomando nuevamente la coctelera.

—¡Sos una mierda, Emiliano!

—¿Cuánto tiempo llevás jugando este juego, Caluccia?

De nuevo, detengo lo que estaba haciendo (preparando un trago sin alcohol para mi prima) y la miro fijamente.

—¿Qué?

No estoy de humor para estar con nadie hoy porque todos los rostros presentes me son conocidos, y ninguna de las mujeres me despierta deseo. Preparar tragos me relaja. Mañana habrá otros invitados, ya que planeamos pasar todo el fin de semana en el barco; tal vez alguna de ellas traiga a una amiga que llame mi atención.

—Cada vez que nos encontramos, intentás volver a mi cama. Ya pasó un año, Caluccia. Entendelo, se acabó.

—¿Por qué tenés que ser un idiota insensible?

—Sobre ser insensible, soy un Benítez. La insensibilidad está en mi sangre.

—Demasiado.

Percibo por la visión periférica que alguien se acerca, así que bajo la voz para no exponer a mi ex.

—No intento ser un pelotudo. Esta es la versión amable de mí que no quiere que te humilles. Dejá de perseguirme.

—No te estoy persiguiendo.

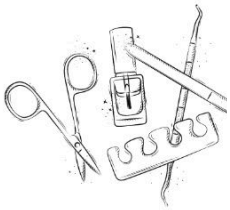
—¿No? ¿Cómo llamás a que cada vez que nos topamos en la noche actúes como si hubiéramos cogido ayer? Seguí con tu vida. Ya no existe un "nosotros".

Nunca existió, pero ¿para qué echárselo en cara?

—¡Andate a la mierda! ¿Te crees demasiado bueno para mí? ¡No lo sos, *barman de segunda*! ¡Te vas a arrepentir! —Logra gritar aún más fuerte que la música de la discoteca y se va pisando fuerte.



Lorena



Capítulo 13

Unos minutos antes

Después de librarme de la adorable y un tanto despistada Anita, descubrí que había tres bares dentro de la discoteca donde se estaba celebrando la fiesta y no había ninguna organización sobre a cuál yo debía servir.

En el barco, creo que, al igual que en los restaurantes, nos dividimos por sector.

Cada quien sabe de qué mesas se encargará. Incluso en las discotecas, se mantiene esta división, y aunque la mayoría de los invitados disfruten la noche de pie, en pequeños grupos, al final todo funciona correctamente.

Aquí es un caos, y supongo que la razón es que los camareros (hombres y mujeres) saben que mientras más invitados atendamos en las fiestas, más ricos saldremos cuando todo termine.

—¿Lorena, cierto? —Escucho a un barman leer mi tarjeta y gritar mi nombre en español, en la barra ubicada justo en el centro de la discoteca.

—Sí.

—Lleva estos cócteles a la mesa cinco.

—Pero yo no hice el pedido.

Quiero ganar dinero, pero no si eso significa que otra persona pierda.

—¡Ah, qué tierna! Una novata. Amor, presta atención: no importa quién hizo el pedido, sino quién lo llevó. Probablemente la persona que recibió este pedido está atendiendo a alguien que le dará una propina mayor.

—Ah, creo que entendí. Déjamelo a mí.

Dos horas y muchos cócteles y aperitivos servidos después, tengo el mismo dinero que habría ganado por pasar una semana en Argentina con la promoción de los Supermercados *Precios Cuidados*, de Pamonhópolis de la Sierra (el equivalente a quinientos dólares estadounidenses), en el bolsillo trasero de mi short-falda.

He repartido tantas sonrisas que incluso siento un poco de dolor en la mandíbula.

Dios mío, qué suerte haber elegido la barra central. Aquí es donde todo sucede. La gente bebe sin parar y parece que mientras más "alegres" se ponen, más dispuestos están a soltar pesos argentinos

de sus carteras de cuero de cocodrilo (según escuché a uno de los invitados comentando sobre el origen de la suya).

—¿Cansada? —pregunta otro camarero.

—No. Estoy acostumbrada a trabajar mucho. En Navidad y Año Nuevo, en el salón de belleza donde era manicurista, en mi ciudad, ya he tenido turnos desde las diez de la mañana hasta casi las once de la noche.

—¿Sin pausas? —Se le abren los ojos.

Sé que es de algún lugar de Escandinavia, aunque en este momento no recuerdo cuál. Después de unas semanas, empiezas a confundir la nacionalidad del personal.

—Sí. Almorzaba un sándwich, pero valía la pena al final del mes.

O al menos eso creía en su momento, porque ahora, con lo que gané en solo dos horas, empieza a formarse un plan en mi cabeza.

Soy libre y tengo pasaporte. Hablo inglés y español decentemente y, en algún lugar del planeta, siempre es verano, lo que significa que los cruceros están en circulación. Entonces, si ya di el primer paso como ciudadana del mundo y adquirí algo de experiencia en el *Aurora of the Sea*, ¿por qué no continuar con esto?

¿Qué me obliga a volver a Pamonhópolis de la Sierra? *Nada*.

No hay nadie esperándome. Mis conocidos en la ciudad tienen sus propias familias y, al final, yo estaré sola.

Miro al techo de la discoteca, como si pudiera ver el cielo, y hablo con Dios en silencio.

Haré un trato, Señor. Si al final de la noche tengo el equivalente a mil dólares en propinas, será una señal de que no debo volver al salón de la señora Cida, sino continuar mi camino por el mundo.

—¿Soñando despierta? —pregunta.

—Haciendo planes. No soy buena tomando decisiones improvisadas. Suelo pensar demasiado, pero acabo de hacer un pacto con Dios y esperaré a que me dé una respuesta. Dependiendo de lo que pase, pasaré de ser una chica del interior a una viajera sin destino fijo.

—Buena suerte con eso, linda. Si quieres un compañero de aventuras, yo estoy sin rumbo después de que termine la temporada aquí.

—Lo pensaré. Gracias.

—Lorena —me llama el barman—, se acabó el vodka. ¿Puedes traer una botella de la barra de la izquierda?

—¿De cualquier marca?

—Esta noche solo hay una marca rusa, considerada la mejor actualmente. Los jefes solo quieren oro líquido —dice, haciendo un gesto con la cabeza hacia dos hombres altos que descubro son Martín y Simón Benítez.

A pesar de ser hermanos, tienen temperamentos completamente distintos, o al menos eso parece.

Mientras Martín, el jugador de polo, baila rodeado de al menos media docena de mujeres y, como un verdadero multitarea, logra prestar atención a todas, Simón está en un rincón con un vaso de whisky en la mano, y varias jóvenes intentan llamar su atención.

Habla con ellas, pero incluso desde lejos podría apostar que no está interesado en ninguna. O tal vez esa actitud de "convénceme de que vales la pena" sea parte de su encanto.

Me obligo a concentrarme en lo que me pidió el barman porque, aunque es tentador observar a los ricos y famosos, mirar romances ajenos no llenará mi bolsillo de propinas.

—¿Solo una?

—Sí. Gracias por eso, Lorena.

—De nada.

Sigo en línea recta hacia la barra que me indicó, sonriendo a algunas invitadas y evitando contacto visual con los hombres,

porque ya recibí algunas insinuaciones y mi mente está enfocada en lo que Verónica me dijo.

Para estos hombres, no soy nada más que un cuerpo que pueden usar y desechar a la mañana siguiente.

No, gracias.

No planeo morir virgen, pero cuando ocurra, será con alguien que haga que mi corazón se acelere.

Distraída en mis pensamientos, llego a la barra y estoy a punto de pedir la vodka, hasta que escucho a una mujer decir:

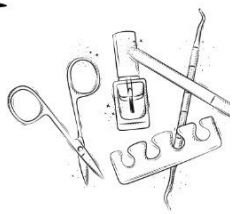
—¡Andate a la mierda! ¿Te crees demasiado bueno para mí? ¡No lo sos, *barman de segunda*! ¡Te vas a arrepentir!

Jesús, pobre tipo.

Probablemente sea otra rica engreída que cree que solo por tener dinero puede maltratar a los demás. Para no incomodarlo, voy directamente hacia las neveras, sin siquiera mirar en su dirección.



Emiliano



Capítulo 14

—Vaya, lamento mucho por eso, amigo. —Escucho una voz decir en español, con un acento extranjero, todavía sin identificar del todo de dónde es—. Es horrible cuando los pasajeros no aceptan un "no" con clase, ¿verdad? Aunque, por si no lo sabes, esa no es pasajera, sino una invitada de los jefes. La fiesta es solo para amigos de ellos.

—¿Quién sos? —pregunto a la mujer que noté de reojo mientras estaba con Caluccia, sin poder creer que fuera tan despistada como para no haberme visto y, mucho menos, reconocerme.

—Lorena Brito. Perdón por la falta de educación, pero no quería incomodarte cuando vi a la mujer acercándose a ti de manera tan… graciosa —ironiza—. Enfócate en lo positivo: esta noche nos vamos a volver ricos y luego nos volveremos locos, gastando nuestros pesos en Buenos Aires. Hasta ahora ya conseguí el equivalente a quinientos dólares estadounidenses. Es increíble cómo los millonarios se desprenden del dinero con tanta facilidad.

No me agrada la charla superficial en general, ni el tono de familiaridad, pero sobre todo, desprecio a las personas mercenarias.

La mujer logró, en pocas frases, reunir las tres características que detesto.

Corriendo el riesgo de sonar cínico, puedo decir que conozco todos los tipos de juegos que las mujeres pueden intentar.

Otra de mis reglas, sin embargo, es no salir con empleadas, sin importar lo atractiva que sea. Además de hacer casi imposible "desconectarse" de la mujer cuando la relación termina (salvo despidiéndola, lo cual sería injusto), no mezclo negocios con placer.

Me giro completamente hacia ella ahora. La desconocida sigue de espaldas a mí.

Estoy seguro de que es otra de las camareras que intenta llamar mi atención, fingiendo no reconocerme.

Se mantiene inclinada, hurgando en la nevera inferior.

Mi antipatía inicial se calma un poco, aunque contra mi voluntad, cuando percibo que tiene un culo impresionante. Levantado, en forma de corazón, con cintura estrecha y caderas amplias. En la posición en que está, el ángulo es perfecto para que pueda admirarlo.

Sin duda, está intentando impresionarme, lo cual, claro, lo logra.

—¿Y estás ganando mucha plata esta noche?

—Sí. Aparentemente, una sonrisa hace milagros con los ricos —dice, todavía de espaldas.

—Me hablaste de lo horrible que es cuando los pasajeros no aceptan un "no". ¿Te acosan mucho, Lorena?

—Ni te imaginas… ¿Cuál es tu nombre, de hecho?

No respondo de inmediato. Aunque su voz es dulce y se demora más de lo que esperaba en mostrarse, aún no estoy convencido de que no esté jugando.

En un minuto, se solidarizó con el "no" que me dio Caluccia, se presentó de espaldas a mí, haciendo una especie de juego de escondite, impidiéndome ver su rostro, y continúa la conversación sin preocuparse por mostrarse.

No, todos en el barco saben quién soy. Incluso los empleados nuevos terminan descubriéndolo, porque mis fotos y las de mis hermanos aparecen con frecuencia en los periódicos. Más aún ahora que el equipo de Martín volvió a coronarse campeón.

—Mi nombre es Andrés —decido jugar junto, usando mi segundo nombre.

Finalmente parece encontrar lo que buscaba, porque se levanta con una botella de vodka en la mano.

Esperaba ver a una mujer bonita, porque son las que siempre envían a nuestras fiestas, pero cuando Lorena Brito se queda frente a mí, por primera vez que recuerdo, durante unos segundos no sé qué decir.

No es solo bonita.

Hoy vinieron muchas mujeres atractivas a la fiesta, pero noto rápidamente que hay algo en ella, en los ojos, que bajo la luz de la discoteca no logro definir bien, pero que diría que se encuentra entre el verde y el color miel; en su cabello abundante y castaño que cae en ondas sobre sus hombros estrechos; en su rostro con mentón delicado y pómulos altos; y en unos labios diseñados para pecar, que la hacen única.

Por un instante, olvido mi determinación de no involucrarme con empleadas y permito que mis ojos la recorran de pies a cabeza. Desde los pies pequeños, calzados con tacones rojos, pasando por los muslos generosos cubiertos por medias siete octavos con un tipo de short-falda encima, tan corto que la liga que sostiene la media queda visible.

Tiene tetas grandes para su cuerpo pequeño y el escote de la blusa del uniforme no hace nada por ocultarlos a miradas hambrientas como la mía.

Lorena Brito, la mujer que creo que finge no saber quién soy, definitivamente no es una más en la multitud.

No solo por estar *re buena*, sino porque nunca había encontrado un conjunto tan completo que me agradara *tanto*.

—Mucho gusto, Andrés —dice, con sus hermosos ojos muy abiertos, y para mi sorpresa, sale corriendo a continuación.



Lorena

Mi capacidad de razonar o hablar… incluso de respirar, desapareció en el segundo en que mis ojos se cruzaron con los de Andrés.

La mayoría de los hombres del staff del barco, que trabajan como camareros o barmans, son jóvenes y atléticos. Normalmente son encantadores, pero el hombre frente a mí es un espectáculo.

Sin esfuerzo, tiene unos veinte centímetros más que yo, y aunque viste de manera casual (camisa blanca de manga larga, jeans negros y zapatos), parece un modelo de pasarela.

Otra cosa que no parece coincidir con los otros camareros, además de su belleza excesiva y su edad (diría que tiene entre treinta y pico), es la confianza en sí mismo que refleja su postura.

Se comporta como un rey y no es pedante, pero es de ese tipo de persona cuya actitud de "que se joda el mundo" hace que la admires.

Me observa sin disimular, con un examen casi clínico. No necesito que nadie me diga que me está evaluando, como hace un hombre cuando le gusta lo que ve. He recibido miradas así muchas veces, pero nunca sentí como si alguien me hubiera conectado a un enchufe para recibir una descarga eléctrica más allá de lo que puedo soportar.

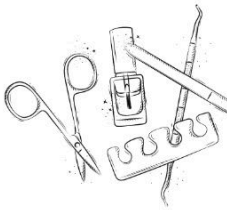
Me siento paralizada, y dejarme sin palabras no es algo que cualquiera consiga. Para bien o para mal, las palabras y yo somos amigas. Me gusta la gente y conversar.

Sin embargo, hay algo en este hombre que me atrae y al mismo tiempo me da miedo, y como no soy exactamente valiente, elijo el camino más fácil.

—Mucho gusto, Andrés —digo, aferrándome a la botella de vodka como si fuera un escudo protector, y salgo corriendo.



Lorena



Capítulo 15

—¿Por qué huiste de mi barra? —pregunta Andrés, cuando han pasado dos horas y treinta y cinco minutos y, inevitablemente, nuestros caminos se cruzan otra vez.

Me dirigía a una mesa que había pedido una botella de whisky y un cóctel, pero al escuchar su voz, me quedo paralizada en el lugar.

—No sé de qué hablas, Andrés.

La misma sensación inicial regresa, quizás un poco más intensa. Me deja las rodillas temblorosas, porque ahora no solo estamos a corta distancia uno del otro, sino que la forma en que me mira me confunde.

Parece hambriento y, al mismo tiempo, irritado. Como si no quisiera haber venido a hablar conmigo.

—Evitaste el camino para no venir hasta acá. Varias veces entregaste la bandeja a otra persona. Pensé que te interesaban las propinas.

Sí, me interesan, pero no me gusta la manera en que me haces sentir.

Hasta hoy, nunca tuve problemas para resistir las tentaciones en el barco. Tengo la cabeza fría y los pies bien firmes en la tierra, así que creía estar inmunizada frente a hombres como Andrés, completamente irresistibles.

Sin embargo, debe haber una razón para que los llamen irresistibles: simples mortales como yo no tenemos la menor oportunidad de mirar hacia otro lado con un hombre así a menos de cien metros de distancia, y más aún estando tan cerca.

Soy una lectora empedernida de romances, por eso conozco de memoria lo que se narra en un primer encuentro entre la heroína y el protagonista: cuando sus miradas se cruzan y una emoción indescriptible atraviesa a la protagonista.

Al mirar al barman, Andrés, me siento exactamente así.

Excepto que este ya no es nuestro primer encuentro y sigo actuando como si estuviera hipnotizada.

Él tiene razón. Para evitar venir a esta zona, debo haber perdido unos trescientos dólares en propinas.

—Che, Lorena… —repite mi nombre, como exigiendo atención.

Es increíble cómo, con solo llamarme, logra que los vellos de mis brazos se ericen.

—Sí.

—¿Por qué huís de mí?

No puedo decir toda la verdad, pero mentir no va conmigo, así que opto por un término medio.

—Porque hueles a problemas.

—¿Qué?

—Trabajo en el *Aurora of the Seas*. Nunca te había visto aquí. Con tu tipo de belleza, presumo que te "reservan" para este tipo de fiestas. Déjame contarte algunas cosas sobre mí que, si estás interesado en algo más que charla, te harán retroceder de inmediato: no tengo sexo casual, aunque vista ropa de stripper —*no tengo sexo alguno, pero ¿para qué humillarme, no?*—, mi estancia en Buenos Aires durará solo mientras el barco esté atracado, porque decidí que usaré los cruceros como una manera de conocer el mundo, y por último, y no menos importante —trago saliva ante esto, porque será sin duda la mayor mentira que contaré en mi vida —, no eres mi tipo de hombre.

Sostiene una coctelera en la mano y puedo ver cómo deja de agitarla cuando termino de hablar.

No logro adivinar lo que está pensando, pero solo la manera en que me mira hace que la bandeja que sostengo tiemble en mis manos.

Mis ojos van hacia sus labios y no me doy cuenta de que estoy en un estado catatónico hasta que uno de los extremos se eleva en una especie de sonrisa disimulada, como si supiera perfectamente que mi última declaración fue una gran y redonda mentira.

Por el amor de Dios, Lorena, deberías haber dicho algo como "soy pobre, vivo con lo que gano", por si acaso él quisiera mantenerte, porque obviamente, decir que no era mi tipo no funcionó. Andrés atrae a cualquier mujer que tenga sangre corriendo por las venas y respire.

Aún no puedo moverme, y como si entendiera la causa de mi parálisis temporal, ahora sonríe por completo y, Dios mío, ¡ese hombre no debería tener permiso para sonreír en público!

—¿No soy tu tipo de hombre?

Trago saliva.

—No completamente. Soy contraria a la violencia o andar armada, y las mujeres deberían lanzarse sobre ti como moscas sobre la miel.

Algo brilla en lo profundo de sus ojos. A pesar de mantener la boca relajada, veo una determinación en su mirada que me eriza la piel.

Me preparo para irme cuando alguien me da un empujón, haciendo que la bandeja caiga de mis manos, rompiendo la botella

de whisky.

Mi primer sentimiento es puro pavor, porque el barman que me la entregó me había advertido que cuesta el equivalente a seiscientos dólares y que no están a la venta en el *Aurora of the Seas*. Son exclusivas para las fiestas de los jefes.

Por unos segundos, siento un zumbido en los oídos al ver mis planes de seguir viajando, según la promesa que hice a Dios más temprano, transformarse en un líquido ámbar y miles de fragmentos de vidrio. Hasta ahora había conseguido mil cien dólares en propinas, y con este desastre, más de la mitad los pierdo.

Me arrodillo para intentar recoger los restos, más para ocupar mis manos que por una solución real.

No suelo llorar fácilmente, pero estoy al borde de las lágrimas y no quiero que lo noten.

A lo lejos, escucho que alguien llama mi nombre, pero no levanto la cabeza para ver quién es.

Creo que la música se detuvo y tengo la sensación de que todos me están mirando, probablemente riéndose de la camarera torpe.

Al menos hay una persona que sí lo hace, porque escucho una risa femenina seguida de un "uy".

Cuando miro hacia atrás, es la misma mujer que hablaba con Andrés, la arrogante rica que lo humilló, y no necesito que diga nada para estar segura de que fue ella quien me empujó a propósito.

¿Por celos?

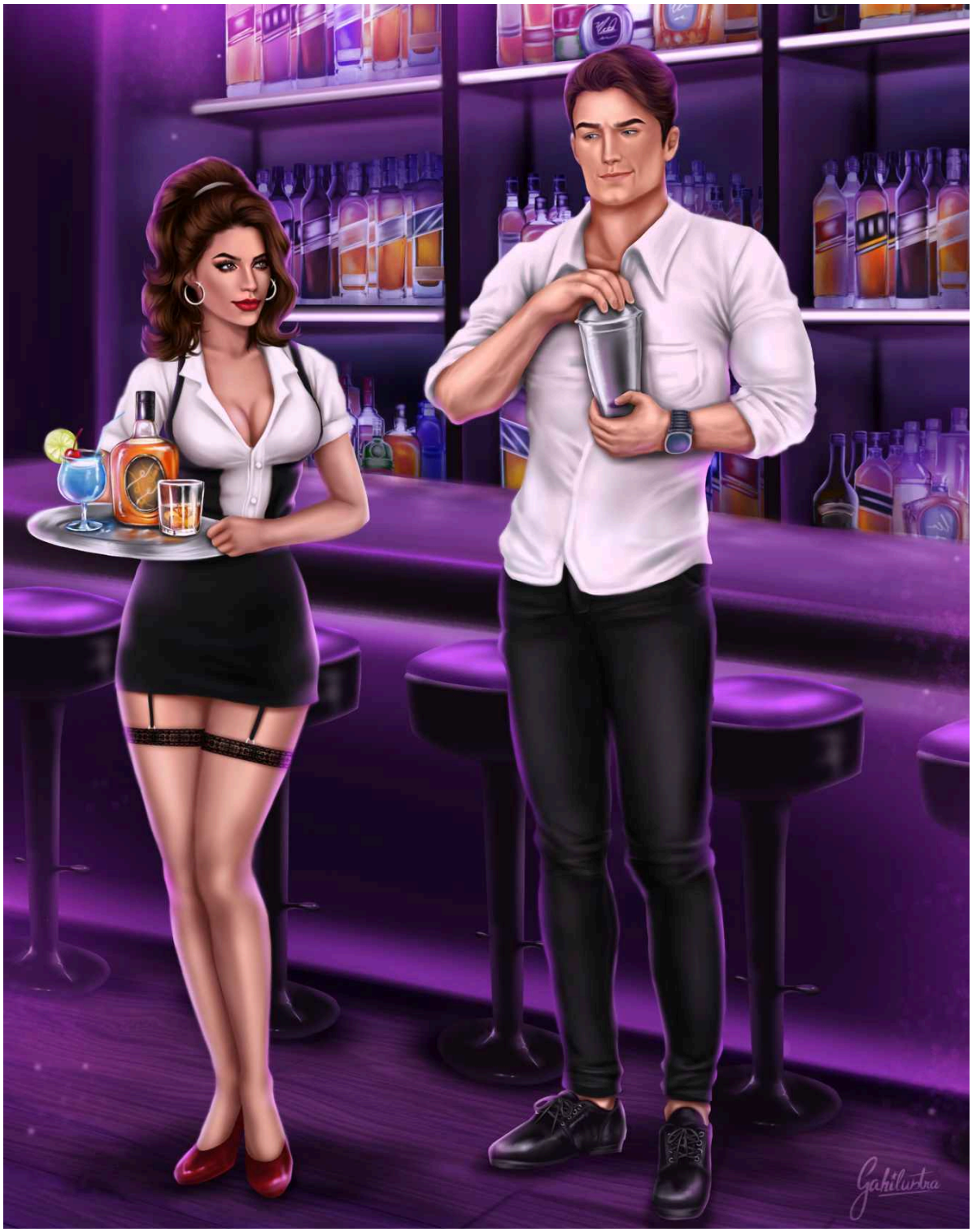
¡Hija de puta! ¿Cómo puede alguien ser tan cruel?

Muerdo el labio inferior con tanta fuerza para evitar que las lágrimas caigan que no sé cómo no me lo he cortado con los dientes. Vuelvo a colocar los fragmentos en la bandeja cuando escucho la orden:

—¡Andate ya mismo de acá! ¡Desaparecé!

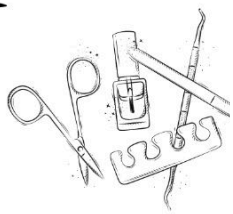
Sé que fue Andrés quien habló, y también sé que le habló a la bruja celosa.

—Lorena, no es necesario que recojas esto —dice, y sin que yo entienda del todo lo que sucede, me ayuda a levantarme, pasa un brazo por mi hombro y me saca de la discoteca.


Gabiluntra



Emiliano



Capítulo 16

—No puedo entrar ahí —me dice ella cuando la hago subir a la suite presidencial que normalmente se usa para tener sexo al final de las fiestas. Es un apartamento con cinco habitaciones completamente independientes.

Por más hermosa que sea Lorena, no es mi deseo lo que me domina en este momento, sino las ganas de cuidarla.

—¡Esa mujer me empujó! No sé cuál es tu relación con ella, pero si quieres un consejo, yo me alejaría de forma definitiva. Creo que se puso celosa de ti. —Supone.

—Sí, ya lo sé. Y te pido disculpas por ella. Nunca debió pasar.

Esa pelotuda de Caluccia queda completamente fuera de cualquier mierda que organicemos de ahora en adelante.

Intuí lo que iba a hacer en el momento en que se acercó a Lorena.

Caluccia está un poco obsesionada conmigo y me conoce lo suficiente para saber que la camarera llamó mi atención. Me estaba

observando y, además de que rechacé a cuatro mujeres, seguí a Lorena con la mirada toda la noche.

—¿Escuchaste lo que dije antes? No podemos entrar en este lugar.

—No te preocupes por eso. A los dueños no les importará.

—¡Pero es la suite presidencial! Yo no…

Lorena lleva la blusa completamente mojada y el brillo que llamó mi atención en sus ojos desapareció. Parece a punto de llorar, y aun así, sigue siendo hermosa.

—Shhhh… Solo andá al baño a limpiarte. Estoy seguro de que hay alguna camisa en uno de estos armarios para que no tengas que quedarte mojada.

—Mira, te lo agradezco de corazón, pero no quiero quedarme aquí, no, porque eso podría meterme en problemas.

—Por lo que veo, yo soy el problema.

Por primera vez desde el incidente, ella esboza una pequeña sonrisa.

—Hueles a problemas, Andrés. Es todo "demasiado". Demasiado guapo, demasiado atractivo, y debe ser muy travieso también. Por más que me sienta tentada… tendría que estar muerta para no sentirlo…

—Pensé que no era tu tipo de hombre.

—Lo eres, aunque no tenga un tipo definido. La verdad es que, si buscas diversión para esta noche, lo siento, pero no la tendrás. Quiero volver a mi camarote. De hecho, primero debo avisar a mi supervisor de esta noche que me voy. En realidad, mi tiempo allí había expirado hace media hora y… —Hace una pausa, pareciendo recién recordar lo que pasó—. ¡Dios, la pérdida con las bebidas!

—Todas las bebidas de alto costo que manejan están aseguradas —improviso, porque parece a punto de desmayarse.

—¿Qué?

—No tienes que pagar nada. Hay un seguro que cubre este tipo de pérdidas.

—Muchas gracias por decírmelo.

Ella suspira aliviada y, creo que sin pensar demasiado, se acerca a mí, rodea mi cuello con los brazos e intenta ponerse de puntitas para darme un beso en la mejilla.

En el mismo movimiento, rodeo su cintura. Lorena no tiene la altura suficiente para alcanzarme el rostro y, al inclinar la cabeza, nuestras bocas quedan a solo unos centímetros de distancia.

—Decime que sí.

—¿Sí a qué?

—No te traje acá para besarte, y no quiero aprovecharme de vos, pero necesito probar el sabor de esta boca.



Lorena

Cierro los ojos unos segundos, sintiendo como si su cuerpo me diera pequeñas descargas. El calor de este hombre y su aroma… Me siento como si estuviera un poco ebria de él.

La "Lorena sensata" me recuerda que debo volver al mundo real y salir de aquí lo antes posible. Estoy con un barman en la suite presidencial del barco en el que trabajo. Ninguno de los dos tiene autorización siquiera para pisar este lugar.

¡Sal antes de meterte en más problemas de los que ya tienes!, grita una voz en mi cabeza.

Por ahora, lo único que tendré que hacer es explicarle al supervisor que fue un accidente. Pero cada minuto que paso aquí aumenta el riesgo de que me despidan del *Aurora of the Seas* de manera definitiva, de que cierren las puertas de *F. Benítez Luxury*

Cruises para futuros trabajos y de perder cualquier oportunidad de obtener una buena referencia.

Estoy decidida a empujarlo, pero cuando nuestros ojos se encuentran, los de Andrés me miran tan profundamente como si intentara descifrar mi rostro, descubrir cada pequeño secreto que guardo.

Es una mirada que nunca había recibido. Tan hambrienta que me da frío en el estómago, como cuando estás a punto de lanzarte en una montaña rusa.

Su mano sostiene mi mandíbula y el pulgar recorre suavemente mis labios. Su toque es puro calor.

Una emoción que nunca había experimentado se extiende por mi interior.

Deseo. Lo adivino rápidamente. *Necesidad de ser tocada, tomada, devorada por él.*

Es una sensación salvaje, con una fuerza tan intensa que parece controlar mi voluntad y mi mente.

—No te conozco.

—Aún no, pero quiero conocerte, Lorena.

No hablo. No tengo coraje porque la intuición de peligro (no miedo de que él me haga daño, sino miedo de que yo me haga

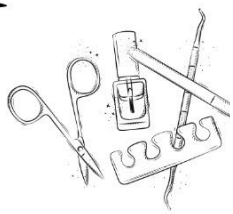
daño) que me genera estar cerca de él, aún no ha desaparecido, pero aun así, asiento con la cabeza, entregando la respuesta que él espera.

Algo en mi rendición lo conmueve profundamente, porque sus ojos se oscurecen y sus largas pestañas negras caen sobre su rostro al bajar la mirada hacia mi boca.

Siento la respiración atrapada en los pulmones. ¿Es posible desmayarse por anticipación? Porque creo que estoy a un paso de eso.



Emiliano



Capítulo 17

La boca de Lorena parece una fruta madura.

¿Será dulce? Sí, ella en su totalidad debe ser muy dulce y ya no puedo esperar para probarla.

Sus labios se entreabren a la espera, y es tan delicada que con una sola mano logro sostener su rostro y enredar mis dedos en su cabello castaño.

Siento la boca seca por anticipación, como si la suya fuera la única capaz de saciar mi sed.

No soy un romántico. Estoy muy lejos de serlo, pero la belleza de esta mujer es del tipo que no permite desviar la mirada.

Una especie de señal de alerta se enciende en mi mente mientras acerco nuestros labios. Como un aviso de que, a partir del momento en que la toque, algo cambiará en mí. Nunca fui bueno siguiendo señales, sin embargo.

Mi mundo, mis reglas.



Lorena

Mi respiración es un suspiro. Un simple jadeo ansioso de una presa que espera ser consumida por el depredador, en cuya jaula ella misma eligió entrar.

La fuerza que emana su cuerpo me deja un poco mareada y cuando finalmente me besa, la sensación es tan abrumadora que necesito apoyarme en Andrés para no caer.

Me hace olvidar no solo cualquier boca que haya besado, sino también a cualquier persona que haya hecho que mi corazón se acelerara. De rostros y sonrisas. De mi propio nombre, porque en el primer instante en que siento el sabor y la presión de sus labios sobre los míos, es como si estuviera fuera de órbita.

No es un beso lineal. Comienza como si me estuviera saboreando, pero cuanto más exige y más me entrego, más intenso se vuelve, hasta que su lengua, tocando la mía, me provoca una necesidad voraz que nunca había experimentado.

Gimo cuando él me agarra del culo y me acerca a su cuerpo. Me rindo a su fuerza y a la manera casi cruel en que sostiene mi cabello. Olvidándose de todo excepto de nosotros dos.

—Emiliano, ¿qué mierda…? —Escucho una voz preguntar y luego decir—. ¡Concha de su madre! Perdón, hermano, no sabía que tenías compañía.

Empujo a Andrés, asustada de haber sido descubierta, dándome finalmente cuenta de que estoy en un lugar prohibido.

Por un momento, mi cerebro se desconecta mientras las piezas encajan.

El hombre que acaba de entrar llamó a Andrés "Emiliano", el mismo nombre de uno de los herederos dueños de *F. Benítez Luxury Cruises*.

Los dos se parecen mucho entre sí.

Y más allá de eso, sé quién acaba de llegar.

El jugador de polo por el que las mujeres babeaban hace unas horas: Martín Benítez.

—Tu nombre no es Andrés —acuso.

—Un momento, Lorena. —Se gira hacia atrás—. Andate, Martín.

—¡Ni loco! ¡Estoy disfrutando del espectáculo!

Paso entre ellos sintiéndome una idiota. Claramente están jugando algún tipo de juego en el que yo soy el objetivo.

—¡Lorena! —Emiliano me alcanza, fuera de la suite.

Me quedo paralizada, de espaldas a él, sin valor para girarme, mientras pienso en lo que acaba de suceder.

De inmediato, vuelven a mi memoria las palabras de Verónica.

Un juguete.

Eso fue lo que fui en manos del millonario argentino. Una idiota que no lo reconoció y con quien se divirtió usando un nombre falso.

—Date la vuelta para hablarme.

Si él fuera cualquier otra persona, con la rabia que siento en este momento, lo mandaría al infierno, pero debo recordar que, a menos que renuncie, Emiliano Benítez es mi jefe.

—Tengo que cambiarme —digo, enfrentándolo, pero sin mirarlo, tratando de mantener toda la dignidad en mi voz.

En ese instante, doy gracias a Dios por hablar en español, porque estoy segura de que si fuera en portugués, él sentiría mi enojo en la voz. En idiomas extranjeros, siempre somos más educados.

—Quedate.

Siento mi sangre hervir.

—No sé si escuchó la parte en la que dije que no tengo sexo casual cuando se lo mencioné hace un momento, en el bar del club, señor Benítez, así que permítame complementar: no tengo sexo casual, sobre todo con mis jefes.

—Ibas a hacerlo con un desconocido. Con un barman.

Quisiera indignarme y decir que está equivocado, pero por cómo me hizo sentir con un simple beso, no estoy segura de dónde terminaría eso.

—Besé a un barman.

—¿Y cuál es la diferencia entre besar a un barman o a mí?

—¿Un universo entero de propiedades y muchos ceros a la derecha en su cuenta bancaria? Me engañó deliberadamente, señor Benítez. Me dijo que se llamaba Andrés.

—Me llamo Emiliano Andrés Benítez.

—No importa. Nunca podríamos llegar a ese punto. Usted es mi jefe.



Emiliano

En este momento, ignoro por completo lo inapropiado de lo sucedido. Hemos ido demasiado lejos como para retroceder ahora.

Podría haberme detenido (y eso no es seguro) antes de probar su sabor, pero ahora quiero más.

Decido entregar algo de la verdad, ya que la indignación de Lorena tiene fundamento: deliberadamente escondí quién era.

—Pensé que estabas fingiendo no reconocerme.

—¿Qué?

—No sería la primera vez que sucedería. Pensé que estabas jugando algún tipo de juego al principio.

Ella se sonroja, desde las mejillas hasta el delicado cuello.

—¿Pensó que intentaba seducirlo?

—No seducirme. Soy demasiado experimentado para acostarme con alguien sin llegar a eso. *Insinuarse* sería la palabra correcta.

Veo que aprieta los dientes y me imagino que en su mente me está puteando.

—Hablá.

—No. Me gusta mi trabajo.

—Hablá y te prometo que no habrá riesgos.

Ella bufa, como preparándose para la guerra.

—No soy un juguete.

—¿Qué?

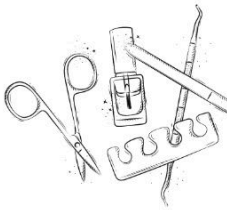
—Recibí consejos sobre cómo comportarme en sus fiestas, señor Benítez, porque todo lo que quieren es sexo casual y diversión.

Tiene razón, pero estaría muerto el día que admitiera una derrota.

—¿Y pensaste que con un barman sería diferente? ¿Qué esperabas? ¿Una propuesta de matrimonio?



Lorena



Capítulo 18

—¿Todavía estoy autorizada para hablar con libertad?

—Sí.

—Váyase a la mierda con su arrogancia, señor Benítez. Sabiendo que usted y el barman son la misma persona, independientemente de si somos de clases sociales diferentes o no, no me acuesto con el primer hombre guapo que me lanza un piropo. No quiero propuestas de matrimonio de nadie, mucho menos de un arrogante como usted.

Aunque sospecho que puedo estar cavando mi propia tumba laboral, ninguna propina en el mundo vale mi amor propio, así que salgo corriendo como si una manada de toros me persiguiera.

Llego a mi camarote y mis dos compañeras ya están dormidas. Ni siquiera puedo gritar de rabia, así que me doy una ducha para quitarme el olor a whisky y luego me quedo en la cama, segura de que no voy a poder dormir, teniendo que levantarme en unas pocas horas.

Decido correr por la cubierta. El piso no hace ruido y no despertará a nadie. Me pongo un short, un top y mis zapatillas, y

durante la próxima hora doy vueltas hasta casi desmayarme, pero no es suficiente, así que me dirijo al gimnasio del barco.

Gracias a Dios está vacío a esta hora, y la prueba es que tengo que ingresar el código que solo se da a los empleados para entrar.

Cierro la puerta y me quedo pensando qué hacer. Cualquier cosa que me acerque a un *infarto* servirá, así que opto por correr nuevamente, esta vez en la cinta.

Al terminar treinta minutos, estoy sin aliento, pero no con sueño, así que pienso que lo mejor es entrar a una sauna, aquí mismo en el gimnasio. Esto finalmente debería derribarme.

Casi voy a mi camarote a buscar un bikini, pero la pereza me gana, así que decido entrar con short y top. Puedo darme otra ducha en el camarote al regresar.

Prefiero el sauna de vapor al seco y me sorprende al notar que ya está encendido.

Me encogí de hombros. Tal vez la dejan así todo el tiempo.

Me quito las zapatillas y los calcetines, dejándolos afuera. Abro la puerta y me preparo para relajarme; pero apenas me recuesto, escucho un rugido.

—Quienquiera que seas, andate. El sauna está cerrado al público.

—¿Emiliano?

—¿Lorena?

En un segundo, él está frente a mí, saliendo como un dios griego entre el vapor.

—Perdón. Pensé que no había nadie aquí.

Mi instinto es correr y él lo percibe, pues sostiene mi brazo.

—No te vayas. ¿No podías dormir?

Dios mío, ese hombre entero es como una especie de droga de un metro noventa de altura. O tal vez él es la droga para mí, porque no puede ser normal la forma en que reacciono ante él.

—No, pero no debo quedarme. Lo siento.

—Yo también lo siento.

—¿Qué?

—Fui grosero con vos.

—¿En qué parte?

Él sonríe.

—No vas a hacerme la vida fácil, ¿eh?

Cometo el error de mirar hacia abajo y veo que está con una toalla. Y no solo eso. Digamos que la toalla no está exactamente hacia abajo en este momento.

Dios, siento que tengo fiebre, y no tiene nada que ver con estar en una sauna.

—¿No voy a qué?

Escucho su risa y quiero golpearlo porque no dudo que él sabe lo guapo que es.

—¿Podemos empezar de nuevo, Lorena?

—¿Por qué? Soy camarera en tu barco, no una de las mujeres con las que sueles enredarte, como la rubia hermosa de carácter infernal.

—Quiero más de tu boca.

Doy un paso atrás.

—Te dije que no tengo sexo casual.

—Vamos a conocernos.

—No quieres conocerme.

—Sí, quiero. Aunque no estoy prometiendo nada.

—Tengo que viajar.

—No lo harás. El barco no partirá por al menos una semana. Me adelanté porque sabía que mi hermano ganaría y siempre damos fiestas cuando eso sucede.

—¿Y por qué una semana más?

—Porque me gusta prevenirme.

—¿Y vas a pagar a todo el personal sin usar sus servicios?

—No voy a responder eso porque parecería un argentino soberbio, y ya tenemos bastante mala fama de eso.

—Habla.

—No hará diferencia para mí. La flota de barcos es solo una parte divertida y muy pequeña de mis negocios. Fue el sueño de mi abuelo y nunca pudo comprarla. La adquirimos en su honor.

—Mientras que la primera parte de lo que dijiste es realmente presuntuosa, la segunda es bonita. —Le golpeo el pecho con el dedo índice—. Tal vez no todo esté perdido en usted, señor Emiliano Andrés Benítez.

—¿Por qué no intentas salvar mi alma, Lorena?

—Porque probablemente sea un trabajo más allá de mi capacidad. *Quizás* tu alma tenga salvación.

—Tengo una propuesta que hacerte.

—¿Propuesta?

—Sí. Me tomaré vacaciones la próxima semana. No tendrás ningún lugar a dónde ir porque el barco permanecerá atracado. Viajaré con mis hermanos a nuestra isla. Vení con nosotros.

—¿Qué?

—Sin promesas de ninguno de los lados. Sin ataduras tampoco. Solo dos amigos viajando juntos y lo que suceda a partir de ahí, lo

veremos.

—Aunque aceptara, en una semana no pasaría nada.

—En una semana puede pasar mucho. Pero claro, son solo siete días.

Entiendo lo que quiere decirme. Si nos quedamos, al final del viaje nos separaremos.

Me siento muy tentada, pero ni siquiera sabría cómo comportarme entre ellos, así que la cobarde dentro mío vence fácilmente a la Lorena aventurera.

—Muchas gracias por la invitación, y lamento ser tu primer "no" en la vida, pero te aseguro que basta una semana conmigo y tú…

No me deja terminar. Me besa hasta robarme el aliento, y ni siquiera tengo tiempo de sentir miedo por estar prácticamente con un extraño semidesnudo dentro de un sauna vacío; solo cuando la sensación se vuelve placentera, me suelta.

—Lo que existe entre nosotros es química sexual. Decirme que "no" te perseguirá para siempre.

—Eres muy arrogante.

—Honesto, nada más. Recibir tu "no" no me perseguirá eternamente. Y no tiene que ver con que seas la primera mujer en

hacerlo, sino porque sé que nosotros juntos haríamos algo tremendo.

Mi cuerpo responde a sus palabras de manera visceral. Siento mis pezones endurecerse y el centro de mis muslos contraerse de necesidad.

Una semana solo disfrutando la vida, tomando sol en una isla y, al final, aún tendría mi empleo asegurado.

Una semana en medio de ricos sin saber siquiera cómo comportarme o cómo hablar con ellos.

Estaba mirando hacia abajo, pero lo miro.

Su pecho desnudo y musculoso, la toalla ajustada en la cintura estrecha y el abdomen lleno de músculos definidos.

Una semana al lado no solo del hombre más hermoso que he visto, sino también de quien me hace derretir por la forma en que me besa.

—¿Sería solo como amigos?

—Sería lo que quisiéramos, siempre que entiendas lo que te estoy proponiendo.

—Una semana sin ataduras.

—Sí.

—No creo que pueda hacerlo.

—¿No querés?

—No puedo.

Me preparo para salir, pero siento su cuerpo presionándome contra la puerta. No me toca. Sus manos enormes están apoyadas en la estructura de madera y, aun así, lo siento en cada parte de mí.

—Vení conmigo.

—Para tu placer. Porque no recibes un "no" desde la cuna.

—Porque te deseo, y desear no es algo común en mí. Suelo tomar lo que me agrada. Ni siquiera llego a codiciar.

Imprudentemente, me giro hacia él y ahora nuestras bocas están casi pegadas otra vez.

—¿Tienes una vida aburrida? —le pregunto.

—Se podría decir que sí.

—Tengo miedo.

—¿De mí?

—De nosotros, pero mi respuesta es *sí*.

Su rostro se acerca y necesito usar toda mi fuerza de voluntad para resistir y colocar mi mano entre nuestras bocas, pero lo hago.

—Sin ataduras, Emiliano. Y eso significa que me hiciste una invitación, pero no des nada por sentado.

Da un paso atrás.

—Me estás volviendo loco, Lorena, y eso solo hará tu vida más difícil, porque cuando te tenga, y te tendré, no te dejaré dormir.

Mi corazón late desbocado en el pecho, aunque intento aparentar que estoy bien.

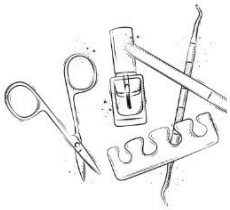
—¿Cuándo empieza?

—Mañana por la tarde. Vendré a buscarte. Estate lista para mí a las dos. Traé tu pasaporte.

No espero más instrucciones y salgo corriendo. Camino a mi camarote, y llego a la conclusión de que no es ni siquiera por gustarme huir, sino porque la idea de ser cazada por él es emocionante.



Lorena



Capítulo 19

Guardo mis pertenencias en la maleta abierta sobre la cama, y Verónica, la argentina, observa todo en silencio, mirándome fijamente.

Le conté sobre la invitación que Emiliano me hizo porque necesitaba desahogarme con alguien, y como Verónica trabaja en el barco desde hace mucho tiempo, sé que no difundirá la historia; tiene demasiado que perder. Además, confío en mi intuición respecto a las personas y creo que ella es de fiar.

Hoy por la mañana tuve que salir a comprar otra maleta porque la mía tenía la cremallera rota. Como he viajado mucho en un hotel flotante, y más aún en este mismo barco donde no necesito preocuparme por hacer check-in y mis pertenencias siempre están en la cabina, había pospuesto reemplazarla. Pero ahora que acepté viajar con Emiliano, no tuve otra opción.

Verónica me recomendó los comercios del barrio de Once, diciendo que allí encontraría maletas económicas (y de hecho conseguí una bastante accesible).

—¿Estás decidida a ir? —pregunta media hora después, cuando la llamo para dar una vuelta.

El camarote del barco me deja un poco claustrofóbica, no solo porque mis dos compañeras y yo estamos apretadas allí, sino también porque la única "ventana" es una pequeña escotilla.

Miro a *mi nueva conocida*, en ausencia de una mejor amiga, y asiento con la cabeza, haciendo un gesto de afirmación.

Ahora estamos en la cubierta del barco. Sin pasajeros, no hay mucho que hacer aquí. La mayoría de los empleados bajó en Buenos Aires y aprovechará estos días de vacaciones improvisadas, sobre todo porque el imprevisto será remunerado.

Dios, ¿qué tan rico es este hombre para llamar a una flota de barcos de crucero *"una pequeña parte de mis negocios"* y para pagar a una tripulación de más de quinientas personas solo porque decidió cambiar los planes?

El hecho es que el lugar ahora parece una ciudad fantasma. Incluso sería un poco aterrador si Verónica no estuviera conmigo.

Algunas colegas camareras me dieron consejos sobre mantenerme siempre acompañada cuando me adentrara en zonas poco transitadas del barco, especialmente de noche.

Me contaron que incluso existe un sitio web sobre casos de personas que desaparecieron misteriosamente en cruceros y nunca fueron vistas de nuevo.

Fui a investigar.

Respecto a algunas de esas personas, hay un consenso de que bebieron demasiado y cayeron al mar. Sobre otras, sin embargo, las explicaciones son más siniestras.

Existen casos de sospecha de violación grupal de pasajeros y/o tripulantes contra una mujer, y, lamentablemente, por lo que pude averiguar, los abusos sexuales no son infrecuentes en este tipo de viajes; incluso hay una historia de una joven que desapareció hace casi treinta años mientras hacía un crucero con toda su familia (padre, madre y hermano) y se sospecha que fue sacada a la fuerza del barco y vendida como esclava sexual en el Caribe. Según se decía, tenía un "alto valor en el mercado" por ser educada, joven y de buena familia.

Un escalofrío de terror me recorre al pensar en ello.

¿Cómo es posible que, en pleno siglo XXI, las personas puedan ser vendidas como mercancía?

La historia me afectó mucho porque, si no me equivoco, ambos padres, que la buscaron incansablemente incluso siendo engañados

por personas inescrupulosas que afirmaban haberla visto, murieron sin nunca saber qué había pasado con la joven.

Cuando pierdes a un ser querido, como yo perdí a mi tía, al menos tienes una tumba donde ir a llorar, pero ellos solo tuvieron, durante años, un gran signo de interrogación; ni siquiera sabían si su hija seguía viva y sufriendo todo ese tiempo, aunque todas las estadísticas, según investigué, indicaban que no.

Los traficantes de personas, que tratan a los seres humanos como productos, se interesan en chicas muy jóvenes, y no es difícil imaginar qué hacen con ellas cuando creen que ya no sirven para sus propósitos.

—¿Por qué estás tan distraída? —pregunta Verónica después de un rato, al notar mi silencio.

—Creo que mi mente está en fuga.

—¿Fuga?

—Sí. Como pensando en cosas aleatorias cuando, en realidad, debería estar analizando la decisión que tomé. De cero a diez, ¿cuál es mi nivel de locura por aceptar algo así? ¡Voy a viajar con un completo desconocido!

—La parte que señalás es el menor de tus problemas. Yo sigo todos los sitios de celebridades y nunca leí nada aterrador sobre los

hermanos Benítez, ninguna ex novia golpeada, agresiones sexuales, nada de eso.

—Pero hay un "pero" detrás de lo que dices, ¿verdad?

—Sí. Físicamente no lastiman a sus parejas, novias, o como se les llame, pero en lo que respecta a romper corazones, creo que los tres son expertos.

—¿Como la rubia de la que te hablé, la mujer que me empujó solo por celos de Emiliano?

—Sí. —Mueve el celular y, un momento después, me muestra una foto—. ¿Es esta?

—Ajá. Ella misma. —Leo el nombre: Caluccia Muñoz—. Dios, en las redes sociales parece aún más bonita.

—Probablemente sea una mezcla de "*botoshop"*.

—¿Qué es eso?

—Botox con photoshop.

Río a carcajadas.

—Dios mío, te amo, Verónica. Solo tú logras hacerme reír. Siento como si mis nervios fueran a estallar dentro de mi cuerpo.

—Entonces, ¿por qué vas?

—Tengo miedo de negarme y perder la oportunidad de vivir algo así. ¿Por qué me preguntaste quién era la rubia malvada?

—Como te dije, sigo las columnas de chismes. Hace un tiempo, circulaba un rumor entre los tripulantes de nuestra flota de que el jefe mayor se iba a casar con una heredera chilena, Caluccia Muñoz. Sin embargo, nunca pasó de un rumor. Me llamó la atención que ella estuviera en la fiesta. Los muchachos Benítez no suelen volver con sus ex.

Me apoyo en la barandilla del barco, mirando cómo otras embarcaciones se acercan al puerto.

—¿En qué me metí al aceptar su propuesta, Verónica?

—Lorena, fui la primera en advertirte sobre los millonarios, pero debo confesar que me refería a pasar la noche con ellos. Nunca imaginé que Emiliano Benítez te invitaría a unas vacaciones de una semana.

Me desperté hace unas horas y fui a confirmar todo lo que Emiliano me dijo ayer.

Número uno: no tendré que pagar la botella de whisky de seiscientos dólares.

Número dos: el barco no saldrá del puerto en toda la semana.

Lo más sorprendente para el personal, sin embargo, fue el cambio de planes de los jefes, ya que todo estaba organizado para que pasaran el fin de semana a bordo, y los camareros no entendieron

nada cuando se despertaron y no había nadie en la suite presidencial (la misma en la que estuve ayer).

—¿Hay alguna diferencia?

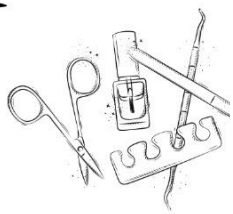
—Mucha diferencia. Estar con una mujer solo por una noche puede significar que solo quería saciar su deseo, y para eso no importaba con quién. Llevarte con él por una semana…

—¿Significa que su deseo es de larga duración? —intento bromear.

—No te voy a mentir, Lorena. Tal vez el hecho de que inicialmente dijeras no, algo que él no debe estar acostumbrado a recibir, haya influido en que te hiciera la invitación. Pero lo observaste bien, estoy segura. Ninguno de los muchachos Benítez necesita esforzarse para conseguir compañía. Te eligió a vos. Una mujer completamente diferente de su mundo. Creo que vale la pena arriesgarse.



Emiliano



Capítulo 20

—¿Por qué el cambio de planes? —pregunta mi madre cuando atiendo su llamada.

Apenas me he despertado y me tomo unos segundos para entender de qué habla.

Volví a mi departamento en Buenos Aires en lugar de pasar la noche en el barco. De hecho, hasta donde sé, a pesar de la enorme oferta de la fiesta de ayer, mis hermanos también se fueron a sus casas solos.

Miro el reloj en mi muñeca y veo que hoy tendré que saltarme el gimnasio. En poco tiempo tendré que encontrarme con Martín y Simón para concretar los últimos detalles del viaje, aunque estoy seguro de que el menor entre nosotros ya se encargó de eso.

Simón es aún más obsesivo con el orden que yo, y eso ya dice mucho.

—Hola, mamá. ¿Cómo te sentís hoy?

—Estoy bien, hijo, pero no me cambies de tema. ¿Por qué decidieron los tres tomarse vacaciones al mismo tiempo, terminando

el fin de semana en el barco antes de lo previsto?

La puta madre, hasta hace unos días ni siquiera sabía que mi mamá estaba al tanto de estas fiestas, y ahora, cuando habla de ellas, aunque sin ser explícita, deja muy claro lo que piensa. Según su deseo, ya estaríamos los tres casados.

—Simón ya iba a tomarse una semana para descansar, de todos modos. Martín terminó la temporada. Así que solo yo adelanté unos días de vacaciones.

—¿Por qué?

—¿Necesito una razón para pasar tiempo con mis hermanos?

—Emiliano, vos naciste de mí. Te conozco tanto como a tus hermanos. Odias los cambios bruscos de planes.

—Continuar con la fiesta el resto del fin de semana parecía un sinsentido.

—¿Te cansaste de la vida de soltero?

—No. Estoy bien en ella, gracias.

—¿Y quién irá en este viaje?

—¿Es un interrogatorio, madrecita? ¿Necesito un abogado presente?

—No seas insolente. ¿Una madre no puede tener la esperanza de que su primogénito se case y le dé nietos?

—¿No basta con ser el mejor hijo con el que podrías haber soñado?

Ella se ríe.

—Crié muy bien a los tres. A pesar de ser mujeriegos, son caballeros, pero debería haber pedido a Dios que vinieran con un poco menos de ego.

—Sabés que cuando estemos afuera puedes llamarnos a cualquier hora, ¿verdad?

—No te preocupés por eso, Emiliano. Anita estará conmigo. Además, se levantó de mal humor. Dijo que a veces los odia a los tres.

—Porque quería romper nuestro acuerdo y quedarse en la fiesta más tiempo del convenido. Debería sentirse afortunada solo porque la dejé ir.

—Sé que la consideran como una hermana menor, hijo mío, pero Anita cumplió dieciocho años y ahora es adulta. Tendrá que salir con alguien en algún momento.

Cierro los ojos unos segundos, imaginando el caos que sería si mi madre supiera la verdad. En cuántos pedazos se partiría su corazón.

Me levanto y corro la cortina, dejando que la luz natural entre en la habitación. Abro la puerta que da a la zona exterior y camino por

ahí completamente desnudo. No hay nadie alrededor y la posibilidad de que pase un helicóptero con algún paparazzi es nula. Las direcciones de mis propiedades no son accesibles al público.

—¿Emiliano?

—Mamá, la cuestión no es celos. Creeme. Anita tiene dieciocho, sí, pero a veces actúa como si tuviera doce, lo que no sería un problema si los pibes que le interesan estuvieran en ese rango de edad también.

—No sé si entendí. ¿Tiene a alguien en vista?

—Un pibe en específico, no lo sé, pero creo que anda arrastrando las alas con mis amigos.

—¿Nunca tuviste novias tan jóvenes como ella?

—Nunca.

Aunque estoy cerca de tener la primera.

Sin poder dormir al llegar, tomé el portátil y accedí al perfil de Lorena.

Brasileña, soltera, vive en una ciudad del interior de Río de Janeiro.

¡Diecinueve años, la concha de la lora!

Pensé que tendría al menos veintitrés o veinticuatro. Nunca que tuviera apenas un año más que Anita… en realidad, casi dos, ya que

está a punto de cumplir veinte.

—Voy a hablar con Anita sobre esto, aunque cuanto más prohibido, más se desea. Tal vez sea mejor dejar que lo descubra por sí misma.

—Mamá, no voy a permitir que cualquiera de mis amigos se acerque a ella porque sé cuál será el resultado. Ninguno de ellos quiere siquiera mencionar la palabra compromiso, lo que significa que ella terminaría con el corazón roto.

—¿No es exactamente lo que hacen ustedes con sus novias?

—No, porque los tres siempre jugamos limpio. Tengo la conciencia tranquila en el sentido de que nunca engañé a nadie, mamá.

—Lo sé, hijo. No quería sacar a relucir el pasado, lo siento. Isalina…

—No voy a hablar de eso.

—Está bien. Cambiando de tema, tengo algo que contarte.

—¿Qué pasó?

—Caluccia me llamó esta mañana.

—¿Qué hizo?

Mi madre suspira.

—Me llamó casi al amanecer.

—Un momento, mamá.

Vuelvo a la habitación y me pongo un bóxer. Ni siquiera quiero estar desnudo para mencionar el nombre de esta hija de puta. Solo se acercará a mi verga de nuevo en sus sueños.

—¿Qué quería? —pregunto, tomando el teléfono otra vez.

—Invitarse a venir aquí. Insinuar lo perfectos que son juntos. Lo de siempre.

—Perdón por eso.

—Sabes que nunca intervengo en la vida de ustedes, hijo, pero el mayor error que cometiste fue involucrarte con alguien cercano a la familia. Creaste expectativas en ella y en sus padres. Todos esperaban que se casaran.

—No había razón para que esperaran eso. Siempre fuimos una pareja informal. Nunca fui a la casa de los Muñoz mientras estábamos juntos. Me encontraba con Caluccia de noche. De todos modos, voy a resolver esto de una vez por todas.

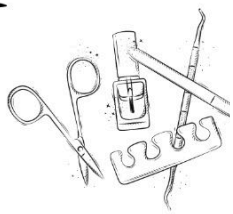
—No te pelees con ella. Hasta cierto punto es una buena piba cuando no es tan pegajosa.

Pienso en lo que hizo con Lorena ayer.

—No, ella no es una buena piba. Y siéndolo o no, eso no es asunto mío, pero sí que me puede volver loco.



Emiliano



Capítulo 21

—¿Emiliano? —pregunta ella al atender.

—No me quieras como enemigo, Caluccia.

—¿Qué?

—Lo primero que tengo que decirte es: no vuelvas a llamar a mi madre. Nunca lo hiciste antes de que nos relacionáramos, aunque tus padres sean conocidos de la mía, y ahora llamás temprano por la mañana. Escuchá de una vez por todas: dejala afuera de tu locura de creer que te vas a casar conmigo, ¡por Dios!

—Entonces, ¿estás admitiendo que existe un "nosotros"? ¿Una posibilidad de casarnos?

—Nunca existió, y en la remota situación en que algo así hubiera pasado por mi mente, ya habrías matado cualquier deseo sobre eso cuando rompiste los preservativos.

—¡Estaba desesperada! —admite ella, por primera vez.

—Fuiste deshonesta. ¿Pensaste que me casaría con vos solo por estar embarazada? Te mantendría a ti y a mis hijos, y punto. Y eso

ni siquiera está en discusión. Es solo para que sepas que nunca más estaremos juntos. No tolero la deshonestidad.

—No estaremos juntos porque sabés que no podés tenerme esperando para siempre. Tendrías que tomar una postura. Comprometerte. Por eso preferís mujeres baratas, como esa camarera de ayer, con cuerpo de estrella porno..

—¡No sabés de lo que estás hablando, la puta madre! Y solo porque estoy seguro de que estás desequilibrada, voy a dejarlo pasar. Pero no te interpongas en mi camino otra vez, Caluccia, y eso incluye meterte entre mi nueva novia y yo.

—No podés estar hablando en serio. ¿Estás noviando con la camarera?

No suelo dar información sobre mi vida a nadie, pero en este caso, quizás ayude a entender que ya no tiene ninguna oportunidad conmigo.

—No es asunto tuyo, pero hoy me voy de viaje con ella.

—¿Qué? ¡No podés hacerme esto! ¡Me vas a humillar frente a todos!

—¿Estás loca? —Sacudo la cabeza, conteniéndome para no golpear la pared—. Olvidalo, fue una pregunta retórica.

Ella no percibe mi ironía.

—Hablo en serio, Emiliano. No podés viajar con esa mujer. No está a nuestro nivel. ¡Todos se van a reír de mí!

—Caluccia, terminamos hace más de un año. Ya estuve con varias parejas desde entonces. Creeme, si verme con otra fuera razón para burlarse de vos, ya habría pasado.

—No entendés. Hasta ahora, las putas con las que estuviste eran todas de nuestro círculo social. Diversión de alto lujo.

¡La concha de la lora!

—Chau, Caluccia.

—*Ahora* —continúa, como si yo no hubiera dicho nada—, *salir con una camarera va a destruir mi reputación. Cuando nos casemos…*

—No vuelvas a buscarme. —Es mi turno de ignorar sus locuras—. Anita no tiene autorización para invitarte a mis fiestas ni a las de mis hermanos. Si aparecés en cualquier evento que organicemos, serás expulsada.

—No tendrías el valor de hacer algo así, Emiliano. Una vez fui tu mujer.

—Lo fuiste, y recordá bien el tiempo verbal: en pasado, una mujer con la que yo salía. Nada diferente de decenas de otras que ya tuve en la vida.

—Te vas a arrepentir de humillarme de esta manera. Te doy mi palabra.

Y ya me arrepentí del día en que la toqué.

—Adiós, Caluccia.

—Che, ¿estás con un mal día? —Oigo a Martín preguntar a mis espaldas cuando cuelgo el teléfono.

A diferencia de mí, que me siento hecho mierda incluso después de haber dormido casi hasta la hora del almuerzo, mi hermano parece totalmente descansado.

Malditos atletas y sus vidas saludables.

—Caluccia llamó a mamá temprano esta mañana —digo, dirigiéndome al vestidor.

Necesito una ducha para volver a sentirme humano y luego comer algo antes de salir a buscar a Lorena.

—¿Para qué?

—Mamá no dio detalles, pero ¿no lo adivinás?

—¿Para hablar del futuro matrimonio de ustedes?

—Algo así.

—¿Cuánto tiempo hace que terminaron?

—Un año.

—Pero boludo, esa mujer da miedo.

—No me da miedo, pero no quiero que moleste a nuestra madre. Ayer, cuando me encontraste con Lorena en la habitación…

—¿Lorena es la camarera atractiva?

—Mirá en la dirección opuesta, bobo. Es mía, por ahora.

—No fue lo que pareció.

—Te lo explicaré después, pero continuando, la llevé a la suite presidencial porque Caluccia la empujó en medio del club durante una crisis de celos.

—¿Qué?

—Me vio hablando con Lorena y quiso humillarla.

—Cambio lo que dije sobre que da miedo. Está lista para una camisa de fuerza.

—No está loca. Fue malcriada por sus padres. Creció pensando que era una reina.

—Nosotros crecimos sabiendo que somos reyes y nunca humillamos a nadie. Coincido en que parte es por la educación, pero mucho tiene que ver con que es una hija de puta de nacimiento.

—De todas formas, le prohibí asistir a cualquier evento que organicemos. No quiero volver a tener el disgusto de convivir con ella.

—¿Y la camarera?

—Fue por ella que cambié los planes y decidí viajar con Simón.

—Sabía que había algo detrás de tu sugerencia de que fuéramos todos juntos a la isla. ¿Qué tiene ella, aparte de ser hermosa?

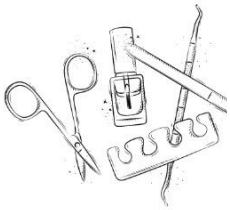
—No sé de qué hablás.

—Emiliano, ¿cuánto tiempo hace que no te tomás vacaciones? Además, odiás los planes de última hora y, de repente, decidís en una sola noche tomarte unos días lejos del trabajo por una mujer. Está bien, coincido que es hermosa, pero hay muchas mujeres que están re buenas en nuestro país. No necesitabas esforzarte tanto.

—Hay algo en ella que me mueve. Quiero comprobar qué es. Pero, por otro lado, nunca salí con una empleada. En Buenos Aires o cualquier otro lugar de Argentina, todos me reconocerían. Necesito privacidad.



Lorena



Capítulo 22

—Señorita Brito —dice un chofer uniformado, del tipo que solo vemos en películas, llamando mi nombre en cuanto abro la puerta de mi camarote en el barco.

Mis compañeras de cuarto ya se fueron a Buenos Aires para sus días libres, gracias a Dios, o estoy segura de que los rumores se habrían desatado solo porque un chofer vino a buscarme.

Al menos Emiliano tuvo la sensatez de no subir al *Aurora of the Sea*. En los dos cruceros completos que hice y los días que atracamos en Buenos Aires, me acerqué bastante a gran parte de la tripulación.

Después del espectáculo que Caluccia Muñoz montó ayer al empujarme en el club, que terminó con Emiliano llevándome ante la vista de todos, bastaría que alguien sumara dos más dos para adivinar con quién pasaría mis vacaciones.

O tal vez no, ya que ni yo misma logro creerlo todavía.

—¡Divertite! —dice Verónica, cuando me giro para despedirme—. Y recordá: cualquier cosa que necesités, me llamás, ¿estamos?

—Muchas gracias. Tengo amigos en mi ciudad, en el colectivo, pero tú eres la primera persona, individualmente, con quien me siento cercana. Es bueno saber que puedo contar con alguien.

—Podés. No tengo mucho, pero un hombro amigo para llorar siempre tendré a disposición. No es que crea que lo vayas a necesitar. —Se acerca para susurrarme al oído—. Recordá encarar todo como diversión, loquita. Nada de entregar ese bonito corazón ni dejar que el pibe Benítez lo pisotee.

—No te preocupes. No planeo enamorarme. Solo divertirme unos días, haciendo de celebridad. ¿No vas a salir del barco?

—No tengo a dónde ir.

—Por favor, ten cuidado.

—Tranquila. Soy experimentada. Nada me pasará. —Le doy un beso en la mejilla, y ella completa, guiñándome un ojo—. A no ser que mi CEO aparezca de repente.

Contengo una risa.

—Te enviaré un mensaje en cuanto lleguemos.

—¿A dónde?

—No tengo la menor idea —digo esta vez en un tono normal, para que el chofer lo escuche, por si acaso están pensando en

secuestrarme—. Pero mantendré el celular encendido. Será fácil encontrar mi cuerpo si me matan.

Verónica y yo nos reímos. El hombre, no.

Cinco minutos después, bajo del barco y camino hacia un lujoso auto negro con vidrios polarizados, del cual no podría adivinar la marca ni para salvar mi vida. Solo sé que es un sedán y que tiene un ave en el capó[15].

No necesito saber de automóviles para darme cuenta de que es caro, y mientras camino junto al chofer, que se asegura de cargar mi maleta, reviso discretamente mi ropa.

No creía estar mal vestida. Incluso aproveché para comprar un bikini, un pareo y sandalias nuevas porque Emiliano mencionó isla y también barco, si no recuerdo mal, pero ahora, viendo el vehículo, si el tal "barco" va en la misma onda… ¡Dios!

¿Y desde cuándo te preocupa esto, Lorena? Él sabía quién eras cuando te invitó, no hay razón para fingir ser rica, y de todos modos nadie creería.

Hago una oración silenciosa a mi tía para que no permita que haga un ridículo.

El pánico empieza a instalarse y una escena mía derramando comida y bebida sobre la mesa frente a sus amigos llena mis

pensamientos, paralizándome de terror.

Dios mío, ¿por qué acepté esta invitación?

—Señorita Brito, ¿está todo bien? —pregunta el chofer con educación.

Estoy a punto de decir que venir fue un error y que no puedo hacerlo, cuando la puerta trasera del auto se abre y Emiliano sale. Como un felino, elegante y seguro, viene hacia mí.

Vestido casual, incluso más que ayer, con pantalón crema, mocasines y camiseta ajustada que revela todos los benditos músculos de su abdomen, el hombre parece aún más sexy.

Aunque mi pulso se acelera al verlo acercarse, el pánico no desaparece y me preparo para decirle que siento haberle hecho perder el tiempo, cuando en unos pocos pasos me toma por la nuca y me besa.

Intento resistirme. Presiono su pecho, diciéndome a mí misma que lo empuje y termine con eso, pero cuando siento su lengua caliente en mi boca, me pongo de puntitas y rodeo su cuello con los brazos.

No sé cuánto tiempo después me suelta para que pueda respirar y cuando lo hace, me susurra:

—No vas a huir de mí.

—¿Cómo sabes que iba a huir?

—Porque parecías a punto de desmayarte. La ansiedad se reflejaba en tu rostro.

—No pertenezco a tu mundo.

—Creeme, eso no es algo malo. Vamos.

Me dejo guiar, negándome a entrar en pánico nuevamente y diciéndome a mí misma que serán solo siete días.

En el auto, me enredo al abrocharme el cinturón de seguridad, sobre todo porque él me mira fijamente.

Cuando finalmente lo cierro, para disimular, digo lo primero que se me viene a la mente:

—¿Podemos repasar las reglas?

—¿Reglas?

—Entre nosotros.

—Básicamente, es un compromiso a corto plazo.

Miro por la ventana para no soltar un insulto por pensar que soy la única que puede enamorarse. El hombre es muy arrogante. De hecho, todo en él es excesivo: arrogante, sexy, hermoso.

Un pecado ambulante.

Todavía siento mis labios ardiendo por su beso y mis piernas no han recuperado toda su fuerza.

Emiliano e *intensidad* son sinónimos. Y no de esa intensidad que molesta, sino de la que engancha.

—Si nos quedamos atados a ella, la semana será solo placer, Lorena.

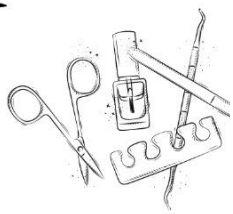
Me giro en el asiento para mirarlo.

Es hermoso, pero no ha nacido todavía un hombre que pueda pensar que puede usarme y pisotearme como si fuera un chicle pegado a su zapato.

—No estamos juntos, entonces. Esto entre nosotros —muevo la mano calculadamente— es un experimento, ¿verdad? —Finjo pensar —. Sin lazos, sin ataduras… Lo que significa que si en ese lugar al que vamos uno de tus amigos llama mi atención, o incluso uno de tus hermanos, no tengo ninguna obligación de mantenerme fiel a la idea de quedarme contigo. Puedo elegir a uno de ellos en lugar de a ti, ¿cierto?



Emiliano



Capítulo 23

Por unos cinco segundos, la imagen de ella besando a otro que no soy yo me deja completamente trastornado. Entonces, decido hacer una prueba: estiro la mano y toco su labio inferior con mi pulgar. Con eso, ella entreabre la boca.

—No va a pasar. Así como yo solo te deseo a vos, solo vos me deseás a mí, Lorena.

—No dije que no quiera… hum… pasar siete días contigo —enfatiza el período y, de manera inexplicable, eso me irrita—. Solo que soy joven y me doy el derecho de ser voluble también. Puede que me interese alguien más, así como tú puedes encontrar otra "amiga" que quieras.

—No va a pasar. Me intereso por una mujer a la vez.

—No te enorgullezcas tanto de eso. No es gran cosa, considerando el tiempo que impones. ¿Al menos puedes recordar sus nombres en esos siete días? ¿O los memorizas así: la pelirroja de labios carnosos, la morena con…?

Sujeto su nuca y la acerco a mí, mordiendo y luego succionando su labio inferior.

—Atrevida.

—No sabes nada de mí. Asumes que voy a estar a tus pies. Solo quería que entendieras que las reglas valen para ambos lados.



Lorena

Cállate. Vas muy bien hasta ahora. No arruines todo, una voz en mi cabeza me aconseja, pero hay algo en él que me hace imprudente.

—Pronto lo sabré.

—Veremos.

—Lorena, hay algo que debés aprender sobre mí: nunca huyo de un desafío.

—Emiliano, hay algo que debes saber sobre mí: nunca me he enamorado y no planeo hacerlo pronto. Si tus advertencias anteriores fueron porque temes que me convierta en otra rubia

como la que me empujó ayer, debes saber que no tengo ninguna intención. Cuando esta semana termine, regresaré al *Aurora of the Sea*, haré mi último crucero en tu empresa hasta Río de Janeiro y, desde allí, intentaré conseguir trabajo en otro barco, esta vez con ruta a Europa.

Es un plan que Verónica y yo hicimos esta mañana. Ella dijo que ya estaba un poco cansada de trabajar en Sudamérica, porque lleva años en esa ruta, así que sugirió que nos aventuráramos juntas.

Sola, no estoy segura de que hubiera tenido el valor de hacer algo así, pero acompañada, ¿por qué no? No tengo nada que me ate. Además, solo por si regreso de esta semana con él con el corazón roto, mantener un océano entero entre nosotros y desconectarme de *F. Benítez Luxury Cruises* será la mejor decisión.

—¿A dónde pensás ir? —pregunta, trayéndome de vuelta al presente.

—No lo sé todavía. Fue idea de una amiga que hice en la tripulación del *Aurora of the Sea*. Ella trabaja en tu flota desde hace años y sugirió que partiéramos hacia una aventura. Probablemente a Grecia. Dicen que las fiestas allá son increíbles.

Como si supiera mucho sobre eso, ¿verdad?

Dios, basta ya, Lorena. No encajas con el papel de mujer fatal.

—¿Y es eso lo que te interesa? ¿Fiestas?

—¿Qué crees? Tengo diecinueve años y ninguna preocupación en la cabeza. Es el momento perfecto para volverme loca.

Veo cómo se le tensa el músculo de la mandíbula mientras sus ojos no se apartan de los míos.

—Dame tu celular.

—¿Qué?

—Quiero grabar mi número en él. Solo por si algo pasa.

—¿Y tú vendrás corriendo a salvarme? No, gracias. El papel de príncipe azul o caballero de brillante armadura no va con un tipo que me dice que en siete días nos despediremos. Soy buena para recordar reglas, Emiliano. Aprendo rápido. Usando tus propias palabras, no tenemos ataduras, y eso significa que cuando termine el viaje, no nos volveremos a ver.

—Dame tu celular, Lorena.

Resoplo, molesta, pero se lo entrego, aunque estoy segura de que nunca lo llamaré por ayuda.



Emiliano

Ella logra ser tan hermosa como irritante.

Mientras hablaba, no podía apartar la vista de su rostro, especialmente de esos labios carnosos.

—Tomá —digo, devolviéndole el teléfono. Al mismo tiempo, me pregunto por qué insistí tanto en darle mi número.

Porque aceptar que la última palabra en una discusión no sea mía no va conmigo. Sí, claro que fue eso.

Mi celular suena y durante la media hora siguiente, hasta que llegamos al aeropuerto, estoy en una reunión, la última que haré, espero, porque planeo relajarme toda la semana.

Cuando corto la llamada, estamos estacionando.

—¿Qué hacemos aquí? Dijiste que íbamos a una isla.

—Y vamos a ir, pero primero necesitamos tomar un vuelo a Angra dos Reis.

—¿Qué? ¿Vamos a Brasil? ¿Pasaremos estos días en mi tierra? —Sonríe, como si hubiera olvidado que hace poco quería darme una lección.

Sí, porque soy lo suficientemente experimentado para entender que Lorena es una guerrera que no acepta agravios.

Su forma de pelear no es agresiva, pero no retrocede, y tanto como me gusta imponer mi voluntad, es excitante conocer a alguien que no se doblega.

—Tomaremos nuestro jet privado y después iremos a la isla que poseemos en Angra dos Reis.

—¡Dios mío! Es mi sueño conocer Angra. Desde niña me fascinan todos esos yates que desfilan por el mar en Año Nuevo.

—Creí que habías nacido en el estado de Río.

—¿Cómo lo sabes?

Me encogí de hombros, sin la menor vergüenza.

—Te busqué en internet.

—¿Usaste tu poder de jefe para eso?

—Te llevaré a pasar una semana con mis hermanos. Me gusta saber con quién estoy.

—¿Así que solo estabas intentando proteger a tus hermanos cuando invadiste mi privacidad? ¿Y qué hay de ti? ¿No temes que te haga algo? Podría ser una asesina en serie… o incluso una ladrona —dice con evidente irritación.

—Soy grandecito. Sé cuidarme solo.

—Respondiendo a tu pregunta —dice, con el ceño fruncido—, soy de la región serrana. Exactamente de Pamonhópolis da Serra, cerca

de Petrópolis. Angra está bastante lejos y…

—¿Y qué?

—Es muy caro para mi bolsillo —dice, y luego se corrige—. Bueno, ya no más. Ahora podré divertirme como los poderosos.

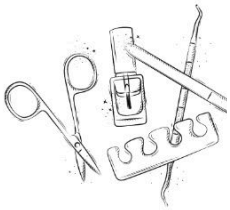
La observo un momento, confundido, intentando entender quién es la verdadera Lorena: la joven relativamente ingenua y divertida con quien hablé en el bar ayer, o la mujer libre que solo quiere disfrutar.

Para mis propósitos, y para su bien, sería mejor que fuera la segunda opción, pero sin entender por qué, sé que prefiero la primera versión.

Una que aún no he logrado comprender, porque nunca conocí a alguien igual. Quizás por eso me tiene tan fascinado.



Lorena



Capítulo 24

Quiero salir corriendo.

Nunca voy a encajar en su mundo. Desde el momento en que decidí enfrentarlo, empecé a mentir sobre quién soy.

La sensación de pánico aumenta cuando veo el avión y nuevamente me preparo para intentar, por segunda vez en el día, decirle que esto es un error y que he decidido que es mejor para mí no ir. Sin embargo, la puerta del coche se abre y el jugador de polo me ofrece la mano para salir.

Antes de que pueda tomar una segunda respiración, me da un beso en la mejilla y dice:

—Lo lamento doblemente, linda. Por interrumpirlos anoche y por el papel ridículo de Caluccia.

—Estoy bien. No te preocupes. Mucho gusto, soy Lorena Brito.

—Lo sé. Somos como una sociedad secreta en la que todo se divulga entre los miembros, Lorena.

—¿Los miembros serían tú y tus hermanos?

—Sí. Un club VIP. Yo siendo el más atractivo, claro.

—Sacale las manos de encima, Martín.

Por fuera sonrío al Benítez del medio y pongo los ojos en blanco ante el mayor, pero por dentro, mi tonto corazón late con fuerza por la demostración medio neandertal de Emiliano.

—Es un boludo posesivo, Lorena. Por lo que sé, todavía no están oficialmente juntos, así que antes de abordar, hay tiempo de cambiar de idea.

Él es tan guapo como sus hermanos, pero aunque no fuera el hermano mayor el que hace que mi corazón se acelere, por lo que observé ayer en la discoteca, Martín parece repartir amor simultáneamente, a juzgar por las mujeres que casi se pelean por su atención.

—Che, suena muy tentador, pero ella ya tiene dueño —dice Emiliano, pasando un brazo por mi cintura.

—Sí, por una semana, viajaré con mi nuevo amigo, Martín. Estoy intentando salvar el alma de tu hermano.

—Buena suerte con eso, Lorena. —Se ríe, probablemente de la demostración de posesión de su hermano—. Después nos vemos en el avión.

Sin soltar mi cintura, Emiliano me guía para hacer el check-in y caigo en el error de mirar el avión de reojo.

No presté mucha atención cuando me dijo que volaríamos en su avión, pero ahora que veo lo que es un jet privado (mucho más pequeño que un avión comercial), empiezo a sudar frío.

Él lo nota y se detiene.

—¿Qué te pasa? Estás temblando.

—No me gustan mucho los aviones. Sin ofender. Y el tuyo parece demasiado pequeño.

—Cariño, es uno de los jets más modernos de la actualidad. Y pensá en el lado positivo: si se cae, estaremos juntos por la eternidad.

—Lo dudo. Encontrarías la manera de saltar la cerca —intento bromear, pero aún estoy en pánico por la idea de entrar al avión.

Él sostiene mi rostro.

—Nunca fui infiel, Lorena. Por eso no me comprometo a largo plazo. No creo ser capaz de ser fiel.

—Eso ya es algo, Emiliano. Quizá no seas un pecador completo, entonces.

—No te engañés. Soy un pecador. Lo que no soy es un tramposo. Exijo honestidad en todos los sentidos.

—¿O qué?

—Excluyo a la persona de mi vida sin derecho a segunda oportunidad.



Una hora después, estamos volando, y ni siquiera sufrí un ataque al corazón durante el despegue, tal vez porque Emiliano me mandó servir champán y, como soy débil para el alcohol, en un parpadeo me relajé.

Tras el check-in, llegaron dos amigos más con sus novias, el hermano menor, Simón, y algunas mujeres "extras" que supongo son amigas. Son divertidas y me ayudaron a calmarme un poco.

Además, Martín es el equilibrio del grupo. Es muy irónico y encantador.

Simón es callado y parece ajeno a todo a su alrededor, tal vez porque no está conforme con el arreglo de última hora. Descubrí, a través de las conversaciones, que sus vacaciones fueron invadidas por todos aquí, incluida yo.

—Lorena, ¿qué tal si nos hacemos un tatuaje? —pregunta una de las chicas, Ariana.

—Sí, podríamos hacernos uno en la parte superior del culo. Me parece tan sexy —dice una pelirroja simpática, Renia—. ¿Qué opinás, Lorena?

—Soy débil para el dolor —digo, y veo de reojo a Emiliano observándome.

—¿Cualquier dolor? —pregunta uno de los chicos, y todos ríen, menos los hermanos Benítez.

Cuando los miro, los tres esperan mi respuesta.

—Soporto dolores necesarios, pero nunca me ofreceré voluntariamente para sufrir, por ejemplo.

—Ah, pero hay mucho dolor bueno. —Se ríe Ariana y mira a Simón. Aunque él mantiene la expresión seria, no soy tonta. Creo que entendí que le gusta el sexo más intenso.

—No sabría decirlo. Nunca he hecho algo así —hablo sin pensar, solo para, medio segundo después, rogarle a los cielos que el suelo se abra bajo mis pies.

Acabo de confesar a este grupo de personas muy experimentadas, en torno a los treinta, que soy virgen.

¡Dios mío!

Pareciendo leer mi mente, Renia me mira como si viera un extraterrestre.

—¿Nunca… tuviste sexo?

Miento sin piedad.

—Claro que sí. Lo que quise decir fue que no hice algo así como *sexo salvaje y duro*, pero ni siquiera he cumplido veinte años todavía. Tengo mucho tiempo para aprender y…

No termino de hablar porque Emiliano suelta mi cinturón de seguridad y me sienta en su regazo.

Me besa frente a todos como si estuviéramos solos.

—No puedo imaginarte teniendo sexo con alguien más que conmigo —susurra para que solo yo lo escuche.

Me muero de vergüenza. Nunca un chico me había agarrado así frente a extraños, así que escondo mi rostro en la curva de su cuello.

—No pienses en eso, yo tampoco pensaré en tu larga lista de ex con las que te acostaste.

—No me disculparé por ser soltero y haber tenido muchas mujeres a lo largo de la vida.

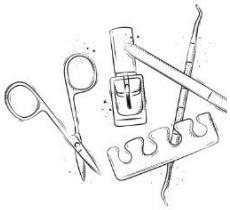
—Ni yo me disculparé por haber salido con otros —pienso que, si algo pasa entre nosotros, se llevará una gran sorpresa porque descubrirá que estaba bluffeando.

Sin embargo, no existe una regla que diga que debo llevar una placa de virginidad a donde vaya.

Además, no voy a permitir que piense que estoy tan encantada por él que decidí perder mi virginidad en su cama. Si sucede, perfecto, pero este magnate argentino no necesita tener aún más el ego acariciado.



Lorena



Capítulo 25

Angra dos Reis

—¿Y entonces, Lorena, nos podés enseñar a bailar samba? —pregunta Renia por tercera vez en un lapso de media hora.

No es solo el sentido común de pensar que todos los brasileños son expertos en samba y fanáticos del fútbol lo que me irrita en este momento. En el barco, los pasajeros de cualquier nacionalidad que no sea la mía, al enterarse de mi país de origen, siempre preguntan cómo es el desfile en la Sapucaí, el carnaval en Salvador o si alguna vez he visto jugar a Brasil en el Maracaná.

Creo que es natural la curiosidad, porque así es como se "vende" la imagen de nuestro país a los turistas. Cada pueblo busca lo más destacado de su cultura, como la ceremonia del té y el sumo en Japón; las carreras de Fórmula Uno en Mónaco o el tango en Argentina. Mi tía, que fue una mujer que recorrió el mundo y viajó a esos países, me dijo que al pisarlos por primera vez, eso fue lo que pasó por su mente.

De la misma manera, cuando ella trajo al amor de su vida a Brasil, él, que era francés, quiso experimentar la dupla imbatible

caipirinha y feijoada, y asistir a un partido en el Maracaná.

Yo soy totalmente abierta a hacer nuevas amistades y estoy enamorada de mi país y de la cultura brasileña. Me encanta hablar sobre Brasil, amo el samba y el fútbol. Exceptuando que no me gusta la cerveza, por lo demás, soy una brasileña con "B" mayúscula. Para mí, no es un problema que asuman que eso es lo que tenemos aquí. Lo que me incomoda es el tono condescendiente con el que me tratan.

Al principio, mientras estábamos todos reunidos en el avión, parecían amigables, pero algo cambió en la percepción de ellas durante el vuelo, porque tengo la sensación de que están intentando provocarme una reacción.

Llegamos a la isla hace aproximadamente media hora y, después de mostrarme mi habitación (al lado de la de él, con una puerta de comunicación entre ambas), Emiliano salió con los hermanos y los amigos para dar una vuelta por la propiedad y verificar con el encargado que todo estuviera listo para nuestra estancia.

Las dos novias de sus amigos (que supongo son novias estables, no solo amantes), así como las "extras" que vinieron, porque según mis cuentas, tanto Martín como Simón tienen tres mujeres cada uno

para elegir, salieron a dar un paseo, y Ariana y Renia se quedaron conmigo.

Desde que comenzamos a hablar las tres a solas, sin embargo, me dio la impresión de que intentaban provocarme, y percibí una especie de comunicación silenciosa entre ellas.

Las miro, tratando de entender qué pudo haber sucedido para que se transformaran de mujeres relativamente simpáticas, aunque un poco locas, en criaturas insoportables.

Finalmente, decido dejar de ser diplomática.

—Ya me preguntaste esto tres veces. Sí, puedo enseñarte si surge un samba mientras estamos en la isla; pero no, no pienso encerrarme en una sala con ustedes para dar clases de samba. Al igual que ustedes, estoy de vacaciones.

—Y qué vacaciones, ¿no? Para una camarera, debe ser como ganarse la lotería —ironiza Ariana.

Me levanto del futón donde estaba sentada.

—¿Cómo sabes que soy camarera? —pregunto, con una alarma encendiéndose en mi cerebro.

—Todos saben que eres camarera en uno de los barcos de Emiliano —dice Renia, sin explicar si fue él quien lo contó (lo cual no creo) o uno de sus hermanos.

No es el comentario lo que me molesta, sino la forma en que lo dice, como si dijera "eres un insecto comparado con nosotras".

—¿Qué problema tienen ustedes conmigo?

—¿Problema? —continúa ella—. Ninguno. Solo intentamos hacerte entender que no importa que estés acá, él se cansará de vos rápidamente. Aquella demostración en el avión no fue gran cosa. No lo confundas con pasión, querida, fue deseo. Y el de Emiliano pasa rápido.

Me revuelve el estómago imaginar si alguna de ellas, o ambas, ya estuvo con él.

¿Los hermanos viven bajo la ley de "nadie es de nadie"?

¿Intercambian parejas entre ellos?

—Con permiso —digo, porque me conozco y sé que si sigo aquí, voy a explotar.

Por más que me guste la gente y conversar, no fui criada para aguantar desprecios.

—No intentábamos lastimarte, Lorena —dice una de ellas mientras ya estoy de espaldas, y en realidad, en ese momento, no me importa cuál de las dos—. Es solo que así es como los tres hermanos actúan: usan a las mujeres.

Debería seguir adelante, pero mi sentido de justicia me lo impide.

Sí, no tengo ninguna duda de que los tres Benítez son galanes que saltan de pareja en pareja, pero no lidian con mujeres que han vivido en la selva y que no saben lo mínimo sobre la dinámica de una pareja. Incluso yo, que jamás he tenido un romance serio, lo sé.

—¿Les hicieron promesas?

—Martín no hace promesas a nadie —dice Renia.

—Ni Simón —completa Ariana, lo que significa que ya estuvieron con esos hombres.

Al menos eso queda claro: no intercambian mujeres entre ellos.

—Entonces no desvaloricen su propio cerebro pretendiendo que estar con ellos no fue una elección consciente. No sé la edad de ustedes, pero yo todavía no cumplo veinte, como ya dije, y he recibido cientos de coqueteos a lo largo de mi vida. A todas les dije que no. Vine a la isla porque quise, igual que estoy segura de que hicieron ustedes. Si me dicen que estaban en una relación con ellos y fueron traicionadas, seré cien por ciento solidaria, pero si no hubo promesas, sabían dónde se metían.

—¿Y vos sabes dónde te metés? —Se levanta Renia, pareciendo enojada.

Ariana imita el movimiento de su amiga.

—Sé realista, Lorena. No tenés la menor oportunidad contra Emiliano. Una camarera… —Se burla—. Él debe estar aburrido de las mujeres de nuestro entorno y quiere un juguete nuevo y exótico, ¿pero creés que te invitó a una isla, donde nadie los puede ver juntos, por casualidad?

El pensamiento no se me había ocurrido hasta ahora y me siento una idiota por no haber entendido su estrategia, pero me niego a bajar la cabeza frente a estas dos víboras.

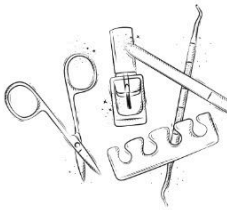
—¿Camarera? No, ese es mi empleo temporal. En realidad, mi profesión es manicurista. Hasta dejaré mi tarjeta si algún día necesitan un servicio completo de pies y manos.

La mirada de horror que me lanzan, como si acabara de confesar que soy una asesina en serie, sería graciosa si no fuera deprimente.

Salgo casi corriendo del balcón porque necesito espacio para respirar, preguntándome cómo voy a soportar este tipo de provocaciones durante toda una semana.



Lorena



Capítulo 26

—¿Quieres dar una vuelta en lancha más tarde? —pregunta un estadounidense que conocí hace apenas unos minutos.

Para escapar de las dos brujas, comencé a caminar por la isla y, antes de darme cuenta, me había alejado bastante de la casa principal. Noté que hay otras pequeñas propiedades para los empleados, pero fuera de eso, el lugar no tiene tiendas ni ningún tipo de comercio. Es propiedad privada en todo el sentido de la palabra.

Por eso me sorprendí al ver una lancha detenida en un sitio donde no podía ser vista desde la casa principal.

Dudé entre preguntarle qué quería o mantenerme al margen y dejar que algún empleado se encargara del asunto; al fin y al cabo, solo estaba atracado, no había desembarcado.

Al final, concluí que no era mi problema y decidí pasar junto a él, solo saludándolo con un movimiento de cabeza, pero el hombre me llamó para pedirme información. Además, como no puedo decir que no a quien me necesita, pensé que sería una buena oportunidad

para practicar mi inglés, ya que en el barco hablaba casi todo el tiempo en español.

En un lapso de media hora, descubrí que se llama Rob Carson, tiene treinta años, nació y se crió en Florida, y es la primera vez que viene a Brasil.

Vino con un grupo de amigos a Angra. Decidió salir solo en la lancha y estaba quedándose sin combustible cuando vio la isla y pensó en pedir ayuda.

El hombre es divertido, muy simpático, y su conversación (completamente aleatoria, hablando de todo un poco) terminó por aliviar la tensión que sentía desde la discusión con Ariana y Renia.

—No tienes derecho a invitarme. No mientras dependas de la misericordia de los dueños de esta isla para conseguir combustible —bromeo, y estoy a punto de agregar la segunda parte, "que de todos modos, no podría acompañarte porque ya estoy con alguien", cuando escucho la voz de Emiliano tronando detrás mío.

—¿Qué mierda creés que estás haciendo en mi isla? ¿Qué parte de las boyas que indican propiedad privada no entendiste?

Habla en inglés, lo que demuestra que escuchó parte de mi conversación con Rob.

Me giro hacia él.

—A Rob se le acabó el combustible, Emiliano.

—¿Rob? ¿Se conocen?

—Acabo de conocerlo —respondo, apretando los dientes de rabia, porque el hombre es muy desconfiado.

—Uno de mis empleados lo ayudará —dice, sin molestarse en presentarse al estadounidense—, pero no es bienvenido a quedarse. Como dije antes, esto es propiedad privada.

Percibo que uno de los empleados de la isla se aproxima.

¿Será que siguen a su jefe a todos lados? Si es así, no me sorprende que los tres argentinos se sientan como reyes.

Ignorando la grosería, me acerco a Rob y le extiendo la mano.

—Ha sido un placer conocerte. Espero que todo salga bien y que disfrutes de tus vacaciones en Brasil.

Me alejo de los tres sin decir una palabra más, sabiendo que debo regresar a la casa, pero en ese momento, sin ganas de hacerlo. Sin embargo, aunque sea tarde (seis de la tarde) y el día aún esté claro, no voy a comportarme de mala manera.

De reojo, noto un carrito, parecido a los de golf, que probablemente usó el empleado de Emiliano, y una moto enorme detenida junto a él.

Paso junto a los vehículos, intentando recordar hacia dónde debo ir, pero me confundo porque todos parecen iguales. Nunca se me ha dado bien orientarme.

—Te llevaré. —Escucho la voz de Emiliano detrás de mí y mi orgullo me dice que lo rechace, pero no soy tonta.

—Está bien. Gracias.

Me acerco a él sin mirarlo, pero antes de que llegue a la moto, me toma del brazo.

—Te estuve buscando. La isla puede ser peligrosa.

—Solo quería dar una vuelta. No había forma de perderme aquí.

—Sí que podrías. La isla es grande y puede ser una verdadera trampa para quien no sabe por dónde andar. También hay serpientes y otros animales.

—¡Oh!

—Subite a la moto.

—Pídemelo más amablemente —digo, zafándome un poco.

—Sos muy atrevida.

—No normalmente, pero tampoco soy tu empleada para estar aceptando órdenes. Bueno, en realidad, sí lo soy, ¿no?

—Basta —dice—. No estás acá como empleada del barco, sino como mi…

—¿Tu qué, Emiliano? Vamos a ver si logras ponerle alguna etiqueta a lo nuestro sin que se te suba la presión arterial.

—Novia —dice, sorprendiéndome.



Emiliano

Veo el asombro en su rostro y dudo que sea tan grande como el mío.

—Estaremos juntos por una semana —argumenta ella.

—Y durante ese tiempo, somos solo el uno del otro.

Lorena no reacciona como esperaba. Cualquier otra mujer que le ofreciera algo así, se sentiría más que feliz de ser llamada algo más que una "aventura". Sin embargo, la endiablada coloca ambas manos en las caderas y levanta el mentón.

—¿Me estás ofreciendo un título solo para que no hable con otro hombre? ¿Para ser tuya durante siete días?

No hay motivo para mentir.

—Sí.

—Eres audaz, Emiliano Benítez.

La tomo por la cintura, pegando nuestros cuerpos antes de que pueda escapar.

—Siete días de compromiso, Lorena. Sin otros hombres. ¿Podés hacerlo?

¿Qué mierda me está pasando?

—No planeé tener un novio, ni siquiera por siete días.

—Pero me deseás a mí.

No responde de inmediato, pero sus labios se separan en una invitación que no puedo resistir.

Contrario a cómo me siento (territorial, posesivo, un completo animal desde que la vi con el pelotudo de la lancha), no la beso con brutalidad, sino despacio, persuadiéndola a rendirse.

Empezó como un plan para hacerla ceder a mi voluntad, pero en poco tiempo, el deseo supera la determinación.

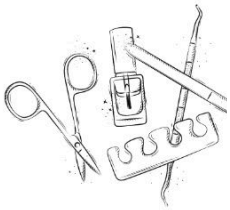
Es toda suave y femenina, y la manera en que se amolda a mí me vuelve loco.

Ella rompe el beso y cuando me mira, sus ojos ahora parecen miel caliente.

—¿Una semana? Sí, creo que puedo.



Lorena



Capítulo 27

Unos veinte minutos después, todavía me siento un poco atontada por sus besos cuando Emiliano me indica que suba a la parte trasera de la moto acuática.

Me preguntó por qué salí sola, pero no quise hablar sobre cómo Ariana y Renia habían cambiado conmigo, así que decidí decir solo que de vez en cuando necesito un poco de espacio, lo cual es una gran mentira. Si pudiera elegir, viviría rodeada de gente o al menos de alguien, todo el tiempo.

Respiro profundamente el olor del mar, disfrutando la sensación de libertad.

Emiliano conduce con una mano y con la otra rodea mis brazos con su cintura.

El día comenzó aterrador, luego se volvió divertido, después se transformó en una especie de guerra durante la conversación con aquellas dos y ahora está terminando de manera increíble.

—¿Querés nadar? —me pregunta.

—Sí.

Se detiene cerca de donde su yate está anclado y, mientras los empleados se ocupan de la moto acuática, sin decir palabra, me quita el vestido playero de la cabeza.

La forma en que me mira cuando solo llevo el bikini me hace querer cubrirme otra vez. Debería estar prohibido mirar a alguien así, y siento que mi rostro se enciende porque él ni siquiera disimula el deseo.

Se acerca, pasando el brazo por mi cintura y atrayéndome hacia él.

Conectados en la mirada, siento como si el tiempo se desacelerara. Oigo vagamente el suave golpeteo de las olas, pero no es nada comparado con el rápido latido de mi corazón.

—Sos hermosa, piba.

No sé qué responder, así que hundo el rostro en su pecho y pego nuestros cuerpos.

Emiliano toca mi mentón, haciéndome levantar el rostro, y la forma en que se encuentran nuestros labios es natural.

No parece que lo hayamos hecho por primera vez ayer, sino que nuestras bocas se reconocen como si hubiéramos compartido toda una vida juntos.

—Me preguntaste si quería nadar —digo, empujándolo suavemente y luego zambulléndome en el agua, esperando que un baño de mar calme un poco el calor que parece extenderse por mi sangre.

Él me sigue y durante un tiempo nadamos en silencio, hasta que Emiliano me toma en brazos, haciendo que entrelace mis piernas alrededor de su cintura.

—Nadás bien.

—Mi tía no era rica, muy lejos de eso, pero antes de enfermar, tenía una situación relativamente cómoda. Hacía lo que podía, animándome a practicar deportes, y como tenía asma cuando era niña, me inscribió en la única escuela de natación de mi ciudad.

Él asiente con la cabeza y adivino que en su mundo, nadar no es algo del otro mundo. Pero para mí es una victoria, al igual que aprender otros dos idiomas.

—Y también hablás inglés.

—Ella era traductora e intérprete y me enseñó. El español lo aprendí en un curso —digo, sin aclarar que fue un curso gratuito. No hay razón para mostrar lo pobre que soy.

—¿Y qué más?

—¿Qué?

—Hablame de tu vida.

—Soy manicurista de profesión —digo, levantando un poco el mentón por si él reaccionara como esas dos amiguitas suyas, pero él solo me mira y eso me desarma un poco—. En realidad, cuando fui a tu empresa, intenté entrar en la peluquería, pero no había vacantes, así que decidí aceptar la recomendación de mi colega y trabajar como mesera.

—Puedo arreglar eso cuando volvamos. Ponerte en la peluquería, si eso es lo que te gusta hacer.

Es tentador. Viajar por el mundo haciendo lo que amo, pero solo necesité veinticuatro horas junto a Emiliano Andrés Benítez para entender que lo mejor que puedo hacer cuando este viaje termine es mantenerme bien lejos de *F. Benítez Luxury Cruises.*

Me lanzaré a la aventura europea con Verónica y, si mi corazón está roto, será más fácil juntar los pedazos viajando lejos del atractivo argentino.

—No, gracias. De ti, solo quiero tu boca.

Lo abrazo por detrás del cuello y atraigo su rostro hacia mí. Lo beso con toda la intensidad del hambre que siento.

—Vas a querer mucho más. Ni siquiera empecé, Lorena. Vas a ser toda mía.

Cuando finalmente regresamos a la casa, ya es de noche y Emiliano, tras saludar a todos, sube de la mano conmigo al segundo piso.

—Mudate acá conmigo —dice, haciendo un gesto de cabeza hacia su suite.

—Aún no. Convénceme —provoco, sintiendo un frío en el estómago.

Se acerca, pero cuando pienso que me va a besar de nuevo, aparecen Ariana y Renia.

—Lorena, ¿podemos hablar con vos un momento?

Es lo último que deseo en ese momento, pero tampoco quiero hacerme la niña mimada que se molesta por cualquier cosa. Tal vez actúen así naturalmente y ni siquiera se den cuenta de lo idiotas que son.

—Sí.

Veo por la expresión de Emiliano que no quedó satisfecho con mi respuesta.

—Vamos a una discoteca. ¿Podés estar lista en una hora? —pregunta.

—Sí.

Él me besa.

—Te veré allá abajo.

Luego entra al cuarto, dejándome sola en el pasillo con las dos.

—Simplemente "wow" —dice Ariana.

—Quién diría que veríamos al gran Emiliano Benítez todo territorial, imponiendo horarios incluso para citas.

—¿Qué quieren? —Cruzo los brazos, sin paciencia para una charla inútil.

Ariana levanta ambas manos en señal de rendición.

—Tranquila, venimos en misión de paz. Queríamos disculparnos por lo de esta mañana. Sabemos que a veces podemos ser unas perras. Es la manera en que fuimos criadas.

—En nuestro mundo, vale la ley del más fuerte, Lorena. Nunca conocimos a alguien como vos. Dulce, educada y sencilla.

—Ibas bien hasta lo de "sencilla" —advierto.

—Lo dije en buen sentido. No es arrogante y pensamos que estabas fingiendo para integrarte.

—No, así soy yo misma. Disculpas aceptadas.

—No estás siendo sincera.

—Estoy siendo lo más sincera que puedo. Me encantan los humanos, pero no me hago amiga de alguien de la noche a la mañana, aún más después de lo que me dijeron hoy.

—¿Al menos podés ser nuestra colega? Vamos todos a una discoteca hoy. Podemos divertirnos, bailar.

—Está bien. Las veo en un rato.

Al entrar al cuarto, noto que recibí respuestas a los mensajes que envié hoy más temprano, tanto a doña Cida, avisando dónde estaba, como a Verónica.

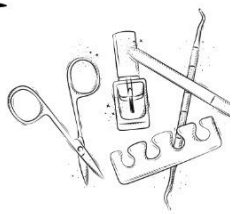
El primero dice: *"Disfruta la vida, cariño".*

El segundo: *"Devora a ese guapo, Lorena".*

Sonrío, pensando que tendré que equilibrar los dos consejos para, al final, salir entera de esta mezcla.



Emiliano



Capítulo 28

—Lorena se está divirtiendo —dice Simón, sorprendiéndome, porque la forma en que se mantiene al margen cuando hay más personas además de nosotros tres me hace dudar incluso de que supiera su nombre.

—Sí, eso parece —respondo, detestando el hecho de que verla bailar tan desinhibida con Ariana y Renia, con varios pibes alrededor, me haga sentir tan enfurecido.

¿Cuándo sentí celos de una mujer en mi vida? Nunca. Como alguien que nace inmunizado contra un virus, creí que eso jamás me pasaría.

Sin embargo, acá estoy, queriendo matar a cada hijo de puta del lugar por culpa de una mujer con la que ni siquiera tuve sexo.

—Nunca imaginé que ella se llevara bien con Ariana y Renia —dice Martín, dando un trago a su cerveza.

—¿Por qué no?

—Son completamente diferentes. Lorena es educada y dulce. Ariana y Renia son hijas de nuestra especie.

—Es educada, pero no es dulce. Al menos, no conmigo.

Los dos se ríen.

—¿Qué esperabas? —continúa Martín—. Sos uno de los boludos más insensibles y menos diplomáticos que conozco, hermano.

—El título de más insensible es mío. O al menos eso comentaban todas hoy —dice Simón, sin parecer ofendido.

—¿Las escuchaste? —Se ríe Martín.

—Sí. Pero también decían que sé usar mi verga grande, así que lo tomé como un cumplido.



Lorena

—¿Querés más bebida? —pregunta Ariana y yo sacudo la cabeza, haciendo que no, sintiéndome un poco extraña.

No estoy borracha. ¿Cómo podría estarlo, si apenas di un par de sorbos a un trago? Es más bien como si mi cabeza flotara.

Tal vez sea el calor.

—Vuelvo enseguida.

—¿A dónde vas, loca? —me advierte Ariana—. A Emiliano no le gustará que desaparezcas.

—No voy a desaparecer, solo necesito un poco de aire.

De repente, respirar aire puro se vuelve vital. Me siento un poco sofocada con toda la gente alrededor y, sin ver muy bien quién está delante, medio que pido permiso y, al mismo tiempo, empujo a los que me estorban para pasar.

Cuando finalmente puedo respirar, me siento mucho mejor.

—Creo que el destino nos está reuniendo. —Escucho una voz familiar sobre mi hombro izquierdo, y al girar, noto que es Rob Carson.

Me considero alguien amigable y simpática, pero no suelo tener contacto físico con cualquiera; sin embargo, me doy cuenta de que estoy abrazando a Rob.

—Qué bueno verte de nuevo.

—¿De verdad? —pregunta él.

—Sí.

Me siento ligera y, por primera vez, la vida no parece nada más que un gran parque de diversiones.

—¿Quieres bailar?

—No. Acabo de venir de allá y está demasiado lleno.

—¿Y quieres dar una vuelta?

—Creo que no deberíamos porque…

—¿Lorena? —Escucho que alguien me llama, y al girar, veo que es Emiliano.

¡Emiliano, Dios mío!

Parpadeo un par de veces, tratando de reenfocar mi mente, y recuerdo lo que acordamos hoy más temprano.

—No puedo, Rob. Estoy con mi novio aquí y es un hombre de las cavernas. —Sonrío—. Adiós.

Voy hacia mi argentino, el más hermoso del mundo, y lo abrazo por la cintura.

—Contigo sí bailo.

Emiliano no sonríe.

—¿Estás borracha?

—Te juro que no. Solo di un par de sorbos al trago. Lo que ves es mi versión divertida, Lorena. No te enojes. Le dije que eras mi novio. Lo único que podría superar eso sería llevar tu nombre en una cadena en mi cuello que dijera *"Propiedad Benítez".*

Es como si las palabras escaparan de mi boca sin control y cualquier barrera de inhibición hubiera desaparecido. Todo lo que

importa es esta noche y él.

—No me provoqués. Marcarte es lo que más quiero ahora.

Él toma mi cabello con fuerza y me besa con violencia. No me asusto. En realidad, quiero más y me froto contra él para demostrárselo.

—¿Estás segura de que no estás borracha? —pregunta, mirándome con un "V" formado entre sus cejas.

—Sí, ahora llévame a bailar.



Emiliano

Con casi treinta y tres años, pocas cosas me sorprenden, pero la diosa que baila frotando su cuerpo contra el mío está haciendo que mi cerebro hierva.

Es como si estuviera libre de cualquier vergüenza, tanto que, cuando la beso, intento sentir el olor del alcohol para asegurarme de

que no está borracha, pero aparte de un ligero gusto del trago con Martini que tomó, parece no haber nada.

—Me estás volviendo loco.

—¿Y eso es un problema? —Sonríe—. ¿No somos novios?

—¿Querés que nos vayamos?

—Sí. Llévame de aquí. Está demasiado lleno. Quiero estar a solas contigo.

Menos de cinco minutos después, estamos afuera y, a propósito, la dejo caminar delante mío, para asegurarme de que está bien.

Ella camina en línea recta y, tras un rato, mira hacia atrás, sonríe y me manda un beso.

¡Qué buena que estás!

Lorena me dijo que yo significaba un problema.

No, ella es quien significa eso, especialmente por su plan de hacer un último viaje a Europa apenas llegue a Río de Janeiro, cuando el *Aurora of the Sea* atraque allí.

Sé que la voy a desear más tiempo que solo siete días, pero no sé cómo hacer que funcione sin dar la impresión equivocada de un compromiso a largo plazo.

Ella hace un gesto de "vení para acá" con el dedo índice y en dos pasos la tomo en brazos.

—¿Te gusta provocar?

—Me gustas tú. Y nosotros dos. —Sonríe y echa la cabeza hacia atrás—. Tal vez me gusta provocarte un poquito también.

—Quiero devorarte, hermosa.

—Devórame. Necesito que me toques por completo.



Lorena

Tan pronto entramos al auto, ambos nos abrochamos el cinturón, pero de repente no quiero que arranquemos el vehículo, así que suelto el cinturón de nuevo y me acomodo en su regazo.

Noto que se sorprende, pero lo beso y muerdo su cuello. Pronto está conmigo, con la lengua provocando la mía.

Dios, este hombre es bueno en lo que hace.

Cada centímetro de piel que toca me enciende.

Le abro la camisa y beso y muerdo su pecho. Succiono su pezón y escuchar sus gemidos es delicioso.

Me siento como una experta en seducción porque todo lo que hago, parece encantarle, y cuando me mira, sus ojos están oscuros.

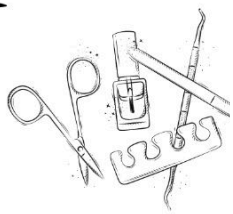
Levanta mi vestido y toca la parte delantera de mi tanga. Me muevo sobre sus dedos cuando los presiona sobre mi clítoris.

—Quiero meterte la verga acá, hermosa, pero no lo haré. Necesito que estés completamente desnuda.

Aunque lo dice, no deja de provocarme, y cuando sus dedos se insertan dentro de mi lencería, sin dudar, imploro que no se detenga.



Emiliano



Capítulo 29

El cuerpo de Lorena se estremece por completo cuando siento por primera vez sus pelos húmedos entre mis dedos.

Lorena está muy caliente y está empapada. Me cuesta mucho no abrirme los pantalones y obligarla a que monte mi verga acá mismo, en el estacionamiento de la discoteca.

En lugar de eso, juro para mí mismo que solo voy a hacerla acabar una vez para calmar un poco su deseo y después llevármela conmigo, porque necesito mucho más esta noche que un rápido polvo en el auto, con los dos vestidos.

—Si te hago acabar con mis dedos, ¿después te comportarás como una buena piba?

—Por favor —gime ella, frotándose en movimientos de vaivén sobre mi mano.

Sujeto la parte trasera de su cuello y solo rozo su clítoris con la punta de mi pulgar. Ella enreda los dedos en mi cabello y cuanto más masajeo su punto sensible, más salvaje se vuelve.

—Cabalgá en mi mano, hermosa. Tomá lo que necesités.

Quiero recostar los asientos y chuparla ahí mismo, pero no voy a exponerla. Aunque los vidrios laterales y traseros sean oscuros, el delantero no lo es y cualquiera podría vernos.

Muerdo su oreja, lamiendo la carne suave, y sin dejar de masajear su clítoris, entro con un dedo en su concha[16] ardiente. Está apretada y muy excitada. Completamente mojada.

Mientras la masturbo, ella gime bajito, pero a contramano de la lujuria, su boca me besa con una pasión lenta, como si estuviera disfrutando intensamente cada segundo. Como si lo que tenemos no fuera solo hambre sexual.

—Estás toda erizada, linda. Necesitás ser bien penetrada, ¿eh?

—Te deseo adentro —susurra entre llantos.

Su respiración se acorta y su mano aprieta mi hombro mientras su cabeza se inclina hacia atrás. Intento penetrarla más profundo, pero cuando gime angustiada, pienso que no está lo suficientemente preparada, así que trabajo su clítoris en lugar de forzar mi dedo grueso entre sus paredes estrechas.

Cuando Lorena acaba, me vuelvo loco.

Murmura mi nombre de una forma que no sé si algún día olvidaré. Puro deseo y necesidad.

La hago descansar en mi regazo y la observo, cautivado por la expresión de placer en su rostro.

La abrazo, sintiendo cómo su respiración se calma poco a poco, volviendo al ritmo normal.

—Tengo que sacarte de acá antes de que haga una locura.

La beso en la frente, la punta de la nariz y la boca.

—¿A dónde vamos?

—Al yate. No quiero a nadie más alrededor.

Una hora después de dejar el auto en el puerto y subirnos a la lancha, llegamos a mi yate.

Tendrán que volver a la discoteca a buscar a mis hermanos y nuestros amigos, pero di órdenes a mis hombres para que nadie se acerque a la embarcación hasta que yo lo autorice. Y definitivamente, eso no ocurrirá esta noche.

Por hoy, la quiero a ella solo para mí.



Lorena

Aún no me siento normal. Me escucho decir cosas que no pensé que tendría el valor de decir, como si hubiera perdido el freno en la lengua, pero atribuyo eso a que estoy encantada, ya que desde que llegué a la isla, estoy viviendo mi sueño de Cenicienta.

Mientras camino por la cubierta, me quito las sandalias de tacón y las dejo por el camino, corriendo delante de él.

—¿Te gusta ser cazada, Lorena? —Escucho a Emiliano preguntar a cierta distancia.

—Tal vez. —Me río, y voy hacia la baranda del yate, donde veo mesas dispuestas como en un restaurante. Pero en cuanto llego, él me abraza por detrás.

Emiliano me gira hacia él y me sienta en una de las mesas, acomodándose entre mis piernas.

—Nunca he estado en un yate. ¿No me vas a mostrar la embarcación? —pregunto, sin aliento.

—Mañana. Ahora, te quiero a vos.



Emiliano

—Sacate ese vestido, Lorena —susurro en su oído.

—Eso lo puede hacer usted, señor Benítez. Quiero ser tratada como una reina.

Llevo las manos a su espalda y abro el cierre.

Tiro el vestido por su cabeza y lo lanzo al suelo, dejándola solo con la ropa interior.

Me quito la camisa, los zapatos y los calcetines.

—Y si…

—No va a venir nadie —adivino su preocupación.

—Prométemelo. No confío en nadie más en este viaje que en ti.

—Tenés mi palabra, pero también puedo garantizarte que podés confiar en mis hermanos. Ahora decime, hermosa: ¿qué querés?

—Tu verga —dice, sin dudar.

—Levantá las caderas, estoy ansioso por ver esa conchita.

Ella obedece y, después de quitarle la tanga, abro el sostén y me alejo un poco para mirarla.

La iluminación del yate, donde estamos, es indirecta, y hace que su cuerpo adquiera un brillo dorado.

Lorena desnuda sobre la mesa, con las piernas relajadas, sin intentar esconderse de mí, es al mismo tiempo belleza y vulnerabilidad.

Fijo mi atención en su rostro, pero no muestra nerviosismo; cuando nuestros ojos se encuentran, todo lo que veo en ellos es deseo, así que me entrego a mi excitación.

No sé por dónde empezar. Las tetas firmes y grandes, el abdomen suave… y entre sus piernas, la vagina que sentí húmeda en mi mano hace un momento.

Su cabello cae sobre los hombros, enmarcando su rostro hermoso.

Me acerco, pero sin tocarla aún, solo apoyando mis manos en la superficie para que nuestros ojos queden a la misma altura.

—No quiero asustarte, pero estoy hambriento. No recuerdo haber deseado tanto a una mujer antes.

Mi mano alcanza su rostro, acariciando su mejilla.

—No tengo miedo. Quiero más de lo que pasó en el coche.

A pesar de estar desinhibida, parece tímida al decir esas palabras, pero atribuyo eso a que aún no tiene veinte años.

—Sos hermosa —murmuro cerca de su boca, mirándola de cerca, y veo sus ojos brillar.

Deslizo mis manos por sus muslos, sintiendo la suavidad de su piel bajo mis dedos. Ella suspira, arqueándose ligeramente en respuesta al toque.

Separo uno de sus muslos, manteniéndolo amplio, y dejo que mis dedos deslicen por la hendidura de vellos cortos.

Con la otra mano, acaricio un pezón suavemente con el índice, mientras comienzo a estimular su clítoris con el pulgar.

—Primero te voy a hacer acabar así, con mi dedo y lengua, porque noté que estás muy apretadita. Te voy a preparar para mi enorme verga.

No dejo de masajear su clítoris mientras empiezo a introducir el dedo medio en su húmeda abertura. Ella me absorbe dentro suyo, contrayéndose a mi alrededor.

Mi dedo circula su punto de placer y Lorena se mueve, contoneándose con tanta necesidad que es un esfuerzo no abrir los pantalones y meterle la verga en esa posición.

Necesito más de ella, así que ataco su boca, metiendo la lengua profundamente.

Muerdo sus labios, la devoro, pero no meto el dedo con fuerza para no lastimarla.

Lorena chupa mi lengua y puedo imaginar la sensación cuando haga lo mismo con mi verga.

Introduzco otro dedo en sus pliegues empapados y su miel resbala sobre mí.

Tiembla, los espasmos de un orgasmo intenso comienzan. La observo entregarse al placer y mi excitación alcanza la luna.

Le quito el resto de la ropa porque necesito sentir nuestras pieles unidas.

Los ojos de Lorena todavía están cerrados.

Ni siquiera se recuperó del orgasmo y ya tengo mi rostro enterrado en su vulva.

La sujeto por el culo y siento cómo su carne está erizada.

Mientras la beso con la lengua, levanto la mano y aprieto suavemente un pezón entre el índice y el pulgar. Ella gime mi nombre.

Su aroma es afrodisíaco.

Chupo su clítoris y cuando intento introducir un dedo en su interior, la siento muy pequeña, pero cada vez que le acaricio un pezón, su excitación fluye sobre mí.

Recorro su abertura con la lengua, moviéndola en círculos, presionando contra su entrada.

Mi pulgar trabaja su clítoris sin pausa.

Ella se empuja contra mi cara, muy traviesa.

Pruebo cada rincón de ella, ardiente y suave por dentro, la carne delicada contrasta con la aspereza de mi dedo y lengua.

Cuando acaba de nuevo, no me detengo. La levanto, llevándola conmigo, montándola sobre mis hombros con su concha en mi cara.

Mi intención era llevarla hasta una de las suites para devorarla como deseo, pero me pide que no deje de hacer lo que estoy haciendo.

—Agarrá la barra de metal sobre tu cabeza —ordeno, cuando pasamos por la entrada que da acceso a las suites.

Lorena me obedece y entiende lo que quiero. Usa la barra como palanca para restregarse en mi rostro.

Le doy una palmada en el culo.

—Continuá, hermosa. Estoy hambriento por esa conchita.

Cuando acaba otra vez, bebo todo sus fluidos.

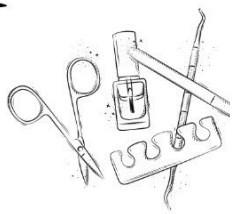
—Soltate, linda.

La bajo lo suficiente para chupar sus tetas, mamando una y luego la otra.

Solo paro cuando noto que está floja, completamente rendida, porque no quiero que se desmaye. No podrá descansar esta noche.



Emiliano



Capítulo 30

Esta piba logra despertar mi locura.

Quiero penetrarla duro y rápido esta primera vez y saciar mi deseo.

Al mismo tiempo, quiero metérsela sin prisa y matar el hambre obsesiva que me despertó.

La pongo de pie frente a mí y me quedo completamente desnudo.

Veo sus ojos recorrer todo mi cuerpo.

¿Se da cuenta de cómo su deseo se delata en ese hermoso rostro?

—Te deseo, pero decime si es demasiado, Lorena, porque ahora mismo no confío en mí mismo. Ahora, vení y arrodillate. Necesito esa boca en mi verga.

—Yo nunca…

—¿Qué?

Ella no responde. Sacude la cabeza de un lado a otro.

—¿Nunca qué, linda?

—No sé cómo hacer eso.

—¿Nunca le diste placer a una pareja así antes? —pregunto para asegurarme.

—No, pero quiero aprender.

¡Concha de la lora! La idea de enseñarle me lleva al límite.

—Si querés aprender, ¿por qué no me obedeciste aún? Arrodillate.

Ella hace lo que le ordeno, quedando de rodillas frente a mí.

La punta de mi verga está húmeda líquido preseminal y, sujetándola por la base, instruyo:

—Sacá la lengua. Quiero que me lamas la cabeza sin tocarme todavía. No chupes.

Me sostengo la verga frente a sus labios. Cuando veo a Lorena abrir la boca, haciendo exactamente lo que le pedí, acaricio su rostro.

—Sos perfecta, hermosa. Ahora succioná la cabeza, mi amor.

Agarro un pezón cuando su fogosa boca se cierra sobre mi verga, y ella succiona.

—Abrí los labios, Lorena.



Lorena

Separo mis labios, muy excitada, hasta sentir vergüenza.

Estoy desnuda con un hombre por primera vez y no siento inseguridad alguna, sino ansiedad por aprender. Él dijo que quiere devorarme y yo también deseo eso.

Una necesidad de tocarlo me domina. Tengo que sentirlo dentro mío y no puedo encontrar otra explicación que no sea que me estoy enamorando de Emiliano.



Emiliano

Muevo la cadera hacia adelante, rozando sus labios con mi verga.

Ella abre un poco más la boca y me deja entrar.

Pasa la lengua de una manera tan provocativa que es casi increíble que sea la primera vez que lo hace.

Sujeto su cabello a los lados del rostro y el cuello por detrás.

—Decime cuánto aguantás. ¿Entendiste, Lorena? —Ella asiente, mostrando acuerdo—. Relajá esa ardiente boquita, hermosa.

Apoyando las manos en mis muslos, separa los labios despacio, haciéndome avanzar centímetro a centímetro, y el placer es tan intenso que mi cuerpo se tambalea.

Siento el calor de su respiración en mi piel, porque no puede metérsela toda.

—Usá la lengua, Lorena.

El contraste entre el calor y la suavidad de su lengua contra la rigidez de mi piel envía una ola devastadora de lujuria por mi cuerpo.

Mis ojos permanecen fijos en los suyos, observando cuánto se entrega mientras me deja penetrar su boca; nuestra conexión es como ninguna otra que experimenté.

Lorena me provoca sin esfuerzo.

Cuando empieza a acostumbrarse a mi intrusión y a mover la boca con más ritmo y presión adecuada, el deseo rompe cualquier contención dentro mío.

Siento cada roce de su lengua, intensificado por la humedad de su boca. Mis músculos se contraen involuntariamente, el deseo

creciente me hace sujetar su cabello con más fuerza.

Sus gemidos suaves mientras me chupa llenan la suite, intensificando cada sensación.

Mientras su boca trabaja sobre mí, agarro una de sus manos y la llevo hacia mis testículos.

—Tocame acá, amor.

El estímulo simultáneo hace que espasmos de placer recorran todo mi cuerpo.

Cierro los ojos por un momento, rendido a la intensidad de lo que compartimos, y luego los abro de nuevo para encontrarla mirando hacia arriba, observando mis reacciones como si memorizara mi placer.

Quiero llenar su boca con mi semen, pero ella me dijo que es la primera vez que le da placer a un hombre así y no voy a hacer más de lo que puede soportar.

Relajo el agarre en su cabello y me inclino para besar su frente.

—¿Hice algo mal?

—Sos más que perfecta, pero necesito que te sientes sobre mi lengua. Quiero comerte así otra vez.

La tomo en brazos, me recuesto en la cama y la pongo sentada sobre mi cara. Separo los labios de su vulva con ambos pulgares y

succiono el clítoris, haciéndola gritar de placer, y solo cuando acaba otra vez, me permito tomar lo que quiero.

La recuesto despacio y busco mis jeans, queriendo los preservativos. Sé que debe haber muchos más en cada habitación del yate y es bueno que así sea, porque los vamos a necesitar.

Desenrollo el condón sobre mi verga, pero se rompe porque estoy demasiado duro y con prisa también.

Lo cambio por uno nuevo y me arrodillo entre sus piernas.

Paso ambas manos por el medio de sus muslos, deslizándolas hasta su vagina.

Me inclino apoyado en los codos y beso su boca. Mi lengua se mueve dentro de ella como en una penetración.

Lamo su cuello. Chupo sus duras tetas, con pezones erectos.

Sus gemidos de placer son una prueba para mi autocontrol.

Levanto la cabeza para mirarla, y mi verga está encajada en su entrada.

—Nunca quise tanto a una mujer en mi vida —repito lo que dije antes, porque es la pura verdad.

Las palabras parecen excitarla, ya que se mueve debajo mío.

—Y por eso tenés que decirme si soy demasiado brusco. Me di cuenta de que no sos experimentada, así que avisame si te tomo

con demasiada intensidad porque no quiero lastimarte.

Deslizo mi mano entre sus piernas, acariciando su clítoris.

Me inclino para besarla, mientras muevo la cadera.

Cuando empiezo a metérsela, su respiración se acorta, denotando ansiedad.

—Hey, ¿todo bien?

—Sí. No pares.

Retrocedo, y cuando vuelvo a embestirla, ella tiembla entre mis brazos. Nuestros ojos se mantienen fijos, sin desviarse.

—Tomate tu tiempo. Soy un hombre grande. No quiero que sientas dolor.

Entro y salgo para ensancharla.

La penetro tan lentamente como puedo.

Sujeto sus muslos por debajo, forzando el paso en su estrecha conchita.

La veo morderse el labio inferior.

—¿Estás bien?



Lorena

Sé que es el momento de decir que nunca he tenido sexo, porque en este instante ya me siento completamente normal, sin la impresión de tener la cabeza en una nube, pero ¿y si él no me quiere al descubrir que soy virgen, pensando que no puedo darle placer?

No, he llegado demasiado lejos, no quiero dar marcha atrás. Deseo la experiencia completa.

—Hasta ahora todo ha sido perfecto. Quiero más.



Emiliano

La penetro profundo, deteniéndome solo al sentirme completamente envuelto por su estrechez, pero cuando grita, congelo el movimiento.

—¿Lorena?

—Sigue.

Me muevo y ella me muerde, pero al mismo tiempo se contonea debajo mío.

—Puta madre, intento no ser brusco, pero si te movés así… ¡Ah, terrible!

—No te contengas, por favor.

Las palabras rompen la locura que había estado reprimiendo.

—¿Qué querés? ¿Necesitás que te la meta fuerte? Porque estoy loco por hacerlo.

—Sí.

Me inclino para besarla, lamiendo luego su cuello. Continúo la ruta y succiono su teta, mamándola toda, y pronto ella gime de placer.

Apoyado en los codos otra vez, embisto a ritmo cadenciado, despacio, dilatándola para que se acostumbre al tamaño y grosor de mi verga.

Ella me recibe con gemidos y la embisto cada vez más rápido, bombeando dentro de su concha mientras la sujeto por el culo, entrando profundamente.

Lorena me muerde, araña, marcándome la piel con las uñas.

La penetro por mucho tiempo y cuando la hago acabar, la manera en que aprieta alrededor de mi miembro casi me hace perder el control.

Sé que no resistiré mucho más esta primera vez.

Beso su boca, acaricio su clítoris y levanto una de sus piernas sobre mi hombro, penetrándola más profundo.

—Ah…

—Acabá otra vez.

Casi un minuto después, me mira y gime, echando la cabeza hacia atrás, acabando, con su cuerpo curvándose en un arco.

Se la meto despacio, esperando que se recupere del clímax.

Me siento y la pongo en mi regazo, todavía completamente con la verga dentro de ella.

La atraigo hacia un beso, probando su boca y usando ambas manos para hacerla subir y bajar sobre mi miembro.

Toco su clítoris muy despacio y ella jadea.

Me empujo hacia arriba mientras la bajo en mi regazo.

—Voy a acabarte y vos vas a acabar conmigo, mi amor.

Mis manos aprietan su culo con fuerza.

Ella mantiene la mirada en mí y empieza a mover la cadera en círculos. La hago descender sobre mi verga cada vez más rápido y

gimo al sentir los vellos rozar, con su concha completamente llena por mi miembro.

Levanto mi cuerpo, empujando fuerte.

Me deslizo dentro de su vagina, penetrándola profundamente. Lorena me monta, subiendo y bajando sobre mi verga. Uso una mano para acariciar su clítoris. No tardo en sentir pequeños espasmos a mi alrededor.

La vuelvo a acostar boca arriba, metiéndole la verga, agarrándola por la cintura.

Todavía bombeo dentro de ella algunas veces, hasta finalmente entregarme al orgasmo.

Beso su boca. Ni siquiera estoy cerca de parar.

—No tardaré, mi hermosa.

Me levanto para cambiarme el preservativo.

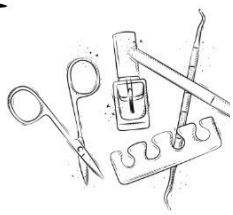
Doy unos pasos y me preparo para retirarlo cuando veo sangre en el látex.

Miro hacia atrás, sin poder creer que sea posible, pero cuando la noto dormida y veo más sangre en las sábanas, no necesito preguntarle para tener certeza de que rompí una de mis reglas.

Sin ninguna preocupación, simplemente desvirgué a una mujer.



Emiliano



Capítulo 31

Enciendo la ducha fría, intentando despejar mi mente antes de regresar al cuarto, mientras repaso toda la noche en mi cabeza.

No, no estoy loco. Ella tuvo todas las oportunidades de decirme que era virgen y no lo hizo.

No tengo mucho que decir sobre mi pasado con mujeres. Normalmente las cosas no terminan tan mal como con Caluccia, pero tampoco son excelentes. Sin embargo, si hay algo que siempre he tenido presente, es tratar a todas con respeto. La idea de haber lastimado a Lorena de alguna manera me resulta insoportable.

¡Una virgen, la puta madre!

Me siento un idiota por no haber tenido cuidado con ella.

Después de escucharla pedirme más, no me contuve. Pensar que parte de esa sangre pueda ser porque la lastimé me hace sentir como un animal.

Un recuerdo que tengo muy bien guardado vuelve sin pedir permiso.

Isalina. La única virgen con la que estuve antes de Lorena. La mujer que me hizo jurar nunca cometer ese error de nuevo.

No sé cuánto tiempo paso en el baño, pero cuando regreso al cuarto, Lorena está acurrucada sobre sí misma en el colchón.

Lo que debería hacer es despertarla y llevarla de vuelta. Que las cosas entre nosotros sean sencillas… empezar a resolver todo, porque no acepto la deshonestidad. Aprendí, de la peor manera posible, hasta dónde eso puede llevarme. Pero cuando me acerco a la cama, ella parece tan pequeña e inocente que, en lugar de despertarla, la tomo en brazos y me dirijo a otra suite.

—¿A dónde vamos?

—La cama está hecha un desastre. Te voy a llevar a otra habitación.

—¿No te quedarás allí conmigo?

Siento mi mandíbula tensarse.

No debería, pero sé que cederé.

Ella, en tan poco tiempo, se me está volviendo un vicio. Y ese es el problema con las sustancias o cosas adictivas: no podés mantenerte alejado de la próxima dosis.

—Sí, me voy a quedar.

Tal vez tardé demasiado en responder, porque ahora parece totalmente despierta y cuando la acuesto en la cama, se dirige al otro extremo.

—Me gustaría darme una ducha. También necesito mi ropa.

—Ahora te la traigo. Dentro de los armarios hay batas.

Se pone de pie, pero no antes de jalar la sábana para cubrirse y casi correr hacia la ducha.

Al igual que yo, pasa mucho tiempo ahí y cuando regresa, me encuentra sentado en la cama, aún con la toalla enrollada en la cintura.

—¿Por qué no me dijiste que eras virgen, Lorena?

—No creí que fuera necesario.

Me levanto, irritado como nunca.

—¡Mirame, mirame a mí y al tamaño de verga que tengo! Ahora mirate a vos misma en el espejo. Podría haberte lastimado seriamente. —Paso ambas manos por mi rostro, sintiendo que se revuelve mi estómago solo de imaginarlo—. ¡Concha de la lora!

La posibilidad me devuelve al pasado, pero intento alejar esos pensamientos intrusivos y concentrarme en el presente.

—No me lastimaste. Estoy viva —dice, con un dejo de enojo también—. Y quiero irme.

—Le dije a mis empleados que se fueran —digo, aunque incluso a mí me suena a excusa ridícula. Podría llamar a la lancha con un chasquido de dedos.

Veo en el rostro de Lorena que pensó lo mismo.

Ella sale del cuarto y la sigo.

—¿A dónde vas?

—A buscar mi ropa.

—Lorena.

Ella está en el pasillo, de espaldas a mí, pareciendo un poco perdida sobre qué camino tomar para llegar al muelle, pero se detiene cuando la llamo y se gira para enfrentarme.

—¿Qué quieres que te diga? Lamento no haber sido lo que esperabas, pero recuerdo perfectamente que me dijiste que sabías que no era tan experimentada; así que no deberías haber esperado "gran cosa". Era virgen, pero ya no lo soy… ¿Qué diferencia hace ahora?

—No tiene que ver con falta de experiencia, sino con que nunca habría tocado a alguien si supiera que nunca se acostó con un hombre.

Sus ojos se abren de par en par.

—¿Qué dijiste?

—Tengo una regla. No tengo sexo con vírgenes.



Lorena

Lo miro con ganas de mandarlo a la mierda, junto con sus reglas.

Vine aquí sabiendo que esto entre nosotros no era una historia de amor, pero acabo de perder mi virginidad, me siento sensible y todo lo que él puede pensar es en sí mismo.

—Siento no habértelo dicho. —No puedo mirarlo mientras me disculpo—. No pensé que fuera un problema. Ahora, por favor, ¿puedes decirme dónde encuentro mi ropa?

—Aún no terminamos de hablar.

—No hay nada que hablar. Me dijiste que te sientes engañado. O al menos esa fue la impresión que tuve de cómo te sientes. Ya me disculpé y…

Mi voz se quiebra porque me esfuerzo por no llorar y, sin alternativa más que humillarme frente a este maldito arrogante,

corro.

O al menos lo intento, porque apenas me doy la vuelta, Emiliano me atrapa contra su cuerpo.

—Suéltame. No me toques nunca más.

—Eso debería hacer. Dejarte ir. No tocarte nunca más, porque adivina qué: tengo otra regla. No acepto la deshonestidad.

—Vete al infierno con tus reglas, Emiliano.

—No quise ser insensible —dice, contra mi cabello, aún sin soltarme.

—No importa. No somos el uno para el otro. Solo quiero irme.

—Perdoname.

—No. Convertiste una elección mía en algo horrible.

—Odio las sorpresas y cualquier cosa que se salga de mis planes. No me arrepiento de lo que hicimos. Puedo ser condenado a la perdición eterna por esto, pero no me arrepiento. Te deseaba, y todavía te deseo.

—No me importa. Me lastimaste y no te perdonaré.

A pesar de mis palabras, ya no lucho por escapar y sigo así cuando él me toma en brazos y me lleva de nuevo al cuarto.

Se recuesta en la cama conmigo.

—Si vamos a hacer esto, debés mantener tu mente en su lugar. No soy un príncipe, Lorena.

—¿Emiliano?

—Sí.

—Ya capté lo básico de tus malditas reglas. No quieres que me ilusione. Está bien. ¿Puedes solo abrazarme un momento, por favor?

Sin dudar, sus brazos me rodean y apenas respiro. Quiero irme porque me enseñaron a ser fuerte y no dejar que nadie me haga daño, pero, al mismo tiempo, en este momento, necesito un abrazo. El último que recibí, más allá de los suyos, fue en el funeral de mi tía.

Mañana, cuando despierte, puedo odiarlo. Por ahora, el deseo de contacto humano supera la rabia.

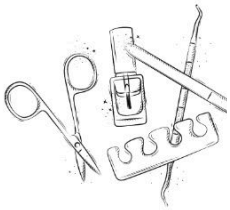
Poco a poco, mi furia disminuye y la fatiga en mi cuerpo por la noche intensa en todos los sentidos se extiende, haciéndome adormecer.

Estoy empezando a caer en sueño cuando él me dice:

—Antes de vos, solo estuve con una virgen.



Lorena



Capítulo 32

Sus manos enormes recorren mi espalda y la sensación es deliciosa, pero no es eso lo que me mantiene completamente inmóvil, sino lo que acaba de decir, porque algo en su voz me dice que lo que Emiliano está a punto de contar tiene que ver con su reacción de hace un momento.

—Estaba en mi primer año de la universidad y más aún que hoy, no quería apegarme a nadie.

—¿Por qué?

—Porque solo quería disfrutar, como cualquier pibe de mi edad.

—Continúa.

—Estuve con una piba en una fiesta. Yo era popular, y no sería raro dormir con una desconocida. Para mí fue algo casual. Como tantas otras veces en las que hice lo mismo. No prometí nada. Le advertí que sería solo una noche. Solo estuve con ella una vez y no planeaba repetirlo. Al igual que vos, ella no me dijo que era virgen.

Siento que mi garganta se cierra, entendiendo por qué se volvió tan loco. A nadie le gusta sentirse engañado.

—No fue mi intención mentir, pero tenía diecinueve años y quería experimentar la vida en su totalidad. Antes, jamás me había sentido atraída por un hombre hasta el punto de acostarme con él.

—Te creo.

—¿Me crees?

—Sí.

—Cuéntame el resto de la historia.

—La piba con la que estuve, Isalina, pensó que había algo más entre nosotros por el hecho de haberle quitado la virginidad. El noviazgo no se me pasaba por la cabeza y le dije la verdad, pero ella no aceptó un no como respuesta. Comenzó a perseguirme, y no de manera normal, sino como un problema mental. Aparecía donde yo estaba e interfería con mis encuentros con otras mujeres. Hice lo que pude para manejar la situación, pero llegó un momento en que ni siquiera podía concentrarme en los estudios y no tenía ganas de salir con mis amigos porque sabía que la vería.

—¿No intentaste conseguir ayuda con sus amigos o su familia?

—Sí. Llegué a hablar con sus padres, quienes me dijeron que ella siempre había sido "decidida". Pero su comportamiento no era el de alguien decidido. Yo soy un hombre decidido y voy tras lo que quiero, pero eso no se aplica a otros seres humanos. Un "no"

siempre es un “no”. Al parecer, en su mundo, un “no” no tenía peso. Continuó persiguiéndome.

—¿Qué pasó después?

—Después de agotar todas las formas de actuar con civilidad, entendí que ella estaba mentalmente inestable y que nada de lo que dijera o hiciera la convencería de que no estábamos destinados. Así que me fui a terminar mis estudios a España, porque tenemos familiares ahí.

—¿Y te dejó en paz?

—Se suicidó el día que supo que había viajado.

Me siento en la cama, entendiendo completamente cómo se sintió hace un momento.

—¡Dios mío!

—Te conté esto solo para que comprendas mi reacción.

—La historia es horrible, pero juro que nunca tuve intención de mentirte. No haría algo así.

Él no me mira a mí, sino al techo.

—Yo tampoco me acosté nunca con ninguna empleada.

—¿Qué?

—En una noche rompí tres de mis reglas.

A pesar de lo que dice, su tono parece un poco más ligero y decido seguir por el mismo camino, porque la historia que me contó es demasiado intensa.

—Quizá necesitabas a alguien como yo en tu vida. Para cambiar un poco las cosas.

Él no sonríe como esperaba.

—Podría haberte lastimado, Lorena. No hago el amor de forma ligera o suave.

Odio que use esos términos. Me siento como una galleta más en la línea del supermercado, "una más".

Cualquier empatía que sentía desaparece y vuelvo a ponerme de pie, cerrando aún más el lazo de la bata.

—Creo que ahora está todo claro entre nosotros. ¿Podrías decirme dónde queda el muelle, por favor? Realmente quiero recoger mi ropa.

Él ignora mi pedido, se levanta y se detiene muy cerca mío.

—¿Qué querés?

—Nada.

—Entonces, ¿por qué actuás como si yo estuviera equivocado? He sido honesto desde el principio.

—Tu palabra favorita, ¿verdad? Honestidad. Si pones todas las cartas sobre la mesa desde el inicio, entonces eso te da derecho a pasar como un tractor sobre tu pareja del momento. Bien por ti si actúas así con tus futuras parejas, pero acabo de decidir que no quiero ser tratada como una *novia en serie.*

—¿De qué mierda estás hablando?

—Hiciste un molde en el que encajas a todas las mujeres con las que sales, y con las que no cumplen con los estándares necesarios para ese compartimento. No te importa si se alborotan un poco, siempre y cuando respetes tus reglas. No estoy dispuesta a rebajarme tanto. No me importa que seamos amantes casuales, pero me niego a ser tratada como *el sabor del momento*. Soy única. Tengo cerebro, voluntad, y me hiere que me digan cosas malas. Dijiste hace un momento que no eres un príncipe. Yo tampoco soy una princesa. Soy alguien de verdad, y si no puedes lidiar con eso, buena suerte con tu nueva conquista.

Salgo del cuarto y me juro a mí misma que encontraré la maldita ropa. Tras equivocarme en algunos pasillos y puertas, finalmente la encuentro en la parte trasera del yate.

Recojo todo, dispuesta a regresar a la isla aunque sea nadando, cuando al entrar al pasillo, me topo con una pared de músculos.

—Quiero dejarte ir, pero no puedo.

—No somos el uno para el otro —gruño, todavía muy enojada.

—Ya lo sé, sin embargo, te deseo.

—Porque estás solo en la isla.

—Con unas llamadas podría tener media docena de mujeres aquí en unas horas y escoger con cuál quedarme. Pero vos sos a quien quiero.

—Lo siento, pero creo que esta vez tendrá que aguantarse, señor magnate.

—Sos una mentirosa, Lorena. Justo ahora, mientras hablás conmigo, estás temblando.

—Por la rabia.

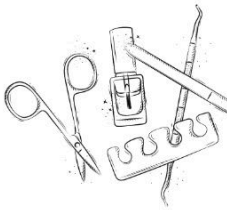
—Sé que en parte, sí, pero también estoy seguro de que estás loca por que te bese.

—Eres el hombre más insoportablemente arrogante que he conocido.

—Y aún así, apenas respirás de ganas de que nos acostemos otra vez, Lorena. Decime que "no" y te llevo de regreso a la isla ahora mismo.



Lorena



Capítulo 33

"Corre de él", me aconseja mi mente.

"Corre hacia él", implora mi cuerpo.

Decido buscar un equilibrio. Rendición sin sumisión. Dejo caer la ropa y la sandalia al suelo, me aferro a su cuello como un bebé canguro, literalmente saltando a su regazo, y lo beso con deseo y violencia en igual medida.

Emiliano no duda en agarrarme. Corresponde a mi beso, mostrando que, a pesar de todas sus malditas reglas y obsesión por el control, en lo que respecta a nosotros dos, el hambre que sentimos el uno por el otro nos iguala.

Percibo vagamente que me lleva de regreso a la habitación y siento cuando se deshace el lazo de la bata. Mi rabia no ha desaparecido y no me gusta cuando se separa, después de acostarme en la cama, y me mira como si viera algo sagrado.

Ahora que sé todo sobre él, entiendo definitivamente que de aquí no iremos a ningún lado. Al final de esta semana juntos, si decido quedarme, estaremos acabados.

Por eso, no quiero cariño; quiero su cuerpo, así como él lo quiere también, y para mostrar que no hay sentimientos hacia él en mí, entro de lleno en su juego.

Me pongo de rodillas en la cama, mostrándome completamente.

—Yo también tengo reglas —digo y lo veo levantar una ceja.

—¿Reglas?

—No puedes decir nada cariñoso. No me llames amor. Todo lo que hay entre nosotros es sexo.

Como ha pasado otras veces que lo contradije, veo un músculo pulsar en su mandíbula, pero en lugar de decir algo, utiliza el arma más poderosa que tiene contra mí: su cuerpo.

Se quita la toalla de la cintura, dejándola caer a sus pies, y sin ningún pudor toca su miembro, acariciándolo, sin dejar de mirarme.

Me quedo hipnotizada por el movimiento de su mano y mi cuerpo oscila, anticipando sentirlo dentro mío.

—Podés odiarme, pero me deseás de la misma forma en que te deseo.

Decido ponerme un personaje. Al menos fingir que somos iguales.

—Nunca dije lo contrario o no habría aceptado venir a este viaje. Diversión y un magnate que sabe cómo darme placer… ¿Con qué más podría soñar en este momento de mi vida?

Él se mueve rápido hacia mí y me besa con brusquedad. Siento su erección contra mi estómago y para desestabilizarlo como él hace conmigo, lo toco. Lo siento hincharse y crecer más entre mis dedos, y me aparto del beso para mirarlo.

—Te gusta el efecto que causas en mí —afirma.

—Sí. Me gusta verte rendido.

—Nunca me rendiré a nadie —dice, girándome y colocándome a cuatro, sobre mis manos y rodillas.

No tengo tiempo de pensar en una respuesta porque, enseguida, su boca comienza a darme placer y cualquier otra cosa que no sea él pierde importancia.



Emiliano

Dos días después

—*Che, ¿cuándo volverán a la isla?* —pregunta Martín por teléfono.

—Mañana por la mañana.

—*¿Por qué mierda te aislaste? Nunca hiciste esto antes.*

Porque soy adicto a ella, sería la respuesta más honesta, pero es la que no estoy dispuesto a admitir.

Mis salidas con mujeres, incluso con aquellas con las que hacía cosas como esta, junto a mis hermanos y amigos cercanos, solo permanecían íntimas en la habitación. Por lo demás, todo el tiempo restante, había personas alrededor, tanto para no crear lazos que no llevaran a ningún lado, como porque la mayor parte del tiempo no había nada en común más que atracción física.

Así que no entiendo cómo no me canso de ella y, más aún, no quiero compartirla con nadie más.

Nunca conocí a alguien tan simple y capaz de ser feliz con tonterías, como cuando nos sumergimos ayer y vio un cardumen pasar junto a nosotros.

Fiel a la regla que yo mismo impuse, Lorena no dice nada sobre sí misma y todo lo que sé de algo más personal es porque lo dejó escapar inadvertidamente.

—¿Pensás quedarte con ella cuando volvamos a Argentina?

Es la pregunta de un millón y, aunque estoy seguro de que la respuesta que daré es incorrecta, me conozco lo suficiente para saber que no hay otra posible mientras mi deseo por ella no disminuya.

—Sí. La voy a invitar a quedarse un tiempo conmigo en Buenos Aires.

—¿En tu apartamento? —Su voz suena incrédula.

—No lo decidí aún.

—Pensalo bien antes de hacer algo así —me aconseja.

—No he hecho otra cosa que eso.

Corto la llamada y voy a donde sé que la encontraré: en la cocina.

Aprendí que Lorena tiene mucho apetito por la mañana, al igual que yo. La diferencia es que mi hambre es por ella.

Como esperaba, la encuentro de espaldas, moviéndose frente a la hornalla.

Apago el fuego mientras muerdo su cuello.

—Hey, estaba preparando tu desayuno.

—Eso puede esperar cinco minutos. O dos horas.

Ella gira en mis brazos.

—Necesitas buscar ayuda para tu apetito sexual.

—Mi apetito *por vos.*

La levanto y la siento sobre la mesada.

Lorena viste solo un bikini, porque habíamos acordado salir en moto de agua después del desayuno.

Tiro la parte superior hacia un lado y le chupo un pezón.

Sin dejar de mamar el pezón, deshago los lazos de la parte inferior del bikini.

—¿No tienes hambre?

—De comida, no. De tu vulvita.

La recuesto sobre la mesada y llevo sus piernas a mis hombros.

Se apoya en los codos, como si quisiera verme devorarla, pero al primer contacto de mi lengua, se recuesta de nuevo, mordiendo el labio inferior.

Comienzo a lamerla despacio, alimentándome de su miel, y ella responde, levantando la cadera hacia mi boca.

Le chupo el clítoris y la penetro suavemente con lengua y un dedo, succionando sus labios vaginales húmedos.

Lorena gime, llamándome por mi nombre y cierra las piernas alrededor de mi cuello.

Me atrapa entre los muslos y su desesperación no ayuda con mi locura. Cuando la hago llegar al orgasmo, rápidamente la giro sobre la mesada, con los pies apoyados en el suelo.

—Esperame.

Abro un cajón de la cocina donde hay preservativos y, después de ponérmelo, dejo la punta de mi verga entreabrir su vaginita rosada.

La visión es un maldito sueño erótico. La piba es muy hermosa… hasta su vulvita.

Ella se revuelca con pasión y yo empujo en su entrada, disfrutando la sensación de cada centímetro abriendo su vaginita apretada.

Le pellizco los pezones y ella empuja hacia atrás, gimiendo.

Agarro sus caderas y la penetro profundamente, pero no es suficiente. Doy otro impulso más fuerte que el anterior, en un golpe brusco.

Ella llora suavemente y yo la penetro más, martillando con fuerza.

Saco mi verga y vuelvo a su calor apretado. Le tiro del rostro hacia atrás, para besarla mientras se la meto.

Nuestras lenguas se entrelazan mientras el sexo se vuelve más intenso.

No sé cuánto tiempo me pierdo dentro de ella, pero soy consciente de que no puedo hacerlo tantas veces seguidas para no lastimarla, así que me inclino para tocar su clítoris porque quiero que llegue al orgasmo conmigo.

—Acabá conmigo —ordeno, mordiendo su oreja.

Ella se revuelca. Siento su concha contraerse y sé que está cerca del clímax.

La penetro con más fuerza, ahora con embestidas largas. Ella me devuelve cada golpe, pero finalmente se estremece, entregándose al orgasmo.

Yo también acabo, no porque quiera detenerme, sino porque no deseo asustarla.

Todavía sobre su cuerpo, me inclino sobre ella.

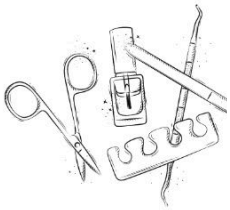
—Quedate un tiempo en Buenos Aires.

—¿Qué?

—No te vayas a Europa. Quedate un tiempo conmigo en Buenos Aires.



Lorena



Capítulo 34

Mi cerebro se queda en blanco mientras él sigue hablando.

—Quiero que pases un tiempo en mi departamento en Buenos Aires, como mi invitada.

Besa mi columna y se separa de mí lentamente.

Me giro para mirarlo.

Veo cuando se quita el preservativo y lo arroja a la basura.

Completamente desnudo, Emiliano se detiene frente a mí, pero nada en su rostro muestra que tenga dudas sobre cuál será mi respuesta: sí.

—No puedo.

—¿Qué?

—Tengo planes —digo, recogiendo el bikini y saliendo corriendo fuera de la cocina.

En la habitación, voy directo a la ducha.

—Podés posponerlos. —Entra detrás mío bajo el agua.

—Creo que no.

—¿Por qué no?

Tomo un poco de shampoo, fingiendo casualidad cuando, en realidad, estoy temblando.

Quiero decir sí con todas mis fuerzas, pero el miedo a salir lastimada es más grande.

—¿Por qué haría eso? ¿Perdería la compañía de mi amiga y desharía nuestros planes para Europa solo para quedarme una semana más y luego decir adiós? Sé que vives en otro planeta que no es el mío, Emiliano, pero cuando nuestro tiempo juntos termine, no tendré a dónde ir, así que muchas gracias, pero…

Él gira mi cuerpo y me empuja contra la pared. Su mano sostiene mi mandíbula, manteniendo mi cabeza quieta para que lo mire a los ojos.

—No sos buena mintiendo, Lorena.

—No es una mentira. Es una decisión. No soy un juguete con el que puedas disponer a tu antojo solo porque quieres otra semana de sexo. Hicimos un acuerdo. Uno que repetiste una y otra vez diciendo que no pasaría de esta semana. Estoy bien con esto —miento, porque cuanto más tiempo pasamos juntos, más me apego a él— y no quiero cambiar los planes.

—Nunca le ofrecí eso a nadie. Jamás invité mujeres a mi departamento.

—Gracias —digo con sinceridad, porque una parte de mí puede ver que la atracción entre nosotros es muy fuerte y quizás eso lo tomó por sorpresa, pero no cambia el hecho de que me dijo que no quiere nada serio.

—¿"Gracias"? —me imita—. ¿Eso es todo lo que tenés para decir?

—La idea de ser "echada" después de que decidas que todo terminó no me hace bien. Fui criada por una mujer que me enseñó que el amor verdadero existe, pero que, independientemente de eso, al encontrar a alguien especial, siempre debemos amarnos primero. Al menos con nuestro acuerdo anterior, sé dónde estoy pisando.

—Como quieras —dice y sale del baño.

La idiota en mí quería que insistiera más y me dijera que cambió de idea, que podríamos intentar porque somos especiales, pero claro, eso no es más que el sueño tonto de una chica de pueblo.



Emiliano

—No estás comiendo —dice ella.

Es nuestra última comida a solas antes de que regresemos a la isla.

—Perdí el hambre —respondo—. Nunca eché a una mujer de mi vida —continúo, tocando el tema que me ha molestado desde que la escuché decir eso.

—No me refería a eso, literalmente. No tengo educación refinada. Soy simple y no mido mucho mis palabras. Lo que quise decir es que me sentiré así si después de una semana allí simplemente me dices que terminó. De repente, de la nada, tendré que recoger mis cosas e irme.

—¿Estarías mejor si te pusiera en otra de mis propiedades? —Trato de negociar, porque la idea de despedirme de ella en pocos días es inconcebible.

—¿Qué?

Me encogí de hombros.

—Tengo muchas propiedades en Buenos Aires. Podría poner una a tu disposición. Así solo tendrías que desocuparla cuando quieras. Pero yo…

—¿Qué?

—No quiero que te quedés solo por una semana. No es suficiente.



Lorena

La idea es tentadora porque me da un poco de poder. Podría incluso irme sin avisar, dejando una nota, si empezara a creer que él se está enfriando conmigo.

—¿Y cómo funcionaría eso?

—No sé si entendí tu pregunta.

—Me refiero a tus reglas. Por lo que entendí, tienes muchas.

—No paso más de dos meses con la misma persona.

—Acepto tu acuerdo.

Él me mira, desconfiado.

—¿Así, tan fácilmente?

Me obligo a sonreír, aunque tengo ganas de lanzarle una papa de mi plato.

—No pretendo quedarme tanto tiempo. Dos meses, dijiste. Creo que como máximo, en treinta días me iré.

—¿Cómo podés tener tanta seguridad de eso?

—¿En qué somos diferentes? Tú impones un plazo de dos meses a tus parejas. Creo que adoptaré eso de ahora en adelante, pero en lugar de sesenta días, solo treinta.

—Dijiste que creías en el amor verdadero.

—Y lo creo, pero el día que me enamore, podré romper esa regla. Mi corazón sabrá cuándo encuentre a "mi media naranja".

—Eras virgen. Tu "media naranja" soy yo.

—No seas pretencioso. Fuiste mi primer hombre, pero no serás el único.

—Soy tu "único" por ahora. Decilo, Lorena.

Él se levanta y también me alza, agarrándome por la cintura, dejando nuestros rostros muy cerca.

—Por ahora, eres quien quiero, hasta que encuentre a alguien que pueda ofrecerme más.

—Sin fecha de finalización —dice.

—¿Qué?

—No necesitamos atenernos a mi plazo de sesenta días ni al tuyo de treinta.

—¿Qué me estás proponiendo exactamente?

—Mucho más de lo que hice con cualquier otra persona. No quiero que planees irte.

Mi corazón late rápido mientras trato de procesar su propuesta, pero no sirve, mi cabeza está hecha un lío.

—Necesito pensar.

Antes de decir algo, me suelto de él y voy a la habitación.

Aproximadamente media hora después, llegamos a la isla. Son las cinco de la tarde, pero extrañamente, mientras nos acercamos, noto que todos están reunidos frente a la casa, como si nos esperaran.

Una sensación extraña se extiende por mi pecho cuando bajamos de la lancha, porque cuanto más cerca estamos del grupo, más segura estoy de que algo anda mal.

Martín y Simón vienen hacia nosotros, pero ninguno hace contacto visual conmigo. Miran directamente a su hermano.

—Necesitamos hablar —dicen, ignorándome, y para mi sorpresa, Emiliano aprieta mi mano donde nuestros dedos están entrelazados.

—Más tarde —responde—. Necesito cambiar a Lorena de habitación. Ahora se quedará conmigo.

La forma en que lo dice calma mi corazón, porque siento que también percibe que hay algo raro en el aire y quiere mostrar a

todos que soy suya.

—No podemos esperar —dice Simón y, por primera vez, su mirada se posa en mí. A pesar de la frialdad habitual, veo algo brillando en sus ojos.

¿Rabia? Sí. Su rostro está contraído, como si intentara mantener el control.

—¿Qué está pasando? —pregunta Emiliano.

Antes de que alguien pueda responder, Ariana corre hacia nosotros.

—¿No revisaste tu celular hace un momento? Hay una entrevista con una colega del barco de Lorena, una mujer llamada Verónica, en la que declara todo el plan de esta mina[17] para atraparte.

—¿Plan? —preguntamos él y yo simultáneamente, mientras lo único que mi cerebro procesa es el nombre de Verónica y la palabra "entrevista".

—Leé el artículo, Emiliano —dice ella.

Finalmente, él suelta mi mano y toma su celular.

No puedo decir nada.

Tampoco miro a las demás personas, solo a él, porque para mí lo importante es que crea que nunca haría algo así, sea lo que sea ese tal plan que aquella mentirosa inventó que hice.

Mientras Emiliano lee en el celular, finalmente entiendo lo que Ariana dijo.

Verónica me traicionó, inventando algo que dije.

Tomo mi propio celular y busco su nombre y el de ella; varios sitios argentinos de celebridades aparecen en la pantalla con nuestra imagen y el título: *desenmascarada*.

Lo leo y, con cada palabra, un temblor me recorre. Ahí está toda la historia que Emiliano me contó de la chica que se suicidó, Isalina, pero además, la mujer que creía mi amiga dijo que estar con él era parte de mi plan, incluyendo el hecho de que estaba trabajando en la discoteca la noche de la fiesta de la victoria de Martín.

Ella volvió a contar todo lo que le dije que sucedió entre nosotros, pero lo distorsionó, como si supiera de la historia de Isalina desde el principio, que por lo que entendí, no era un secreto en Argentina.

Cuando le conté sobre la chica que se suicidó y que la leyenda decía que el jefe no salía con vírgenes, Lorena me dijo que sabía que debía jugar con cuidado para que él se sintiera culpable después de llevársela a la cama. Apuntó alto, manipulando su culpa, pues soñaba con ser llevada al altar.

Mi mano tiembla tanto que es un milagro que el celular no caiga al suelo.

En algún momento, mientras estábamos en el yate, un empleado fue a traerme sandalias, bikini, shorts y camisetas que no me pertenecen, pero que supongo Emiliano debió haber pedido que compraran para mí.

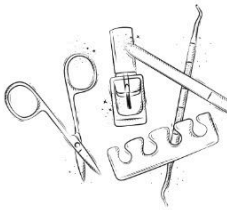
Le doy gracias a Dios por eso, porque sería imposible correr como estoy haciendo ahora, con tacones altos.

Veo la expresión de satisfacción en el rostro de Ariana y Renia y, al pasar junto a ellas, una me susurra:

—Caluccia te manda saludos, zorra.



Lorena



Capítulo 35

Llego a mi habitación sintiendo los pulmones arder y rezando para que él me haya seguido, porque no tengo forma de volver allí y explicarme frente a esas personas.

¿Caluccia, esa loca, organizó todo para perjudicarme? No me sorprende que Renia y Ariana sean amigas de ella, lo que realmente me desconcierta es que alguien se haya tomado la molestia de hacerme daño de esta manera.

Pienso en la noche en la discoteca, cuando fingieron arrepentimiento y amistad, y luego recuerdo cómo me sentí desinhibida después de la bebida que tomé. La memoria me golpea de lleno.

Seguramente pusieron algo en mi bebida. Tal vez no bebí lo suficiente para quedar completamente desequilibrada, y por eso solo tuve la sensación de la cabeza nublada.

¿Con qué propósito hicieron eso? ¿Para que pasara vergüenza? ¿Para que me quedara con otro hombre delante de Emiliano?

El tiro salió por la culata, claro, porque mi desinhibición terminó acelerando las cosas entre nosotros.

No me olvido de lo que pasó y tampoco me arrepiento, pero, visto en perspectiva, habría ido más despacio si hubiera estado en mi estado normal.



Emiliano

Es como recibir una puñalada en el corazón.

Ignoro a todos y me dirijo hacia donde ella corrió, porque por más que haya leído eso, una parte de mí no puede creerlo. Nadie puede ser tan falso.

¿O sí?

¿No fue eso lo que Caluccia intentó conmigo? ¿Manipularme para obligarme a casarme?

Recuerdo lo que dijo Verónica, amiga de Lorena, en la entrevista.

"Cuando le conté sobre la chica que se suicidó y que la leyenda decía que el jefe no salía con vírgenes, Lorena me dijo que sabía que debía jugar con cuidado para que él se sintiera culpable después de llevársela a la cama. Apuntó alto, manipulando su culpa, pues soñaba con ser llevada al altar".

¿Fui un pelotudo? ¿Creí en su dulce sonrisa, en su inocencia?

No, no puede ser. Tiene que haber una explicación. Claro que esa mujer está mintiendo.

Entro a la casa y mi celular suena. Contesto más para intentar calmarme antes de encontrarme con ella que por ganas de hablar con alguien más. Sin embargo, en cuanto escucho lo que me dicen, las dudas sobre Lorena aumentan.

Pero no me criaron para confiar en nadie sin cuestionarlo, y todavía necesito confirmación de lo que acabo de escuchar.

Cinco minutos después, cualquier esperanza que tenía sobre su inocencia y honestidad desaparece.

Ella no vale nada y me hizo parecer un boludo.



Lorena

Camino de un lado a otro dentro de la habitación, sintiendo que la angustia me comprime el pecho como si me faltara el aire.

No sé cuánto tiempo pasa antes de que la puerta de la suite se abra.

Él la cierra detrás de sí, pero basta mirar su rostro para entender que creyó que realmente pude hacerle eso.

—¿Cómo tuviste el valor?

—¿Ni siquiera vas a escucharme?

—¿Qué vas a decir, Lorena? Me mentiste desde el principio. Fui un boludo por creer que no sabías quién era yo en nuestro primer encuentro. ¿Qué esperabas con eso? No, olvidate. Ni te molestes en responder. Tus intenciones son claras. Querías atraparme con la culpa —dice con una sonrisa de desprecio—. Buena jugada. Casi lo lográs. Lástima que no tengas amigas tan leales.

—Ella no es mi amiga, sino una colega de trabajo.

—Lo sé. Mis hermanos ya la investigaron. ¿Qué acordaron? ¿Dividir el dinero de la historia después, o realmente te tendió la trampa?

—Ella me tendió una trampa.

—No. Vendió tu plan a alguien que seguramente la pagó bien. Desde el punto de vista de dos personas perversas, no existe honor entre gente como ustedes. —Arroja su celular sobre la cama—. Hay fotos nuestras en la noche de la discoteca, vos montada arriba mío dentro del coche. Incluso hay imágenes tuyas en topless en mi yate, puta madre.

Me desconecto de casi todo lo que dice, prestando atención solo a una cosa.

—¿Me llamaste *perversa*?

—¿Qué otro nombre le darías a alguien que planea algo así? Jugaste con un asunto que compartí, mi talón de Aquiles, con mi pasado, con la muerte de alguien inocente.

—¿Hice todo eso? —repito como un robot, entendiendo de inmediato que no hay nada que diga que lo hará cambiar de idea.

—Claro que lo hiciste. Quiero que te vayas, Lorena. Hacé tus maletas y salí de mi casa. Mandaré a alguien a llevarte hasta la ciudad en lancha y después un taxi te dejará donde quieras, pero tenés una hora para irte. Ni un minuto más.

—No necesito más de diez minutos. Salir de tu casa y de tu vida será mi salvación, Emiliano, evitando que cometa un error aún mayor que aceptar viajar contigo.

No espero a ver si se va de la habitación o no, y voy directo al armario.

Coloco la ropa de cualquier manera dentro de la maleta, pero recuerdo que lo que llevo puesto no me pertenece, así que vuelvo a sacar mis jeans, mis zapatillas, mi lencería y mi camiseta.

Reviso mi dinero, pensando que gracias a Dios guardé algunos Reales, porque los voy a necesitar para llegar a mi ciudad.

No me permito pensar en lo que acaba de pasar. Tendré tiempo para eso después. Hago todo en modo automático.

A lo lejos, escucho el sonido de un helicóptero despegando. Sé que él permanece en la isla todo el tiempo, a disposición de los Benítez.

Tomo mi mochila y la coloco sobre mis hombros justo en el momento en que alguien golpea la puerta.

No respondo y aun así se abre.

Es Martín.

—Voy a ayudarte con la maleta.

Lo ignoro, tomando mi equipaje del suelo y tratando de pasar junto a él, que sostiene mi brazo.

—No sé por qué hiciste eso, Lorena, pero fue el peor movimiento posible. La historia de Isalina casi destruye a mi hermano. Él estaba

actuando diferente contigo y…

Me libero de su agarre, y sé que mis ojos brillan de lágrimas, pero ya no me importa si caen.

—¿No lo sabes? ¡Porque soy una mercenaria! ¡Una mesera! ¡O peor aún, una manicurista que apenas podía esperar la oportunidad de conseguir un hombre rico para mantenerse! —repito las palabras odiosas que Verónica dijo en la entrevista.

—Lorena… —Martín sigue llamándome, pero paso junto a él sin mirarlo.

Salgo de la casa con la cabeza en alto y siento todas las miradas sobre mí mientras camino hacia la lancha.

No dejo que el empleado me ayude con la maleta. La llevo a la lancha y le pregunto dónde debo colocarla. Cuando me lo indica, me siento derecha, de espaldas a la casa y a esos cretinos.

Solo dejo que las lágrimas caigan cuando creo que estamos lo suficientemente lejos, pero una vez que comienzan, no se detienen.

Al llegar al puerto, hay otro empleado que se presenta como trabajador de los Benítez. Dice que me guiará hasta un taxi, que ya está pagado.

Paso junto a él sin importarme responder cuando me llama varias veces “señorita Brito”.

Llego afuera y noto que hay varios taxis.

Conozco lo suficiente de Angra dos Reis para saber que un taxi hasta mi ciudad costaría una fortuna, así que le pido al hombre que me deje en la terminal de buses.

Me preparo para comprar un boleto hacia Río y otro en línea para Pamonhópolis da Serra, cuando mi celular suena y veo que es doña Cida, mi ex jefa.

—¿Hola?

—¿Hiciste eso de lo que hablan los periódicos, Lorena?

—¿Periódicos? ¿La noticia ya llegó a Brasil?

—Sí, y no se habla de otra cosa.

—No hice nada de lo que esa bruja dijo.

—Imaginé que no, pero los rumores corren libremente. Tu nombre está en boca de todos, querida.

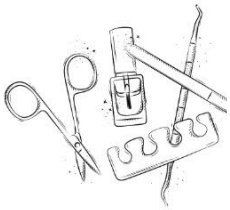
Cierro los ojos.

—Iba a regresar a casa.

—Si quieres un consejo, no vengas. Quédate un tiempo lejos hasta que todo se calme.



Lorena



Capítulo 36

Cinco días después, hospedada en un pequeño hotel en Glória, Río de Janeiro, finalmente logro respirar cuando recibo la respuesta que he estado esperando durante días. Pasado mañana, zarparé hacia Grecia, en el barco que Verónica y yo habíamos elegido al principio.

Yo no quería viajar; por elección propia, iría a mi ciudad a curarme las heridas, pero no podía quedarme en casa, tendría que trabajar, y si las cosas son realmente como doña Cida me dijo la noche que salí de Angra, no tengo la fortaleza emocional para enfrentar las miradas de juicio que seguramente recibiré.

Me acerco a la ventana y miro hacia la noche afuera. La vista del Aterro do Flamengo apenas se vislumbra, porque la ubicación del hotel no es la mejor, pero aún así logro ver las luces brillando sobre el agua.

—Voy a sobrevivir. Tal vez mi vida haya dado un giro por alguna razón.

Nunca he sido llorona. Mi tía me crió y era el tipo de persona que enfrentaba su destino siempre con una sonrisa y la cabeza en alto, sin importar lo duro que fuera el desafío que le pusieran.

Sin embargo, desde el momento en que subí a esa maldita lancha, salvo los momentos en que estaba haciendo entrevistas intentando conseguir trabajo, estoy segura de que lloré más que en toda mi vida.

Este hotel es horrible y un poco aterrador, pero es lo único que puedo pagar sin saber a dónde iré después.

Ya he escuchado gritos en la calle y muchas sirenas de policía. No tendría valor de salir de noche, aunque tuviera hambre, cosa que no ha sido el caso. Me obligo a comer solo para mantenerme de pie.

Nunca me sentí tan sola. No tengo con quién hablar, una amiga con quien desahogarme ni un hombro en el cual llorar.

Me niego a pensar en Emiliano. Cuando su nombre viene a mi mente, lo expulso rápido, como a un inquilino indeseado que ya no tiene derecho a ocupar la propiedad.

Vuelvo a sentarme en la cama y tomo el celular de la mesita de noche, toda descascarada.

No quiero hacerlo, pero no soy una cobarde. He estado postergando esto durante días y no voy a retroceder más. En el

momento en que le diga a ella lo que pienso, podré cerrar esa puerta definitivamente.

"No sé cómo logras mirarte al espejo después de lo que hiciste, Verónica. Eres el ejemplo de lo peor que puede existir en un ser humano. La serpiente más peligrosa. Una cuya veneno no se percibe de inmediato. Buena, graciosa y sonriente. Amable, que inspira confianza. Pero de alguna manera, necesito agradecerte. Me enseñaste la lección de no volver a confiar jamás. Te desearía una buena vida, pero sé que no la tendrás. El karma siempre encuentra a personas como tú. Puede tardar, pero tengo fe en Dios de que tu hora llegará".

Hago clic en enviar y suelto el celular sobre la cama.

Me recuesto en la almohada marchita y veo una araña de unos cinco centímetros caminando por la esquina de la pared pintada de amarillo canario.

Casi me estoy quedando dormida cuando, unos diez minutos después, el celular vibra con la notificación de un mensaje.

Verónica: *"Sos muy joven, Lorena. No entendés nada de la vida. Tengo padres enfermos a quienes cuidar y ahora no necesitaré trabajar más. Podré volver a casa para atenderlos, porque gané una fortuna. Ese fue el uso que le di al dinero. Lamento haberte herido en el proceso. Cuando nos conocimos, no era mi intención usarte ni hacerte sufrir, pero el dinero que me ofreció aquella mujer era irresistible. Te hice un favor. Anticipé el final. Él te habría dejado de cualquier manera. En su mundo, no sos nada. No me creerás, pero te deseo suerte y no tomaré en cuenta el mal que me deseaste. No soy una mala persona y Dios lo sabe".*

Cuento hasta diez, diciéndome a mí misma que no tiene sentido responder, pero no resisto.

"No te deseé el mal, solo que recibas de vuelta lo que haces a otros. En cuanto a que eres una buena persona, sigue diciéndotelo a ti misma, tal vez algún día te lo creas. Lamento por tus padres, pero eso no cambia que eres una traidora vulgar. Y en algo tienes razón: Dios ve todo y Él es justo. No respondas a este mensaje. Te estoy bloqueando".



Emiliano

Dos semanas después

—Che, mamá preguntó si vas a almorzar el domingo —dice Martín en la videollamada semanal que hago con mis hermanos desde que volví de Angra dos Reis.

—No tengo planes de salir de la bodega en un futuro próximo —respondo.

—Tu cara está hecha un desastre, hermano.

—Andate a la mierda, Martín. Si vas a molestarme, voy a salir de la videollamada.

—Opa, calma. Solo que no entiendo por qué estás así. Pasaron dos semanas desde que pasó todo y ya es un chisme viejo. Nadie habla del escándalo.

—¿Y creés que me importa el chisme? Vine a…

—¿A qué?

A olvidar a esa piba, cosa que no ha funcionado.

—A despejar la cabeza.

Percibo que quiere preguntar más, pero Simón aparece en la pantalla.

—Llegué tarde —dice mi hermano menor—. *Pero necesito hablar con ustedes dos con urgencia.*

—¿Sobre qué? —pregunto sin interés, seguro de que se trata de nuestros negocios.

—La marca de preservativos Guardián acaba de retirar un lote del mercado. Al parecer, el látex tenía un problema y creen que aunque no se haya roto, podía haber condones con agujeros. Ya revisé el lote. Estaban tanto en la casa de Angra dos Reis como en el yate.

Inmediatamente, la imagen de la primera vez que tuve sexo con Lorena me vuelve a la mente. El condón se rompió en el momento en que lo puse.

Por varios segundos, los miro sin decir nada.

—No estuve con nadie en esas noches —dice Martín.

—Yo sí, pero ya hicimos la prueba y la mujer no está embarazada. Me hice pruebas yo también y salieron negativas para cualquier enfermedad, pero planeo repetirlas dentro de un tiempo. —Me mira —. *Te aconsejo hacer lo mismo.*

—Lorena no tenía ninguna enfermedad. Era virgen, como decía la noticia. No es eso en lo que estoy pensando, sino que podría…

—Podría estar esperando un hijo tuyo —dicen al mismo tiempo, y escucharlos hace que la posibilidad se sienta aún más real.

Espero que el pánico me golpee. La sensación de haber caído en una trampa. Pero pasa casi un minuto y no ocurre nada.

—¿Por qué no estás volviéndote loco? —pregunta Simón, confuso, y antes de que pueda responder, Martín interviene:

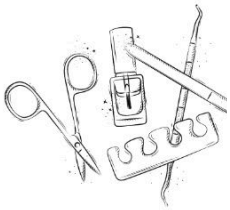
—Porque esto le dará la oportunidad de hacer lo que ha deseado desde que la echó lejos. Encontrarla. Y si está embarazada, atarla a él para siempre.

—Creí que la despreciabas —dice Simón.

—Tanto como aún la deseo.



Lorena



Capítulo 37

Grecia

Dos meses después

—¿No quieres salir a almorzar? —pregunta mi jefa, la dueña del salón de belleza donde trabajo, en una pequeña isla turística de Grecia.

—Me tomaré una hora ahora, sí. Tengo hambre —respondo.

—Me gusta ver que tienes apetito, Lorena. Todas las chicas deberían ser así —repite lo que ya me ha dicho muchas veces, y le doy una sonrisa forzada, porque siento que tengo más apetito del que realmente quiero admitir, y una sospecha, algo que no quiero ni imaginar, empieza a rondar mi mente.

Después de despedirme de la peluquera italiana que trabaja con nosotras (somos cuatro en total en el salón), miro el reloj para ver si aún puedo encontrar algún lugar abierto para almorzar.

Pensé que, en caso de embarazo, el hambre verdadera no comenzaría hasta los tres o cuatro meses, pero investigué y vi que

cada caso es distinto. Si realmente estoy embarazada, estoy aproximadamente de dos meses y medio.

Un embarazo inesperado de ese miserable sería lo último que necesito. Aunque la idea de tener un bebé me alegra, porque significaría que no estaría más sola, no podría tener peor suerte que el padre sea Emiliano.

Sé que usamos preservativos todas las veces, pero también soy consciente de que los accidentes pueden ocurrir.

Arrogante y desconfiado, él sin duda rechazaría a su propio hijo.

No, nunca voy a permitir que eso ocurra. Si resulta ser cierto, tal vez algún día se lo cuente, no por su beneficio, sino por el de la criatura, en caso de que quiera conocerlo, pero no al principio.

No creo que algún día olvide las palabras que me dijo esa noche, y con seguridad, si se tratara de un embarazo, él pensaría que lo hice a propósito.

Paso junto a algunas personas en la calle y saludo. Ya conozco a buena parte de los habitantes. Forman una comunidad alegre y muy unida. No es la primera vez que lamento tener que irme cuando mi autorización de noventa días para permanecer en el país expire.

Venir aquí, al igual que cuando gané el viaje a Argentina, no puede describirse más que como la mano del destino. Durante una

parada del crucero en la que formé parte del staff, no tenía ningún deseo de volver a Brasil, simplemente porque ya no tengo a dónde ir.

Bajé en Atenas, muy triste y sintiéndome perdida, cuando una mujer me preguntó si estaba bien.

Después de la falsedad de Verónica, la confianza dejó de ser algo que ofrezco libremente. Esa miserable me cambió, así que me mantuve cautelosa.

Poco a poco, sin embargo, me di cuenta de que la chica era completamente amigable, solo quería acercarse, y como pasé todo el viaje aquí sin relacionarme con pasajeros o tripulantes, me senté en un parque a comer mi sándwich "gyros" en su compañía.

Escuché a uno de los tripulantes del barco, que era griego, hablar maravillas de ese sándwich. Se me hizo agua la boca.

Se puede hacer con carne de cerdo, pollo, res o cordero, asada en un espetón vertical y luego servida como relleno en un pan pita con acompañamientos como tomate, cebolla, lechuga y salsa de yogur, entre otros.

Durante mi comida informal, me contó que su madre era estadounidense y su padre griego (aunque ahora sé que mi jefa, es

decir, su madre, ha asimilado completamente la cultura griega) y que tenía un salón de belleza en una pequeña isla turística.

Una hora de conversación después, y ya sabiendo de mi situación, me preguntó si no quería quedarme durante los tres meses permitidos en el país.

Prometió que, aun sin tener un visado de trabajo, su madre me contrataría.

Como íbamos a permanecer solo una semana en Grecia, decidí pasar por su isla para verificar todo antes de caer de nuevo en promesas falsas.

Todo salió maravillosamente: además de un empleo, tengo un lugar donde vivir en la habitación que pertenecía a mi colega, Mildred, en la casa de sus padres.

Me desligué del crucero y estoy tan bien como es posible después de lo que pasé.

Al menos desde hace un mes, ya no lloro más. Decidí que no derramaría más lágrimas por Emiliano el día de mi vigésimo cumpleaños, en la oscuridad de la madrugada en mi camarote del barco, mientras mis dos compañeras de cuarto roncaban en las camas de al lado.

Sufrí un tipo de duelo. Pasé del cielo al infierno en un parpadeo. En un momento, él me invitaba a quedarme más tiempo en Buenos Aires como su novia, y pocas horas después, me expulsaba de su vida.

Respiro hondo y miro al cielo, odiando que, aunque haya pasado tanto tiempo, sus palabras todavía me lastimen.

—¿Cuándo me darás una oportunidad, Lorena? —pregunta Elekos, un chico de unos veinticinco años, cuyo trabajo en la isla no logro entender del todo.

Sé que sus padres viven aquí en Kytherion[18] y tienen una tiendita de recuerdos griegos en la calle del salón, pero él no trabaja allí. Es bonito, encantador, pero aún no quiero saber nada de hombres en mi vida, mucho menos si realmente estoy embarazada.

—Ya te dije que no va a pasar nada entre nosotros —respondo sonriendo, para no sonar grosera.

A pesar de su buena apariencia, tiene un encanto barato que tal vez guste a algunas mujeres, pero no a mí. En mi ciudad había muchos chicos así, que parecen decir lo que queremos escuchar, como frases ensayadas.

El otro día incluso me dijo "portate bien, niña buena", así, sin venir al caso, y solo pensé: *cálmate, Christian Grey*[19].

Hombres como Elekos suenan falsos, y ya tuve mi decepción suficiente para toda una vida. Si algún día vuelvo a enamorarme, será de alguien verdadero, que me vea como ser humano y no solo como un cuerpo.

—¿Por qué no? Quiero salir contigo —dice, con un marcado acento.

—No salgo con nadie. Cuando encuentre a alguien, será para casarme —bromeo.

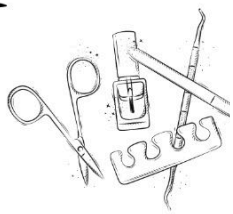
—Entonces cásate conmigo.

Intento, pero no puedo evitar rodar los ojos.

—No. Ahora, deja de hacerme perder el tiempo. Estoy en mi hora de almuerzo y necesito comer.



Emiliano



Capítulo 38

Me tomó más de dos meses encontrarla después de la conversación con Simón.

Incluso cambió su número de teléfono, según lo que descubrieron mis hombres. Ahora usa uno prepago, con el chip del país al que se mudó: Grecia.

Como me había dicho que haría, Lorena embarcó como parte del staff de un crucero hacia Europa, pocos días después de llegar a Río de Janeiro. Sin embargo, desde el momento en que descendió en Atenas, su rastro se borró por completo.

Intenté todos los lugares que pude imaginar, incluso su ciudad en Brasil, Pamonhópolis da Serra, donde la dueña del salón de belleza en el que trabajó me recibió con cara de pocos amigos.

La misma noche en que la mandé lejos, sin esperar a que se marchara, partí de la isla en un helicóptero.

Ya no podía quedarme más en Angra dos Reis.

No después de la traición que sufrí, de haberme abierto a un vínculo por primera vez en mi vida, rompiendo mis propias reglas y

haciendo el papel de boludo frente a una piba de diecinueve años.

Ahora tiene veinte, me corrijo mentalmente.

El cumpleaños de Lorena ocurrió mientras estaba embarcada hacia Grecia.

Sí, hice los cálculos, porque no hubo un puto día, después de nuestra separación, en el que no haya pensado en ella.

Cuando me fui de Angra, tomé mi jet y me dirigí directo a la bodega, y no salí de ahí hasta que Simón me dio la noticia sobre el lote de preservativos defectuosos.

Horas después de llegar a la bodega, me sorprendió recibir la llamada de Martín avisándome que Lorena no quiso aceptar el taxi que le ofrecí.

También me contó que se fue llorando, y mi rabia hacia ella aumentó al sentir una especie de punzada en el pecho al imaginar la escena.

Durante todos los años que tengo uso de razón, nunca había encontrado a una mujer a la que quisiera retener, y solo el hecho de haberle sugerido que se quedara conmigo en mi departamento en Buenos Aires ya dice mucho sobre lo que significaba para mí.

¿Significaba?

¿A quién estoy queriendo engañar? Nada cambió. Sigo loco por ella, quizá más que antes, y la prueba más evidente es que no consigo ni siquiera pensar en tocar a otra mujer.

Recibir la traición de Lorena fue como sentir una daga atravesar el centro de mi pecho. Esperaba algo así de Caluccia, nunca de ella. Pero, ¿qué sabía yo de ella, además de que me tenía hechizado?

Era hermosa y diabólica, un rostro de ángel como cebo para engañar a quienes cayeran en sus garras, eso pensé durante las dos primeras semanas después de nuestra separación.

Pasamos días de locura, y aquella mujer me volvió adicto a su cuerpo como ninguna otra pudo, pero Lorena no era quien yo pensaba, y la mejor decisión que tomé (creía en su momento) fue terminar todo y enviarla lejos de mi vida.

Sin embargo, cuando Simón me trajo la noticia del lote de preservativos, ya había enviado a un detective a investigar todo sobre ella aproximadamente una semana después de llegar a la bodega. No soy de los que insisten en lo mismo, y decidí que necesitaba esclarecer esa historia de una vez por todas, porque mi vida seguía suspendida en el aire. No tenía ganas de hacer nada. Como un obsesivo, reviví nuestros momentos juntos, intentando ver matices de engaño en sus acciones, pero no encontré nada.

Aunque todos los indicios apuntaban a su deshonestidad, lo que realmente tenía en contra de Lorena era la entrevista de esa miserable, la llamada que recibí en la isla y el video que vi.

A favor, estaba lo que vivimos y también la memoria de su rostro cuando la mandé lejos. Ese recuerdo continuaba acosándome, impidiéndome dormir por las noches.

Coincidencia o no, el descubrimiento de la posibilidad de que estuviera embarazada ocurrió el mismo día en que el detective me llamó, aproximadamente una hora después de colgar la videollamada con mis hermanos, diciendo que me había enviado por correo un *dossier* completo de todo el pasado de Lorena, incluyendo entrevistas en su ciudad natal.

Lo que leí en ese *dossier* me dio la certeza de que cometí una gran injusticia, y tras una llamada, en la que confronté a la persona que me llamó en Angra, supe que estaba completamente jodido.

Necesitaba encontrarla y convencerla de que merecía una segunda oportunidad. No porque pudiera estar cargando a mi heredero en su vientre, sino porque me conozco lo suficiente como para saber que llegué al límite con respecto a las mujeres.

No quiero a otra, solo a la mía. Pero antes, necesito su perdón.

Sujeto el celular y completo la llamada mientras el avión aterriza en Atenas. Sé que vive en una isla llamada Kytherion, y no entendía por qué había ido a un lugar tan remoto. O mejor dicho, no entendía hasta hace unos días, cuando el hombre que envié para vigilarla desde que descubrí su paradero me dijo que Lorena había retomado su antigua profesión, trabajando como manicurista.

—¿Hola? —La escucho decir cuando, tras varias llamadas, contesta.

—Soy yo, Lorena. Emiliano. Necesitamos hablar.

—¿Cómo te atreves a llamarme? No tengo nada más que decirte, te odio.

—No voy a rendirme hasta decirte lo que necesito.

—Siéntate, toma una silla y espera toda la eternidad, Emiliano Benítez. Ese será el tiempo que necesitarás para que me digne a escucharte. Nunca más quiero verte y maldigo el día en que nos conocimos. Por tu culpa, mi vida se volvió una mierda. Ni siquiera puedo volver a mi ciudad.

—¿Cómo que no podés volver a tu ciudad?

—¿No lo adivinas? Me etiquetan de "zorra", "interesada", nada diferente de lo que piensas tú de mí. Nunca más me llames. Vete al infierno, que es el lugar al que pertenecen los demonios.



Lorena

Acababa de llegar a mi habitación y contesté el teléfono completamente despreocupada, cuando al escuchar su voz, me desplomé en el suelo.

Ha pasado cerca de una hora y todavía estoy temblando.

Nunca pensé que volvería a ponerse en contacto, más aún porque cambié mi número. ¿Qué puede querer conmigo?

Mi primer instinto es huir, desaparecer, pero en lugar de eso intento calmarme. No hice nada malo.

Ese bastardo arrogante no puede simplemente aparecer en mi vida de la nada y decir que necesita hablar conmigo. Probablemente tenga alguna otra acusación que hacerme.

¿Se habrá perdido algo en su preciosa isla y piensa que lo robé? ¿Algún objeto valioso?

Comienzo a sudar frío, porque, pensándolo bien, es una posibilidad real. Me llamó mala persona, y alguien con esas características haría algo así.

Me siento mareada, pero decido salir a dar una vuelta, porque de repente me siento un poco claustrofóbica en la habitación.

—¿Vas a salir, Lorena? —pregunta Terena, mi jefa y también arrendadora, ya que pago alquiler por la habitación.

—Sí, me voy. Necesito tomar un poco de aire fresco.

—¿Nunca me vas a contar de qué estás huyendo?

—En detalle, no sé si podré, pero resumiendo, estoy huyendo de los errores que cometí en el pasado.

Y que acaban de volver a acosarme por teléfono, agrego en mi mente.



Emiliano

Mientras me dirijo a Kytherion, leo el mensaje del guardaespaldas que envié a vigilarla desde que descubrí su paradero:

"Acaba de salir de la casa".

Llamo inmediatamente a mi empleado.

—¿Salió sola?

—Sí, señor. Como le dije, vive con los patrones, los dueños del salón. ¿Debo seguirla?

—Sí. Y manteneme informado.



Lorena

Estoy empezando a calmarme cuando veo a Elekos parado con otros dos hombres, recostados en un automóvil.

Solo, lo encontraba un poco molesto e insistente, pero con otros dos hombres en una calle prácticamente desierta, la sensación cambia. Para ser honesta, por primera vez tengo un mal presentimiento.

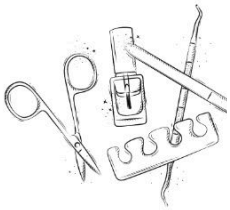
Cuando me ven, dejan de hablar, los tres me miran fijamente, y la sensación empeora.

Hay muy poco espacio entre la pared y el coche en el que están apoyados, así que si sigo caminando, estaré prácticamente atrapada. No conozco a este chico realmente, y si algo aprendí de mi tía, es que en calles oscuras debemos caminar siempre por el centro, sobre todo si hay algún desconocido cerca.

Así que, sin siquiera saludar a Elekos, eso es lo que hago. Me desvío del camino, buscando seguridad.



Lorena



Capítulo 39

Escucho cuando Elekos llama mi nombre, pero lo ignoro, porque en ese instante todos mis instintos gritan "peligro" y acelero el paso.

Los veo moverse hacia mí y corro, pero no soy lo suficientemente rápida, porque uno de ellos me agarra por la cintura, levantándome del suelo.

Lucho como nunca lo he hecho en mi vida, dando puñetazos, patadas y golpes, y cuando veo a Elekos frente a mí, intento patearlo en el abdomen porque el miserable está sonriendo.

—¡Suéltame antes de que te metas en un lío! —le aviso al hombre que me sostiene, mientras miro a Elekos.

—Creo que no, Lorena. Intenté ser un tipo agradable y llevarte por las buenas, pero no cooperaste.

—¿Llevarme? ¿Estás loco? ¿A dónde? No voy a ningún lado contigo.

—Oh, pero sí, lo harás. Una brasileña hermosa vale mucho para mis amigos.

Apenas termina de hablar y grito. Y entonces, salido sabe Dios de dónde, un hombre gigante aparece y golpea a Elekos en la cara.

Uno de los otros que estaba con el miserable corre hacia el coche, se sienta al volante y enciende el vehículo, mientras el que me sostiene todavía intenta arrastrarme con él.

Escucho un clic y una voz fría como el hielo decir:

—Suéltala o te reviento el cráneo.

El hombre obedece, pero me arroja al suelo, haciendo que mi cabeza golpee el cordón de la vereda, y antes de perder el conocimiento, veo al protector que me salvó pateando la cara de Elekos y luego acercándose a mí.

Mis ojos están pesados, pero aún puedo ver el coche alejarse a toda velocidad.

—Ahora estás a salvo. Todo estará bien.



Tardé un tiempo, después de llegar al hospital, en entender lo que había sucedido. Tan pronto como el buen samaritano que me salvó

me colocó en su coche, desperté del desmayo.

Estaba tan nerviosa que no dejaba de agradecerle, atribuyendo su presencia a Dios, porque no tengo dudas de que si no fuera por él, esos tres miserables me habrían llevado.

Necesito volver a encontrarlo para decirle otra vez "muchas gracias" como se debe, y rezo para que no se haya ido.

—¿Le gustaría ir a la comisaría cuando le den el alta? —pregunta el médico, aproximadamente dos horas después de mi ingreso, mientras Terena sostiene mi mano con el rostro tenso de preocupación.

Pienso en lo que aquellos hombres me dijeron y también en las historias de trata de personas sobre las que he leído.

—Sí, quiero —respondo sin dudar.

—¿Estás segura, querida? —dice Terena.

—¿Qué?

Quiero pensar que la pregunta es por mi bien, que teme por mi seguridad en caso de que denuncie lo que obviamente es algún tipo de banda que secuestra mujeres, sabe Dios para qué; probablemente para venderlas en un mercado sexual. Sin embargo, cuando ella continúa, mis esperanzas se derrumban y la decepción se instala en mi pecho:

—Conozco a los padres de Elekos de toda la vida, al igual que a ese chico. Incluso fue el novio de Mildred cuando eran adolescentes. Sé que a veces puede ser un poco salvaje y tal vez la broma que te hizo fue estúpida, pero denunciarlo hará que tenga antecedentes penales para siempre.

Suelto nuestras manos como si la de ella me diera una descarga eléctrica.

—Él no es un chico y eso no fue una broma estúpida. Elekos y sus amigos criminales no tenían buenas intenciones conmigo. Querían llevarme.

—Lorena, ¿no crees que estás exagerando? Piensa en la tristeza que causarás a su familia si lo arrestan.

—¿Si lo arrestan? ¿No lo han arrestado aún?

—Sí, fue detenido, pero ya lo liberaron —dice el médico, con cara de incomodidad.

—¿Cómo es posible? ¡Me agredió! ¡Intentó secuestrarme!

El rostro del hombre se palidece.

—El jefe de policía es tío de Elekos.

—¿Y eso qué tiene que ver? —pregunto, indignada—. ¿No entienden? ¡Iba a secuestrarme!

Sé que sueno algo histérica, pero no puedo creer lo que me están diciendo. Por mí, podría ser sobrino del Papa. Un criminal seguirá siendo un criminal.

—¿No puedes simplemente hablar con él? —insiste Terena—. Arruinarle la vida al chico no borrará el susto que te dio. Aprende a perdonar, hija mía.

—Él no me dio un susto. Intentó secuestrarme. Y no estoy arruinando la vida de nadie al denunciarlo. Él mismo, con sus acciones, lo hizo.

Ambos me miran como si dijera disparates, y entonces finalmente entiendo.

Para ellos, soy la extranjera, la que no pertenece a ningún lugar, y Elekos, el "buen chico" que solo quiso jugar con una chica bonita.

Me levanto, porque antes de que esta conversación comenzara, el médico ya me había dado el alta.

—¡Ahora sí, esta parece la Lorena que conozco! —dice Terena, interpretando mal mi silencio.

No me conoces, y al parecer, una vez más, me equivoqué con un ser humano.

No digo nada, aunque entiendo que mi tiempo en Kytherion ha llegado a su fin. Necesito un lugar donde pasar la noche, pero

mañana por la mañana renunciaré, iré a la comisaría a declarar, aunque eso no lleve a nada, y luego abandonaré la isla.

—Voy a pensar qué hacer —miento, y ambos parecen suspirar aliviados.

Sin más palabras, voy al baño a cambiarme de ropa, ya que Terena me trajo algunas limpias. Cuando salgo, el médico dice:

—Señorita Brito, mañana tendremos los resultados de sus análisis de sangre. Está perfectamente bien, no se rompió ningún hueso, pero son exámenes de rutina en hospitalizaciones. Si desea pasar por ellos por la tarde, podrá hacerlo a partir de las tres.

—¿No pueden enviármelos por correo electrónico?

—Sí, podemos —responde una enfermera, y me toma un minuto más darle la dirección.

Me despido de ambos, y solo Dios sabe el sacrificio que es caminar junto a Terena después de lo que me dijo. Si pudiera, ni dormiría en su casa esta noche.

Llegamos al pasillo y veo al buen samaritano.

—Espere aquí, por favor. Necesito agradecer al hombre que me salvó de la "broma" de Elekos —ironizo, pero por la sonrisa que me da, dudo que lo note.

Camino hacia el desconocido.

—Buenas noches, aún no sé su nombre —digo, ofreciendo mi mano—, pero me llamo Lorena Brito y quiero decirle que jamás olvidaré lo que hizo hoy. Salvó mi vida.

—Soy Malone Smith y no hice nada más que cumplir con mi deber —responde, dejándome confundida por la elección de palabras—. Me alegra que esté bien, señorita, pero ¿no irá a la comisaría a declarar?

Le explico rápidamente la conversación con el médico y con la mujer que al amanecer será mi ex-jefa; veo cómo la expresión del hombre se endurece.

—Si quiere mi opinión, al denunciarlos podría estar salvando a otras jóvenes.

—Eso también pensé, por eso mañana por la mañana iré a la comisaría. Luego renunciaré al salón de belleza y me iré. Mi arrendadora también es mi jefa. De cualquier modo, el tiempo que puedo quedarme en Grecia ya se está agotando.

—¿No hay un hotel en la ciudad donde pueda quedarse?

—A esta altura, tendría que despertar a los dueños para que me abran. Los habitantes aquí duermen temprano y aún no es temporada alta de turistas.

—¿Cree seguro regresar a la casa de su arrendadora? No me gusta la idea, después de lo que me contó.

—Perdone si soy grosera, se lo agradezco de corazón por salvarme, pero ¿por qué le importa lo que me pase? No me conoce.

—Como le dije antes, estoy aquí por trabajo. Mi jefe no se alegraría de saber que corre algún riesgo.

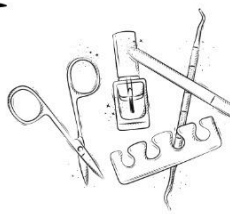
Una sospecha empieza a formarse.

—¿Jefe?

—Vine por orden del doctor Emiliano Benítez. Mi deber es protegerla.



Emiliano



Capítulo 40

—¿Qué acabás de decir?

—Fue atacada. Intenté comunicarme con usted, pero el teléfono iba directo al buzón de voz —dice mi guardaespaldas Malone, que ya trabajó para mí en viajes a Europa, en cuanto salgo del coche.

Hace unos diez minutos descendí del helicóptero que me trajo desde Atenas.

—No tenía señal. Contame qué pasó.

—Usted me pidió que la siguiera, como hago siempre que sale de su casa. La señorita Brito estaba caminando sin rumbo por las calles y pensé que solo era una joven dando un paseo. —Se sonroja—. Me distraje atendiendo una llamada de mi esposa. No pensé que corría peligro, hasta que escuché un grito. Cuando la alcancé, había un hombre sujetándola por detrás y dos cómplices más. Creo que querían llevársela.

—¿Llevarla a dónde?

—Estoy casi seguro de que forman parte de algún tipo de banda que trafica turistas "por encargo" para el mercado de esclavitud

sexual. Miles de jóvenes así desaparecen en viajes alrededor del mundo cada año.

Cierro los ojos por un instante, porque el cuadro que me describe es como una película de terror. Imaginarla a merced de monstruos que la tratarían como mercancía despierta un instinto asesino en mí.

—¿Lorena fue a la comisaría?

—No. Cuando salió de la sala de exámenes, parecía muy molesta. Me contó que tanto el médico que la atendió como su arrendadora la desalentaron de ir a la comisaría, porque según ellos, lo que el imbécil que noqueé y sus cómplices intentaron fue solo una "broma" con ella. Yo no creo ni por un segundo que haya sido eso, como ya le dije. Para mí, iban a secuestrarla.

—¿Dónde está ahora?

—En la casa donde vive. La de la mujer que es su arrendadora y también su jefa.

—¿Está bien?

—Sí, físicamente está intacta. Salió del hospital caminando. Ella parecía muy decepcionada, sobre todo con su arrendadora. La señorita Brito es inteligente y entendió que, independientemente de si va a la comisaría, eso no llevará a nada. Kytherion es una comunidad cerrada y, por lo que entendí de lo que me dijo, "están

protegiendo” al bastardo; incluso ya lo liberaron de la prisión. Aun así, me dijo que irá a declarar porque no podrá dormir con la idea de que su omisión podría causar daño a otras mujeres aquí más adelante, ya que ellos seguirán siendo hombres libres.

Me invade la admiración y el orgullo por ella. Lorena fue víctima de violencia que podría haber terminado muy mal si Malone no la hubiera salvado, y aun así, es capaz de pensar en los demás, en futuras víctimas.

—¿Qué no me has contado todavía? —le pregunto, cuando me mira como pensando antes de continuar.

El hombre se pasa la mano por la nuca.

—Cuando le dije que trabajaba para usted, la señorita Brito me dejó un mensaje.

—¿Mensaje?

—Sí. Dijo que si no entendía lo que hablaron por teléfono, lo repetiría... ¿Debo decírselo?

—Sí.

—Lo mandó al infierno y dijo que si usted va tras ella, conseguirá una orden de restricción en su contra.

—Decime la dirección donde está.

—Señor, arriesgándome a entrometerme, ya casi es medianoche. No creo que sea buena idea aparecer para una visita ahora.

—No pretendo eso, sino vigilarla —digo, mientras camino hacia el coche que mi asistente había alquilado y estaba a mi disposición en el helipuerto de Atenas—. Mi intuición me dice que Lorena intentará escapar. Llevo más de dos meses tras ella. La caza terminará mañana.

—¿Le puedo ser sincero?

—Adelante.

—Cuando usted me pidió seguirla, hice mi tarea y la investigué. Descubrí… hum… sobre el escándalo que involucra sus nombres, y aunque no entiendo por qué me pidió que la vigilara después de que la relación terminó tan mal… —Sacude la cabeza—. No sé si debo decir esto.

—No me gustan las cosas a medias.

—Nada en su comportamiento a lo largo de su vida indica que la señorita Brito sea otra cosa que una buena chica. Trabajadora, sin vicios, y hasta donde pude ver, nunca tuvo novio antes de involucrarse con usted.

Ya lo sé todo, claro, y cada vez más se enraíza en mí la certeza de que estoy complicado.

—Continuá.

—Tengo contactos en varias partes del mundo. He vivido en cada maldito continente, y uno de mis amigos, un detective brasileño, por coincidencia, vive en Río de Janeiro. Le pedí que la investigara y lo que no pudo averiguar en la web, lo hizo yendo a la ciudad serrana donde vivía. Lorena Brito fue criada por una tía que murió de cáncer hace menos de un año. No hubo ni un alma que hablara de ella, salvo algunos chismosos que mencionaron su relación con usted.

"Nunca más quiero verte y maldigo el día en que nos conocimos. Por tu culpa, mi vida se fue a la mierda. Ni siquiera puedo regresar a mi ciudad".

—¿Y qué más? —pregunto, masoquista, viendo cómo el cráter en el que me enterré voluntariamente se hace aún más profundo.

—Ganó un viaje a Argentina en un sorteo de un supermercado de su ciudad, junto con alojamiento y dinero para gastar allí. Según los tripulantes de su barco, el *Aurora of the Sea…*

—¿Qué?

—Soy un obsesionado, señor. Adoro un buen misterio y me intrigó que lo que los periódicos decían de la chica no coincidiera con lo que investigué sobre ella. La verdad es que Lorena Brito trabajó en su barco, según contó a los demás tripulantes, por mera coincidencia.

En lo que sería su última noche en Buenos Aires, decidió ir a un bar a tomar una copa de vino. Conoció a otra brasileña que le dijo que necesitaban camarera en el *Aurora of the Sea*. Así consiguió el trabajo. Todos dijeron que era amigable, pero que no salió con nadie, lo que me hizo pensar en el otro extremo del escándalo: esa mujer llamada Verónica Quinteros.

—También fue mi empleada —afirmo—. Y sé que no sirve para nada.

—¿Está seguro?

—Sí, y casi todo lo que me contaste ahora, los detectives que contraté ya lo habían descubierto, excepto esta historia de cómo Lorena consiguió el empleo en mi barco y las conversaciones que tuvo con la tripulación.

—La realidad es que la reputación de la mujer que dio la entrevista es pésima. De hecho, no era bien vista entre los tripulantes y supongo que solo la ingenuidad de la señorita Brito la llevó a acercarse a alguien así. Hubo quejas de otros empleados sobre Verónica Quinteros, que les había robado dinero, y que además era una mentirosa compulsiva. Simpática, aparentemente amigable, pero nada confiable.

Vuelvo a recordar la última vez que estuve con Lorena.

"—Ella me tendió una trampa.

—No. Vendió tu plan a alguien que seguramente la pagó bien. Desde el punto de vista de dos personas perversas, no existe honor entre gente como ustedes. Hay fotos nuestras en la noche de la discoteca, vos montada arriba mío dentro del coche. Incluso hay imágenes tuyas en topless en mi yate, puta madre.

—¿Me llamaste "perversa"?

—¿Qué otro nombre le darías a alguien que planea algo así? Jugaste con un asunto que compartí, mi talón de Aquiles, con mi pasado, con la muerte de alguien inocente.

—¿Hice todo eso?

—Claro que lo hiciste. Quiero que te vayas, Lorena. Hacé tus maletas y salí de mi casa. Mandaré a alguien a llevarte hasta la ciudad en lancha y después un taxi te dejará donde quieras, pero tenés una hora para irte. Ni un minuto más.

—No necesito más de diez minutos. Salir de tu casa y de tu vida será mi salvación, Emiliano, evitando que cometa un error aún mayor que aceptar viajar contigo".

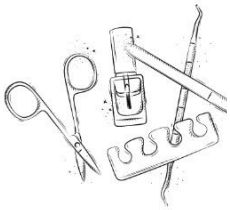
¿Destruí, con mi desconfianza y arrogancia, cualquier posibilidad de un futuro de lo que estaba naciendo entre nosotros? No, no puedo creer que haya terminado. Tiene que haber una oportunidad para corregir mi error.

Malone continúa, aparentemente sin notar mi infierno interior:

—Solo estoy seguro, señor, de que algún día moriremos, pero con mi experiencia, diría que Lorena Brito no era más que un juguete en manos de una mujer sin escrúpulos. Una niña inocente que cometió el error de confiar en una miserable ambiciosa.



Lorena



Capítulo 41

El día apenas comienza y ya estoy lista para partir. Sé que al llegar a la cocina encontraré a Terena preparando el desayuno. Al igual que cuando salí de Angra dos Reis, no llevo conmigo nada más que una pequeña maleta y mi mochila.

No pude dormir después de la conversación con aquel hombre.

Malone se presentó como un guardaespaldas enviado por Emiliano para cuidar de mi seguridad, pero aunque le agradezco que me haya protegido, no creo ni por un instante en las buenas intenciones del argentino.

—Lorena, ¿qué haces despierta a esta hora? —pregunta Terena al verme entrar en la cocina.

Automáticamente, su mirada se posa en la maleta que sostengo.

—Me voy. Quiero agradecerte por darme la oportunidad de trabajar en tu salón, y también por ofrecerme un lugar donde quedarme, pero mi tiempo en Kytherion ha terminado.

Ella me mira, frunciendo el ceño.

—¿Es por lo que te dije ayer sobre Elekos?

—Sí. He pensado mucho en lo que me pasó y también en nuestra conversación. Consideré las diferencias culturales, porque como tu hija dice, hoy eres más griega que americana, pero pronto comprendí que no tiene nada que ver con el país donde naciste ni con tu cultura; tiene que ver con mirar hacia otro lado cuando se ve algo mal. Tú, el médico y tal vez toda la isla optan por eso. Yo no. La agresión física contra mujeres no puede llamarse "una broma que se pasó de la raya". Usar la fuerza contra alguien físicamente más débil, y más aún tres hombres contra una mujer, no puede llamarse de otra forma que cobardía.

—Lorena…

No la dejo continuar. Estoy cansada de intentar ver siempre el lado bueno de las personas.

—Espero de todo corazón que tu hija nunca pase por una situación como la que sufrí ayer, Terena, pero si llegara a suceder, tal vez comprendas la diferencia entre broma y abuso, entre juego y agresión. No me importa si viste crecer a Elekos o si fue novio de Mildred. No me interesa si sus padres son buenas personas ni si él es sobrino del jefe de policía. Estaré muerta el día que me calle ante algo incorrecto. Haré la denuncia en nombre de todas las mujeres futuras a las que intenten hacerles daño. Puede que no sirva de

nada, pero cada noche dormiré tranquila, sabiendo que hice mi parte.

—¿No hay algo que pueda hacer para que cambies de idea? No quería que te fueras así.

—No hay nada. Una vez más, gracias por todo.

—Aún tienes lo que trabajaste durante la semana para cobrar —dice, caminando hacia un tarro de café sobre una encimera blanca con dibujos de flores azul claro, que sé que fue Mildred quien pintó durante sus últimas vacaciones.

Mientras la veo ir hasta allí, hago un esfuerzo por no llorar.

Nunca pensé que mi vida se resumiría en partidas, y me pregunto a dónde iré si estoy embarazada.

—Aquí tienes, Lorena. Lamento haberte lastimado. No puedo escapar de lo que soy. Aun así, creo que estás dando a este episodio más importancia de la que realmente tuvo.

Me niego a argumentar de nuevo. Que ella haya conocido a un monstruo cuando era adolescente no significa que dejará de ser un monstruo.

—Hasta siempre, Terena. Una vez más, gracias por todo.

Me detengo un instante en la entrada de la casa. El día apenas amenaza con amanecer, pero planeo ir directo a la comisaría,

esperar a que llegue el jefe de policía para poder dar mi declaración y luego ver si consigo que algún pescador me lleve a Atenas. Cualquier dinero que pueda ahorrar ahora será bienvenido.

Apenas pongo un pie en la acera, escucho que se abre la puerta de un automóvil. Todavía asustada por lo ocurrido ayer, casi vuelvo al portón, pero cuando veo quién sale del vehículo, me apoyo en el muro porque mis rodillas tiemblan.

Durante casi tres meses me repetí a mí misma cuánto lo odio y por qué me siento así, pero ahora, a unos pasos de distancia, cuando vuelvo a ver al hombre que me llevó del cielo al infierno en cuestión de días, no puedo mantener mi corazón en un ritmo normal.



Emiliano

Ninguno de los dos se mueve.

Es como si estuviéramos bajo algún hechizo.

Recorro con los ojos cada parte de ella, estudiándola como alguien que pasó la vida sin comida ni agua y de repente se encuentra con un oasis.

Al igual que la primera vez que la vi, su belleza y su rostro de ángel me paralizan, junto con ese algo que Lorena tiene y que siempre la hizo única para mí.

En una fracción de segundo, repaso todo lo que ha pasado desde que nos conocimos: el encuentro en el bar, el sauna, los días en el yate.

Y luego, en el orden natural de las cosas, viene la forma en que la eché lejos, incluso cuando intentó explicarme las acusaciones que le hice.

—Lorena.

Ella permanece tan inmóvil como una estatua mientras me acerco hasta quedar a medio metro de distancia, como si no creyera que soy real. Pero al escuchar mi voz, reacciona.

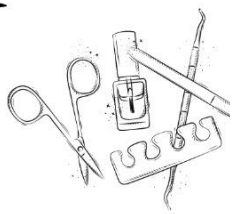
—¿Qué crees que estás haciendo aquí? Te dije que no quiero volver a hablar contigo.

—Y yo digo que necesitamos hablar, pero primero, te voy a llevar a la comisaría para que des tu declaración.

—No iré contigo ni siquiera a un puesto de la esquina. Te odio como nunca he odiado a nadie en mi vida; quizá estés al mismo nivel que Verónica para mí.



Emiliano



Capítulo 42

Sabía que había herido a Lorena tanto como yo mismo había sentido dolor cuando la mandé lejos, pero lo que veo en su rostro ahora me parte en dos.

Mientras me habla, con el mentón erguido y los ojos brillantes de lágrimas, intenta mantenerse distante, pero no lo logra. Y eso fue lo que me atrajo de ella desde el principio: lo genuina que es, lo auténtica, sin máscaras.

¿Cómo pude haber sido tan boludo? No necesitaba detectives; solo mirarla como lo hago ahora me habría bastado para saber que era inocente.

—Creo en vos —digo.

—¿Qué?

—Creo que te juzgué mal y que fuiste víctima de la trampa de esa hija de puta.

Ella me observa, como intentando procesar mis palabras, pero su asombro no dura. Pronto vuelve a la guerra.

—No me importa lo que creas o dejes de creer ahora, Emiliano. Me echaste lejos como si yo no fuera nada. Recuerdo cuando me llamaste *perversa* y me expulsaste de la isla. No sé qué viniste a hacer aquí, pero si buscas mi perdón, vete. Vuelve a tu mundo. Te odio y eso nunca desaparecerá.



Lorena

Tiemblo mientras vierto sobre él toda la rabia y el dolor acumulados durante meses.

Una parte de mí, la más estúpida, ve el choque en su rostro ante mis palabras y también algo que no consigo entender, pero no puedo dejarme envolver por esos ojos ni por su seducción otra vez.

Sé lo mucho que este hombre (por quien fui tan idiota como para enamorarme, aunque tal vez aún lo ame) puede herirme.

—No me odiás.

—No tienes idea de lo equivocado que estás. Toma tus disculpas y vete al infierno. Vuelve a tu vida de putas, islas y yates... Tus amigas temporales, ya que se usan mutuamente... Yo soy real y quiero alguien real. No soy más la chica tonta de un pueblo que sedujiste con una sonrisa y una invitación que no prometía nada. Una idiota que se encantó tanto contigo que ignoró todas las señales de peligro hasta que fue demasiado tarde.

—¿Creés que fuiste la única que sufrió? Te odié cada segundo mientras me alejaba de la isla porque nunca quise a alguien a largo plazo, y cuando pasó, fui engañado... O al menos eso pensé. No confío en relaciones desde que destruí la vida de una joven, llevándola al suicidio. Reíte si querés, pero yo vivo bajo reglas, Lorena.

—No me importa ya. No quiero escucharte.



Emiliano

Ignoro sus protestas, como si todo lo que mantuve oculto desde la tragedia explotara dentro mío.

—Pero necesitás escucharme, o nunca me entenderás. Fueron mis reglas las que me mantuvieron funcional cuando, a los veinte años, me hice responsable de la muerte de Isalina. Así que sí, seguí reglas hasta conocerte. Nunca más dormir con una virgen para no confundir las cosas, no asumir novias por la misma razón y, sobre todo, siempre ser honesto sobre lo que siento y pienso, porque no podría soportar otra vez que mi estilo de vida causara dolor a alguien.

—No te preocupes. Conmigo no fue tu estilo de vida lo que me lastimó. Fue tu falta de fe en mí y tus palabras. Fue ser tratada como un nada después de que, horas antes, me invitaste a pasar un tiempo en Buenos Aires.

Ella llora y quiero que deje de hacerlo, pero sé que no tengo ese poder.

—Perdoname.

—No. Tu pedido de perdón no borrará las lágrimas que ya he derramado y…

Se detiene y palidece, desvaneciéndose.

—¡Lorena! —Consigo tomarla en brazos antes de que caiga al suelo—. ¿Qué sentís?

Una capa de sudor cubre su frente.

—Dolor.

—¿Dónde?

Entro en pánico cuando ella aprieta el vientre y veo acercarse a Malone.

—¡Agarrá su equipaje y llevanos al hospital!

—Emiliano, necesito decirte algo.

Las lágrimas que ahora resbalan no son de rabia; son de dolor, lo sé. Su rostro está completamente contraído.

—Shhh… no hablés.

—Debo decírtelo. Puedo estar embarazada. Sospecho desde hace semanas y esto que siento no parece bueno. No quiero perder a mi hijo. Prométeme que no mandarás a nadie a quitármelo. No creo nada de lo que digas, pero superaré mi orgullo para creer esto. Júramelo.

—¿Eso creés? ¿Es así como me ves? ¿Pensás que yo mataría a nuestro hijo mientras estás internada?



Lorena

Un hijo *nuestro*.

A pesar del dolor, no puedo ignorar que no cuestionó que el bebé pueda ser suyo ni la falta de rencor en su voz.

—Sí, pienso que lo harías. No tengo razón para confiar en ti.



Emiliano

Malone arranca con el auto y, al tomar una curva, ella se aferra al blazer de mi traje. La tengo en mis brazos y me digo a mí mismo que no debo aprovecharme de la situación, pero la nostalgia de todos estos meses me hace mantenerla más cerca de lo necesario.

Paso las manos por su espalda intentando aliviar un poco el dolor, porque, a pesar de sus palabras filosas, su rostro está contraído.

—No servirá que te diga esto, pero lo haré de todas formas. Nunca te obligaría a abortar y más que eso, jamás lo haría contra tu voluntad. Me equivoqué, Lorena, y te pido perdón, pero no soy un monstruo y nunca te mentí.

Ella gira el rostro hacia el otro lado; de la forma en que estábamos podíamos sentir la respiración del otro.

—Es suficiente por ahora. Al menos sé que si estoy embarazada, estaremos a salvo de ti.

A salvo de mí.

La única mujer que realmente quise hasta hoy teme de mí. Teme que pueda hacerle daño a ella y al hijo que posiblemente espera.

Creí haber llegado al fondo del pozo en términos de dolor, pero acaba de demostrarme que estaba equivocado.

Varios minutos después, llegamos al hospital y entro con Lorena en brazos.

La ventaja de que el lugar sea pequeño es que ni preguntan qué sucede; solo nos indican ir a una habitación.

La recuesto suavemente en la cama y, por un segundo, nos miramos.

—¿Por qué? —me pregunta de repente.

—¿Qué cosa?

—Me dijiste por teléfono que necesitábamos hablar. No voy a creer bajo ninguna circunstancia que viajaste por todo el mundo, me encontraste aquí, solo para pedirme perdón. Para eso tendrías que tener sentimientos dentro de ti, y sé que no los hay.

Eso era cierto, pero nada de lo que diga ahora la hará creerme.

—No importa. Hablaremos de eso después.

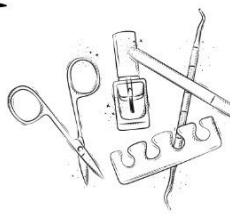
En el momento en que Simón mencionó el lote dañado de condones, supe que vendría, incluso antes de que el detective confirmara su inocencia con el *dossier*.

No fue la posibilidad de que estuviera embarazada lo que me volvió loco buscándola durante más de dos meses, sino que la amo y quiero una segunda oportunidad.

Mi hermano solo me dio la excusa perfecta para perseguirla, pero si le hablo de eso ahora, me expulsará de su vida.



Emiliano



Capítulo 43

—¿Quiere mi opinión sincera? —pregunta Malone, cerca de media hora después de que Lorena me pidió, nada delicadamente, que saliera del cuarto para que el médico pudiera examinarla.

—¿Sobre qué?

De repente, mi vida parece un caos.

Todo lo que logré, las empresas que poseo, mi fortuna, no significan nada, porque la mujer que amo y que posiblemente espera a mi hijo me odia.

—Sobre esos bastardos.

Planeo llevarla a declarar porque Malone me dijo que ella insiste en hacerlo, y después de salir de la sala, contacté a uno de mis abogados y le expliqué la situación. Enviará a alguien, por si Lorena decide continuar con el proceso.

Por mi parte, quisiera llevármela de vuelta a Argentina, pero sé que, en este momento, mi situación con respecto a ella es como caminar por una cuerda floja. Ya me impuse demasiado, y al menos debo darle la ilusión de que tiene el control.

—Decime.

—No le diría esto a la señorita Brito porque es idealista, pero no creo que, aun si denuncia a esos tipos, sirva de algo. Hice una o dos investigaciones mientras mataba el tiempo en el pasillo del hospital, la primera vez que la internaron hoy temprano. Hay otros casos de turistas desaparecidas, no solo en esta isla, sino en otras alrededor también.

—¿Creés que se trata de algún tipo de organización criminal que secuestra mujeres?

—Sí, y que incluso las venden. La mayoría de las chicas que desaparecen viajan buscando diversión. En sus mundos, ese tipo de peligro no existe. Solo quieren disfrutar y caen en la trampa de un miserable que destruye sus vidas para siempre. La señorita Brito me contó, cuando habló conmigo, que ese tal Elekos la invitó a salir varias veces. Así es como generalmente las secuestran.

—¿Así como?

—No es común hacerlo a la fuerza como sucedió con ella. Creo que lo que ocurrió fue una especie de oportunidad. Pero la mayor parte del tiempo, ganan la confianza de las chicas, se convierten en novios y se las llevan. Nadie le da mucha importancia al lugar donde desaparecieron; al fin y al cabo, eran turistas. Solo cuando la familia

empieza a buscarlas, se dan cuenta de que algo pasó, pero para entonces ya es demasiado tarde. Hay burdeles secretos por toda Europa. Son drogadas y se vuelven incapaces de reaccionar. Es prácticamente imposible reencontrarlas después.

—¿Cómo es posible que algo así ocurra sin que nadie se dé cuenta? Por lo que entiendo, al menos uno de esos hijos de puta tiene familia en la isla.

—¿Su… *novia*? No sé cómo llamarla.

Lo miro fijamente.

—*Mujer*. Lorena aún no lo sabe, pero no la dejaré ir más.

—Bien, su mujer me contó que su patrona dijo que el ataque de esos hombres contra ella era una "broma" de los muchachos.

Sacudo la cabeza, sin poder creerlo.

—¿En qué planeta vive esa imbécil? ¿Secuestrar a una mujer puede considerarse una broma?

—Lo que trato de decir es que podrían quedar libres para seguir haciendo esto, porque no creo que las autoridades locales tomen alguna medida, ya que es sobrino del jefe de policía o…

—¿O qué?

—Puedo hacer que nunca vuelvan a hacerlo. Así salvaremos a varias jóvenes, como su mujer, de que sus vidas sean destruidas por

desgraciados que solo las ven como objetos. No podemos cambiar el mundo entero ni salvar a todas, pero sí podemos sacar algo de basura del planeta. Hacer nuestra parte.

Sé que es una visión peculiar de justicia, pero también sé que tiene razón. Cuanto más tiempo respiren esos hijos de puta en la Tierra, más pibas verán amenazadas sus vidas y su libertad.

—¿De qué estás hablando exactamente, Malone?

—No necesita que le dé esa respuesta, señor Benítez. Solo déjelo en mis manos. No lo consideraré un servicio, sino una manera de expiar un poco mis pecados. O tal vez aumentarlos. —Se encoge de hombros—. Pero ¿a quién le importa? Considere el servicio hecho. Esos tres nunca más harán daño a una mujer.



Lorena

—Estás embarazada, Lorena —dice el médico que me atendió más temprano y que estaba de guardia cuando fui internada de

nuevo, después de hacerme una prueba de orina—. Ya tomamos tu sangre antes y tendremos una idea más clara de cuántos meses estás y…

—Creo que son casi tres —digo, sintiendo que mis mejillas se calientan mientras intento asimilar la información.

Cuando llegué aquí, con dolor, en pánico y temiendo que, si realmente estaba embarazada, hubiera iniciado un proceso de aborto, fui honesta con el médico.

Después de examinarme, dijo que no, que los dolores que sentí podrían ser por la caída.

—Qué bueno que tengas una idea, pero me gustaría hacer una ecografía para confirmar que no hubo un aborto.

Mis dos brazos cubren automáticamente mi vientre.

Por más miedo que tenga ante la incertidumbre del futuro, deseo profundamente a este niño.

—Todo indica que no, pero prefiero certeza en estos casos —continúa, sin notar mi pánico—. Si tus cuentas son correctas, tienes al menos diez semanas, lo que significa que, si el feto está bien, ya podremos escuchar los latidos del corazón de tu bebé.

Mis ojos se llenan de lágrimas.

—¿Su corazoncito?

Él sonríe con simpatía.

—Sí, exactamente. ¿Podemos empezar?

Entrelazo mis manos, atrapada en un dilema.

Necesito hablar con Emiliano sobre esto. Por más que lo odie, crecí sin padre, y si él quiere participar en la vida del bebé, no se lo impediré.

—¿Puede llamar al hombre que me trajo, por favor? Él es el padre de mi hijo.

—¿El mayor?

—No, el menor.

—Claro. Un momento.

Sale y, dos minutos después, la puerta se abre de nuevo.

—Lorena, ¿querés hablar conmigo?

Miro al hombre que destrozó mi corazón y con quien ahora tendré un vínculo eterno.

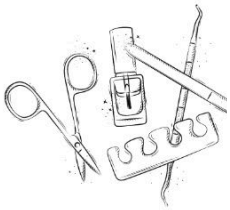
Quiero expulsarlo de aquí y de mi vida, pero mi hijo o hija tiene derecho a tener una familia completa, y Emiliano tiene hermanos y madre.

Intento hablar y me atraganto con la emoción, porque sé que una vez que las palabras salgan de mi boca, no podré tragarlas de nuevo.

—No, quiero que desaparezcas de mi vida para siempre, Emiliano, pero no puedo hacerlo con nuestro hijo. Estoy embarazada y no voy a impedir que participes en la vida de él o ella.



Lorena



Capítulo 44

Tengo los ojos fijos en la pantalla mientras el médico comienza el examen, y sé que los ojos del padre de mi hijo están sobre mí.

Después de lo que dije, Emiliano permaneció en silencio, simplemente mirándome, y yo quería que discutiera conmigo, que intentara imponerse para que yo continuara alimentando mi rencor.

No hizo nada de eso. Se quedó parado al lado de la cama, concentrado en mí, como si su cabeza estuviera llena de pensamientos y no pudiera lidiar con todos a la vez.

—Y aquí estamos, mami y papi. Nuestro pequeño está sano y…

No escucho el resto. Tras observar la pantalla y seguir con la mirada la dirección que el médico indica, cubro mi rostro y empiezo a llorar.

No me importa dar un espectáculo frente a un extraño y frente al último hombre con quien quisiera mostrar mis debilidades; estoy demasiado feliz de que nada le haya pasado a mi bebé.

—En unas semanas podrán saber el sexo. Como te dije, Lorena, tus dolores probablemente se debieron más a la caída. Parece que

todo está bien, pero según lo que conversamos antes, has estado perdiendo peso.

Seco las lágrimas con las manos.

—Sí. Creo que he perdido al menos cinco kilos.

—¿Por estrés?

Miro rápidamente a Emiliano y asiento con la cabeza. No me gusta hacer el papel de víctima, pero es un hecho que, aunque coma normalmente, estoy adelgazando.

—Creo que sí. Ya sospechaba del embarazo. He sentido más hambre de lo normal y mucho sueño. Tendré que irme de Kytherion en poco tiempo porque no tengo visa de trabajo, y la incertidumbre sobre el futuro me ha hecho pasar la mayor parte de las noches sin dormir.

—¿Y tu familia?

Fijo mi mirada en la pantalla del ecógrafo.

—La única persona que tengo en el mundo es mi hijo.

—Sugiero, por tu bien y por el del bebé, que cambies esa situación, Lorena. Necesitas descansar y llevar este embarazo de manera saludable.

—No se preocupe por eso, doctor. Ella se cuidará —dice el argentino.

Lo miro con rabia y creo que el médico se da cuenta de que estar cerca de nosotros es como acercarse a una bomba a punto de explotar.

—Los dejaré a solas. Esperaré en mi oficina para que podamos conversar un poco sobre el embarazo.

—Tenemos que aclarar algo, yo no voy a…

—No. Ahora me vas a escuchar, Lorena. Odiame todo lo que quieras, pero esto no es solo sobre nosotros; es sobre nuestro hijo. Dijiste que no tenías a nadie. Ahora tenés a mi familia, y aunque algo me pase, ellos siempre te protegerán. No necesitás hablar conmigo si te causo tanto odio. No quiero ser la razón de tu malestar, pero deseo cuidar de ustedes dos. Iremos a Buenos Aires juntos.

—No voy a vivir en tu departamento.

—¿Por qué no?

—Porque me prometí a mí misma que nunca más te acercarías a mí.

—En un escenario diferente. Ahora seremos padres en unos meses. Por nuestro hijo, ¿no podés dejar los rencores de lado? Mi madre querrá conocerte.

Doy una sonrisa forzada.

—¿De verdad? ¿Y cómo me vas a presentar? ¿Dirás que soy una vagabun…?

Él viene tan rápido hacia mí que no puedo detenerlo. Cuando me doy cuenta, me está besando.

Lucho contra él. Araño su cuello, pero mi determinación no dura ni cinco segundos. Pronto, estoy tirándolo de su cuello y correspondiendo su beso con la misma intensidad.

La reacción de Emiliano es primitiva. Me devora la boca, tomando todo de mí, y mi cuerpo traidor responde con igual desesperación. Me olvido de todo: pasado, rencores, dolor. Solo pienso en cuánto extrañé su sabor y sus caricias.

—Sos mía —gruñe, y eso finalmente me hace recuperar el juicio.

—Nunca. —Lo empujo—. Me lastimaste. No puedo perdonarte.

—¿No podés o no querés?

—Sería una idiota si lo hiciera.

—¿Como lo fui yo cuando te eché lejos? Porque estoy acá, Lorena, desarmado y pidiendo tu perdón. No supe cómo lidiar con vos cuando te conocí. Le pongo nombre a todo en mi vida, y vos no encajaste en ningún lugar.

—Porque soy pobre.

—No. Porque sos hermosa y espontánea. Porque te quise desde el primer segundo, aunque no supiera que no podría dejarte ir. En el momento en que salí de tu habitación en la isla, deseé borrar todo lo que había pasado, incluso creyendo que estabas equivocada, pero no fui criado para perdonar. Nos enseñaron a nunca quebrarnos ni a mostrar debilidad, y en aquel instante, cuando me sentí traicionado, ceder a mi deseo de quedarme con vos habría sido, para mí, la peor de las debilidades.

—Partiste mi corazón en mil pedazos, Emiliano. No sé si algún día podré perdonarte. No impediré que tengas contacto con nuestro hijo o hija, pero no esperes nada de mí.

—Esperaré todo de vos. Y estaré a tu lado, dejando que me lances cosas si eso hace que tu rabia, rencor y dolor desaparezcan. No te exijo nada: ni tu cuerpo, ni tu perdón, ni tus conversaciones… Solo tu presencia en mi casa. Dejame cuidar de ustedes dos.

—¿Y simplemente borro lo que me hiciste pasar?

—No, sé que eso no es posible, pero déjame estar cerca. Dame una oportunidad de que nos conozcamos de verdad.

—No necesitamos hacer eso. No voy a huir con el bebé.

—Confío en tu palabra, pero hablo de vos, de *nosotros*.

—Ya no existe un nosotros. Acabaste con todo.

—Te conquisté una vez. Puedo hacerlo de nuevo.

—No va a suceder.

—Sí, porque entenderás que, a pesar de todos mis defectos, me enamoré de vos mucho antes de hacerte mía. Cometí errores, Lorena, pero quiero otra oportunidad para arreglar todo esta vez.

—Si acepto irme contigo, será por el bebé, porque no tengo dónde quedarme y no quiero pasar todo el embarazo bajo estrés. No significa que tendrás acceso a mí o que podrás tocarme.

—Te doy mi palabra de que jamás te tocaré si no es lo que deseás.

—¿Por qué debería creer en tu palabra? Tú no creíste en la mía.

—No creas, entonces. Dale tiempo al tiempo y vas a ver que digo la verdad.

—No podrás entrar a mi cuarto.

—No voy a entrar. Nunca obligué a una mujer contra su voluntad, ¿por qué lo haría justamente con vos, que sos a quien quiero para toda la vida? Solo vení conmigo. Decime que sí.

—Si nos ven juntos, si la gente sabe que estoy embarazada, hablarán de mí.

—No te preocupes por eso. Yo aclararé las cosas.

—¿Cómo?

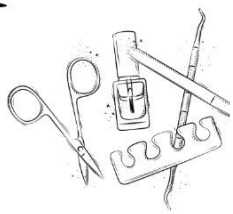
—Solo tenés que saber que nadie más hablará de vos.

—Iré contigo, pero te lo advierto: si me decepcionas otra vez, y no hablo de una relación entre nosotros, sino del acuerdo que propones, no volverás a oír una palabra mía.

—Eso no sucederá, Lorena. No soy del tipo de hombres que repite errores. Sos mía y te lo demostraré.



Emiliano



Capítulo 45

—¿Por qué no me contaste lo que estaba pasando, hijo?

—Porque no quería preocuparte —le respondo, aunque mis hermanos también están en la videollamada.

Falta poco para llegar a Buenos Aires, pero apenas hace un par de horas que Lorena aceptó ir a la suite del avión.

Recordé que dijo que odiaba volar y pasó buena parte del tiempo tensa, agarrada al asiento, y ni siquiera cuando la aeronave tuvo que aterrizar para reabastecerse quiso relajarse.

En la prisa por buscarla, no viajé en nuestro jet privado, sino en un vuelo comercial. Sin embargo, a la vuelta, cuando ya la tenía conmigo, no quise que enfrentara la convivencia con otros pasajeros, así que alquilé un avión privado. Es demasiado pronto para aparecer en público y, si por mala suerte hubiera algún paparazzi, se reviviría el escándalo de hace unos meses.

—¿Y estás seguro de que ella no tiene culpa de nada?

—Absolutamente. Cometí el mayor error de mi vida, mamá.

Veo que Simón me mira de manera extraña y creo que quiere hablar conmigo, pero no frente a mi madre, al menos por ahora.

—Si estás seguro de que Lorena es inocente, quiero conocerla. Será la madre de mi nieto o nieta, y sin importar cómo evolucione la relación de ustedes…

—Me voy a casar con ella.

—¿Qué? —preguntan Martín y Simón al mismo tiempo.

—Casarse es un paso serio, Emiliano. La culpa no debe guiarte para tomar una decisión así.

—Ni el hecho de que esté embarazada —agrega Martín—. *Hay muchas parejas que comparten la custodia de sus hijos.*

—Que Lorena espere a mi hijo tal vez me haya puesto en la dirección correcta, pero si no hubiera sido tan terco… —hago una pausa, sacudiendo la cabeza, incapaz de poner en palabras todo mi arrepentimiento— creo que habría seguido ese camino. Me dije a mí mismo que la traería a Buenos Aires después del viaje a Angra dos Reis, pero la verdad es que no veía un escenario en el que la dejaría ir de Argentina tan pronto. ¿Entendés a dónde quiero llegar, mamá?

—Te enamoraste de ella.

—Sí.

—No sé qué decir, hijo. Poniéndome en el lugar de esa piba y aceptando tu palabra de que es inocente… no estoy segura de que te perdonaría.

—Ella no me perdonó. Accedió a venir conmigo por el bien de nuestro hijo o hija. Lorena no quiere saber nada de mí. Me odia.

—El odio es mejor que la indiferencia —dice mi madre.

—No es una expresión vacía, mamá. Ella realmente me odia.

—Está dolida, Emiliano. ¿Qué mujer en su lugar no lo estaría? Pero odio y amor son sentimientos hermanos. Ambos nacen de la pasión.

—No me rendiré hasta que acepte ser mi esposa. Quiero todo.

—En ese caso, primogénito, tu deseo no es ley. Tendrás que demostrarle que te arrepentiste.

—Si ella me da una oportunidad...

—Ya te la dio, Emiliano. ¿No te diste cuenta? Podría haber exigido un departamento solo para ella. Tal vez ni siquiera lo percibió, pero Lorena ya te dio una segunda oportunidad. Ahora me voy a dormir. Me he sentido mejor estos días y no quiero abusar. Preguntale a Lorena si quiere visitarme cuando lleguen a Buenos Aires. Me gustaría mucho conocerla.

—Mamá, en unos días, nuestro apellido estará en los periódicos.

—¿De qué hablás?

—Daré una declaración sobre el incidente que se difundió cuando estábamos en Angra dos Reis y sobre lo que aquella mujer hizo. Verónica abusó de la confianza de Lorena y destruyó su reputación. No hice nada en su momento para desmentir la noticia, pero planeo corregirlo lo antes posible. Ya contacté a mi relaciones públicas, daré una entrevista corta con una reportera de celebridades y…

—¿Tú qué? —pregunta Simón.

—Odias la fama tanto como nosotros —dice Martín.

—Sí, la detesto, pero necesito que Lorena entienda que mi arrepentimiento es sincero. Cuando salió el escándalo, tomó una dimensión inimaginable. Me dijo que ni siquiera pudo volver a su ciudad porque todos la juzgaban. Quedó sola, tuvo que huir en un crucero y ahora, además, pasó por ese intento de secuestro del que ya les conté. La dejé sola para lidiar con eso. No le creí. Ahora voy a mostrarle al mundo entero que ella es mía.

—No es una decisión impulsiva —dice mi madre.

—¿Qué?

—Cuando empezamos a hablar, temí que te dejaras llevar por la culpa y la emoción, pero realmente estás enamorado de esa piba.

—Lo estoy, y muy arrepentido por haberla lastimado también. Haré lo que sea necesario para que Lorena vuelva a confiar en mí.



Lorena

Caminaba hacia la parte delantera del avión, todavía algo adormilada, cuando escuché lo que parecía ser la última parte de la conversación de Emiliano con alguien.

—Lo estoy, y muy arrepentido por haberla lastimado también. Haré lo que sea necesario para que Lorena vuelva a confiar en mí.

Me congelé en el lugar y entendí, por la manera en que se despedía, que hablaba con su madre, y corrí de vuelta a la suite.

¿Por qué le decía algo así a ella? Sé que permití que contara sobre mi embarazo, pero Emiliano no parece del tipo que comparte lo que siente o pide consejos.

Pero más allá de eso, lo que dice me toca profundamente, aunque no desee sentirme así. Podría mentirme, intentar engañarme ahora

que estoy embarazada de su heredero o heredera, pero ¿por qué fingir arrepentimiento ante su madre?

Coloco un brazo sobre mis ojos al volver a acostarme y me pregunto si podría perdonarlo.

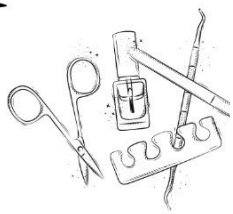
Serías una idiota si lo hicieras, Lorena.

Pero, por otro lado, ¿cómo puedo vivir en guerra constante? Eso no le haría bien a mi hijo, que en este momento depende de que yo esté sana, mental y físicamente, para crecer.

Quisiera ser mayor y más madura para enfrentar la situación, porque ahora me siento completamente perdida.



Emiliano



Capítulo 46

Cuando mi madre se despide, y luego lo hace Martín, Simón no parece tener intención de irse, y eso me resulta raro.

—¿Qué pasa? —pregunto, porque lo conozco demasiado bien.

—Cuando llegués a Buenos Aires, necesito contarte sobre una sospecha que tengo. Estaré de viaje durante varias semanas, pero necesitamos hablar, y tiene que ser en persona —dice.

—Tiene que ver con Lorena —adivino—. No quisiste hablar frente a nuestra madre.

—Sí, es sobre ella, pero como ya dije, prefiero que esta conversación sea cara a cara.

—Está bien. Mándame un mensaje cuando regreses de tu viaje. ¿Cómo está Anita?

—Sabés que no me involucro en nada que tenga que ver con ella —dice, y estoy seguro de que no es porque sea un boludo insensible, sino porque, aunque normalmente no le importe el mundo a su alrededor, Simón se siente culpable por lo que le pasó—. *Pero Martín me contó que le permitiste que estudiara en Europa,*

como quería desde el principio. ¿Por eso viajó a España? ¿Se quedará allí definitivamente?

Suspiro, cansado.

—Sí, lo pensé mucho y llegué a la conclusión de que la mejor manera de protegerla sería permitirle experimentar la vida fuera de la burbuja protectora que creé para ella. De todos modos, no importa en qué parte del mundo esté, siempre tendrá un guardaespaldas cuidando de su seguridad.

Él asiente con la cabeza y decido dar por terminada la conversación que lo deja tan incómodo.

Cierro mi portátil y voy al dormitorio a ver cómo está. Abro la puerta y veo a Lorena acostada de lado, con los hombros temblando, como si estuviera llorando.

—No sé si tendré tiempo de vida suficiente para demostrarte cuánto me arrepiento de lo que hice, pero viviré el resto de mis días para enmendar mi error.

Ella no dice nada y por un momento me quedo parado en el umbral de la puerta. Sé que debería dejarla tener su tiempo a solas, pero no puedo; en lugar de eso, me acomodo en una pequeña silla de la suite y la observo hasta que su cuerpo finalmente se relaja y se queda dormida.



Lorena

—Gracias —digo cuando me muestra mi habitación en el enorme departamento de Buenos Aires, casi una hora después de que desembarcamos.

Decidí que intentaré controlarme y no estar tan enojada todo el tiempo. Mantendré una distancia respetuosa, aunque es más fácil decirlo que hacerlo.

No sé si son las hormonas del embarazo, pero el hecho de tener a Emiliano tan cerca enciende mi cuerpo en más de un sentido. Quiero pelear con él, pero también quiero empujarlo contra la primera pared y besarlo hasta quedarnos sin aire.

—¿Tenés hambre?

Me pregunta mirando mi boca, y no me gusta cómo mi cuerpo reacciona ante ese tipo de señales.

Doy un paso atrás.

—Sí. Tiene razón el médico en lo que dijo, que estoy bajando de peso... aunque no entiendo cómo es posible. Como bien. Mi tía... —Me detengo y sacudo la cabeza, negando con ella—. No importa.

—A mí me importa. Hablaste muy poco sobre tu vida.

—Nunca quisiste saber sobre mi vida.

—Estás equivocada. Quería y quiero saberlo todo de vos, pero estaba obsesionado, no podía mantener mis manos lejos de tu cuerpo. Pensé que tendríamos tiempo para más en el futuro.

—Bueno, no lo tuvimos.

—Quiero cambiar eso. Hablame de vos. De todo lo que viviste hasta ahora, mientras preparo nuestra cena.

—No necesitas obligarte a ser bueno. Conozco tu peor lado.

—No me obligo a nada. No soy ningún pendejo[20], Lorena. Sé que las cosas entre nosotros no se resolverán de la noche a la mañana, pero no voy a rendirme. Sos mía.

—Deja de decir eso.

—No, porque es la verdad. Incluso si no tuvieras a mi hijo en tu vientre, seguirías siendo mía.

—¡Nunca más me habrías buscado! Ni siquiera me dijiste por qué me buscaste.

Su boca se tensa en una línea fina, mostrando tensión, pero no responde. En lugar de eso, cambia de tema.

—Al principio estaba muy enojado porque fuiste la primera persona a quien le conté sobre Isalina. Me sentí traicionado por vos en todos los sentidos. Los demás, incluida mi familia, supieron de la tragedia con ella y de lo que pasó antes, nuestro vínculo durante mi primer año de universidad, pero no por mis propias palabras. No soy capaz de desahogarme sobre mis sentimientos. Lo hice hoy con mi familia, al contarles sobre nosotros y que volverías conmigo a Buenos Aires, pero cuando nos conocimos, todavía no había admitido que era humano y que sentía dolor como cualquier otra persona. Respecto a buscarte, te perseguí durante más de dos meses. Ahora, decime: ¿creés que es demasiado tarde para conocernos mejor?

—No confío en ti —digo.

—Y me odiás. —Debería asentir con la cabeza, pero guardo silencio—. Dejame alimentarte, Lorena.

Su mano está extendida esperando la mía, pero no la acepto.

—No podemos tocarnos —digo, pasando de largo—. Te tengo mucha rabia, pero mi cuerpo piensa diferente. Necesitamos mantener distancia.

—Dije que no tocaría a una mujer contra su voluntad y lo estoy cumpliendo, Lorena.

Aun así, sé que se acercó mientras yo estaba de espaldas. El cuerpo de Emiliano emite ondas eléctricas hacia el mío.

—Gracias.

—Pero me ofrezco a complacerte si estás excitada.

—No lo estoy.

—Mentís mal, mi amor. Hemos estado juntos pocos días, pero olvidaste que conozco cada parte de vos. Siento el aroma de tu deseo. Por eso tengo una propuesta.

Me doy vuelta para enfrentarlo.

—No hago más acuerdos contigo. La última vez terminé en la calle con el corazón roto.

—Usame para tu placer. —Él ignora mi enojo.

—¡Debes estar loco!

—No, nunca estuve más lúcido en mi vida. Usame para satisfacerte. Te voy a meter la verga el tiempo que quieras, hasta que nos desmayemos. No significará que me perdonaste. Aceptaré que seguirás odiándome, pero lo harás con tu conchita satisfecha.

—Eres un cretino.

—Estoy completamente loco por vos, Lorena. Tanto que aceptaré lo que me des, incluso un polvo lleno de rabia. Desde que nos reencontramos, estoy obsesionado con acostarte en la primera superficie y devorar tu clítoris. Y sé que aunque me odiés ahora, estás húmeda. Tu clítoris palpita por mi lengua.

—No sabes de lo que hablas. Tal vez haya tenido otros amantes.

—No tuviste a nadie, así como yo no tuve a nadie tampoco, porque ninguna mujer era vos.

—No soy tan ingenua ya. ¿El gran Emiliano Benítez, seductor argentino, célibe por casi tres meses?

—No, Emiliano Benítez, un argentino intransigente que echó a la mujer de quien se enamoró a primera vista, pero que no parará hasta reconquistarla. Y respecto a estar sin sexo, ninguna mujer era como vos. No servía otra y jamás servirá, porque ya te tengo a vos. Corazón, mente y verga, todo en mí te pertenece, así como todo en vos es mío, y tu vulvita está deseosa de ser satisfecha.

—Has perdido la razón si crees que cederé otra vez a tu seducción, bruto.

Mi cuerpo está sobrecargado con sus palabras. El ataque de Emiliano es implacable.

—¿Querés que te guíe para que puedas disfrutar?

—¿Qué?

—Puedo decirte qué hacer para darte placer y…

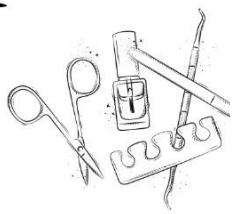
—Si no dejas de hablar, volveré a la habitación —amenazo, odiándome por tener que esforzarme para no cerrar las piernas. Cada cosa que sale de su boca es como un choque directo a mi punto de placer.

Emiliano sonríe.

—No te vayas. Vamos a comer. Conmigo estás segura. —Él baja el rostro, casi rozando mis labios, pero sin tocarme—. La cuestión es: ¿podés controlarte a vos misma?



Emiliano



Capítulo 47

Durante casi una hora cociné sin que Lorena dijera una palabra, y estando yo mismo atrapado en la conversación que habíamos tenido antes de venir a la cocina, no la presioné para que hablara.

—Contame sobre tu tía —le pido finalmente, cuando estoy a punto de terminar de preparar nuestra cena.

Ella guarda silencio varios segundos y, cuando me giro, me está mirando.

—¿No tienes una camiseta para ponerte?

—¿Te molesta que esté con el pecho al descubierto?

—No —miente, porque ambos sabemos muy bien el tipo de "molestia" que Lorena está experimentando.

Es la misma que deja mis hombros y cuello tensos mientras termino nuestra comida.

Está hermosa, con un vestido blanco de tirantes, ajustado. No vino directamente conmigo a la cocina, pidió ducharse primero y, cuando regresó, pasé casi un minuto devorándola con la mirada. Siempre consideré su cuerpo espectacular, pero sus tetas están aún

más grandes por el embarazo, aunque haya perdido peso, y puedo ver el contorno perfecto de los pezones. Mi miembro se endurece como acero al notar cómo sus pezones se marcan contra la tela.

—Fui criada por ella, como ya te conté —comienza, devolviéndome al presente, mientras me doy la vuelta de nuevo.

Es como si no quisiera crear ningún tipo de conexión conmigo; como si, de ese modo, pudiéramos fingir que hablamos por teléfono y no a unos pasos uno del otro.

—¿Y tus padres?

—Mi padre nunca supe quién fue. Mi madre estuvo conmigo mientras pudo, es decir, hasta que cumplí tres años.

Aprieto la cuchara de madera con la que estaba removiendo la sopa de verduras que serviré de entrada. Fue mi madre quien no solo sugirió el menú por teléfono antes, sino que me dijo que sirviera algo ligero a Lorena, porque con el embarazo es probable que experimente malestar después de comer.

—¿Tu tía no te contó nada sobre tu padre?

—No, y yo tampoco preguntaba. Como nunca lo tuve, crecí pensando que era natural ser criada por una tía sola. Solo cuando llegué a la adolescencia surgió la curiosidad, pero mi tía Eneida siempre fue muy honesta conmigo y, como ya tenía edad suficiente

para comprender, me explicó que, al igual que pasó con mi madre biológica, él no planeaba tener hijos tan pronto. Cuando yo nací, creo que él apenas tenía veinte años.

Me controlo para no decirle que la edad no tiene nada que ver con eso.

Lorena también tiene veinte años, nuestra situación en general es un caos, y dejó escapar durante el vuelo que ni siquiera se le había pasado por la cabeza abortar cuando el médico le confirmó lo que ya sospechaba: que estaba embarazada.

—Dijiste que te fuiste a vivir con tu tía a los tres años.

—Sí. Creo que la mujer que me dio a luz no quería ser madre en ese momento —dice, y ahora puedo decir que coincido con ella en ese punto—, pero era católica. No tuvo valor de abortar. No sé qué recuerdos tiene un niño de la edad que yo tenía cuando me dejó, pero aparte de algunas fotos que me mostró mi tía, no recuerdo nada de mi tiempo con mi madre biológica. Miro una foto de ella y no siento nada, ni siquiera un recuerdo.

—¿Por qué no te dejó con tu tía antes, entonces? Tal vez hubiera sido mejor.

—Mi tía viajaba por el mundo como traductora e intérprete, ¿recuerdas? —Hace una pausa y, cuando miro, está dibujando

círculos sobre la mesa de la cocina, creando imágenes abstractas mientras sonríe contemplando su "arte"—. Conoció a un hombre y se amaban mucho, según me dijo, y eso hizo que se alejara aún más de Brasil. Cuando él murió mientras cubría una zona de guerra, mi tía tardó en superar la pérdida. Al igual que yo, su amor era constante.

Apago la hornalla y el horno y me recuesto en la mesada.

—¿Al igual que vos?

—Me refería al amor en general —corrige rápidamente.

—Yo también soy constante en el amor. Un terco hijo de puta, pero mi amor no cambia.

—Bien por tu familia. Todo tu amor se lo das a ella; de otra manera, ya habrías estado con alguien de verdad.

—El amor solo me atraparía como pasó con nosotros: intenso, inesperado y sin pedir permiso, Lorena. No habría otra forma, porque nunca me daba la oportunidad, siempre buscando mujeres que jamás amenazaran mi estilo de vida, ya que no me despertaban nada más que deseo.

—No te gustó lo que sentiste por mí —dice, leyéndome por completo y levantando la vista para mirarme.

—No, porque enamorarme de vos rompía mis reglas. Quería clasificarte como *temporal*, igual que a las demás, pero cuando pensaba en nuestro regreso de la isla, deseaba tenerte en mi cama, incapaz de imaginar el día en que te pediría que te fueras.

Me regala una sonrisa que no alcanza sus ojos.

—Bueno, en ese caso, Verónica te facilitó la vida. Fue muy fácil para ti decirme adiós ese día.

—No lo fue. Sentí tu ausencia cada segundo hasta reencontrarte en Grecia. Fui a la bodega y, durante las primeras semanas, trabajaba de catorce a dieciséis horas al día, y aun así no podía dormir. Luché entre la razón, que me decía que me habías usado, y mi cuerpo y corazón, que te querían de vuelta. Pero, como te dije antes, no fui criado para ceder ante las debilidades.

—¿Fui tu debilidad?

—Todavía lo sos. La idea de que te vayas otra vez es insoportable.

Por un breve momento, siento que estamos creando un lazo, pero pronto se desvanece.

—¿Necesitas que ponga la mesa? —pregunta, levantándose.

Hago un gesto hacia los armarios.

—Debe estar todo lo que necesitás ahí. Yo nunca como en casa.

—¿Nunca?

—No. Suelo trabajar hasta tarde y los fines de semana generalmente los paso con mi familia. Seguí hablando de tu tía —le pido, no tanto por interés, porque creo que ya entiendo todo, sino porque Lorena parece a punto de cerrarse nuevamente conmigo.

Al hablar de la mujer, que ahora sé que se llamaba Eneida, Lorena también me deja ver un poco de sí misma.

—Como te decía, por un tiempo estuvo un poco perdida tras la muerte de su amor, hasta que decidió regresar a nuestra ciudad, Pamonhópolis da Serra. La mujer que me dio a luz no perdió tiempo y le preguntó si ella me quería. Mi tía no dudó. Me dijo años después que tenerme para criarme fue lo que la salvó de caer en depresión. Sin embargo, tuvo que dejar de viajar también. Tuve una buena vida. Formábamos un gran equipo. Cuando tenía quince años, apareció su primer cáncer. Fue en la rodilla. Se trató, pero poco después volvió en el pulmón[21]. A partir de ese segundo diagnóstico, nunca mejoró hasta que, hace menos de un año, se fue en paz.

—¿Nunca más viste a tu madre?

—No, pero creo que formó una nueva familia en el noreste de mi país. Se casó.

—¿No sentís ganas de buscarla?

—¿Para qué? Jamás me quiso y desde el segundo en que me dejó con mi tía Eneida, nunca más miró atrás. Ni siquiera fue al funeral de su hermana. Ni le hizo llamadas de cumpleaños. En este caso, el silencio habló más que mil palabras.

—Quisiera abrazarte ahora —digo, casi pegado a ella—, pero no lo haré porque siempre cumplo mis promesas.

—¿Otra de tus reglas? —intenta bromear, girándose frente a mí.

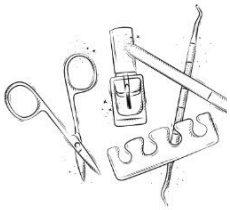
—No. Es un plan.

—¿Plan?

—De probarte que podés confiar en mí. Ahora, vamos a comer, mi amor.



Lorena



Capítulo 48

—Háblame de ti, ahora —le pido después de terminar la cena, más por curiosidad que por otra cosa, pero también porque siento como si el aire entre nosotros chispeara, cargado de electricidad.

La comida estaba deliciosa.

Me sirvió una sopa de verduras de entrada, luego humita en chala, que aprendí en el barco que es un puré de maíz sazonado y cocido dentro de las hojas del propio maíz, y pechuga de pollo a la parrilla, que es el pecho de pollo condimentado con hierbas y especias.

Cuando le elogié la comida, me dijo que, salvo la pechuga de pollo a la parrilla, el resto lo había enviado su madre, quien mandó a los empleados a prepararlo porque quería que tuviéramos una comida casera al llegar a Buenos Aires.

—Soy el mayor de tres hermanos. Simón, el menor, es mi medio hermano. Su padre no es el mismo que el mío ni el de Martín. —Por primera vez desde que nos reencontramos, no me mira, como si se sintiera incómodo—. Martín y yo fuimos criados por un hombre que

creía que cualquier muestra de cariño, ya fuera un beso o un abrazo, era señal de debilidad, así que ninguno de los dos es dado a demostraciones públicas de afecto.

—¿Tu madre no los besaba ni abrazaba?

—Sí, mucho, pero eso terminó generando tantas peleas entre ella y mi padre que culminó en un divorcio. Eso me enseñó una lección: amar demasiado puede destruir un matrimonio. Por amarnos en exceso, ella lo perdió. Yo tenía cinco años cuando se separaron. Creo que eligió intentar hacernos humanos y no robots, en lugar de seguir con el hombre con quien se casó. No sirvió de mucho. No había forma de escapar de la influencia de mi padre; estaba muy presente en nuestras vidas, aunque el padre de Simón, por un tiempo, equilibró las cosas.

Trago saliva, imaginando a dos niños pequeños teniendo que actuar como si el contacto físico no les hiciera falta. Al mismo tiempo, hago un paralelo con lo que él acaba de contarme y mi propia infancia.

Sí, no fui criada por mis padres biológicos, pero jamás me faltó amor.

—La diferencia de edad entre ustedes… Ella se casó poco después de divorciarse de tu padre, entonces.

—Sí, porque quedó embarazada, apenas un par de meses después, de Simón. Hasta hoy no sé si amaba al padre de mi hermano menor o si aceptó su propuesta de matrimonio para darnos una familia de verdad.

—¿Y tu padre?

—Siguió influyéndonos hasta el día de su muerte, que coincidió con la de Isalina. Lo amaba y lo odiaba. Lo despreciaba y, al mismo tiempo, lo extrañaba. Solo después de su muerte mi madre nos contó que él la agredía. Eran agresiones calculadas, que no dejaban marcas visibles para nadie, salvo para quien la viera desnuda. Por fuera, era un hombre de familia, algo frío e implacable, pero devoto de su esposa y sus hijos. En el fondo, sin embargo, no era más que un cobarde abusador.

—¡Dios mío! Entonces fue por eso que ella se separó, Emiliano. Quizás te protegía, no solo de la incapacidad de tu padre para dar amor, sino también de futuras agresiones.

Él me mira como si nunca hubiera pensado en eso, y en el rostro del hombre orgulloso veo la confusión de un niño que nunca pudo mostrar debilidad.

—Nunca lo había visto desde ese punto de vista. De todos modos, después de que murió, me saqué su apellido. No quería nada de él.

Nuestra fortuna vino, en gran parte, de nuestro abuelo materno, que empezó desde abajo pero triunfó en la vida. El único sueño que no logró, como ya te conté, fue comprar una flota de barcos, pero lo hicimos en su honor.

—¿Benítez es por parte de madre, entonces?

—Sí.

—Pero… ¿Simón usa solo Benítez? —pregunto, un poco confundida—. O al menos así lo conocen.

—Como nosotros, también se sacó el apellido de su padre, pero por otras razones —dice, sin profundizar más.

—Dijiste que por un tiempo el padre de Simón casi equilibró la falta de amor del tuyo.

—Sí, hasta que arruinó todo con sus mentiras y… —No termina la frase, sacude la cabeza y veo asco en su rostro—. No sé cuál de los dos padres era peor. El mío o el de Simón.

—Lo siento mucho.

—No te lo cuento para que tu rabia hacia mí disminuya, sino porque quiero que sepas nuestra historia, aunque haya mucha más suciedad debajo de la alfombra… —Como guardo silencio, entiende que es una señal para continuar, pero no hace contacto visual conmigo—. Vos y nuestro hijo forman parte de la familia ahora.

—¿Cómo reaccionó tu madre sobre…?

—¿Que te trajera a vivir conmigo?

Quisiera decirle que nuestro arreglo es temporal, pero no puedo después de que abrió su alma contándome su pasado.

—Sí.

—Nunca voy a mentirles, Lorena, así que debés entender que al principio, ella me preguntó si estaba seguro de tu inocencia. Mi madre es muy protectora y sabía que la historia con Isalina casi terminó con mi vida también.

—Ya te lo dije una vez, pero ese día no quise escucharte. Incluso si supiera la historia de Isalina antes de conocerte, lo que no era el caso, nunca te traicionaría así. El día que te vi y pensé que eras el barman, me asusté tanto por lo que sentí que salí corriendo. Tenía diecinueve años, pero no sabía nada de la vida, y tú fuiste el primer hombre que hizo latir mi corazón. No me importaba cuánto tenías en la cuenta bancaria, sino lo que me despertaste.

—Lorena…

—No quiero otro pedido de disculpas, Emiliano. Podría decirte que te perdono porque eres el padre de mi hijo y fingir que todo está bien, pero aún hay mucha rencor en mi corazón. Estoy intentando

ser sincera y vaciarme de este dolor, pero no sé si funcionará. Te quiero de la misma manera que antes y me odio por ello.

—Te esperaré el tiempo que sea necesario, pero hablo en serio cuando digo que podés usarme.

—¿Usar tu cuerpo? ¿Sin sentimientos ni promesas?

Dios, solo pensarlo hace que mi sangre hierva.

—Sí. Aceptaré cualquier cosa que estés dispuesta a darme, Lorena. Mi deseo no es pasajero.

—Termina de hablar sobre tu madre —le pido, intentando contener la ola de calor en todo mi cuerpo.

—Ella tiene esclerosis múltiple. Mi mamá vive bien, en la medida de lo posible, pero hay momentos realmente difíciles. Preguntó si podía llamarte, porque quiere conocerte.

Recuerdo la conversación que escuché de ellos más temprano, o mejor dicho, la declaración de Emiliano, y decido que también debo ceder un poco, después de todo, su familia será pariente de mi hijo o hija.

—Me gustaría mucho.

—¿De verdad? —Vuelve a enfocarse en mí.

—Sí —respondo, incómoda.

—Ya que dijiste que mi madre podría llamarte, tal vez haya una posibilidad de que también le hagas una visita.

—¿Ella sabe todo sobre mí? —pregunto solo para confirmar lo que ya había dicho.

—Sí, incluso cuánto me equivoqué con vos.

No son sus palabras, sino la manera en que me mira, lo que me hace levantarme de la mesa, preguntarle si necesita ayuda para recoger los platos, y cuando dice que no, salir corriendo a encerrarme en la habitación.

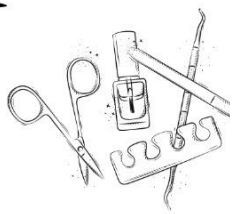
Al aceptar venir, y estando segura de que todavía estaba muy enojada con él, no pensé que sería tan difícil volver a convivir con Emiliano, pero ahora parece que cada segundo cerca de él es como si unas esposas se cerraran sobre mí.

Y no están en mis muñecas.

Están en mi corazón.



Emiliano



Capítulo 49

Unos días después

Hace una semana que llegamos a Buenos Aires y sé que Lorena habló con mi madre por teléfono, pero después de la cena de la primera noche, comenzamos a comunicarnos solo por mensajes.

Cuando llego del trabajo, está encerrada en la habitación. Mi único consuelo es saber que está comiendo bien. Me dijo que volvió a ganar peso.

Tengo un chofer y un guardaespaldas a su disposición, pero Lorena no da señales de querer salir de casa y ya no sé qué hacer para cambiar esta situación.

Hoy pasé todo el día conversando por teléfono con Lucca, el único de mis amigos que está casado, y presté atención a cada consejo que me dio. Desde mi punto de vista, él es un especialista en mantener a la mujer que ama a su lado, y voy a intentar seguir sus instrucciones porque no sé nada sobre romanticismo ni entrega.

Nos invitó al cumpleaños de Ginevra, que será dentro de unas semanas. No es un buen momento para salir de Argentina y viajar a

Sicilia, pero estoy totalmente comprometido a recuperar el corazón de Lorena, y si para eso debo llevarla a Europa, mimarla y mostrarle que cambié, usaré todo lo que tenga a mi alcance.

Me detengo en la puerta de su habitación, que está cerrada, dividido entre invadir su privacidad y al menos verla dormir; calmando parte del anhelo que siento, cuando de repente se abre.

Por varios segundos nos miramos, y no tengo dudas de que ambos estamos sedientos el uno del otro. Lorena está hermosa, vestida con una camisola corta y tan transparente que puedo ver que solo usa una tanga diminuta debajo.

No soy un pelotudo tan arrogante como para creer que se la puso para mí, pero me alegra que, al menos con respecto al ajuar que mandé a preparar para ella, no haya puesto resistencia, lo aceptó.

—¿Sin sueño? —me obligo a preguntar, porque quedarme mirándola como un maníaco podría asustarla.

—Iba a buscar agua. Normalmente la traigo a la habitación, pero esta noche se acabó demasiado rápido.

—¿Sedienta? —No puedo evitar provocarla y ella desvía la mirada.

—No pensé que llegarías tan pronto —dice.

—No podía concentrarme. En la oficina, me imaginaba a vos sola en casa y me preguntaba si estarías dormida o si tu cuerpo ardía

como el mío.

—No sé de qué hablas.

—Aceptá mi propuesta.

—Ni siquiera recuerdo cuál era.

—No mientas. Me ofrecí a complacerte, a saciarte sin exigencias después. Es lo que ambos queremos y si no fueras tan orgullosa, lo admitirías.



Lorena

Siento todo mi cuerpo inestable, tembloroso, porque sé que cada palabra que dijo es verdad.

Desde que llegué, paso mis noches en la cama, dando vueltas de un lado a otro.

El pasillo está en penumbra, lo que aumenta la sensación de intimidad.

Lo miro sin poder evitar que mi piel reaccione a su cercanía. El hombre es muy hermoso, pero más allá de la belleza externa,

después de nuestra conversación y de su determinación por reconquistarme, cada vez me resulta más difícil mantener el rencor.

Emiliano viste un traje oscuro y dejo que mi mirada recorra su cuerpo perfecto y musculoso, con la corbata abierta, descansando casualmente sobre sus hombros mientras la camisa tiene varios botones desabrochados.

Sostiene el blazer del traje en una mano y noto, por su postura, lo tenso que está.

¿Soy yo quien provoca eso en él?

Lo veo, como hipnotizada, estirar la mano hacia mí, pero no me toca y sé lo que está haciendo: cumpliendo la promesa de tocarme solo con mi permiso.

Dudo apenas un segundo antes de colocar mi mano sobre la suya, y el contacto, aunque ligero, provoca un choque de placer que recorre mi cuerpo.

—No estoy lista para entregarme completamente a ti. Tengo miedo de hacerlo y odiarme después.

—¿Y si no pensás y solo sentís?

—¿Qué?

Lo veo quitarse la corbata del hombro y mostrarla.

—Dejame vendarte. No pensés, sentí. Permitite sentir placer sin que tu cerebro interfiera. Crearemos un espacio donde el pasado quede suspendido. Donde solo existan nuestros toques y caricias. No te voy a exigir nada. Solo que me dejes darte placer ahora.



Emiliano

No sé cuánto tiempo se queda mirándome, pero estoy seguro, solo por la mirada que le da a la corbata que sostengo, que la idea la excita, y cuando finalmente dice lo que necesito, siento como si acabara de ganar la lotería.

—No todo —dice—. No hasta el final.

—Ni siquiera necesito que respondas ahora, mi amor. Solo dejame saciar tu hambre. Nuestra hambre.

Asiente con la cabeza, indicando que sí, y cuando me acerco, sosteniendo los extremos de la corbata con ambas manos, cierra los ojos.

La ato con fuerza para que no vea nada y, tan pronto como sus ojos quedan cubiertos, tomo su boca en un beso voraz.

Mi lengua la devora mientras rasgo su camisola y su tanga.

Lorena jadea.

—¿Qué estás haciendo?

—Te dije que no iría hasta el final y que haría todo para tu placer, pero me conocés, Lorena. Sabés que no soy suave.

Antes de que proteste, la levanto, colocando sus tetas a la altura de mi boca, y los beso alternando entre ellas hasta escucharla gemir.

La coloco en el suelo y vuelvo a besarla, con mi mano buscando el néctar entre sus muslos y estimulándola sin descanso. Cuando llega al orgasmo por primera vez, es la visión más hermosa del mundo.

Completamente entregada y mía.

No la dejo descansar. La apoyo contra la pared del pasillo, traigo uno de sus muslos a mi hombro y como su vulvita, lamiendo su flujo y su clítoris, mientras meto un dedo y luego un segundo en su entrada apretadita.

Ahora Lorena se entrega a su placer, poniéndose de puntitas y frotándose contra mi cara. Me tira del cabello, deseando que la haga gozar de nuevo, y cuando ocurre, dice mi nombre.

Mi verga casi explota en un orgasmo intenso y sé que tendré que masturbarme en la ducha, ya que no se relajará tan pronto.

No quiero detenerme, pero mi intuición me dice que debo hacerlo porque puede ser demasiado para un solo día, y no quiero que me odie cuando se despierte mañana.

Me incorporo y beso su boca, ya no con voracidad, sino para mostrarle que no es solo deseo, es hambre por todo de ella.

La agarro en mis brazos y la llevo a la cama. Me coloco detrás de ella.

—No deberías estar aquí.

—Es solo hasta que duermas, mi amor. Te doy mi palabra.

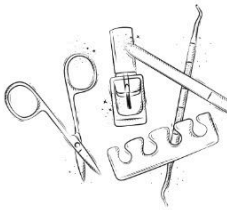
Media hora después, cuando siento que cayó en un sueño profundo, suelto la corbata y beso su cabello.

Me levanto, recogiendo la tanga y la camisola, que quedaron hechos trizas, para que no se sienta mal al verlos cuando despierte.

Salgo de la habitación con el miembro aún duro y el cuerpo suplicando satisfacción, pero también con la sensación de victoria de estar, por primera vez desde que nos reencontramos, un paso más cerca de que ella me perdone y entienda que es mía para siempre.



Lorena



Capítulo 50

La semana siguiente

Me desperté al día siguiente de la primera vez que permití que Emiliano me tocara más allá de simples roces o encuentros casuales, esperando sentirme mal, y tal vez lo habría hecho si la empleada que contrató no hubiera venido a mi habitación con una bandeja de desayuno completa y una única rosa roja, acompañada de una nota.

Me siento como si hubiera vuelto a respirar. Poder tocarte es recuperar el aire en mis pulmones, y aunque se reponga poco a poco, esperaré el tiempo que sea necesario. Te amo. Por siempre tuyo, Emiliano.

Mis ojos se llenaron de lágrimas porque, aunque todavía guardo rencor, también fue como me sentí yo: como si volviera a estar completa. Y gran parte del dolor que he cargado desde que dejé Angra se vio parcialmente amortiguado.

En los días siguientes se creó entre nosotros una especie de acuerdo silencioso, en el que, sin necesidad de hablarlo, él llegaba a la misma hora y yo lo esperaba en la puerta de mi habitación.

A veces, me proporcionaba placer en el pasillo. Otras, tras cubrir mis ojos con la corbata, me llevaba a la cama.

Nuestro tiempo juntos se prolongaba cada vez más, y aunque estuviera completamente satisfecha, lo sentía posicionarse detrás mío; no me dormía de inmediato porque quería aprovechar cada segundo del calor de su piel.

El plan de Emiliano, de no forzarme a perdonarlo, está funcionando. El amor está superando los rencores, pero todavía no sé cuándo seré capaz de dar el gran paso de entregarme por completo.



Días más tarde

Estoy muy ansiosa. Ayer, después de varios días de conversaciones telefónicas, la madre de Emiliano me invitó a su casa.

Todavía no puedo interpretarla. No tengo la menor idea de si me acepta en la vida de su hijo, porque las veces que hablamos por teléfono parecía analizarme, como si quisiera asegurarse no solo de que Emiliano estaba en lo correcto al considerarme inocente de esa trama sórdida de la que fui víctima, sino también de si mis sentimientos hacia su hijo eran genuinos.

Inicialmente me invitó a un almuerzo familiar, todos reunidos, pero fui franca y le dije que aún no estaba lista para enfrentar a Martín y Simón. Así que acordamos que sería solo ella y yo.

Ahora camino de un lado a otro por la enorme sala del departamento mientras espero que su chofer venga a buscarme.

Emiliano llegará hoy del viaje que me dijo que necesitaba hacer a Estados Unidos.

Supe que, entre otras cosas, los Benítez crían caballos y parece que están buscando adquirir nuevos ejemplares.

Una parte de mí se sintió decepcionada por no haber ido con él, pero Emiliano está haciendo exactamente lo que le pedí: respetando mi espacio, sin obligarme a dar más de lo que puedo.

Me siento confundida, sin embargo, porque a veces deseo que pase por alto estas reglas que impuse, y no es para darme una

razón para odiarlo, sino porque cada vez lo deseo más, aunque aún no esté lista para admitirlo.

Dentro de dos semanas iremos a Sicilia. Es el cumpleaños de una señora llamada Ginevra, y Emiliano me explicó que todos sus hijos son amigos suyos, pero hay uno en particular con el que es muy cercano, y él y su esposa, Berlín, desean conocerme.

Miro el reloj nuevamente, sintiendo todo mi cuerpo acelerado.

Ir a visitar a Rosario Agustina Benítez, su madre, es más un deseo de romper el hielo con su familia que de pasear por algún lugar.

No puedo esperar a ser presentada oficialmente solo cuando nuestro hijo o hija nazca, así que es mejor arrancar el vendaje de una vez y hacer lo necesario.

Cinco minutos después, reviso la hora en el celular justo cuando llega un mensaje.

Me sorprende ver que es de mi ex jefa, doña Cida.

Es la única persona de Pamonhópolis da Serra con la que aún mantengo contacto. Al intercambiar números, le avisé.

Mi contrato de alquiler terminó definitivamente y ella fue lo suficientemente amable como para guardar mis pocos muebles en su garaje, ya que la casa que mi tía alquilaba desde hace más de diez años venía amueblada.

Toco la pantalla del celular y leo el mensaje dos veces para asegurarme de que lo entendí correctamente.

Doña Cida: *Buenos días, querida. No imaginas lo feliz que estoy de saber que tú y tu guapo millonario se han reconciliado. Nunca dudé de que todo eso no pasaba de un malentendido, y lo que él hizo dejó callados a todos los chismosos, tanto en Brasil como en Argentina. ¿Crees que ahora te llaman "Cenicienta" y cosas por el estilo? ¡La facilidad con que esta gente cambia de opinión da rabia! En fin, te envío este mensaje para desearles mucha felicidad, y si hay una boda pronto, no olvides invitarme. No tengo dudas de que la habrá, porque un hombre así solo hace algo así si está realmente enamorado.*

Debajo, hay un enlace, y ansiosa por entender de qué habla, toco la pantalla.

Es un video de Emiliano.

Lo veo tres veces, pero todavía no puedo creer que haya hecho eso. Por cuarta vez, doy play.

—Entonces estás diciendo que nada de lo que esa mujer, Verónica Quinteros, dijo es verdad. ¿Tu… novia es inocente, Emiliano?

—Sí, pueden llamarla "novia", por ahora. Hasta que acepte casarse conmigo —dice, y la reportera parece a punto de desmayarse de emoción—*. Y eso es lo que digo. Lorena fue lo mejor que me ha pasado y el destino nos unió. Es una manicurista brasileña que ganó un viaje a mi país en un sorteo de un supermercado de su ciudad. Trabajó en mi barco por casualidad, y desde el primer momento que la vi, supe que era mía.*

—¡Dios mío, Emiliano! Nunca antes habías dado una entrevista, y ahora que sí lo hiciste, ¡dejaste a mujeres de todo el mundo suspirando y verdes de envidia de tu novia! ¿Puedes decirnos qué tiene de especial para que hayas cambiado tan radicalmente tu decisión legendaria de no comprometerte?

—Lorena es hermosa por dentro y por fuera. Tiene un buen corazón y si no hubiera sido tan terco, lo habría entendido desde el principio, pero necesitaba casi perderla para comprender que no puedo vivir sin ella.

La reportera hace algunas preguntas más, pero ya no presto atención, porque logró enredar mi cerebro.

Tomo el celular y marco su número, pero va directo al buzón de voz, recordándome que esta mañana me avisó por mensaje que estaría en reuniones todo el día.

La entrevista que dio fue anoche, pero solo la emitieron hace unas horas.

Frustrada, confundida, sobrecargada y con el corazón latiendo tan rápido que me preocupa, me siento como una leona enjaulada.

Maldito argentino que no me deja odiarlo como debería.

Mi celular vibra de nuevo y ahora veo que es el chofer.

La ansiedad que sentía por conocer a la madre de Emiliano se triplicó, porque aparentemente todos sabían de la entrevista, menos yo.



—No imaginás lo ansiosa que estaba antes de que llegaras —dice Rosario, media hora después de que llegué.

Me pidió que la llamara por su nombre, y desde el momento en que entré en la mansión, me tranquilicé.

Inmediatamente noté que es totalmente diferente por teléfono que en persona. Creo que algunas personas tienen un cierto bloqueo para conversar a través de mensajes o por celular.

Me gusta. Me tomó cinco segundos darme cuenta, y no es por que pareciera frágil, sentada en la silla de ruedas, lo que me recordó los últimos meses de mi tía, sino por la manera desarmada en que me recibió.

Investigué sobre ella en internet desde que comenzamos a hablar, y uniendo eso a lo que Emiliano ya me había contado, logré formarme una imagen mental de la abuela de mi hijo o hija.

En el pasado ofrecía recepciones históricas por las que la gente luchaba por una invitación, según la prensa y los rumores de los periódicos, pero ahora casi no se la ve.

Me contó que hasta hace poco su sobrina Anita vivía con ella en la mansión.

Emiliano ya había mencionado a la chica, pero no la relacioné con la joven que me pidió ayuda en la fiesta para conquistar a su *crush*, hasta que Rosario me mostró una foto con los primos.

Anita Benítez.

La joven deslumbrante con quien hablé en el barco.

Rosario me dijo que está cursando el primer semestre de la universidad en Europa y que, al principio, extrañaba a su sobrina, que era una buena compañía, pero ahora tiene dos acompañantes que se turnan, que son encantadoras, además de las enfermeras.

Es muy bueno para Anita que esté concentrada en los estudios. Mejor que se obsesione con eso que con un hombre mucho mayor que no le da ni la hora, según me contó ese día.

—Yo también —respondo sinceramente, volviendo a la conversación—. Y agradezco que no haya creído en los chismes sobre mí, como ya le dije antes.

—Al principio sí los creí —repite, como me contó en la primera llamada—. Me gusta tu honestidad. He llegado a desconfiar mucho de la gente que sonríe todo el tiempo. —Soy una mamá-oso con mis hijos. Siento su dolor y, conociendo el escándalo que involucraba principalmente la muerte de Isalina, tuve mucha desconfianza hacia vos.

Es la primera vez que hablamos abiertamente del incidente. Antes, solo "rascaba por los bordes" sin abordarlo.

—Nunca haría eso. Mi error fue contarle a una colega de trabajo que iba a tomar unos días de vacaciones con él. Nada más que eso y la manera en que nos conocimos. Después de todo, le mandé un

mensaje a Verónica porque necesitaba cerrar esa puerta, ¿sabe? Desahogar un poco la pena dentro mío. Me dijo que lo hizo porque necesitaba el dinero que recibió por la entrevista. No lo creí. La gente intenta justificarse para excusar sus errores, pero lo que me hizo pasar por esas mentiras, creo que nunca lo olvidaré.

—Ese es el problema de convivir con personas malas; quieran o no, nos contaminan. Me alegra que se hayan reconciliado, Lorena. Nunca pensé que vería el día en que uno de mis hijos se asentara con una sola mujer. Especialmente Emiliano. Perdió la fe en las relaciones después de lo que pasó con Isalina.

—Me contó todo.

—¿Te lo contó?

—Sí. En detalle.

—¡Oh!

—También me dijo que nunca habló sobre eso con ustedes.

—No. Isalina es un tema prohibido. Lo marcó para siempre. Y aunque siento pena por que una chica tan joven haya perdido la vida trágicamente, no puedo dejar de pensar que tenía algún problema mental. Por todo lo que sé, estuvieron juntos solo una vez. Conozco a mi hijo. Sí, es mujeriego, pero no hace promesas que no planea cumplir. No creo que la haya engañado.

—En eso coincido. Debía tener algo dentro de sí que la llevó a crear una fantasía que terminó llevándola al suicidio. Nadie se enamora en una sola noche. —Hago una pausa unos segundos sin saber cómo continuar, hasta que finalmente digo—. No voy a mentirle, Rosario. A pesar de haber aceptado venir a Buenos Aires, no hay nada seguro entre nosotros todavía, salvo el hecho de que dentro de unos meses seremos padres de un bebé. No sé si podré perdonarlo.

—Mi hijo se enamoró de vos a primera vista, Lorena, y para ser franca, me preocupé porque hombres como mis hijos tardan en caer enamorados, pero cuando sucede, es una sola vez y de manera casi obsesiva. A pesar de aceptar su palabra de que eras inocente, temí que no correspondieras a ese sentimiento, pero ahora que te conozco, estoy más tranquila. No dudo de que pronto se llevarán bien.



Él me envió un mensaje de texto mientras el chofer me llevaba de regreso al departamento, preguntándome si quería salir a cenar, y a pesar de mi miedo de ser vista en público con Emiliano después del

escándalo de nuestro pasado, decidí que tarde o temprano, tendríamos que salir a las calles, así que ¿por qué no ahora?

Respondí con un "ok", sin mencionar la entrevista. Eso lo dejo para que preguntárselo en persona.

Voy directo al armario lleno de vestidos preciosos.

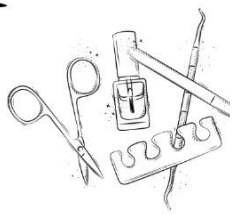
Emiliano me proporcionó un ajuar completo apenas llegué, y me emociono que él pensara no solo en ropa elegante para noches como la de esta o viajes a casa de su madre, sino también para cuando empiece a ganar más peso durante el embarazo.

Hay vestidos en tallas más grandes y me imagino cuando mi barriga esté redonda.

Me siento en el suelo y me pregunto cómo voy a mantener mi cordura (y lo que queda de mi orgullo, que cada vez está más dominado por el amor) cuando él parece decidido a conquistarme.



Emiliano



Capítulo 51

—Che, estás hermosa… —digo, poniéndome de pie en el momento en que la anfitriona acompaña a Lorena hasta mi mesa.

Es el tipo de mujer que podría vestir cualquier cosa y seguiría deslumbrante, pero como es nuestra primera aparición pública después del escándalo y de mi entrevista, sobre todo, sé que todas las miradas estarán sobre nosotros.

La ayudo a quitarse el abrigo y me satisface que haya elegido un vestido que resalte aún más su belleza: verde, de cuello alto, pero ceñido al cuerpo, marcando no solo las curvas deliciosas que pasé las últimas dos noches ansiando tocar, sino también la barriguita donde está nuestro hijo.

Ya debería haberse hecho la ecografía para conocer el sexo del bebé, pero, aunque la llevé nuevamente al obstetra, Lorena me dijo que prefería esperar unos meses más antes de descubrir si es niño o niña.

Elegí el restaurante a propósito, porque es frecuentado por la alta sociedad argentina; quiero que nos vean juntos.

Fiel a mi palabra, no la toco más de lo necesario. Nuestro acuerdo vale dentro del cuarto, con sus ojos cubiertos por la corbata.

Mi verga se endurece al recordar sus gemidos y sus pedidos por más cada vez que la hago gozar con mis dedos y lengua, y cómo, quizás sin darse cuenta, se aferra a mí cuando va a dormir. La última vez, antes de mi viaje, estuvimos juntos casi hasta el amanecer.

El deseo de tomar su boca es casi incontrolable, pero ni siquiera le doy un beso en la mano y veo lo que supongo es una expresión de decepción cruzar su rostro.

—Pedímelo, mi amor, y seré tuyo.

Ella está muy cerca y voy a recibir la puta medalla como el hombre con más autocontrol del mundo, porque Dios sabe lo difícil que es no agarrarla del cuello y devorar su boca.

—Creo que las personas civilizadas se saludan con un beso en la mejilla —dice, pero sus ojos caen sobre mis labios.

—No cuando se odia al otro.

—¿Me odias?

—Ya sabés que no. Te amo.

—No siento odio por ti… hoy —dice, disfrazando una sonrisa.

Agarro su cintura y la veo contener el aire.

Rozo sus labios en la mejilla, y luego por el cuello.

—Estoy loco por probarte otra vez, Lorena, y puedo asumir toda la culpa por seducirte.

—Basta con eso —me pide, pero no se aparta.

—Sabés que va a suceder. Cada vez caminamos más hacia lo inevitable. Somos el uno del otro.

La suelto a regañadientes y tiro de la silla para que pueda sentarse.

Apenas nos acomodamos, ella pregunta:

—¿Por qué diste la entrevista, Emiliano?

—En primer lugar, porque quise. No muchas veces en la vida admití estar equivocado, pero si debo hacerlo, que quede claro para todos.

—Dijiste que te casarás conmigo. Eso no sucederá. Diste a entender que estamos juntos y…

—¿Podemos olvidar el pasado por una noche, Lorena? Creo que ambos necesitamos una pausa. Llegué de viaje muerto de ganas. Finjamos que no soy el hombre que desprecias por unas horas. Fingí que acabás de conocerme.

—Está bien.



Lorena

Todavía siento el calor de su respiración contra mi rostro, incluso casi una hora y media después de que nos sentamos a comer.

Emiliano ha mantenido la conversación en temas neutros. Habló de todo un poco, incluso de su equipo de fútbol del alma, River Plate, de su rivalidad con Boca Juniors y también de la de las selecciones de Brasil y Argentina.

Sin darme cuenta, me encontré sonriendo ante algunos de sus comentarios, y la noche pasó rápido. Cada vez que la conversación decae y nuestras miradas se cruzan, es como si el mundo a nuestro alrededor desapareciera.

La tensión sexual es tan intensa que ya no puedo mirarlo a los ojos.

—Contame cómo fue tu día con mi madre.

—¿No hablaste con ella?

—Sí, y me dijo que le encantaste, pero quiero saber tu opinión.

—Me gustó mucho conocer a Rosario en persona, y más aún porque fue sincera conmigo todo el tiempo. Nunca intentó endulzar la verdad, actuando como si lo que ocurrió entre nosotros en el pasado no hubiera existido.

—Mi madre no manda recados. Tuvo una educación refinada como la de una princesa, pero, al igual que sus hijos, valora la honestidad.

—Fui sincera con ella y le dije que no sé si esto entre nosotros llegará a algún lado.

—Si no llegamos a ningún lado, Lorena, me quedaré a tu lado, pero no te dejaré nunca más.



Sus palabras todavía resuenan en mis oídos y, cuando el chofer da una curva y casi me hace caer sobre Emiliano, él inmediatamente pasa el brazo sobre mis hombros y posa su mano en mi vientre; mi corazón se acelera hasta sentir que me voy a desmayar.

Lo escucho hablar en español rápido con el empleado y, cuando el hombre responde, percibo vagamente que un gato cruzó frente al

auto.

—Perdón por eso —susurra en mi oído.

Debería empujarlo, pero no lo hago. Dejo que el lóbulo de mi oreja roce sus labios y, cuando lo sujeta con los dientes, gimo.

—Quiero besarte.

—¿Y qué te lo impide?

—Mi corazón todavía está roto, Emiliano.

—Tu mente no te deja rendirte y perdonarme.

—Sí.

—Cerrá los ojos, Lorena.

Obedezco porque mi deseo en este momento supera a la razón.

¿Puedo olvidar el pasado? ¿Perdonarlo?

La pregunta se silencia inmediatamente cuando siento sus labios casi rozar los míos.

—Pedímelo.

—Bésame, Emiliano.

En ese momento, todo mi mundo se reduce a él y a mi necesidad de su contacto. Estoy atrapada en un hilo de electricidad y deseo que existe entre nosotros, y cuando él sostiene mi rostro con ambas manos y hace lo que pido, su calor hace que todo mi cuerpo se estremezca.

El beso es profundo, posesivo, intenso. Su lengua recorre mi boca con una urgencia voraz, despertando sensaciones que creí dormidas. El contacto es embriagador y adictivo.

Mis manos, casi sin darme cuenta, suben a su cuello, atrayéndolo más cerca, mientras mi cuerpo responde con un fervor incontrolable. Nuestro beso es la traducción de nuestro deseo, el hambre del reencuentro, tan lascivo y apasionado que me deja sin aliento.

El calor que nos enviamos a través de nuestros cuerpos crea una red protectora, aislándonos, donde nada ni nadie más puede penetrar.

Los segundos parecen eternos. La forma en que me besa, con tanta necesidad y deseo, hace que cada gota de mi sangre hierva.

El chofer estaciona y, cuando finalmente nos separamos, nuestros ojos permanecen conectados.

—No dejaste de desearme. Seguís loca por mí. Entregate esta noche. Decime que confiás en mí.

—Por esta noche, confiaré.

Dejo que me guíe desde el ascensor privado hasta el departamento y, cuando abre la puerta, se posiciona detrás mío.

Apenas respiro, sintiendo su calor incluso a través del vestido, y me sobresalto cuando, aún detrás mío, sus brazos, sujetando la

corbata negra que lleva hoy, quedan frente a mis ojos.

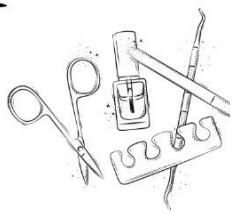
—Decime que sí a todo hoy, Lorena.

Respiro hondo, corazón, cuerpo y mente en sintonía, y salto al abismo.

—Sí.



Emiliano



Capítulo 52

La levanto y la llevo a mi dormitorio.

—Podés pedirme que pare en cualquier momento, Lorena. Te deseo más de lo que recuerdo haber deseado cualquier otra cosa en mi vida. Estoy completamente loco por vos, pero nunca te voy a obligar a nada.

—No tengo miedo —responde ella, con los ojos ocultos con mi corbata.

—No quería a alguien para siempre —continúo, acercándome a su frente y mordiendo su mentón mientras llevo mis manos a su espalda y bajo el cierre del vestido—, pero supe desde el primer beso que nunca podría dejarte ir.

No espero réplica. El hecho de que ya me esté entregando su confianza, aunque solo sea por una noche, significa mucho.

Me aparto para observarla y, sin recibir enojo ni rencor, me tomo un momento para admirarla. Cada centímetro de ella merece ser venerado.

Luce un conjunto de lencería negra con medias siete octavos; una ardiente tentación, y mi deseo aumenta aún más al notar la suave redondez de su barriguita, donde guarda a nuestro hijo. Tras haber adelgazado mucho, ya es visible su panza.

Me arrodillo a sus pies, dispuesto a quedarme ahí todo el tiempo que haga falta hasta que me perdone, y retiro sus zapatos de tacón.

Beso sus muslos y la veo estremecerse.

—En el momento en que te vi —dice, sorprendiéndome—, deseé que me besaras. No suelo soñar despierta. Siempre he necesitado tener los pies en la tierra, pero contigo soñé y ansié más.

—Te daré todo lo que soy.

Aunque sus ojos siguen cubiertos, toco el control que está en la pared para que solo la luz suave del velador ilumine el cuarto.

—¿Emiliano?

—Me estoy desvistiendo, mi amor. Quiero tocarte, Lorena, sentirte, pero lo voy a hacer casi desnudo.

Una vez más, la tomo en brazos y la llevo a la cama, hago que se arrodille y me coloco detrás de ella, vistiendo solo el bóxer.



Lorena

No ver lo que está sucediendo, como en las otras veces que me vendó, es aterrador y liberador a la vez. Es como si pudiera fingir que acabamos de conocernos, aunque mi corazón, lleno de amor por él, y mi cuerpo, que reconoce cada uno de sus toques, sabe que esto es solo un juego de mi mente.

Estoy cansada de sentir rencor y rabia. Lo deseo.

Siento cuando quita mi sostén y luego suelta la liga del cinturón.

Muerde mi oreja y succiona mi lóbulo, dejándome erizada.

—Sé que no estás lista para todo lo que tengo que decirte mirándote a los ojos, Lorena, así que te daré algo en qué pensar mientras fingimos que somos otras personas. Nunca supe lo que era tener a alguien hasta poseerte por primera vez. Tu aroma y sabor se incrustaron bajo mi piel. Tu voz y tu risa quedaron grabadas en mi mente; estar dentro tuyo me hizo sentir en mi casa, en mi paraíso.

Siento que la garganta se me cierra, pero él no me da oportunidad de llorar, porque el calor de sus dedos me excita tanto como sus palabras alcanzan mi corazón.

—No hubo un segundo desde que salí de la isla en que no haya pensado en vos o deseado borrar aquel día. Te amo.

—Yo…

—No digas nada, mi vida. Sentime.



Emiliano

Me quito el bóxer y la dejo completamente desnuda también. Aparto el cabello de su nuca y la muerdo, mientras mis manos no saben dónde tocar primero. No quiero asustarla.

Estoy hambriento de su cuerpo, de sus gemidos, de cuando dice mi nombre al borde del placer.

Mi mano, que acaricia su pezón, casi puede sentir los latidos furiosos de su corazón y la tensión ansiosa esperando el placer que le voy a dar.

—Confiá en mí —susurro.

Deslizo mi mano por su frente y, apenas toco su húmeda intimidad, ella gime y se empuja hacia atrás, haciendo que mi verga haga un movimiento excitante entre sus glúteos.

El calor de su carne me enciende mientras dejo que mis dedos exploren su húmeda abertura. Mi pulgar masajea su clítoris y cada toque hace temblar su cuerpo, como un instrumento añorando a su dueño.

—Sos mía, Lorena.

No la dejo protestar. Muerto de deseo, muerdo su cuello, acariciándola entre las piernas hasta que sus gemidos y súplicas se suceden sin descanso.

Con la otra mano, toco sus pezones, haciéndolos rodar entre mis dedos, mientras siento su respiración acelerarse, cada suspiro más urgente que el anterior.

Ella se mueve contra mi mano, sus movimientos son una invitación para que yo profundice las caricias.

Lorena arquea la espalda, sus gemidos se convierten en suaves gritos de éxtasis y puedo sentir su cuerpo comenzar a contraerse en espasmos de placer.

La presión de mi toque aumenta, porque me encanta verla alcanzar el clímax.

La pongo a cuatro, con el culo hacia mí, y separando sus nalgas, disfruto de su miel; pero es como abrir la jaula de una fiera hambrienta, porque no puedo parar.

Sus manos aprietan las sábanas y el dulce sonido de sus gemidos hace que yo preeyacule.

—Tu clítoris ama mi lengua, Lorena. Gemí más para mí, hermosa.

La hago entregarme su placer una vez más antes de posicionarme detrás de ella.

—Te deseo tanto… Decime si querés que te lo haga suave, mi amor.

—No. Quiero todo, como antes. Como en mis sueños, Emiliano.

—No estuve con nadie más. Ya estás embarazada de mi hijo. No quiero usar preservativo.

—Perfecto… Ven, no puedo esperar más.

Encajo mi cabeza en su pequeña abertura y veo cómo su vaginita traga cada centímetro con dificultad.

—Ah…

—¿Duele?

—La tienes muy grande.

—Iré despacio.

Empujo suavemente mi verga varias veces mientras acaricio su clítoris y la siento relajarse alrededor de mi miembro.

Comienzo un vaivén lento y ella me recibe, pero su vaginita es tan estrecha que necesito toda mi concentración para no entrar hasta el

fondo, porque muero de deseo.

Mantengo un ritmo lento, conteniendo el impulso de penetrarla duro, que es lo que mi cuerpo pide.

Ella gime y pide más.

Salgo por completo de su cuerpo y vuelvo con más fuerza.

Ella tiembla y susurra palabras incomprensibles, apretándome dentro.

—Más, Emiliano.

—Podría hacerte el amor así hasta que los dos lleguemos, pero quiero ver tu rostro. Sueño con eso cada día desde que nos separamos.

La giro y ahora tengo sus piernas sobre mis hombros, pero, para mi sorpresa, Lorena se quita la corbata y me mira.

—Yo también soñé con esto. Hazme el amor.

Loco por su entrega, chupo sus tetas, succionando los pezones. Beso su boca mientras coloco una mano bajo su culo para angulárla aún más hacia mí.

Empiezo a dársela más rápido y mi fogosa mujer me acompaña, con sus uñas arañando mis hombros.

Alcanzamos nuestro propio ritmo, nuestros cuerpos se sincronizan.

Lorena me aprieta la verga, con su vaginita contrayéndose y relajándose en espasmos que me enloquecen.

Cada penetración es más intensa, exigiendo en silencio su perdón y amor, nuestra segunda oportunidad.

Ambos estamos locos de deseo, encerrados en nuestro propio mundo.

El ritmo es intenso; la voracidad, animal.

Lorena responde a mi exigencia como si hubiera sido hecha para amoldarse a mí.

La penetro hasta el final, y sus reacciones me muestran que volverá a llegar al orgasmo.

Estimulo su clítoris sin dejar de penetrarla, y en segundos grita mi nombre.

En ese momento soy como un animal salvaje.

Somos macho y hembra en pleno apareamiento.

Pero también soy un hombre enamorado, queriendo mi segunda oportunidad con el amor de mi vida.

Sigo complaciéndola por un rato más, hechizado por la expresión de placer en su rostro, pero cuando Lorena me mira y me dice que me ama, con los ojos brillantes de pasión, me rindo al deseo y alcanzo el clímax.

—Volvé conmigo y nunca más te voy a decepcionar.

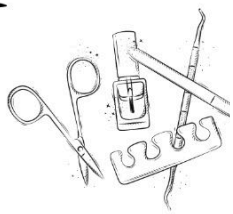
—Si te doy una segunda oportunidad y traicionas mi confianza, no será solo contigo con quien me enfadaré, Emiliano. También conmigo misma.

—No pasará eso, Lorena. Te amo y ese sentimiento nunca cambiará.





Emiliano



Capítulo 53

—Tengo tanto miedo de decirte esto y aun así lo haré: te amo, Emiliano. Todo lo que he aprendido hasta hoy sobre la vida me dice que debería alejarme de ti, pero no lo haré. Si realmente estás seguro de que quieres una segunda oportunidad, yo…

La abrazo, interrumpiendo su frase, pero no parece suficiente, así que la giro, acostándola sobre mí y penetrándola de nuevo. Bajo mi boca sobre la suya mientras la disfruto lentamente.

Este beso no se parece a ninguno que le haya dado antes.

La beso con todo lo que soy, sin máscaras, olvidando las enseñanzas que recibí de mi padre sobre nunca mostrar debilidad, porque mi mayor debilidad sería dejarla ir. Perderla otra vez.

Pasa más de una hora antes de que pueda detenerme, y Lorena corresponde con el mismo amor. Nos quedamos dormidos en los brazos del otro y, cuando despierta a medianoche, la llevo conmigo a la ducha.

—No vas a tener que pedirme promesas —digo mientras lavo su cabello—. Nunca más voy a dudar de vos.

Ella me abraza y permanecemos así varios minutos, sintiendo el agua caer sobre nosotros y aceptando el contacto, algo que me enseñaron a considerar señal de debilidad.

—Prométeme que olvidarás las tonterías que tu padre te enseñó, Emiliano —dice, pareciendo adivinar lo difícil que es para mí derribar esas barreras—. Amar no es debilidad. Besar y abrazar tampoco lo es. No quiero que nuestro hijo o hija se sienta menos fuerte por necesitar contacto físico.

—Estoy comenzando desde cero, Lorena. Enseñame todo sobre el amor y te seguiré. Hasta ahora, solo fui un especialista en amarte a vos, pero aprendo rápido.



Lorena

Sicilia

Veo en los rostros de las esposas de los Parisi Trovato, Lexi, Berlín, pero sobre todo en el de Allyson, que comprenden mi

situación con Emiliano y por qué, a pesar de seguir amándolo locamente, dudé tanto antes de perdonarlo.

—Sé lo que sientes —dice Allyson—. Viví una situación similar, pero pasé todo el embarazo sola. Solo tenía a mi hermana a mi lado. No creí que podría darle a Rafaelle una segunda oportunidad. Pero, ¿sabes lo que aprendí, Lorena? El dolor no era un camino de una sola vía. Al no permitirle acercarse, yo también sufría.

—La razón todavía intenta interferir, ¿sabes? Una voz insiste en decir que soy una tonta enamorada. Sin embargo, Emiliano va llenando poco a poco los vacíos que él mismo creó en mí, remendando mi corazón. Es tan presente y cariñoso. Tan diferente del hombre que conocí y que parecía estar por encima del bien y del mal. El otro día me llamó por la tarde para que fuéramos a comprar ropa para el bebé. Ni siquiera sabemos el sexo, pero quería elegir algo para nuestra hija o hijo. Nunca imaginé que pudiera pensar en algo así.

—A veces, las heridas que nos causa el amor son enormes, pero lo que hice yo —continúa Allyson— fue poner en una balanza el evento que me traumatizó, cuando él creyó que quedaría embarazada a propósito, y del otro lado, todos los detalles que nos hicieron llegar a ser lo que somos hoy. El amor no surge en un día.

El desamor tampoco. Rafaelle y yo tenemos un solo evento malo en nuestra historia, pero años de risas, besos, amor y compañía. De compañerismo y lealtad.

—Quiero todo. Aunque la gente me juzgue, no me importa. Me arriesgaré porque quiero el sueño completo: una familia y mi amor.

—La gente siempre te juzgará, Lorena —dice Berlín—. No importa lo que hagas ni cuánto te esfuerces por no molestar a nadie. Siempre habrá quien se crea la autoridad del mundo. Vive tu vida como mejor te parezca.

—Y ahora, promete también —dice Lexi— que mantendrás el contacto. Ya no estás sola. Nos tienes a nosotras tres como amigas, y aún debes conocer al resto de nuestra "mafia siciliana". Hay tantos familiares que solo logramos recordar sus nombres anotándolos.

—¡Ah, pero es que lo somos de verdad! —interviene doña Ginevra, la suegra de las tres, entrando de la mano de la abuela de Lexi. Su relación es hermosa. Parecen madre e hija.

—¿Por qué no vienen a visitarnos a Argentina? —pregunta Emiliano, entrando por detrás y abrazándome.

Siento su beso en la nuca mientras sus manos se posan posesivamente sobre mi vientre.

Aún no me acostumbro a esto de que seamos pareja en público, pero cada vez que mi cerebro intenta pelear con el corazón, diciéndome que cedí demasiado rápido, recuerdo lo difícil que debe ser para él, que creció sin poder dar ni recibir afecto por culpa de las reglas del imbécil de su padre, mostrarse así, tan abiertamente, frente a todos.

Respiro hondo y decido dejar el miedo de lado.

—Sí, vengan. Nos encantará recibirlos.



Emiliano

—Me alegra que hayas arreglado las cosas con ella, Emiliano —dice Lucca, dándome una palmada en el hombro mientras caminamos por la propiedad de su madre.

Conoce cada pedazo de mi historia con Lorena, por lo que entiende la magnitud del error que cometí y que casi me hace perder a la mujer que amo.

—No te creí cuando me dijiste hace unos meses que lo sabría cuando encontrara a mi media naranja. Tenías razón. Desde el principio supe que era ella. Fue como ser alcanzado por un rayo. Cuando vi a Lorena, quise encerrarla en un lugar donde nadie más pudiera acceder a ella, donde fuera solo mía.

—Como me pasó con Berlín, con el agravante de sentirme un pervertido porque ella tenía solo dieciocho años.

—Y Lorena, menos de veinte. Nunca estuve con alguien tan joven, pero no podía hacer nada. Fue como ser atropellado por un tren.

—¿Y el resto? —dice, y sé exactamente a qué se refiere.

—Aún estoy investigando. No creo que mi ex empleada, Verónica, haya sido la autora de aquel plan, pero la infeliz desapareció del mapa. Sí, descubrí que es ambiciosa, pero no tiene acceso a tantas redes sociales. La forma en que se llevó a cabo causó una gran revuelo en las páginas de chismes de todo el mundo.

—¿Crees que fue la loca de Caluccia quien le pagó para dar la entrevista?

Lucca nunca fue fan de Caluccia. La primera vez que la vio, me dijo que era mejor mantener distancia porque había algo raro en ella, pero en ese momento nuestra relación ya estaba casi terminando.

—Sí, lo creo.

—Estoy seguro. —Oigo a mi mujer decir detrás mío.

Lucca y yo nos giramos para mirarla, y sus mejillas se sonrojan.

—¿Escuchaste lo que dijimos?

—La parte final. No los estaba espiando.

Dios, amo que sea atrevida.

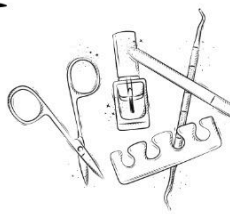
Tiene el mentón levantado, como desafiándome.

—No quise decirte que estabas escuchando escondida. Contame por qué crees que fue ella.

—Porque el día que pasó todo aquello en Angra, cuando pasé corriendo al lado de Ariana y Renia, ellas me dijeron *"Caluccia te manda saludos"*.



Emiliano



Capítulo 54

Días después

Lorena está dormida en la suite del avión en nuestro viaje de regreso a Argentina, pero yo no consigo relajarme. Tan pronto como ella me confirmó que Caluccia estaba detrás de la trama contra nosotros, llamé a la hija de puta.

Sin miedo a equivocarme, escuchar su voz sería lo último que querría volver a hacer, pero necesitaba tener certeza de su culpa para que, cuando ejecute mi venganza, lo haga sin remordimientos.

Parecía histérica al hablar conmigo. Incluso sospeché que debía haber consumido alguna sustancia ilícita porque decía frases inconexas, a veces acusándome de traicionarla con Lorena, otras prometiéndome amor eterno si volvía con ella.

Fue una buena cosa, al descubrir lo que sé ahora, que no hayamos revelado a la prensa que Lorena está embarazada.

Primero, necesito lidiar con esta hija de puta de Caluccia, neutralizarla y asegurarme de que no se acerque más a mi mujer.

El mismo día que hablé con ella, pedí a Malone que descubriera a dónde había ido Verónica.

Me dijo que, al principio, la desgraciada estuvo con sus padres, pero luego internó a ambos en un asilo de ancianos y desapareció del mundo, probablemente para gastar el dinero que recibió tanto por la entrevista que dio como por lo que obtuvo de Caluccia.

No tengo más dudas de que ella también le pagó a Verónica.

Cierro los ojos un instante, intentando descansar, pero mi cabeza no se detiene.

Ni pasan dos minutos cuando suena mi celular.

Simón.

—Nuestra madre dijo que volvés hoy de Sicilia.

—Sí. En realidad, falta poco más de una hora para que aterricemos. Iba a despertar a Lorena ahora mismo.

—¿Te acordás que te dije que tenía algunas sospechas que quería compartir con vos?

—Sí, pero también recuerdo que dijiste que preferías hacerlo en persona.

—Pero ahora estaremos los dos juntos en Buenos Aires al mismo tiempo. Vení a verme.

—¿Qué mierda está pasando, Simón?

—Pensé mucho sobre si debía contarte, pero llegué a la conclusión de que no tiene sentido ocultar algo así.

—Está bien, ahora me estás preocupando. En cuanto lleve a Lorena a casa, iré a tu departamento.



Emiliano

—¿Está todo bien? —me pregunta cuando entramos a nuestro departamento.

—No lo sé.

Caminamos tomados de la mano hasta la sala de estar. Me siento en un sillón y la atraigo a mi regazo.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Simón quiere hablar conmigo. Iré a verlo en un rato. No me demoraré, pero estoy preocupado porque ya me dijo hace semanas que necesitábamos hablar; sin embargo, él viajó y luego fuimos nosotros quienes salimos de Argentina.

—¿Es sobre tu madre?

—No lo sé, mi amor, pero en cuanto descubra de qué se trata, te lo contaré. No me esperes despierta.

—Probablemente estaré durmiendo cuando vuelvas, pero si quieres contarme lo que él te diga, despiértame, ¿de acuerdo?

Le beso la frente y luego la boca.

—Te amo, Lorena. Nunca más te dejaré desprotegida.

—No tienes la culpa de lo que hizo Caluccia. Esa mujer está perturbada. Tu culpa fue no haberme creído, y en eso ya te he perdonado.

—El día que estalló el escándalo, cuando estábamos en la isla, recibí una llamada de uno de mis mejores amigos. Estaba en la fiesta del crucero y me dijo que te vio conversando con mi prima, Anita. Me contó que vos, sin saber que era mi prima, le estabas dando consejos para "agarrar a un ricachón".

—¿Qué?

—Esperá, dejame terminar. Después de lo que me dijo, busqué las grabaciones del barco de ese día. Tenemos una central de seguridad donde todas las filmaciones se registran y almacenan. Fue así como confirmé también que vos y Verónica Quinteros eran amigas. Las vi caminando en la cubierta del barco. En fin, después de que mi amigo me contó eso, accedí a las grabaciones de la noche

de la fiesta y te mostraban conversando y riendo con Anita en un pasillo.

—Nunca me preguntaste sobre eso.

—Porque ya no importaba. En ese momento, para mí, eso fue la confirmación que necesitaba de que vos no…

—¿De que yo no servía?

—Sí. Pero como ya te dije, solo días después de llegar a mi bodega, contraté a un detective para investigar tu pasado. Poco después de que me entregara el expediente que demostraba que nunca habías hecho nada malo en toda tu vida, confronté a ese tipo otra vez y me dijo que tal vez se había confundido y pensó que escuchó eso.

—¡Hijo de puta mentiroso!

—Sos muy dulce. Lo corté definitivamente de mi vida y ahora, después de saber de las trampas que Caluccia armó, no tengo duda de que fue ella quien le pidió al miserable que me dijera eso.

—¡Tu amigo es una mierda! Los amigos no se mienten entre sí. Emiliano, no te conté sobre Anita porque, para ser sincera, apenas me acordaba de ella. Fue un episodio que no me marcó. Cuando me dijiste que tenías una prima con ese nombre, recordé a la chica con la que hablé unos cinco minutos en la fiesta del crucero, pero fue un

encuentro rápido y banal. Quería consejos para conquistar a su crush. Solo cuando tu madre me mostró una foto y dijo que era tu prima, asocié el nombre con la persona.

—Anita es ingenua, por eso me enfurecí cuando pensé que intentaste influir en ella. Ella…

—¿Qué?

—El padre de Simón la abusó.

—¿Qué?

—Recién nos lo contó cuando cumplió diecisiete años. ¿Recordás que te dije que por un tiempo, el padre de mi hermano equilibró la balanza, dándonos lo que el mío nunca ofreció?

—Sí.

—Martín y yo lo amábamos. Y entonces, hace aproximadamente un año, Anita nos contó lo que pasó, pidiéndonos jurar por Dios que no le diríamos nada a Simón, para que no se sintiera mal. Pero yo nunca habría ocultado algo así a mi hermano. En esa época él eliminó el apellido del padre. También nos suplicó que no se lo contáramos a nuestra madre, por motivos obvios. A ella los tres le ocultamos la verdad.

—¡Dios mío! ¿Cuántos años tenía cuando pasó eso?

—Según nos dijo, catorce. Anita perdió a ambos padres. Era una niña problemática cuando llegó a nosotros, todavía muy pequeña. Poco a poco, la estabilidad que le dimos le permitió confiar en nosotros, y entonces, ese hijo de puta lo destruyó todo, robándole la inocencia.

—¡Pobrecita! No sé qué decir, Emiliano.

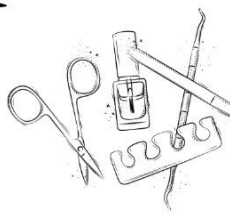
—Ni siquiera hace falta que digas algo. Solo quería que entendieras el contexto. La razón por la que, al saber que la habías aconsejado a ir detrás de hombres ricos y mayores, me volví loco.

—¿Y realmente crees que fue Caluccia quien mandó a tu "amigo" a mentir sobre algo así?

—Sí, lo creo. Y también creo que lo que Simón tiene que contarme debe estar relacionado con esa trama.



Emiliano



Capítulo 55

—¿Estás seguro de eso?

—Sí, estoy seguro. Presioné a Renia y a Ariana y confesaron todo.

—¿Cómo lo sospechaste?

—Tengo por costumbre observar el comportamiento humano y noté que había algo extraño esa noche, pero no estaba seguro. Poco después, ustedes se separaron y decidí dejarlo pasar. Entonces fui tras Lorena y entendí que lo que había entre ustedes era realmente serio. No quise decírtelo por teléfono, pero si yo fuera vos, me hubiera gustado saberlo.

—Gracias —digo, levantándome.

—Emiliano, ¿se lo vas a decir a ella?

—Sí. Soy muchas cosas, pero no un abusador de mujeres.



Lorena

No sé cómo supe que ya estaba en casa. Tal vez porque basta que se acerque a unos kilómetros y todo mi cuerpo percibe que Emiliano está cerca.

Miro el reloj en mi muñeca, que él me dio para medir la calidad de mi sueño, y veo que ya es madrugada.

Me levanto y cuando llego a la sala principal, percibo la sombra de su cuerpo grande en el sofá y, además, que tiene un vaso de whisky en la mano.

—¿Emiliano?

Él estira la mano hacia la mesita de rincón y enciende la luz.

—Necesitamos hablar, Lorena.

A pesar de lo que dice, no gira su rostro hacia mí, lo cual es inusual. Es del tipo de persona que habla mirando a las personas a los ojos.

Por todo nuestro historial de peleas y separación, una voz me aconseja protegerme, pensando que tal vez él haya cambiado de opinión sobre nosotros y que considere que tener una familia no es lo que desea.

No me muevo por casi dos minutos y, durante ese tiempo, repaso mentalmente no la pasión, el deseo o el dolor, sino los indicios del "para siempre".

No, Emiliano no se esforzaría tanto para reconquistarme solo para cambiar de opinión después.

Camino hasta donde está y me subo a su regazo. Le quito el vaso de whisky de la mano y lo beso.

—Lorena, nosotros…

—Shhhh… todavía no quiero hablar.

Me quito la camisola para él, quedando solo con la ropa interior. Bajo entre sus piernas, desabrocho su cinturón y sonrío al ver que su enorme verga está dura para mí.

La sujeto con ambas manos y la chupo, aunque no puedo metérmela en la boca completamente. Él agarra un puñado de mi cabello, como intentando que me detenga, pero cuando levanto la mirada para mirarlo, sin dejar de tragársela cada vez más, sus caderas se levantan, haciendo el amor con mi boca.

Aparentemente, eso no es lo que quiere, porque me impide continuar, se levanta y me coloca frente al respaldo del sofá, en cuatro. Arranca mi ropa interior. Me acaricia con dedos y lengua, y cuando empujo contra su rostro, se levanta, me agarra por las caderas y me penetra.

Me quedo sin aliento, pero pronto me hace desear más. En poco tiempo, somos uno solo, nuestro amor expresándose a través de

cuerpos sudorosos y sedientos.

No sé cuánto tiempo pasa antes de que terminemos medio desmayados en el sofá, pero cuando sucede, veo que parte de la tormenta que lo amenazaba ha disminuido.

El sueño intenta dominarme, pero no lo permito. Levanto el rostro de su pecho para mirarlo.

—Cuéntame qué pasó.

Frunce el ceño, como si sintiera dolor.

—Hoy descubrí que la noche en que te hice mía, posiblemente estabas drogada.

—Lo sospechaba.

—¿Qué?

—Me sentí extraña, pero no estaba borracha. Solo… desinhibida.

—¡Por Dios, Lorena!

Intenta levantarse, pero no lo dejo, subiendo aún más sobre su cuerpo.

—Déjame explicarte por qué creo que entiendo tu reacción.

—No, no lo entendés. Te abusé. Abusé de una virgen que fue drogada por esas dos hijas de puta.

—No lo hiciste, Emiliano. Ni siquiera cuando estaba muy enojada contigo pasó por mi mente esa posibilidad. Di pocos tragos de la

bebida y, sí, me sentí más desinhibida de lo normal, pero sabía todo lo que estaba pasando. Nunca habría dejado que otro llegara tan lejos. Fueron Ariana y Renia, ¿verdad?

—Sí. Simón lo descubrió. Lo hicieron por orden de Caluccia. El plan era que vos tuvieras sexo con otro ahí mismo en la discoteca.

—¡Dios mío! ¿De dónde salieron estas personas? ¿Con qué derecho creen que pueden jugar así con la vida de los demás? Si hubieran logrado que bebiera todo el trago y perdiera el control, ¡eso habría sido una violación!

—Jurame por nuestro hijo que sabías lo que estabas haciendo esa noche.

—Lo sabía. Recuerdo cada detalle. Tal vez, sin la bebida, habría tardado unos días más en pasar lo que pasó entre nosotros, pero habría ocurrido de todos modos, porque solo podría haber sido contigo. Soy tuya.

Él cruza los brazos alrededor mío y cierra los ojos. Puedo ver la tristeza en su expresión.

—No sé si podré perdonarme por esto.

—¿Perdonarte de qué? No lo sabías. Estoy cansada de la palabra "perdón". Solo vivamos. Basta de discutir el pasado. Te amo.

—Te amo más, Lorena. Con todo lo que soy, siendo un pelotudo arrogante y terco, pero también tu hombre enamorado.

—Estoy aceptando todo el paquete, argentino soberbio. Todos tus defectos y virtudes.

—Soy un boludo con suerte, Lorena. No te merezco, pero si soy lo que querés, nunca te dejaré.



Emiliano

Dos semanas después

—¿Ella qué?

—Apareció muerta en una playa del Caribe. Si usted quiere saber lo que pienso: es obra de su ex. De todos modos, no hay manera de estar seguros, porque donde fue asesinada, hay gente que haría el trabajo por apenas cien dólares.

—¿Por qué creés que Caluccia hizo eso?

—Está cerrando cabos para que nada la alcance. Envió a sus dos amigas fuera del país. En teoría, Ariana y Renia están de viaje, pero

creo que huyeron para no quedar bajo su mira. Si quiere un consejo, refuerce la seguridad de su mujer. Y si no es mucha molestia, dele recuerdos a la señorita Brito de mi parte. Es una buena chica.

—Gracias, lo haré.

—¿Necesita que vigile a su ex?

—Sí. Y manteneme al tanto de las novedades.



—Che, ¿qué planeás hacer? —pregunta Martín, minutos después de que termino la llamada con Malone.

Él, Simón y yo estamos reunidos en una videollamada.

—En cuanto a las dos hijas de puta, aún no lo pensé, pero Caluccia tendrá una sorpresa hoy.

—¿Sorpresa?

—Su padre me debe mucho. ¿Recuerdan que hace algunos años invertí en la empresa familiar de ellos?

—Sí, vagamente —dice Simón.

—Ahora poseo más del cincuenta por ciento de las acciones de Muñoz Enterprise. Lo hice porque nuestras familias eran amigas,

pero ahora amenacé al patriarca con vender las acciones a precio de ganga si no desheredaba a su hija.

—¿Qué? ¿Cómo es eso? —pregunta Martín.

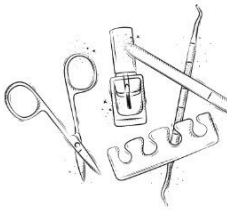
—Exactamente lo que escuchaste.

—¿Aceptó?

—Sin dudarlo. Era eso o dejar a todos en la miseria, ya que actualmente solo posee el quince por ciento de las acciones. Hacer que esa puta de mierda trabaje para sobrevivir es solo el comienzo. Ahora tengo a alguien investigando su pasado y vigilándola. Lo que hizo, ordenando que drogaran a Lorena y humillándola públicamente, no quedará impune.



Lorena



Capítulo 56

—¿Y sus padres simplemente aceptaron tus condiciones? —pregunto, impactada por lo que acaba de contarme.

—Sin pestañear —responde—, pero aún no acabé con Caluccia.

Lo miro, sin saber qué decir. Hace un año, habría considerado excesivo lo que Emiliano está haciendo contra Caluccia, pero ya no pienso así.

Ella jugó con nuestras vidas por envidia y maldad. Me drogó, lo que podría haber resultado en algo muy grave si hubiera consumido toda la bebida. Todo en nombre de sus propios intereses.

Emiliano me dijo que tiene treinta y un años. Tal vez ya sea hora de arremangarse y aprender a trabajar para mantenerse.

—¿Y crees que huyó?

—No. Tiene muchos amigos. Probablemente está en algún lugar de Europa, viviendo bien y contando sus mentiras, pero Malone la tiene en la mira y con un solo descuido, sabremos dónde está.

—Solo quiero que no se acerque a nosotros otra vez. Está loca, Emiliano.

—No está loca. Es mala. Mimada y cruel.



Un mes después

Es la primera vez que voy a la casa de Rosario con todos presentes. No voy a mentir: estoy nerviosa.

Evité todo lo posible encontrarme con sus hermanos, pero hoy es el cumpleaños de la matriarca Benítez y, además de los tres hijos, vendrá Anita, así como la familia Parisi Trovato.

Cuando habló conmigo por teléfono ayer, temprano, Rosario estaba muy entusiasmada por la fiesta y feliz de volver a ver a su amiga Ginevra, y también emocionada por la llegada de Anita.

Y hablando de la prima de Emiliano, hicimos nuestra primera videollamada hace dos semanas.

No sé qué le pasó a la chica, pero parece mucho más tranquila. Tal vez haber vivido en Europa relativamente sola, dado que sé que está en el campus de la Universidad y con un guardaespaldas vigilándola, le haya hecho bien.

La puerta de la casa de la madre de Emiliano se abre en cuanto estacionamos, y las primeras personas que veo son Martín y Simón.

Ambos vienen hacia nosotros, y el primero en hablar es el jugador de polo.

—¿Estamos perdonados?

—No los odié demasiado.

—¿Demasiado? —pregunta Simón, levantando un lado de la boca en una especie de sonrisa, como satisfecho con mi sinceridad.

—Los odié a todos, pero si en su lugar estuviera mi hermano o mi hermana supuestamente sufriendo ese tipo de traición, no creo que actuara diferente.

—"Supuestamente" es la palabra clave, Lorena. No deberíamos haberte juzgado —dice Martín.

—Ya pasó. Le di una segunda oportunidad a Emiliano; puedo hacer lo mismo con los demás Benítez.

—¡Lorenaaaaa! —grita alguien, y sé que es Anita. Dije que parecía más tranquila, no que hubiera cambiado completamente—. ¡Finalmente nos reencontramos! Parece cosa de novela, ¿no? ¡Destino puro! ¡Quién diría que sería tía de tu hijo!

Ella me abraza y yo beso su mejilla.

Habla con el primo y luego me llama, diciendo que los Parisi Trovato ya llegaron, y que incluso Ginevra la invitó a pasar las vacaciones en Sicilia.

Dentro de la casa, horas más tarde, escuchando las risas y conversaciones constantes, noto la felicidad de Rosario y pienso en lo cruel que puede ser la sociedad.

Aislar a alguien que ya lucha diariamente es una maldad que no logro comprender.

Hoy brilla como si le hubieran inyectado vida en las venas, pero sé que es solo amor.

—¿Qué mirás, mi amor? —pregunta Emiliano, deteniéndose frente a mí.

—Tu madre parece muy feliz.

—Le encantan los cumpleaños, tiene un nieto o nieta en camino y a sus amigos reunidos. Solo eso sería suficiente para hacerla sonreír. Pero estoy seguro de que lo que pasará ahora la emocionará aún más.

—¿De qué hablas?

En el preciso momento en que hago la pregunta, se mueve, permitiéndome ver quién está detrás de él.

Doña Cida y Arceli están a pocos pasos de mí.

Corro hacia ellas y las abrazo al mismo tiempo. Lloro, emocionada, al ver a mis compatriotas, sobre todo a doña Cida, que siempre ha estado tan pendiente de mí.

—¿Tú hiciste esto? —le pregunto a Emiliano varios minutos después, cuando todos ya han sido presentados.

Él mira alrededor de la sala y noto que, de repente, los presentes guardan silencio, como si fuera acordado.

—Quería traer a la persona responsable de enviarte a Argentina, porque me contaste que tu ex jefa te había incentivado a participar en la promoción. No sé hablar portugués, pero le pedí a una de mis secretarias, que domina tu idioma, que llamara a doña Cida, porque pensé que necesitaría estar acá hoy. Fue así como descubrí que no solo ella, sino también Arceli, te alentaron a llenar el cupón del supermercado *Precios Cuidados* y…

Salto a sus brazos, porque Emiliano se volvió la cosa más linda cuando pronunció *Precios Cuidados* en portugues.

—Te amo.

Él me besa en la boca y luego en la frente.

—Más te vale amarme mucho, porque si no, mi plan sería un fracaso.

No puedo ni pestañear y él está arrodillado a mis pies.

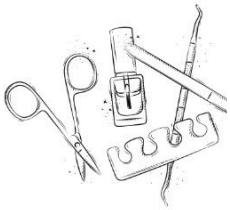
—Lorena Brito, mi brasileña hermosa, madre de mi hijo, casate conmigo y permitime amarte por el resto de nuestras vidas. Soy un afortunado por haber conseguido tu perdón, pero soy un ambicioso afortunado y quiero más, quiero todo. Te prometo abrazarte a vos y a nuestros herederos. No tendré vergüenza de dar mi amor porque nos hace fuertes y enseñaremos eso a nuestros hijos. Quiero que seas mía.

Él tiene una cajita abierta y un anillo con una piedra enorme frente a mí. No puedo hablar, solo asiento, aceptando.

—Te amo —digo finalmente, cuando ya estoy oficialmente comprometida y Emiliano me besa—. Quiero un “para siempre", y eso empieza ahora. Sin rencores del pasado, mi amor.



Lorena



Capítulo 57

Una semana después

—¿Un niño? ¡Lo adiviné! —dice mi futura suegra, con la mirada perdida, mientras Emiliano y yo nos miramos emocionados.

El médico acababa de finalizar mi ecografía. Después de pensarlo mucho, decidí que no quería esperar hasta el parto para descubrir si sería niño o niña.

—¡Un niño! —repite él, inclinándose sobre la camilla para besar mi barriga—. El primero de muchos, mi amor.

—¿Cuántos podemos tener? Quiero al menos tres.

—¿Por qué preocuparse por los números? —interviene Rosario, con los ojos brillantes de lágrimas—. Llenen mi casa de chicos. Esta abuelita quiere escuchar risas por todos lados. Y entonces, en Navidad, nosotros podremos…

Mientras la escuchamos hacer planes, nos miramos, seguros de que no importa si tenemos uno, tres o una docena. Serán nuestros y muy amados.



Días después

Después de descubrir el sexo del bebé, Emiliano decidió que deberíamos dar una entrevista juntos para hablar sobre nuestro matrimonio, que será el próximo mes. Acordamos, sin embargo, que dejaríamos la revelación del bebé para después de la luna de miel, sobre todo porque parece que la loca de Caluccia desapareció del mundo. Malone perdió su rastro.

Hace dos días, sin embargo, la alta sociedad argentina se alteró cuando los sitios de celebridades anunciaron la muerte de Ariana y Renia. Al parecer, las dos salían con un empresario árabe, en un estilo de *trío*, y trataban, Dios sabe cómo, de hacerle sexo oral al mismo tiempo mientras él conducía su Ferrari por una carretera en Mónaco.

Los tres murieron en el acto cuando perdió el control del coche, y ahora no se habla de otra cosa, hasta que surja el próximo chisme, claro.

Termino de vestirme para nuestro programa del domingo: jugar al golf.

Aparentemente, es una rutina que los Benítez solían compartir, pues el deporte se volvió una pasión desde que vieron una partida de Rafe Oviedo[22], considerado el mejor jugador de golf de todos los tiempos.

—¿Lista? —Entra él al clóset, hermoso, con un pantalón claro y camisa tipo polo.

—Sí, aunque me siento una impostora. Nunca he sostenido un palo de golf en mi vida, ¿para qué vestirme así? —pregunto, mirando mi minifalda blanca y camiseta casi idéntica a la suya.

—Anita va a ir y dijo que quiere enseñarte.

Increíblemente, la chica pidió volver a vivir en Argentina porque se cansó de Europa.

—Está bien. Solo déjame agarrar mi celular.

El aparato estaba cargando y, cuando voy a desconectarlo, noto que me llegó un mensaje.

Anónimo: *"Qué feliz te verás casándote con un billonario. Lástima que todo lo que él quiere es el bebé. Ah, esperá, ¿no sabés del lote*

de preservativos defectuosos y que eso fue lo que lo hizo ir detrás tuyo? Ups. Ahora lo sabés".

Le muestro el mensaje a Emiliano, quien cierra la expresión al instante.

—¡Caluccia!

—Probablemente.

—Lamento que esa hija de puta aún te esté molestando, Lorena. Ni siquiera debería haber sabido tu número. Me aseguré de que, al igual que los teléfonos de mis familiares, tu número no aparezca en ningún lugar.

—No te culpo, Emiliano.

—Ignorala.

—No. Prefiero matarla de rabia.

"Gracias por la información, pero ya lo sabía. Te invitaría para nuestra boda, pero… ups, no eres bienvenida".

Al día siguiente de pedirme matrimonio, él me contó sobre el lote de preservativos dañados porque no quería secretos entre nosotros. Si hubiera sido en la etapa en la que dudaba de perdonarlo, tal vez

me habría afectado, pero estoy demasiado segura de su amor como para dejar que algo así me perturbe.

Le muestro el mensaje a Emiliano, quien sonríe, sacude la cabeza y luego me da una palmada en el culo.

—Vamos, mi mujer peleona.

—Ahora sí estoy lista para nuestro domingo de golf, mi prometido.



—¿Querés entrar a comer algo? —pregunta Anita.

—No, estoy bien. Creo que esperaré a que todos vayan a almorzar.

—Mi tía está radiante. Nunca la vi tan feliz. Creo que la idea de ser abuela la hizo así. ¡Qué enorme coincidencia que la mujer a quien fui a pedir consejos fuera la misma que terminaría convirtiéndose en mi cuñada!

Le sonrío.

—¿Y tu crush? ¿Ya renunciaste a él?

—No. Estoy más decidida que nunca. Incluso elaboré algunos planes.

—¿Planes?

—Tuviste mucha suerte con ese lote de preservativos dañados, Lorena.

—¿Qué dijiste?

—No lo digo para ser maliciosa, pero entre nosotras, no creo que mi primo se casara contigo si no estuvieras embarazada. Probablemente te habría cortejado por más tiempo que a las demás, pero que hayan tenido sexo justo con preservativos defectuosos fue una jugada maestra del destino a tu favor.

—¿Qué dijiste? —La miro, segura de que escuché mal.

Estamos en el campo y a lo lejos veo a los tres hermanos Benítez y algunos de sus amigos jugando.

—Nunca lo pensé —continúa, como hablando consigo misma—. Pero el embarazo tiene que ser la respuesta a todos mis problemas. Claro, tendría que usar algún truco para que tengamos sexo. Hice de todo para llamar su atención y no funcionó.

Oigo un carrito de golf acercándose, pero lo ignoro. Hay varios andando por el área y, por el momento, mi atención total está en ella.

—Anita, te voy a perdonar porque estás claramente perturbada. Sé lo que te pasó en el pasado y lo lamento mucho, pero…

—¿Qué le pasó en el pasado? —grita una mujer detrás mío.

Cuando me giro, veo que es Caluccia y doy un paso atrás de inmediato, pero para mi sorpresa, no me dirige la palabra a mí. Salta del carrito de golf y se acerca a Anita.

—¡Traidora, hija de puta! Teníamos un plan para ayudarnos mutuamente y ahora que estoy fuera del juego, vos te ponés cariñosa con la pobretona. Organizamos cada detalle juntas, Lorena, idiota. Todo, incluso cuando el amigo que tengo en común con Emiliano llamó a la isla contándole que vos "influenciaste mal a su primita". Eso fue un golpe de suerte, porque la conversación de ustedes, aunque sin sonido, estaba grabada en video. Por eso, Anita sugirió usar eso para convencer a Emiliano de que vos no valías nada.

—¿De qué está hablando, Anita? —pregunto, sin entender todo, pero empezando a formar un cuadro en mi mente.

Vuelvo a concentrarme en Caluccia y veo a Anita subiendo al carrito de golf.

—¡Callate, Caluccia, o te vas a arrepentir! —grita la prima de Emiliano.

—Hagamoslo diferente. —La rubia ignora a Anita y ahora tengo certeza de que estoy entre dos locas, porque la sobrina de Rosario

arranca el carrito y avanza hacia su ex amiga—. Hablemos de su pasado. Vos decías que sabes lo que le pasó a Anita y debo decirte algo: esa perra es una mentirosa, estúpida. El padre de Simón nunca tocó un cabello de ella, pero ¿cómo podrían saberlo? Él está muerto y los muertos no se pueden defender.

—¡Dios mío! —digo, impactada.

—Ella quería al primo. Su sueño siempre fue casarse con Simón, por eso armó todo eso para que él se sintiera culpable por el "abuso" que su padre cometió. Incluso pidió que no le contara nada a sus hermanos, aunque sabía que Simón lo haría.

—¡Hija de puta, arruinaste mi vida y ahora te voy a matar! —dice Anita y avanza tan rápido con el carrito de golf que solo tengo tiempo de retroceder unos pasos para no ser atropellada.

Horrorizada, la veo no solo atropellar a Caluccia, sino regresar con el carrito y pasar por encima de ella dos veces más.

Vagamente noto que algunas personas se acercan y llaman mi nombre, pero la escena es demasiado y pierdo el conocimiento.



Una semana después, aún no puedo procesar lo que pasó.

Al día siguiente de la detención de Anita, después de pasar la noche en el hospital en observación y declarar en la comisaría, fui a la casa de Rosario, que necesitó las primeras veinticuatro horas bajo calmantes.

Le dije a Emiliano que deberíamos mudarnos aquí hasta la boda, para que no quede sola con los empleados.

Es una mujer fuerte, pero no de hierro.

—Aún no puedo creer lo que pasó —digo, cuando estamos en su antiguo cuarto en la casa de su madre.

Mi suegra parece mejor, pero decidió comenzar terapia.

—Yo tampoco. Cuando Anita me contó que fue abusada, ella ni siquiera había cumplido dieciocho. ¿Cómo puede alguien tan joven ser tan diabólica?

—No solo diabólica. Una asesina que ahora tendrá que responder por su crimen.

Caluccia no resistió el atropello repetido con el carrito de golf y, según Emiliano, Anita se reía sin parar, completamente descontrolada. Los abogados contratados para representarla comentaron que probablemente quede encerrada en un manicomio; si no es para siempre, por buena parte de su vida.

Descubrimos que la ex de Emiliano consiguió acceso al campo de golf porque salía con un señor de sesenta años, socio del exclusivo club.

—¿Y todo por qué? ¿Para casarse con Simón? Él nunca la habría tocado. ¡La consideraba una hermana!

—Dios mío, parece una película de terror. Y pensar que tu hermano retiró el apellido del padre por culpa. Emiliano, destruyó la imagen de un hombre muerto por un plan obsesivo.

—Sí. Y al final, Ramiro no era más que un buen esposo y padre.

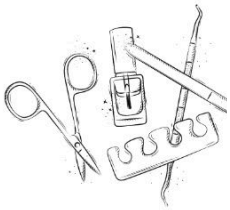
Lo veo cerrar los ojos y paso mi mano por su rostro.

—Al menos, cuando ella contó las mentiras, él ya estaba muerto. Pero aun así, no sabría decir cuál de las dos, ella o Caluccia, era más aterradora.

—Intentá no pensar más en eso, Lorena. Yo haré lo mismo. Concentrate en nuestro hijo y en la boda. Se acabó. Se autodestruyeron por las maldades que ellas mismas hicieron.



Lorena



Capítulo 58

El día de la boda de Emiliano y Lorena

—¿Vos creés en Dios, Lorena? —pregunta mi suegra.

Por ahora, solo estamos nosotras en la habitación, pero pronto será invadida por la estilista que confeccionó mi vestido, además de la manicurista y la peluquera. No quise hacer el "día de la novia". Han sido demasiadas emociones en tan poco tiempo y todo lo que deseo es decir "sí" a mi amor y vivir en paz.

—Totalmente. Y también en el destino. ¿De qué otra manera podría explicar mi historia?

Ella sonríe y extiende la mano hacia mí. Me acerco a la silla de ruedas y la abrazo.

—Estoy de acuerdo. Solo *Él* puede explicar, en un momento tan difícil de nuestras vidas, la alegría de tener una nuera y un nieto en camino.

Quise posponer la boda, pero ella no me dejó. Dijo que los planes no deberían cambiarse por culpa de seres humanos que no merecen ni un segundo de nuestro pensamiento.

Sé que visitó a Anita solo una vez y también que la infeliz siguió contando sus mentiras. Rosario le dijo que le brindarían asistencia legal por ser una Benítez, pero que nunca más tendría acceso a la familia.

Fue entonces cuando entendí de dónde viene la fuerza de los hermanos Benítez, o al menos de Emiliano y Martín, ya que el padre de Simón era un buen hombre. No del idiota que contribuyó a su nacimiento y que intentó inculcarles a sus hijos la idea distorsionada de que amar es sinónimo de debilidad. Su fuerza viene de Rosario.

Ella tendría todos los motivos del mundo para dejarse abatir, no solo por su condición de esclerosis múltiple, sino también porque fue traicionada por una de las personas en quienes más confiaba en la vida, a quien trataba como hija y le dio amor.

Conversamos sobre ello y llegamos a la conclusión de que Anita quería inculcarle culpa a Simón por lo que "supuestamente" hizo su padre, para que se casara con ella por pena.

Sin embargo, Rosario dijo lo mismo que Emiliano: que su hijo jamás la tocaría porque la veía como a una hermana menor, además de prima.

—Basta de tristeza, mi niña. Hoy es un día de alegría y celebración.

—Hablando de celebración, ese señor guapo es el jefe de tu equipo médico, ¿verdad? No sé por qué, pero siento olor a amor en el aire.

La veo sonrojarse.

—¿Vos creés?

—No deja de mirarte, Rosario. En todos los ensayos para la boda, estuvo presente sin necesidad.

—Me invitó a cenar a su casa —confiesa.

—¿Y qué hiciste?

—Acepté. Será dos días después de que ustedes regresen de la luna de miel.

—Me alegra mucho por ti.

—Hizo que mi corazón latiera con fuerza después de años, Lorena. No sabía que un hombre aún pudiera verme como alguien para conquistar.

—Solo los que no valen la pena no lo harían. Eres hermosa e inteligente. Tu médico fue muy astuto al invitarte a salir.

—No quiero que mis hijos lo sepan, por ahora.

—No te preocupes por eso.

—No sé si te lo dije claramente, Lorena, pero estoy muy feliz de que mi hijo te haya elegido como esposa. Te intentaría querer de

cualquier manera, porque serás mi nuera y la madre de mi nieto, pero el hecho de que seas una persona adorable y amorosa me hace sentir como si hubiera ganado la lotería de las suegras. Tu tía te crió muy bien, querida, y desde el cielo debe estar orgullosa de vos.

—La extraño tanto, pero me obligo a ser feliz porque no quiero, si pudiera verme, que piense que no estoy bien. Porque sí lo estoy, ¿sabes? Después de toda la tormenta, me siento lista para vivir plenamente.



Una hora y media después, me observo en el espejo y sonrío.

Por un momento, casi no me reconozco dentro del vestido de novia blanco que parece sacado de un cuento de hadas.

Es un strapless que ajusta solo en el busto porque no quería nada que ocultara mi barriga, y la falda, amplia hasta los pies, se despliega en capas de tul.

Miro hacia arriba para contener las lágrimas, imaginando lo feliz que estaría mi tía si me viera así.

La peluquera termina de colocar mi velo, acomodándolo en mi espalda. Está sujeto con una tiara discreta de brillantes.

—¿Lista? —pregunta doña Cida al entrar al cuarto—. ¡Dios mío, Lorena, qué hermosa estás!

—¿Qué dijo? —pregunta mi suegra, al no entender portugues.

—Dijo que estoy hermosa.

—Por supuesto —mi suegra habla en español—. Toda la Argentina se va a detener a ver las fotos de mi nuera en los periódicos.

—Tradúceme, niña —me pide doña Cida.

—Dijo que toda la Argentina se va a detener a ver mis fotos en los periódicos.

—Bueno, todo el país puede detenerse, pero el argentino allá afuera está casi perforando el piso del altar y tus cuñados ya están en el pasillo esperándote. —Se ríe doña Cida.

Decido entrar del brazo de Martín y Simón, en ausencia de un padre. La boda será en la capilla de la finca de Rosario, para solo cien invitados íntimos, entre ellos, los Parisi Trovato.

Un amigo de Emiliano, Santiago[23], y su esposa Chelsea, también vinieron desde España especialmente para nuestra boda.

Respiro hondo y asiento con la cabeza.

—Sí, estoy lista.

Minutos después, con mis cuñados a ambos lados, siento la euforia recorrerme.

En la puerta de la iglesia, miro hacia el altar y veo a mi argentino esperándome.

El suave sonido del órgano llena el espacio y, aunque sé que los invitados me observan, mis ojos solo aceptan seguir una dirección: donde está mi amor.

Siento que las lágrimas amenazan con caer al recordar nuestra historia, pero pronto aparto el pasado, tal como le prometí que haría, y me concentro en el futuro.

Mientras caminamos, intuyo que para Emiliano, por la forma en que me mira, es un esfuerzo supremo no avanzar hacia mí.

A cada paso, mi corazón late con más fuerza y, finalmente, Martín y Simón me entregan a mi hombre.

Extiendo la mano, según nos enseñó la coordinadora en el ensayo, pero Emiliano no nació para ser domado y me arrastra a sus brazos, dándome un beso en los labios que me deja de rodillas y temblando.

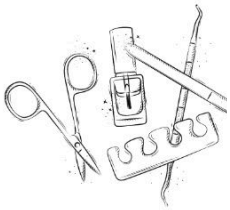
—¿Ya te dije lo hermosa que sos? No puedo creer que hayas aceptado ser mía, Lorena.

—No fue una elección consciente. Mi mente no tuvo nada que ver. Fue mi corazón quien se entregó en el momento en que te vio.

—Igual que el mío, mi amor. Nacimos para ser uno del otro. Te amo.



Lorena



Capítulo 59

Fernando de Noronha

Luna de miel

—¿Podemos extender el viaje por… un año? —pregunto al salir del mar en los brazos del amor de mi vida.

Dios mío, ¿cómo pude nacer en Brasil y no conocer este paraíso? Estoy completamente enamorada del lugar.

—No creo que a tu suegra le haría mucha gracia que su nieto naciera sin que ella estuviera cerca —bromea—. Además, tenemos que volver porque la casa que mandé construir para nosotros estará lista pronto. Hoy temprano recibí una llamada del arquitecto diciendo que la "señora Benítez" debe ir al *designer center* dentro de unos días para elegir el piso, los espejos y todos los demás acabados de nuestra residencia.

—Vaya, ¡qué tarea tan ardua! ¿Dejar la casa de mis sueños completamente lista para nosotros? No sé si soy capaz de hacer algo tan difícil.

Él me coloca sobre la arena y muerde mi oreja y mi cuello.

—Difícil, querida, va a ser saciar mi deseo hoy. Mientras vos te sumergías, no podía pensar en otra cosa que no fuera tu hermoso culo en esa tanga. Te quiero en cuatro para mí ahora mismo. Mejor volvamos a la habitación del hotel, o podrían arrestarnos por exhibicionismo.

—No puedes decirme estas cosas. Las hormonas del embarazo me tienen con deseo todo el tiempo.

—Ya lo sé, y aprovecho tu excitación cada vez que puedo. Estoy loco por vos, Lorena.



Nacimiento de Durán Brito Benítez

—¡Nuestro hijo es hermoso! —digo, sin ninguna vergüenza de ser parcial.

¿Qué puedo hacer? Durán nació idéntico a Emiliano. Es el niño más bonito del mundo.

La familia estuvo reunida todo el día, y dentro de unas horas me darán el alta, así que ahora estamos solos los tres.

A pesar de los parientes presentes, algunos que ni siquiera conocía, llegados incluso desde España, todo el tiempo alternaba la mirada entre mi marido y nuestro bebé, temiendo que alguien me dijera de repente que todo había sido un sueño.

Algo que nunca olvidaré es la forma en que Emiliano me miró cuando escuchó el llanto de Durán por primera vez.

Vi al hombre poderoso e imperturbable vacilar, como si estuviera presenciando un milagro.

—Es perfecto —responde mi marido, y puedo ver que desvía la mirada porque sus ojos brillan con lágrimas.

Emiliano ha mejorado mucho a la hora de demostrar sentimientos, pero aún tiene barreras dentro de sí, y creo que algunas son insuperables.

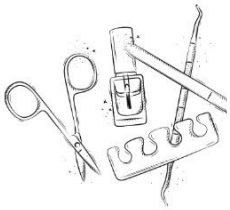
—Siéntate aquí, marido. Nada de distancia entre nosotros.

—No es que quiera mantener distancia, Lorena, sino porque estoy intentando grabar esta escena de vos con nuestro bebé en brazos. —Se sienta frente a mí, tocando la mejilla de Durán, que está mamando—. Quiero recordarla en detalle incluso cuando envejezcamos. Te lo dije millones de veces, pero jamás me cansaré de repetirlo: no sabía lo que era vivir antes de encontrarte, mi amor.

A tu lado, encontré todas las piezas que me faltaban y no puedo esperar para hacer que nuestro amor se multiplique cada vez más.



Lorena



Capítulo 60

Pamonhópolis da Serra

Dos años después

—Dios mío, entonces es por esta delicia que la ciudad se llama Pamonhópolis de la Sierra. Creo que si como un pedacito más, voy a explotar, pero me gustaría poder llevar algo a Buenos Aires. Una pena que Martín y Simón no hayan venido —dice mi suegra, con un acento portuñol[24], limpiándose discretamente la boca.

Veo a su actual marido, el doctor Urtiga, darle un beso discreto en la frente. Se casaron hace aproximadamente un mes, y fue hermoso verla entrar a la iglesia con los tres hijos empujando la silla de ruedas.

Es la primera vez que viene a mi ciudad y no sabemos cuándo será la última.

Emiliano ya me explicó que llegará el momento en que ella no podrá viajar, y esto es apenas un grano de arena en el océano de lo limitada que será su vida; pero, mientras no ocurra, aprovechamos de la mejor manera posible.

Nuestro hijo, Durán, adora a su abuela, y estoy segura de que el bebé que tengo adentro, que ya estoy esperando, también lo hará. Esta vez tendremos una niña.

—Quiero otra más —dice el marido de Rosario a la vendedora de *pamonhas*.

Están aprendiendo portugués conmigo, pero a veces se equivocan con las palabras y, sobre todo, con los artículos; aun así, la mayor parte del tiempo se defienden bastante bien.

—Yo sé hacerlas, no te preocupes. Mi tía era una excelente cocinera y especialista en *pamonhas*. Si tenemos todos los ingredientes disponibles, puedo cocinar para todos.

—Lo que deseés es una orden, esposa. Aunque tenga que plantar maíz en nuestra bodega. —Emiliano se acerca con nuestro niño en brazos y rodea mi cintura con su brazo.

Verlos juntos es gracioso por lo idénticos que son.

Emiliano mandó construir una mansión en mi ciudad y ahora pasamos al menos una semana de vacaciones aquí. Dice que es importante que nuestros hijos sepan que son mitad brasileños y conozcan la cultura del país.

La gente del lugar nos trata como celebridades, lo cual es un poco incómodo, pero me encanta recibir visitas cuando estamos en

Pamonhópolis de la Sierra y enterarme de las novedades.

La primera en venir después de doña Cida y Arceli fue doña Zaneide, mi ex clienta casi centenaria, que sigue firme y fuerte, haciéndose las uñas todas las semanas.

Pensar en eso me hace recordar el salón que inauguré hace algunos meses en la Avenida Alvear, considerada la más lujosa de Buenos Aires actualmente, y que ha sido un éxito. No trabajo como manicurista, solo soy la administradora, pero tuve que dejar de ir hace dos semanas porque el olor de los productos me daba náuseas. Cuando nazca nuestra hija Arias, sin embargo, planeo volver al trabajo.

—¿Cansada? —me pregunta mi marido.

—Sí, mis pies me matan y además tengo miedo de que tu madre esté tan emocionada que termine excediéndose.

—El amor le ha hecho bien. Parece rejuvenecida, pero tenés razón, mi amor. Mejor volvamos.

—¡Mami! —Durán intenta saltar a mi regazo, sin comprender todavía que no puedo levantarlo con tanto entusiasmo.

—Hijo, dale un beso a mamá, pero quedate conmigo. Ella está cansada —dice Emiliano.

Él hace un puchero, pero cuando sostengo su carita y le doy un beso en la punta de la nariz, vuelve a sonreír.

—Te amo, mi niño, y amo a tu papá también.

—Te amo, mami —responde Durán.

—Y yo los amo a ambos más de lo que puedo expresar —dice Emiliano, el hombre que no sabía demostrar sentimientos, mientras nos abraza contra su pecho.



—¿Hola? —Atendí el celular a la mañana siguiente, extrañada por el número desconocido.

—Lorena, habla Amilton Nogueira, dueño de los Supermercados Precios Cuidados. ¿Llamo en mal momento?

—No —digo, confundida—. Ya sé quién es usted.

—No estaba seguro de que me recordaras, ¡ahora que estás tan elegante!

Inmediatamente, la conversación empieza a incomodarme. Amo mi ciudad y a la mayoría de su gente, pero detesto la diferencia que

hacen conmigo ahora, como si me hubiera crecido un tercer ojo o fuera yo mejor porque mi marido es rico.

—No quiero ser grosera, pero ¿puede decirme el motivo de su llamada?

—Primero, quería contarte que hice trampa en el sorteo para enviarte a Argentina.

—¿Qué?

—Falsifiqué el sorteo para que ganaras, porque era lo mínimo que podía hacer después de haber estado ausente toda mi vida. Estoy en la puerta de tu casa. ¿Podemos hablar?

—Ya voy a abrirte —digo, sin poder creer que entendí bien cuando dijo que "era lo mínimo que podía hacer después de estar ausente toda mi vida".

Me levanto del sillón donde estaba leyendo y Emiliano me sigue de inmediato. Sé que estaba prestando atención a la conversación.

—¿Todo bien?

Le explico rápidamente quién me llamó y lo que dijo.

—¿Qué mierda significa eso?

—No tengo la menor idea, pero creo que insinuó…

—Él insinuó que es tu padre.

—Sí.

—Voy con vos.

Pasamos junto a Durán jugando con los abuelos en el jardín (él también llama abuelo a Urtiga, el marido de Rosario) y seguimos hacia la puerta, donde Amilton Nogueira nos espera.

Noto el cambio en su rostro al ver a Emiliano. Parece que está frente a Dios y hace un esfuerzo por no poner los ojos en blanco.

—¿Desea hablar con mi esposa? —pregunta mi marido, sin disimular la animosidad.

—A solas, si es posible.

—No hay secretos entre mi esposo y yo. Vamos al grano, le haré la pregunta: ¿usted insinuó que es mi padre?

—No lo insinué. Es la verdad. Pero cuando dejé embarazada a tu madre, aunque yo era muy joven, ya estaba comprometido en ese momento.

Espero que cualquier emoción me golpee con el descubrimiento, pero nada sucede. Es como si hablara del estreno de la próxima película de Marvel.

—Y por eso no se casó con ella. Entiendo, pero vivió a dos calles de mí toda la vida y nunca me contó que era mi padre.

—No podía.

—Incorrecto. Probablemente no quiso, para que su esposa no descubriera que la había engañado. Bueno, gracias por informarme, pero eso no cambia nada.

—¿Cómo que "no cambia nada"? ¡Somos parientes! Te dije que hice trampa en el sorteo para que ganaras porque quería darte algo a ti, hija mía.

—¿Dar algo a tu hija? ¿Crees que años de ausencia pueden compensarse con un viaje? —pregunto, incrédula.

—Mañana haré una transferencia a tu cuenta, saldando cualquier "favor" que le hayas hecho a mi esposa —dice Emiliano.

—No quiero dinero, quiero que seamos padre e hija.

—No te creo —digo—. Tiene que haber algo detrás de este interés repentino de revelarte como mi padre después de más de dos décadas.

Baja la cabeza unos segundos y sé que acerté de lleno.

—Pensé que podríamos no solo ser padre e hija, sino llevar los Supermercados *Precios Cuidados* más allá de las fronteras de Brasil. Vine a ofrecerte mi amor y también una sociedad.

Veo el rostro de Emiliano enrojecerse como nunca, pero por respeto a nuestra familia, que no está muy lejos, aprieta los dientes.

—Andate bien a la mierda con tu propuesta indecente, metetela en el culo. ¿Cómo tenés el valor, después de abandonar a tu hija toda la vida, si es que realmente sos el padre, de querer acercarte por interés? Como te dije, voy a pagarte lo que invertiste para que Lorena viajara, pero nunca más vuelvas a buscarla. Si ella quiere verte, vos lo sabrás.

Entra conmigo y cierra la puerta detrás de nosotros.

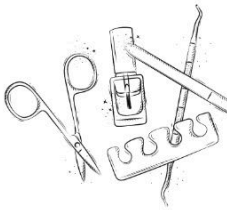
Observo cómo respira hondo antes de abrazarme.

—Che, perdoname si pasé por encima de tu voluntad, pero lo que hizo este infeliz… No se abandona a un hijo, sin importar la razón.

—No me pasaste por encima. No quiero volver a verlo. La contribución biológica para el nacimiento de alguien no es nada. Mi tía fue padre y madre, y cumplió el papel con honores.



Lorena



Epílogo 1

Bodega Benítez

Tres años después

—Mami, ¡quiero más *pamonha*! —grita mi primogénito mientras corre hacia mis brazos. Veo al padre de mis hijos, el dueño de mi mundo, levantar una ceja hacia mí con aire interrogativo.

Durán me mira con esos ojos castaños seductores igual que los de su padre, pero no cedo.

—Lo siento, pero por ahora basta de *pamonha*, o te vas a enfermar del estómago.

—¡El dolor de panza es lo peor! —Arias, nuestra hija del medio, se suelta de la niñera, pasa ambas manos por su pancita y luego finge desmayarse dramáticamente sobre el césped, lo que provoca carcajadas en toda la familia.

El padre, sin embargo, completamente enamorado de nuestra "actriz", corre a recogerla en brazos, porque creo que todavía está asustado por lo que ocurrió hace dos meses, cuando ella se comió

un lápiz labial entero mío y terminó con vómito y dolor de barriga, obligándonos a correr al hospital en plena madrugada.

—Sí, por eso no debés comer el lápiz labial de mamá —dice, y Arias niega con el dedo índice, luego hace un corazón con ambas manos para su padre, que se derrite por completo.

—Mami —llama mi hijo bilingüe otra vez, aparentemente ya olvidando las *pamonhas* y señalando mi barriga, donde nuestro tercer hijo, otro varón, Escobar, está guardadito. Nacerá dentro de cuatro meses—. ¿Dónde está mi hermanito?

—Todavía está durmiendo en la barriga de mamá, pero pronto llegará.

—¿Pronto es mañana?

Emiliano y yo reímos, porque si hay algo que a nuestro hijo le gusta hacer, es cuestionarlo todo.

Antes de que pueda responder, escuchamos a Arias gritar "abuelita" mientras Rosario y su esposo aparecen en la entrada de la casa principal.

Emiliano baja a nuestra hija al suelo y los dos salen corriendo hacia los abuelos.

—No paran nunca —dice mi marido, pero su sonrisa revela cuánto orgullo siente por nuestros hijos.

Yo estaba cuidando mi cantero de flores favorito, pero él se agacha y me levanta en brazos, caminando conmigo hacia la glorieta, porque sabemos que con los abuelos nuestros hijos están seguros.

—Nunca pensé que la vida de casado pudiera hacerme sentir tan completo —dice, sentándose en una silla reclinable, y recostándome a mí sobre él.

Tomo sus manos y las pongo sobre mi barriga, relajando la cabeza sobre su hombro.

—¿Entonces no te arrepientes de haber dejado la soltería? —pregunto, jugando.

—Creo que aún no lo entendés, Lorena —dice, besándome el cabello—. En el momento en que te vi, ya me retiré del jugueteo con mujeres. Pude haber dudado en aceptar esto, pero me enamoré a primera vista, y todo lo que pasamos para llegar hasta acá solo demuestra la fuerza de este amor.

—La frase más cliché del mundo, pero también la más cierta: el amor lo cambia todo y a todos. Su fuerza es incomparable y poderosa frente al odio, la indiferencia, el rencor y la maldad.

Pienso en mi padre, que volvió a aparecer hace unos años. Sabía perfectamente quién era él y qué quería, por eso nunca le permití

acercarse, porque no lo necesitaba.

Si Amilton me hubiera buscado, pidiendo perdón por su ausencia, quizá habría considerado dejarlo participar en mi vida. Pero el hombre no reconoció su error; vio una oportunidad de aprovecharse cuando su hija "bastarda" (odio esa palabra) encontró un marido rico.

Al principio me pregunté por qué, viviendo en la misma ciudad, mi tía nunca habló de él, pero pronto entendí que me protegía de salir lastimada. Traté de ponerme en su lugar varias veces y analizar el hecho de que estaba comprometido con otra mujer cuando embarazó a mi madre. En cada ocasión que lo recordaba, solo sentía desprecio por mi padre biológico.

Además de ser un tramposo que se casó con la mujer que engañó, ignoró a una niña inocente (yo) negándole el derecho de tener un padre.

Tuvo dos hijos con ella, con tres y cuatro años de diferencia respecto a mí, respectivamente, pero ambos murieron en un accidente automovilístico cuando yo era pequeña, alrededor de los doce años, y ni siquiera eso, sabiendo que yo era la única hija que le quedaba, ablandó su corazón. Fue necesario que me viera en una

situación financiera privilegiada para que su "amor" por mí despertara.

No, gracias. Prefiero seguir siendo solo *hija* de mi tía Eneida. No necesito un padre solo en el título, y mucho menos quiero que ese hombre se acerque a mis hijos viéndolos como un medio para un fin, junto a Emiliano.

En cuanto a mi madre biológica, mi marido descubrió que era exactamente lo que sospechaba por los rumores de la ciudad. Se casó, vive en Ceará[25] con su esposo y cinco hijos.

¡Cinco! ¡Tengo cinco medios hermanos!

Por más que a veces sienta deseos de conocerlos, nunca forzaré un acercamiento con su familia.

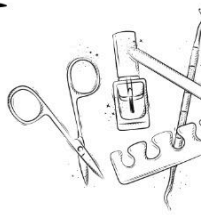
Familia no es solo un título. Es amor y presencia. Participación.

Doña Cida es mucho más mi familia que la mujer que me llevó nueve meses en el vientre.

—Tu amor me cambió —dice finalmente Emiliano—. Sin él, tenía bienes y cosas. Con él, soy dueño de la mayor riqueza con la que un hombre puede soñar. Te amo, Lorena.



Emiliano



Epílogo 2

Entro a casa y, tras cerrar la puerta detrás mío, me apoyo en ella, cerrando los ojos un instante.

Nuestra mente, si no tenemos cuidado, tiende a crear pequeños trucos. O tal vez sea nuestro corazón.

A veces, cuando pienso en Anita, recuerdo a la niña triste que llegó a nuestra casa. La misma a quien protegí y consideré una hermana durante el tiempo que convivimos.

Recuerdo su alegría y cómo pensábamos que estaba con nosotros para sumar, y que era una suerte tenerla en nuestras vidas.

Cada uno de esos recuerdos son solo momentos, sin embargo, porque el daño que causó en la familia fue tan devastador que es una herida que difícilmente sanará.

Durante casi dos años, Martín y yo despreciamos a nuestro padrastro, considerándolo un monstruo que abusó de una piba (*nuestra piba*).

El mismo hombre al que aprendimos a respetar, que nos llevaba de viaje y nos enseñó el verdadero concepto de familia, nos

decepcionó hasta el punto de no poder pronunciar su nombre. Y, sin embargo, Ramiro no era más que un inocente. Un buen hombre.

El mayor daño, sin embargo, lo sufrió Simón, quien llegó a eliminar el apellido de su padre por odiarlo al saber que había abusado de nuestra "hermana".

En cuanto a mi madre, reaccionó mejor de lo que esperaba.

Ahora tengo la respuesta a mi duda: sí, ella amaba a mi padrastro, y al descubrir lo que Anita hizo con nosotros, manchando el nombre del padre de Simón para crear un puente y llevar a cabo sus locos planes, mamá transformó todo el amor que sentía por la sobrina en desprecio y, actualmente, en indiferencia.

Los años de dolor que nos causó con sus mentiras no pueden borrarse simplemente. Forman parte de nuestra historia.

Hoy recibí una noticia que hace algunos años me habría dejado devastado: Anita se suicidó en el hospital psiquiátrico al que fue enviada.

Mirando hacia atrás, sin embargo, y poniendo todo en perspectiva, entiendo que hicimos todo lo posible por ella. La tratamos como familia, la amamos, la protegimos, y ella nos devolvió eso con mentiras, maldad y ambición.

—¿Qué haces parado ahí, en la oscuridad? —Oigo preguntar a mi esposa y abro los ojos.

Lorena está a unos pasos de mí, vestida con una camisola negra que le llega hasta los pies.

Me pregunto si debería darle la noticia.

Es de madrugada, y yo acababa de llegar de viaje cuando Simón me llamó para avisarme.

Conociendo a mi esposa, pasará la noche en vela si le digo, porque Lorena es buena por esencia y, en varias ocasiones, incluso después de todo lo que Anita nos hizo, me dijo en conversaciones cuánto lamentaba que ella fuera así, y no la piba feliz que imaginamos al principio.

—Pensando en la vida —respondo al fin, decidiendo que puedo esperar para darle la noticia mañana—. Ahora, ven acá, esposa. Te extraño demasiado.



Algunos años después

—Pensé que habíamos terminado con eso de vendarme los ojos —dice ella, pero puedo sentir lo excitada que está.

—Te avisaron que tendríamos una noche especial en nuestro décimo aniversario de matrimonio, esposa. Ahora, comportate como una buena piba y dejame seducirte.

La bajo de mi regazo en la suite de nuestro yate, ya no en aquel en el que la hice mía por primera vez y que había realizado fiestas con gente que no significaba nada para mí, sino en uno que compré hace un par de años solo para nuestra familia.

Cenamos en la isla de Angra dos Reis, a la luz de la luna, con velas sobre las mesas.

A Lorena le costó volver a esta casa, ya que no le traía buenos recuerdos, e incluso llegué a sugerirle venderla, pero finalmente dijo que quería venir para borrar su trauma del lugar.

En este viaje somos solo nosotros dos. Tendremos una semana de descanso solo nuestra, sin nuestros tres herederos, ya que planeamos buscar un cuarto hijo muy pronto.

—Estoy totalmente a favor de noches especiales —dice cuando le retiro la venda y dejo que vea la habitación, toda decorada con rosas y luces ambientales, además de música suave.

—Vení a la terraza conmigo. La sorpresa no terminó.

Mandé a preparar la bañera de hidromasaje y también trajeron champaña para nosotros.

—¿Puedes esperarme un momento allí? Prometo que no tardaré —me dice.

Cinco minutos después, estoy sentado en el sillón gris junto al hidromasaje, la corbata ya floja en el cuello, esperando a mi diosa hermosa, cuando Lorena aparece vestida con lencería morada, incluyendo las medias siete octavos y los tacones que recién noto que también son de ese color.

Por unos segundos dejo de respirar, impactado por su belleza tanto como la primera vez que la vi, pero pronto el deseo toma el control.

—Vení para acá, esposa. Nunca logré mantener mis manos lejos de vos, y este vicio solo parece empeorar con el tiempo.

Ella se monta frente a mí, sentándose sobre mi verga ya muy dura, y acaricia mi cabello mientras beso su cuello.

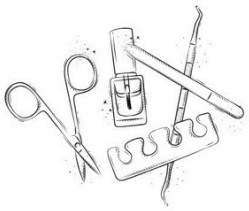
—No quiero que te cures de este vicio, Emiliano. Eres mío. Te amo, marido.

¡FIN!

No olvides leer el material adicional de los libros 2 y 3 de esta serie, que aún no se han publicado, en las páginas siguientes.



Bono



Martín Benítez

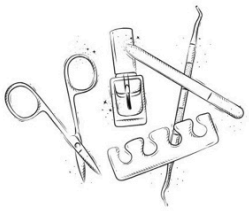
En los seis meses que lleva trabajando para mí, ella nunca estuvo en mi radar (ni en el de ningún otro hombre, si pudiera apostar).

Tess Emery, a pesar de ser la mejor asistente que he tenido, parece querer esconderse del mundo. Su aire virginal y casi de monja, por sí solo, no me atraería, y encima la manera en que se oculta bajo ropa fea y anteojos gruesos es, definitivamente, un gran "no". Me gustan las mujeres seguras de sí mismas.

Hasta la noche en que se transforma en una diosa, despierta mi deseo y decido que la quiero solo para mí.



Bono



Simón Benítez

Nunca me gustaron las mujeres demasiado dulces y cariñosas, esas que parecen tiernas o frágiles. Las cosas frágiles se rompen, y aunque jamás sería mi intención, si una mujer así se involucrara conmigo, eso es lo que eventualmente sucedería.

Por eso, cuando vi por primera vez a la enfermera Kirsten Miranda Millard (una rubia deslumbrante, de ojos azul cielo y con un acento arrastrado del sur de Estados Unidos), me impuse una regla muy clara: no acercarme a ella.

Pero la vida se encargó de romper una por una todas esas reglas, y ahora yo, que nunca planeé tener una familia, voy a ser padre de trillizas con una mujer a la que apenas conozco… y que, además, estaba comprometida con otro...

Palabras de la autora

Espero que hayas disfrutado de acompañar la historia de amor de Emiliano y su brasileña, Lorena.

Este libro me llevó por una montaña rusa de emociones. Comienza con un tono ligero y, poco a poco, nos sumerge en el drama de esta pareja que tuvo que superar muchos desafíos antes de alcanzar su "felices para siempre".

Adoro la forma positiva en que Lorena enfrenta la vida y cómo jamás permite que la pisoteen. A pesar de todo, nunca perdió su esencia. Es una mujer hermosa por dentro y por fuera.

En cuanto a nuestro orgulloso y soberbio argentino, él es un claro ejemplo del daño que un padre o una madre pueden causar a un hijo al negarle amor. Sabemos que no todos saben demostrar afecto de la misma manera, pero su padre, al convertir la entrega del corazón en sinónimo de debilidad, hizo que Emiliano y Martín sintieran vergüenza de "sentir".

Cuando Ramiro apareció en sus vidas, ambos comenzaron a liberarse emocionalmente, solo para, años más tarde, sufrir otra

decepción al descubrir que su padrastro era un hombre vil y despreciable.

Gracias a Dios que nuestra brasileña aterrizó en la vida de aquel magnate para enseñarle que el amor es la cura, no la causa del dolor ni de la vergüenza.

Como mencioné en la "nota de la autora", la idea de esta serie es presentar romances contemporáneos con un toque de comedia romántica, drama y una pizca de suspenso.

El próximo libro de la serie será sobre Martín, el hermano del medio, como seguramente habrás notado en el capítulo extra.

Un beso y hasta la próxima aventura.

D. A. Lemoyne

Sobre la autora

D. A. Lemoyne comenzó su carrera como escritora en agosto de 2019 con el libro “Seducida”, el primero de la saga “Corazones Intensos”. Desde entonces, ha lanzado varias series exitosas como “Alma de Cowboy", “Hermanos Oviedo", “Alfas de la Mafia", entre otras, además de duologías y novelas cortas.

Su pasión por los libros nació a los ocho años, cuando su abuela (que vivía en otra ciudad) la llevó a conocer su biblioteca personal, ubicada en una habitación al fondo de su apartamento. Al ver el amor instantáneo de su nieta por la lectura, la señora, que era profesora de Literatura, le regaló toda su colección.

Brasileña de nacimiento, actualmente vive en Carolina del Norte, EE. UU., y le encantan las buenas charlas y reunirse con sus amigos.

Sus romances son intensos, y sus protagonistas masculinos, apasionados. Las heroínas sorprenden por su fortaleza.

Cree en el amor, y leer y escribir son sus más grandes pasiones.

Contacto: dalemoynewriter@gmail.com

[1]Ciudad ficticia, creada especialmente para esta obra, está ubicada en las afueras de Petrópolis, Río de Janeiro.
[2]La pamonha es un plato brasileño similar a un tamal, elaborado a base de una masa de maíz tierno envuelta en hojas de maíz o plátano y cocida.
[3] Protagonista de "Una farsa que siempre fue amor", libro 3 de la serie "Pasiones Sicilianas".
[4] El polo es un deporte de equipo que se juega a caballo y uno de los más antiguos del mundo, con orígenes en Persia (actual Irán). Desde entonces, se ha extendido por varios continentes, convirtiéndose en un deporte aristocrático popular en la India y posteriormente se extendió a Inglaterra y al resto del mundo occidental.
[5] Puerto Madero se encuentra en la ciudad de Buenos Aires, Argentina. Es una de las zonas más modernas y sofisticadas de la capital argentina, a orillas del Río de la Plata. Originalmente fue un puerto comercial a finales del siglo XIX, la zona cayó en desuso con la construcción de un nuevo puerto más moderno.
La revitalización de Puerto Madero comenzó en la década de 1990, transformando la zona en un centro de desarrollo urbano de alto nivel.
[6] Este vino tinto se produce principalmente en la región de Mendoza, conocida por sus condiciones ideales para el cultivo de la uva Malbec. El Malbec argentino es apreciado mundialmente por su sabor con cuerpo.
[7] Principalmente responsable de marcar goles, debe avanzar con velocidad y generar oportunidades de ataque. Generalmente es el jugador más agresivo y rápido del equipo.
[8] Un "chukker" es un período de juego en un partido de polo, que dura 7 minutos y 30 segundos. Un partido de polo estándar consta de seis chukkers, y el número total puede variar según el torneo.
[9] Es el palo que utilizan los jugadores para golpear la pelota en el polo sobre hierba.
[10] Tradicionalmente está hecha de madera.
[11] Tanto el nombre del barco como el de la compañía son ficticios y creados específicamente para esta serie.
[12] Obviamente, me estoy aprovechando de la licencia literaria para adaptar la historia a mis necesidades, pues sabemos que, en la vida real, los cruceros se reservan con meses de antelación, al igual que el derecho a fondear en los